



Escritora premiada
por la editorial
READERS CREW

*El Diario de
Una Bastarda*

MARIBEL SOLLE

Saga Diarios Nobles

El Diario de Una Bastarda



SAGA DIARIOS NOBLES



Se prohíbe la copia total o parcial de la obra, ni su incorporación a un sistema informático o por cualquier medio, sea éste electrónico, mecánico o por fotocopia, por grabación u otros métodos, sin el permiso previo y por escrito del autor. La infracción de los derechos mencionados puede constituir un delito contra la propiedad intelectual (Art.270 y Siguintes del Código Penal). Obra registrada con todos los derechos reservados.

Primera edición en Febrero, 2020
©2020, Maria Isabel Salsench Ollè

Contenido

[Derechos de autor](#)

[Epígrafe](#)

[Capítulo 1](#)

[Capítulo 2](#)

[Capítulo 3](#)

[Capítulo 4](#)

[Capítulo 5](#)

[Capítulo 6](#)

[Capítulo 7](#)

[Capítulo 8](#)

[Capítulo 9](#)

[Capítulo 10](#)

[Capítulo 11](#)

[Capítulo 12](#)

[Capítulo 13](#)

[Capítulo 14](#)

[Capítulo 15](#)

[Capítulo 16](#)

[Capítulo 17](#)

[Capítulo 18](#)

[Capítulo 19](#)

[Capítulo 20](#)

[Capítulo 21](#)

[Capítulo 22](#)

[Capítulo 23](#)

[Capítulo 24](#)

[Capítulo 25](#)

[Capítulo 26](#)

[Capítulo 27](#)

[Capítulo 28](#)

[Capítulo 29](#)

[Capítulo 30](#)

[Capítulo 31](#)

[Capítulo 32](#)

[Capítulo 33](#)

[Capítulo final](#)

Epígrafe

Alice volvió a mirarlo fijamente a la cara. Parecía de granito. Sin calidez, inexpresiva, sin sentimientos. Si había un ser humano detrás de esos ojos plateados, no asomaba por ninguna parte. Ella, en cambio, estaba tiritando. Tiritando de impotencia con el rostro enrojecido por la cólera.

—¿No me has oído, costurera? Pídele perdón a lady Renoir, le has manchado los zapatos de betún.

—¡Yo no he hecho nada! ¡Ella me ha puesto la zancadilla, muy señor mío! —se defendió, impotente ante tanto despropósito.

—¡No te atrevas a insinuar tal cosa! Ella es la hermana del duque de Orleans. Y es mi invitada de honor. Si no le pides disculpas ahora mismo, me encargaré de cerrar tu taller de costura.

—¡Ella no es más que una niña consentida!

—¿Y tú? ¿Costurera de barrio? ¿Cuál es tu nombre? —La miró con estudiada indiferencia.

—Alice —pronunció, hinchando sus pulmones y llenándose de valor.

Él era temible, pero ella no iba a acobardarse.

—Arrodíllate, Alice —dijo Hugo Silvery, el hombre con el corazón metálico, haciendo resonar sus palabras más como una orden seca que como una petición cortés.

Lo miró fijamente a los ojos, clavando sus ojos celestes sobre aquellos sin vida, hechos de metal. No había duda ni sorna en sus palabras, el futuro Conde de Cornwall estaba decidido a humillarla en público sin escuchar su versión de los hechos. No importaba qué hubiera sucedido. Ella no era nada más que una bastarda, una costurera sin apellido que vagaba en busca de clientes por las calles de París. Y justo en ese instante, estaba rodeada por la crème de la crème francesa. La miraban con altivez, por encima del hombro. Aplastándola como a una hormiga.

Algo le decía que, si no obedecía a Hugo Silvery, su negocio caería en desgracia al día siguiente. Y era algo que no podía permitirse. No podía permitir que unos secuaces rompieran su tienda y la obligaran a cerrar. En ella estaban todos sus ahorros, todo lo que tenía y que había ganado con sudor.

Sin dejar de mirarlo, se arrodilló lentamente. Dejando caer sus rodillas sobre el suelo, muy tiesa. Apretando dolorosamente los nudillos para tragarse la humillación. Aunque no estaba mirando a lady Renoir, pudo sentir su mueca de satisfacción y orgullo. ¡No era más que una chiquilla engreída!

—Y pide perdón —resumió el "malnacido" (tal y como lo apodaría mentalmente desde entonces)—. Obedece, o será el último encargo de harapos que recibas.

—Le pido disculpas, lady Renoir —ironizó Alice, tragándose la ironía lo mejor que pudo con la mandíbula contraída y sus bellos ojos celestes al frente. Lady Renoir (de ahora en adelante, lady arpía) esbozó una mueca de autosuficiencia.

—Ahora, vete de aquí.

Alice se incorporó y se marchó. Pero prometió vengarse.

"No iba a perdonar semejante afrenta. Había vivido toda mi vida humillada por ser una bastarda. Y era el momento de recuperar mi dignidad. Hugo Silvery pagaría por lo que había hecho."

El diario de una bastarda.



Capítulo 1

Llover sobre mojado

El amor es una enfermedad inevitable, dolorosa y fortuita.
Marcel Proust.

1846. Mode et couture parisienne, un taller de costura cualquiera; París, Francia.

Era un establecimiento pequeño en una calle poco transitada. De color pistacho. El número 31 de *Rue Liancourt*. Un rótulo de madera pendía con exquisita gracia anunciando a los transeúntes de lo que allí se hacía: costura. "*Mode et couture parisienne.*"

Los cristales del taller estaban muy limpios. Limpiados a conciencia cada mañana por su dueña: Alice Smith. A través de ellos se intuían los expositores de telas y algunos maniqués vistiendo los mejores diseños de dicha modista. Al empujar la ligera puerta, bastante estrecha y con un pomo desgastado, una campana tintineaba con esperanzas renovadas. Como si, a pesar de la ligera decadencia del lugar, allí nunca se perdiera la ilusión de convertirse en uno de los centros de moda más famosos de la capital francesa.

El local se dividía en dos espacios de reducidas dimensiones: el público y el privado. En el primero se atendían a los clientes y en el segundo se laboraba e incluso se pernoctaba si era necesario. Olía a tejido, a perfumes para ropa y a té. Té inglés, tan inglés como Alice Smith.

El lugar siempre resultaba ameno y recoleto. El sonido de las máquinas de coser borboteaba deslizándose por el aire y fluía a través de las cortinas de encaje que hacían de división entre el mostrador y la salita de trabajo. Pero aquella mañana de febrero era diferente. Había tensión y un ligero mal estar inscrito en el silencio.

Alice andaba nerviosa de un extremo a otro, que no eran muy distantes. Había decidido que era una mañana demasiado tranquila para desperdiciarla en cualquiera de sus actividades habituales en el taller. Las cuentas no podían retrasarse más y hacerlas era motivo de sofoco. No se encontraba sola. Amélie, su única ayudante, era la que llevaba la voz cantante en esa tediosa tarea.

—Si no hacemos algo... —rompió el silencio Amélie, con el gesto compungido y mirando el libro de cuentas con preocupación.

—¿Qué ocurre? —se alertó ella, deteniendo su paso y mirándola con gran seriedad.

—Ocurre que estamos en banca rota, *madame* —confirmó sus peores sospechas, al borde de las lágrimas. Así eran los franceses, sensibles para cualquier asunto, incluso el ajeno.

—No debí retrasar tanto este momento... —se lamentó Alice, acercándose al mostrador y dándole una ojeada a los números con el ceño fruncido.

Al principio, había llevado la contabilidad de su negocio al orden del día; pero descubrió que eso la descorazonaba y había delegado el trabajo en su ayudante. Retrasando ese importante menester como si pudiera retrasar la inminente catástrofe económica. ¿A quién quería engañar?

—¿A quién pretendo engañar? —pensó en voz alta, dejándose caer sobre el sillín de los clientes, que estaba tan nuevo como el primer día.

—¡*Madame!* No puede rendirse ahora —animó la delgada y bajita trabajadora,

acercándose a ella.

—Nadie ha hablado de rendirse, Amélie. Pero como no entre un milagro por esa puerta —Señaló el exterior—. Ni si quiera podré pagarte. Todos mis ahorros y mis esfuerzos... están aquí. No quiero perder mi sueño, pero nuestra clientela principal está compuesta por ancianas que remiendan sus vestidos una y otra vez—Señaló un montón de telas negras raídas—. Y eso no es suficiente para pagar las facturas.

—¿Y por qué no le pide ayuda a...?

—¡Ni hablar! —negó rotundamente, volviéndose hacia la joven de cara delgada y ojos perfilados. Hacía un par de años que había contratado a Amélie, era característicamente torpe. Nadie había querido emplearla porque era extrañamente escuálida por ser una mujer de clase obrera. Pero Alice nunca había conocido a nadie con tantas ganas de trabajar y de agradar.

—Pero ellas son influyentes y poderosas. Estoy segura de que no les importaría ayudarla. Sin ir más lejos, una de ellas se hospedó en su apartamento el año pasado y no creo que dudara en devolverle el favor, era una mujer encantadora.

—Amélie, no debes olvidar que soy una bastarda —afirmó, pese a que no le gustaba hablar de ello—. Puede que mis hermanas no me rechacen, pero no pienso ir a pedirles limosna. Sí, las quiero... La sangre, aunque sea partida por la mitad, pesa más que el agua. Pero no puedo ni tengo derecho a pedirles nada. Me las he apañado toda la vida yo sola y voy a seguir haciéndolo. Puede que ellas sean unas Cavendish... ¡Las prestigiosas hijas del Duque de Devonshire! Pero yo soy Alice Smith y puedo resolver mis propios asuntos sin pedir ayuda a nadie. Y, por favor, no quiero que confundas mis palabras con orgullo o resquemor, simplemente me fui lejos de ellas para crecer. No para volver con el rabo entre las piernas.

Era cierto. Alice, de naturaleza bondadosa, no odiaba a sus hermanas. Al contrario, había aprendido a amarlas. Pero no era fácil haber estado a su sombra durante años. Tan a la sombra, que las había servido desde pequeña. Su madre, la Duquesa de Devonshire, ocultó que era su hija y la hizo trabajar como una doncella más. Pero ella siempre supo lo que la unía a esas jóvenes que le pedían el té o le hacían limpiar sus medias. Creció poniéndole la tiara de diamantes a sus hermanas pequeñas, mientras ella llevaba los bajos del vestido remendados.

—Comprendo, *madame*. Le voy a hacer un té inglés mientras pensamos en una solución —resolvió Amélie, marchándose a la trastienda.

Alice suspiró y se levantó del sillón para acercarse a la montaña de ropa que tenía para remendar. Al hacerlo, miró con melancolía el hermoso traje con corte de princesa que descansaba sobre el maniquí del aparador. Su sueño fue el de ser una gran modista, famosa. Pero no era más que una vulgar costurera a efectos prácticos.

Solo pudo poner en práctica sus dotes y cualidades el día en que su hermana menor la visitó. La colmó con sus mejores creaciones y Karen, su hermana, las lucía con extraordinaria elegancia. Aquello auspició a que otras mujeres de la clase alta le pidieran vestidos iguales a los que habían visto a la famosa hija del Duque. Pero Karen se marchó, y ya no tenía a nadie que luciera sus creaciones en los salones más distinguidos. La mayoría de las damas ya tenían su modista y era muy difícil que la abandonaran si no se encaprichaban. ¿Cuántos salones de alta costura habría en París?

Ella no era nada más que una entre el montón; en una calle en la que los meados de perro eran difíciles de limpiar.

La campana sonó. Alice supuso que era la señora Bélange, que venía a buscar su falda negra. Solía ir de buena mañana y era un poco cargante por su verborrea incesante.

—¡Ahora vengo! —chilló, escapándose a la trastienda sin mirar atrás y pidiéndole a Amélie que saliera para atender a la viuda. No estaba de humor para ser amable.

Se sentó en la máquina de coser, pero no tuvo tiempo de encenderla. Amélie volvió con el rostro enrojecido y la mandíbula temblorosa.

—¿Qué sucede? —inquirió al verla tan abrumada.

—¡No es la señora Bélange! —gritó en un susurro la joven, señalando hacia fuera.

—¿Y quién es? —se asustó, temiendo la delincuencia. No era la primera vez que entraban a robar.

Pero no había criminal que pudiera con ella después de haber viajado por medio mundo en busca de fortuna. Cogió un palo y se dirigió al mostrador con su peor cara. Ni si quiera se había lavado la boca después del té y estaba sonrojada por la irritación.

—*Madame*, no...

Pero Alice no la oyó. Cruzó apresuradamente el suelo amaderado de la trastienda y, abriendo de par en par la cortina de encaje, se precipitó al exterior.

—¡Canalla! —insultó, mientras alzaba el palo de forma amenazante. Pero se quedó de piedra, avergonzada. No era un ladrón. Era un caballero.

De pie ante el mostrador casi parecía llenar el establecimiento. Se habría dicho que medía más de dos metros, vestido como iba con un abrigo de piel largo hasta las rodillas. Expresamente abierto para que el redingote saliera a la vista. El redingote era una especie de abrigo intermedio que solo las clases más pudientes podían permitirse. Claro estaba que las botas alemanas que asomaban por el resquicio del mostrador eran otro indicativo de que aquel hombre podría comprar la tienda entera si se lo propusiera. Era un hombre grande, ancho y de aspecto amenazador. Su rostro parecía hecho de metal, frío y duro. Pero sus ojos... sus ojos eran la confirmación de que no era humano. Tenía los ojos plateados y brillaban con estudiada frialdad bajo unas cejas tan negras como su pelo. Nariz aguileña, típica en los aristócratas. Y unos labios finos, crueles.

—¡Oh, disculpe! —Bajó el palo de inmediato, considerando que iba hecha un guiñapo. Había dejado de arreglarse para ir al taller desde que no recibía visitas importantes. Seguro que llevaba el pelo aplastado, despeinado y gotitas de té por las comisuras de los labios—. Creí que era otra persona.

Se quedó mirándola fijamente, atravesándola con el metal de sus ojos hasta clavarle el filo de la espada en lo más hondo de su alma. Como si pudiera atravesarle el cráneo con una sola mirada. Como si pudiera cortarla en pedacitos muy pequeños y esparcirlos por el río Sena. ¿Por qué se sentía tan diminuta?

—La modista, supongo —dijo.

Ella inclinó la cabeza, reparando en que llevaba el vestido con los bajos remendados. ¡Dios! Era imperdonable. ¿Desde cuándo se había dejado tanto?

—Vengo buscando un vestido del que una amiga muy preciada ha quedado prendada. Quiero sorprenderla y...

Dejó su voz en la lejanía. ¿Sorprender a una amiga? No parecía ese tipo de hombre. Aunque ya podía imaginarse de qué tipo de amiga estaba hablando. ¿Pero por qué lo juzgaba tan a la ligera? ¿Por qué le daba rabia? ¡Era la primera vez que lo veía! ¡Por Dios! Un poco de cordura.

—¿Lo puede hacer? Lo necesitaría para este viernes —preguntó, sacándola de sus

pensamientos.

—Disculpe... ¿Ha dicho lady Renoir?

—Sí, eso he dicho —repuso, severamente mientras arrugaba la frente en un gesto de soberbia imperdonable.

Lady Renoir era la hermana del Duque de Orléans. Era bien conocida por ser uno de los referentes de la moda parisina y todas las modistas iban detrás de ella para que luciera sus diseños. Era joven, exquisitamente casadera y eternamente rica. Se hablaba de ella en todos los círculos sociales, desde los más pobres hasta lo más ricos. Ella no la había conocido personalmente, pero había tenido la oportunidad de verla de lejos una vez. Era de estatura mediana, de pelo castaño e irrefutablemente bella. Por supuesto que nunca había trabajado para dicha dama y comprendió rápidamente que "*el señor ojos de plata*" se había equivocado de tienda. Había otras dos calles más abajo, en la avenida principal; y la dueña era una prima lejana de lady Renoir. La famosísima modista no trabajaba (¿sería un escándalo!), pero pasaba su tiempo libre diseñando para las clases altas y llenando —sus ya muy llenos— bolsillos. Cumplía perfectamente el dicho de "*llover sobre mojado*".

Era su oportunidad. El milagro que había estado esperando. No le gustaba mentir, pero técnicamente no iba a hacerlo. Tan sólo iba a eludir la verdad y a hacerse la despistada. Al fin y al cabo... ¿qué podría ocurrir? ¡Sólo era ropa! Y si no le gustaba, siempre podría comprar más. Ellos podían permitirse un error, pero ella no.

—¡Por supuesto! ¡Lady Renoir! Tengo tantos clientes que me había olvidado... —disimuló.

El caballero miró a su alrededor como si sus palabras hubieran sonado demasiado pretenciosas en medio de esa soledad atronadora.

—Todavía es temprano —excusó—. ¿Cuál era el vestido del que se enamoró su amiga?

—Creo que es el que tiene en el escaparate —Indicó el vestido princesa con su bastón de plata.

—Está bien, un vestido princesa —anotó como si fuera lo más habitual—. Le ha dicho de qué color... O...

—Me ha dicho que usted sabría el color que ella necesita.

—Oh, sí. Claro... Sé cuál es su color favorito.

Anotó las peticiones lo más rápido que sus dedos fueron capaces de escribir. Sus dedos magullados por la ardua labor de coser, curtidos por los pinchazos y ligeramente deformados por el trabajo. Su letra no era bonita, había aprendido a escribir en la cocina y le enseñó otra criada. Así que tampoco debía tener buena ortografía. Sintió la vergüenza extenderse por su rostro, el "*señor ojos de plata*" la estaba examinando y estaba segura de que se estaba dando cuenta de su pobreza cultural, económica y social. Y no había otra cosa que odiara más un aristócrata, que la pobreza. Lo sabía muy bien. No le quedaba otra cosa que disimular si no quería cerrar y acabar con sus sueños. Así que se obligó a sonreírle, suplicando para sus adentros que no tuviera ningún resto del desayuno en los dientes.

Se quedó con la sonrisa en el rostro, para nada. Ese hombre no sonreía. Y ni si quiera tenía intenciones de hacerlo. Al menos sirvió para derivar la atención de su penosa escritura.

—Muy bien, lo tendrá listo dentro de dos días. ¿Vendrá a buscarlo ella o usted? —suplicó que no fuera ella.

—Mi lacayo.

—Oh, por supuesto. ¿Qué nombre le pongo?

—Lord Silvery —repuso, un tanto molesto por su ignorancia hacia su persona.

¿Era una broma? ¿Lord Silvery? ¿Caballero plateado? Lo miró fijamente buscando algún rastro de burla o de jarana en sus ojos, pero ese tal Lord Silvery no era un hombre de bromas. Se limitó a escribir su nombre con el corazón extrañamente acelerado sin saber por qué. ¿Sólo notaba ella esa tensión? ¿Eran nervios por la mentira? ¿Por estar delante de un hombre tan imponente? ¿Lo sentía él? ¿O se daba cuenta?

Lord Silvery se marchó sin despedirse, dejando el aire frío de Francia y el de toda Europa tras él.

No, seguro que él no había notado nada más. Sintiendo estúpidamente idiota se giró para ir en busca de Amélie, pero chocó con un espejo y no evitó mirarse.

Sería muy desagradecida si dijera que era fea. Iba limpia y bien arreglada, pero su ropa estaba desgastada y remendada. Llevaba un sencillo vestido de lana con un sobrecuello pasado de moda. Ambas prendas parecían desgastadas y usadas en miles de ocasiones. Se conformó con lo de ir limpia y corrió a ponerse manos a la obra.

Lo cierto es que Alice era joven, pero de complexión fuerte como era costumbre en las clases trabajadoras debido a los esfuerzos físicos que tenían que hacer. Había algo en ella, una belleza casi deslumbrante que brillaba por sí sola y que atraía segundas miradas por parte de los hombres. Pero ella no se daba cuenta de eso, y quizás era su mayor encanto. Su pelo era rubio casi rozando el blanco, pero sus cejas eran más oscuras. Como si hubiera sufrido por las inclemencias del sol y su pelo hubiera perdido color. Pese a todo, ese extraño color realzaba sus encantos naturales lejos de disminuirlos. Sus ojos los había heredado de su abuela materna, celestes.

“Esa fue la primera vez que vi a Hugo Silvery. Alguien diría que entró en mi taller por casualidad, pero yo no creo en las casualidades. Lo que no imaginé es todo lo que estaba por venir ni todo lo que ese hombre iba a causar en mi vida. ¿Era humano? Fue lo que me pregunté.”



Capítulo 2

Las costureras y los metálicos

Es necesario asemejarse un poco para comprenderse; pero hay que ser un poco diferentes para amarse.

Paul Gerald.

—*¡Madame!* ¡Pero si no sabemos las medidas de lady Renoir! —se exasperó Amélie al escuchar lo ocurrido con lord Silvery.

—Ya te he dicho que vi a esa joven una vez —resolvió Alice, buscando la cinta de medir y estirando la tela para el vestido princesa.

—¿Una vez? *¡Madame!*

—No seas dramática, Amélie —La miró con un brillo extraño y una sonrisa amplia—. No te queda bien.

—¿Qué va a hacer con esa cinta de medir? ¿Pero? ¿Qué hace? —preguntó la ayudante, al ver que Alice le estaba midiendo los brazos.

—Eres igualita a lady Renoir —concluyó sin más.

—¿Yo? ¿Igual a la hermana del Duque de Orléans? ¿Cómo es posible?

—Eres escuálida, endeble y floja. Típico de las damas de alta cuna, que han gozado de una vida ociosa. Tienes su misma cintura, aunque ella tiene menos pecho y es un poco más baja.

—¿Puede saber todo eso con un solo vistazo?

—Cuando te dedicas a la moda, captas esa clase de información en milésimas de segundo.

—¿Y el color?

Otra vez ese brillo. Ese brillo malvado de Alice, que salía a relucir cuando tenía sus mejores —o peores— ideas.

—No... no pienso hacerlo —negó Amélie, leyéndole las intenciones a su jefa.

—Amélie —La cogió por los brazos con fuerza y la miró con seriedad—. Esta es nuestra oportunidad. El milagro que estábamos esperando. ¿Sabes cuánto cuesta el vestido que ha pedido lord Silvery? Con ese dinero podremos invertir en más publicidad y seguir pagando las facturas.

—¡Pero me van a descubrir!

—Sé que eres capaz de hacerlo. Mírate, tienes una elegancia innata. Solo debes llevar la ropa adecuada... Y para eso estoy yo.

—Así que no tengo escapatoria. Tengo que ir a "*Luxury mode*", la tienda de modas de la prima de lady Renoir.

—Irás, nadie te reconocerá. Las personas que trabajan ahí están siempre muy ocupadas como para haberse fijado en unas pobres costureras como nosotras. Dirás que viste a lady Renoir el otro día y que como tenéis el mismo tono de piel... te enamoraste del color de su vestido, pero que no recuerdas cuál era con exactitud. Están acostumbradas a que las damas soliciten diseños que ya han visto en los salones o en la calle... Así que no se extrañarán.

—Deben tener una cartera de clientas fijas. ¿No sospecharán?

—Estás de paso. No eres de París, vives en una localidad del norte...

—A veces me pregunto cómo tiene tanta imaginación, *madame*.

Amélie cruzó las dos calles estrechas y grisáceas que la separaban del taller de alta costura, en plena avenida principal. Las piernas le temblaban por la mentira y por el miedo a ser descubierta. Pero se armó de valor, dejando atrás a una esperanzada Alice que la esperaba en el pequeño taller de color pistacho repleto de ropa de luto.

Con un traje de lana lo suficientemente caro como para aparentar cierto estatus social, se adentró en "*Luxury mode*". Era enorme, lleno de maniqués y estanterías de tela. Había sillones para clientas por todos los rincones y las muchachas iban de un lado para otro abrumadas por la cantidad de trabajo. Damas de todas las edades paseaban y perdían la noción del tiempo escogiendo telas, complementos y encajes. Amélie se alegró de que no hubiera sido Alice la que hubiera entrado allí, porque de haberlo hecho, se hubiera deprimido todavía más.

—Bienvenida, ¿puedo ayudarla en algo? —la sacó de sus pensamientos una sofisticada mujer de mediana edad con las manos cruzadas en la altura del pecho y mirándola con atención.

—En realidad venía buscando un color que...

Lo consiguió. No supo cómo, pero logró sacarle el color favorito de lady Renoir a la dependienta. Compró un par de recortes y prometió volver al día siguiente con su prima parisina para coger medidas. ¡Qué despropósito! Salió de allí a toda prisa, excitada por el logro. Casi tropezando con el escalón de la puerta. Y no vio al torreón de hombre que entraba, tanto así, que chocó con él. Cayendo de bruces sobre el frío suelo de París, concretamente sobre un charco de barro.

Se cayó al suelo de forma patética. Sus piernas delgaditas salieron a relucir cubiertas por unas medias cuidadosamente bordadas. Por fortuna ya estaba fuera de "*Luxury mode*". Corrió a cubrirse, pero le dolía gravemente el tobillo.

—¿Se encuentra bien, señorita? —escuchó una vez profunda, nacida de un pecho profundo.

—Disculpe, no miraba por dónde iba y...

Al levantar la cabeza topó con el hombre más fascinante que había visto nunca. De ojos dorados y pelo del mismo color. Se quedó muda. Como si el golpe la hubiera dejado sin lengua aparte de sin tobillo.

—¿Lady Rosalie? —preguntó el hombre, frunciendo el ceño y cambiando su aspecto en fracciones de segundo. Había pasado de ser una persona llena de vida a convertirse en un fantasma, como si al verla se le hubiera ido el alma.

—No conozco a ninguna Rosalie —repuso ella, seca. Reconponiéndose del susto, del golpe y...de la impresión. Trató de levantarse, pero no podía.

El gigante la cogió por el brazo —quemándola— y la levantó como a una pluma, poniéndola de pie. No podía apoyar el pie al suelo, si lo hacía... veía las estrellas. Dudaba que se lo hubiera torcido, pero el mal gesto no le permitía andar con normalidad.

—Lady Rosalie... Es usted.

—Mire, caballero —La pequeña Amélie arrugó su minúscula frente, molesta—. No sé quién es Rosalie. Pero desde luego no soy yo. Y ahora... si me disculpa —Se giró y anduvo dos pasos a la pata coja, cogiéndose a las paredes.

¡Qué bochorno! Y lo peor de todo era que había embarrado el vestido de Alice. Deberían gastar dinero en una tintorería. Porque esas manchas no saldrían con una sacudida de agua y jabón.

—¿Por qué no me deja ayudarla? Puedo acompañarla. —Era otra vez el "*señor ojos de oro*". Empezaba a resultarle irritante, por muy bello y espectacular que fuera. Lo último que quería era que alguien la acompañara de vuelta al taller.

Podrían descubrirlas. Y era algo que debía evitar a toda costa.

—No es necesario, señor...

—Lord Goldener —se presentó, con una sonrisa burlona que Amélie no supo si era casual o natural.

¿Lord Goldener? ¿Señor dorado? ¡Sin duda le estaba tomando el pelo! Pero no estaba de humor para contradecirle.

—Muy bien, Lord Goldener —arrastró "Goldener" hasta hacerlo sentir ridículo—. No se sienta obligado, por su caballerosidad, a ayudarme. Puedo arreglármelas yo sola. Siento mucho haberle molestado, estoy segura de que tendrá menesteres más importantes de los que ocuparse.

Y dicho eso, volvió a darle la espalda y se obligó a sí misma a apoyar el pie al suelo para andar —cojeando— calle arriba. Notó la mirada de "Lord Goldener" clavada en su nuca hasta que rompió a la izquierda. ¿Quién era en realidad ese hombre? Si no hubiera estado tan preocupada por su misión, se habría desmayado al verlo. Era alto, imponente, ancho como un toro y con el pelo largo hasta los hombros. Pero lo más llamativo... eran sus ojos, de color oro.

—¿Lo has conseguido? —la despertó de su letargo Alice. Había llegado a la tienda casi por inercia, sin pensar—. ¡Dios mío! ¿Qué te ha ocurrido? ¿Por qué andas así?

La modista corrió hacia ella, ayudándola a sentarse. No se había dado cuenta de que había sobrecargado su adolorido tobillo hasta que se relajó. No debería haber andado.

—Lo he conseguido —sonrió, olvidándose de sus propias desgracias y mostrando orgullosa el retal de color gris perla.

—¡Eres la mejor! Gracias, gracias. Mil gracias... Ahora podremos coser el vestido para lady Renoir —La abrazó, feliz.

—*¡Madame!* Se ensuciará, estoy llena de barro.

En el hotel *De Crillon* las almohadas eran esponjosas, las camas blandas, el champán sabroso, la comida exquisita, el servicio atento, y el bar elegante. El lugar en conjunto gozaba de distinción, aunque era algo frío en comparación al hogar. Si no se hubiera encontrado en Francia, Lord Hugo Silvery no se hubiera conformado con una triste *suite* de hotel, habría podido ocupar una de sus numerosas propiedades en Inglaterra. Pero en Francia no tenía nada, salvo su apellido y su dinero.

Había escapado lejos de la reprobación de su padre octogenario. Que lo había amenazado con desheredarlo si no se casaba antes de los treinta y ocho, y ya tenía treinta y siete. Quería dejarlo sin un penique. Él no era ningún vividor, pero le gustaba gozar de cierta independencia y saborear ciertos placeres. Tenía algún que otro negocio propio, pero sin la fortuna de su padre, el Conde de Cornwall, no podría seguir llevando el ritmo de vida que llevaba. No era amante de las mujeres inglesas, a las que consideraba excesivamente cargantes y exigentes.

Por eso, había ido a Francia en busca de una dama respetable, sumisa y dulce. Y que agradara a su padre. Porque otro de los requisitos para heredar su fortuna, era que la futura Condesa de Cornwall fuera una mujer de moral intachable y merecedora del cargo que ostentaría. Debía ser una mujer cuyo linaje fuera indudable, prestigiosa. No importaba que fuera extranjera, francesa en ese caso. Pero sí debía gozar de una posición envidiable y

conocida en Europa. De ese modo, también sería una forma de estirar los lazos familiares hacia otras potencias europeas. Hecho muy necesario teniendo en cuenta que cada vez quedaban menos Silvery en el mundo y que el peso de la dinastía había recaído sobre él.

Los Silvery eran una familia pudiente, noble y de moral intachable pese algún que otro escándalo sin importancia. Pero eran muy pocos. Algunos tíos casi tan viejos como su padre, algún que otro primo sin más méritos que el de existir y él, que había formado parte del ejército y era el orgullo familiar. Era vital encontrar una mujer de sangre pura, que le diera hijos legítimos, nietos de otros nobles que se unieran al envejecido clan plateado.

La hermana pequeña del Duque de Orléans, era la ideal. Perfecta. Todavía no le había hablado a su padre sobre ella, quería asegurarse de que era la adecuada. Pero todo indicaba que podía ser la futura Condesa de Cornwall. Era una joven debutante, exquisitamente disponible y que se moría por sus huesos metálicos. No necesitaba nada más. Se conformaba con una mujer que lo idolatrara y lo obedeciera. El amor lo dejaría para las amantes, que no podían exigirle lo mismo que una esposa. Era un craso error casarse por amor, siempre lo había pensado. Y por eso había retrasado tanto el momento. Un hombre casado por amor era un cordero. Y era algo que él no iba a permitir. Lady Renoir era tan joven que sería incapaz de enamorarse de ella. Era bonita, con muchos años por delante para engendrar herederos y noble. Y con eso era suficiente.

—¡La he visto! ¡La he visto! —irrumpió su mejor amigo y camarada, entrando sin tocar a la puerta.

—¿No te he dicho que llames antes de entrar? —clavó sus ojos plateados sobre los dorados de Galán Goldener.

—A estas alturas no tendrás reparos de estar sin camisa frente a mí... He visto cosas peores de ti. Y hablando de ver... he visto a lady Rosalie.

—¿La hermana del oficial que cayó en combate y a la que juraste proteger? —inquirió, incrédulo. Mientras se colocaba la camisa y dejaba la uva sobre el plato.

—La misma. Estoy seguro de que es ella, he mirado su retrato cada noche antes de ir a dormir.

—Siempre te he dicho que estás obsesionado, deberías olvidarte de ese asunto. Dudo mucho que esa muchacha esté aquí. Seguramente murió en...

—¿No digas eso! —lo cortó Galán, alzando la mano. Casi enfadado, algo impropio de él—. Le juré al coronel Ringwood que la protegería, se lo juré antes de que muriera. Pero cuando volví... ella ya no estaba.

—¿No te has planteado nunca que quizás no quiere que la protejas? ¿Qué quizás quiere olvidarse de todo ese asunto?

—No me planteo esa opción. No es una opción para mí. Hice una promesa y debo cumplirla.

—No hablemos de ti, estamos aquí por mí —lo cortó el ególatra de Hugo Silvery—. Este viernes es la fiesta en honor a lady Renoir, he alquilado una casa para ello. Espero que todo salga perfecto. Le he comprado un vestido, sé que no es lo apropiado. Pero se lo haré llegar de algún modo en el que sólo lo sepamos ella y yo...

—No me gusta esa niñata para ti.

—¿Niñata? ¿Por qué la llamas así? Quizás estés hablando de la futura Condesa de Cornwall —Se sirvió una copa de whiskey.

—No la veo como a la esposa de un teniente, ¿desde cuándo te has vuelto tan superficial?

—Siempre he sido así. No soy superficial, soy práctico. No perderé el tiempo detrás de retratos y sueños, necesito una esposa útil y fértil, nada más.

—Mejor salgamos a tomar unas copas, no te soporto cuando empiezas con todo esto...

“Los llamaban los metálicos. En todos los salones se hablaba de ellos, por ser guapos, ricos y encantadores. Hugo Silvery era frío, práctico y egocéntrico. Mientras que Galán Goldener era fogoso, impetuoso y generoso. Pero eran inseparables desde que lucharon en la Guerra de las Dos Sicilias. Nosotras nos conformábamos con ser costureras.”



Capítulo 3

Las mentiras tienen las patas cortas

Una gran parte del arte del bien hablar, consiste en saber mentir con gracia.

Erasmus de Rotterdam.

El lacayo de Lord Silvery llegó puntual, haciendo repicar la campanita de la puerta. Era el día, jueves. Un día antes de la fiesta en honor a lady Renoir. Y Alice tenía el vestido preparado y envuelto en un papel que, a su vez, estaba cubierto por una caja enorme. Se dio cuenta de que no tenía la típica caja de "*Luxury Mode*", la cual era de color rosa con su nombre grabado. Y no se atrevió a mandar por segunda vez a Amélie para hacer de espía, que suficiente trabajo tenía con su tobillo hinchado. Así que se las apañó con un envoltorio neutro sin nombres; en el mejor de los casos, lady Renoir no vería nada de todo aquello. Porque las doncellas le dejarían el vestido preparado sobre la cama. O al menos así quería imaginárselo para no entrar en un ataque de pánico que venía amenazándola desde esa mañana.

—Buenos días, *madame* —saludó el sirviente personal del "*señor ojos de plata*". Un joven con la cara ancha y lozana—. Vengo a buscar el encargo de Lord Silvery.

Alice cogió la libreta y aparentó buscar dicho nombre en ella, como si tuviera muchos vestidos y temiera equivocarse. Sabía que estaba siendo un poco ridícula, pero cualquier detalle era importante.

—Oh, ya lo veo. Lord Silvery. Ahora mismo vuelvo —sonrió y giró para cruzar la cortina de encaje y adentrarse en la trastienda, donde Amélie la miraba con cara de circunstancias. Estaba tan nerviosa como ella—. Todo saldrá bien, Amélie. No pongas esa cara de ratoncillo asustado —dijo, más para sí misma que para su ayudante.

—Oh, *madame*. Deseo con todas mis fuerzas que salga bien, de veras —contestó la pelinegra, con el pie subido sobre un taburete mientras cosía un botón en la bata de la viuda Belánge.

—Y yo también, querida. Y yo también —repitió, cogiendo el vestido y armándose de valor para entregárselo al joven mozo—. Aquí tiene —anunció en cuanto llegó al mostrador, dejando el paquete sobre él.

El joven miró la caja blanca sin ninguna palabra escrita en ella, y pareció pensar en algo. Pero Alice carraspeó, derivando la atención al *quid* del asunto: el dinero.

—Oh, ¿no se lo dijo Lord Silvery?

Alice dejó de sonreír. No le gustaba por donde iba la conversación. ¿Qué tendría que haberle dicho ese trozo de hierro sin alma que ella no sabía?

—Creo que juega con ventaja, joven. No sé a qué se refiere —arrugó su naricita, clavando sus ojos celestes en el zagal que se removió incómodo.

—*Madame*, se le pagará en la fiesta de mañana. Lord Silvery teme que alguien descubra este regalo, así que prefiere pagarle en persona y asegurarse de que es algo completamente confidencial. Supongo que lo entiende.

—¿En la fiesta de mañana? —inquirió, palideciendo por instantes y dejando su tez tan blanca como su pelo decolorado.

—Sí, *madame*... —el lacayo bajó el tono de voz una octava, confuso—. Está usted invitada por ser la prima de lady Renoir, ¿verdad?

¿Verdad? ¿Qué era verdad? Lo verdadero hubiera sido que la hubieran pagado en ese preciso instante. ¿A qué se debía tanta complicación? ¡Eso no había entrado en sus planes!

—Oh, la fiesta... ¡Claro! Con tanto trabajo se me había pasado por alto. No creo que pueda asistir... Mañana tengo otros compromisos que no puedo eludir. Prefiero que me pague ahora —sonó un poco cortante con aquello último, pero había arriesgado mucho y no podía parar ahí.

—¿Ahora? —titubeó.

Estaba extrañado. El sirviente rebuscó en sus bolsillos inconscientemente, casi desvanecido. Alice sabía que imponía cuando ponía su "*cara de pocos amigos*", la había tenido que usar muchas veces a lo largo de su vida y a veces le era difícil desprenderse de ella.

—No se preocupe —cesó al ver que el joven no llevaba ni un solo penique encima, soltando un suspiro—. Acabo de recordar que anulé esa cita tan importante de mañana, así que podré asistir.

El color volvió a las mejillas del muchacho y sonrió.

—Disculpe las molestias, *madame* —resolvió y cogió la caja con el costoso vestido dentro para desaparecer a través de la estrecha puerta del taller.

Alice entró en un estado de negación que pasó rápidamente a la rabia. ¿Desde cuándo los vestidos se pagaban en mitad de una fiesta? ¿Se pagaban a la entrega! O al menos así era en su tienda... Ella no era la prima de lady Renoir, y no podía permitirse semejantes lujos. Pero claro... no podía culpar a lord Silvery de todos sus males, ella tenía parte de la culpa. ¡Por no haber sido sincera desde el principio! *Las mentiras tienen las patas muy cortas*, recordó con amargura.

—¡Amélie! —se recuperó y fue en busca de su amiga más que trabajadora—. ¡No ha pagado! —exclamó, mirándola con desesperación.

—¿Cómo que no ha pagado? —se exaltó su compinche, poniéndose de pie de un salto y olvidándose de su magullado tobillo.

—Dice que es un asunto altamente confidencial y que lord Silvery quiere asegurarse de que no diré nada. Por eso quiere pagarme en persona y pedirme silencio, claro está.

—¿En persona? ¿Dónde? ¿Hay que ir a su casa?

—Peor... —Ensombreció su expresión—. ¡A la fiesta en honor de lady Renoir!

—¡¿Qué?! ¡Oh, oh, oh! —se sulfuró la pequeñita Amélie, abanicándose con las manos y cojeando de un lado a otro—. Olvídense de ese dinero, por lo que más quiera... ¡*Madame!* ¡No! No puede estar considerando la idea de ir. ¿Qué va a decir en cuanto lady Renoir la vea? O si lord Silvery conoce a la verdadera prima en la fiesta y luego la ve a usted... ¿Qué será de nosotras? ¿Podrían meternos en la cárcel? ¡Yo! ¡Una convicta!

—¡¿En la cárcel?! ¿Por un vestido? ¿No crees que estás exagerando? Como decía siempre mi querida tía Jenkins, no hay nada que la verdad no pueda solucionar... ya sea para bien o para mal. Iré, y le diré a lord Silvery que me confundí de persona en cuánto me habló de lady Renoir y...

—¡¿Esa es la verdad?! —La miró con severidad y puso los brazos en jarra.

—¿No pretenderás que le diga que lo supe todo desde el principio? Tendré que maquillarlo un poco... ¡Y no me puedes juzgar por ello! ¡Estamos aquí para sobrevivir! Ojalá pudiera permitirme el lujo de decir lo que me da la gana... ¡Pero no es así! Como iba

diciendo, me presentaré. Pediré disculpas y contaré lo ocurrido un poco adornado y fin de la historia. Estoy segura de que lord Silvery entenderá que soy humana y que me equivoqué, del mismo modo que él se equivocó de dirección. Incluso estoy convencida de que me pagará. Cualquier hombre honorable y justo lo haría —tragó saliva después de esa última afirmación; ¿de veras le había parecido esa clase de hombre en cuanto lo vio? Quizás estaba siendo demasiado optimista, pero no tenía más remedio que serlo.

—Haga lo que crea más adecuado, *madame*... —se resignó Amélie, abrumada por la ambición de su jefa, dispuesta a volver a sentarse.

—Y tú me acompañarás.

—¿Qué?! ¡No! ¡Eso sí que no! Me niego en rotundo. No, no y no —Movi6 las manos haciendo aspavientos, asustada y nerviosa.

—¿Por qué no? ¿No hemos estado juntas en esto desde el principio? ¿Qué es lo que te asusta tanto? Yo hablaré, solo tienes que acompañarme y...

—No, *madame*. No puede pedirme que yo asista a una fiesta de sociedad... Sería demasiado arriesgado.

—¿Arriesgado? ¿Qué ocurre, Amélie? —Se acercó a ella, desconcertada.

—No, no es nada —le sonrió, forzadamente—. Pensándolo mejor, será mejor que la acompañe. No me lo perdonaría si la dejara sola...

—¿Seguro?

—Sí, seguro. No pasa nada... Olvide lo que le he dicho.

La casa ya estaba llena de invitados. La fiesta en honor a lady Renoir, al parecer, había comenzado de forma oficial... Menos mal. Alice no quería alargar más esa situación. Había llegado allí gracias a que el cochero del carruaje de alquiler estaba informado del lugar de la fiesta. Por lo visto, no se hablaba de otra cosa en toda la ciudad.

Agradeció la compañía de Amélie, porque aquello era mucho más grande e imponente de lo que había imaginado. Había lacayos, damas de alta cuna y caballeros por doquier. No era una mujer fácil de impresionar, pero lo estaba. Y eso que ni si quiera había entrado a la mansión.

—*¡Madame!* Están pidiendo invitaciones —gritó en un susurro su acompañante, que llevaba un peinado que le cubría medio rostro de lo más extraño.

Alice observó al mayordomo en la puerta de la propiedad, junto a otros altos cargos del servicio, recibiendo a los invitados que, efectivamente, mostraban una carta de invitación. Alice hizo vibrar sus pupilas por los alrededores, parada en un rincón del patio principal. Amélie la miraba con preocupación y casi a punto de rendirse.

—¡Vamos! ¡Por aquí! —exclamó de golpe, cogiendo la delgada mano de su amiga y tirando de ella a través de un camino prácticamente desierto hasta llegar a una puerta trasera.

—¿Qué vamos a hacer?

—Vamos a entrar por la puerta del servicio.

—No sé ni por qué pregunto... Ya no me sorprende nada.

Alice se escurrió entre unos matorrales como si lo hubiera hecho centenares de veces y se coló por la puerta del servicio seguida de una Amélie a punto de una catarsis emocional. Pese a que los métodos de la costurera no eran muy ortodoxos, consiguieron llegar a la primera planta.

—Disimula —dijo la rubia, cogiendo una copa de champán de la bandeja de un lacayo y

mirando a su alrededor con estudiada altivez, tratando de imitar a los nobles.

Se alejaron en busca del lugar más remoto de la estancia principal, no conocían a nadie (por supuesto). Si tenían suerte, nadie se fijaría en ellas. Consiguieron llegar a un rincón desde el que pretendían buscar a lord Silvery con la mirada. Solo debían encontrarlo, pedirle una audiencia o un segundo de su valioso tiempo, y contarle lo sucedido para salir del embrollo y cobrar. Sobre todo, cobrar. Porque habían invertido mucho en ese vestido princesa, y si no recuperaban los costes... Estarían peor que al principio.

Llegó el susodicho corazón de plata, y el rumor de las conversaciones que tenían lugar en la estancia sufrieron un drástico cambio. Las jovencitas comenzaron a hablar con voz más aguda; los caballeros adoptaron una actitud más arrogante y las damas de más edad exhibieron sus encantos como pavos reales.

¿Era ese el efecto de lord Silvery en un lugar público?

Alice reparó que, pese a todas las atenciones, lord Silvery no mostró ningún sentimiento. Es más, alguien diría que tenía una expresión desdeñosa como si estuviera envuelto por insectos. Ese rostro brillante y frío bastó para dejar claro que consideraba a los presentes tan por debajo de su dignidad que no iba a hacer el esfuerzo ni de sonreír pese a ser el anfitrión. A su lado, y cogida de su brazo, iba lady Renoir.

No había duda de que era ella. Sobre todo, porque llevaba su vestido. ¡El vestido que ella había diseñado! Un precioso traje princesa de color perla con toda clase de pedrería plateada que la hacían ver como a una princesa del invierno. Sintió cierto orgullo de ver a su gran obra maestra pasearse por el salón más famoso de París en esos instantes.

La hermana del Duque de Orléans era perfecta. Una dama coqueta, almibarada, imponente y altiva. Un rayo de luz que de seguro tocaba el piano, cantaba y bordaba a media tarde. Pero había algo en su mirar, una forma de remover las pestañas de arriba a abajo, que resultaba venenoso. Como si fuera incapaz de esconder la malicia que desbordaba de su joven y arrogante corazón.

Observándolo todo de forma satírica, se recordó que le sobraban esos comentarios tan despectivos acerca de lord Silvery y lady Renoir. No debía olvidar que estaba allí por trabajo. Y el hecho de que la mera presencia del "*señor ojos de plata*" le pusiera los nervios de punta, no era motivo suficiente para pensar en cosas que deberían ser indiferentes. Le caía mal, le era insoportable... pero sólo quería su dinero. Nada más.

Y cuando pensaba que estaba encontrando cierta paz mental, su mirada se encontró con la de lord Silvery y le pasó por la cabeza la imagen de una cárcel. Rápidamente desechó ese pensamiento tan negativo y culpó mentalmente a Amélie por esa idea. ¡Nada tan horrible podría suceder!

“Eso pensé yo, que nada tan horrible podría suceder por un vestido que, al fin y al cabo, era estupendo. Pero no sabía quién era Hugo Silvery, y no imaginaba que existían cosas peores que la cárcel.”



Capítulo 4

La zancadilla

Más fácil es escribir contra la soberbia que vencerla.

Francisco de Quevedo.

Su primer instinto de supervivencia fue el de huir. Marcharse corriendo de allí. Sin embargo, si hubiera hecho tal cosa, se hubiera traicionado a sí misma. Nunca había sido de esa clase de personas que escapaban de los problemas. Debía afrontar la situación. Cogió aire y se recordó a sí misma la importancia de obtener el pago por el vestido. No quería volver a servir, había dejado la vida de doncella atrás.

Le estaba aguantando la mirada. Debería haberla apartado, ese hombre no estaba acostumbrado a que una simple mortal se atreviera a mirarlo fijamente a los ojos. Notó que se irritaba, como si no soportara el hecho de que ella no se amedrantara.

—*Madame*, necesito sentarme. Me duele mucho el tobillo y temo caerme de bruces aquí mismo, y no quisiera formar semejante escándalo —la sacó de su guerra visual Amélie, con el gesto adolorido.

—Por favor, Amélie, ve y siéntate. Pero ten cuidado —concedió, preocupada por la frágil salud de su amiga.

—Saldré un poco al balcón, necesito aire fresco... —argumentó, con la frente sudorosa.

—No te vayas muy lejos.

—No, aquí mismo —Señaló una terraza en la que varias damas estaban paseando y no era tan solitaria como para parecer indecente.

Se había quedado sola ante el peligro. Pero no podía pedirle más a la pobre Amélie, que suficiente había hecho acompañándola hasta allí a sabiendas de lo mucho que se estaban arriesgando. Cuando se giró hacia lord Silvery, éste ya había desaparecido. Lo había vuelto a perder de vista.

—¡Prima Bellina! —exclamó lady Renoir, hinchándose como un pavo real, en un salón contiguo al que estaba ocupando Alice—. Muchas gracias, es tu mejor diseño. He de suponer que mí persona te ha inspirado, y no me extraña... Soy la musa de cualquier artista —dijo en un susurro que pretendía ser cómplice, pero que sólo causó confusión en la mujer de cuarenta años que llevaba la falda de color marrón más abultada de la fiesta.

—¿Diseño? ¿A qué te refieres, querida? —inquirió, con una mueca de incompreensión.

—El vestido —Se señaló a sí misma, indicando el bello traje gris perla con piedrecitas brillantes alrededor del escote y de la cintura—. No hace falta que disimules conmigo, lord Silvery me lo ha contado todo. Agradezco tu discreción, ya sabes que está muy mal visto que...

—¿El vestido? —la interrumpió, negando con la cabeza sutilmente y mirando a su alrededor como si tuviera un gran secreto que contar—. Precisamente iba a reclamártelo en cuanto te he visto, ¿cómo has podido acudir a otro centro de moda?

—¿A otro centro de moda? —Arrugó la naricita aristocrática, sin fruncir el ceño por miedo a que su porcelanosa cara se resquebrajara—. ¡Yo sería incapaz de hacer tal cosa! Lord Silvery me lo regaló. Pero me aseguré de que fuera a tu tienda en cuanto supe de sus intenciones... No entiendo nada...

—Pues está muy claro, querida. Tu pretendiente... ¡Ha ido a otro lugar! —resolvió, juzgándola a través de sus ojos marrones.

—¡Eso es imposible! Él no es esa clase de hombre que dice una cosa y hace otra... Al contrario, es un hombre de palabra. ¡Incluso en lo que concierne a un simple vestido!

—Yo no he diseñado ese vestido tan escandaloso y falto de elegancia, querida prima.

—¿Escandaloso y falto de elegancia? —se horrorizó, tratando de no alzar la voz ante la decena de personas que la miraban—. ¡Pero si es el mejor vestido que he llevado nunca! O eso creía yo... ¡Esto es imperdonable! —se sulfuró, haciendo saltar una astilla de porcelana al fruncir el ceño definitivamente.

—¿Ocurre algo, miladi? —apareció en escena lord Silvery, serio y sin mirar a nadie más que a su invitada de honor. Todo por interés, claro estaba. La fertilidad de la joven lady Renoir y su disponibilidad para el matrimonio, la hacían interesante a ojos del futuro Conde de Cornwall... desesperado por no perder la herencia de su padre.

—¡Milord! —se asustó, haciéndole una seña visual a su prima para que no dijera nada sobre el asunto todavía—. No, no ocurre nada. Todo está bien... ¿Puedo hablar un momento con usted? Si me lo permite.

—Por supuesto.

Lady Renoir anduvo hasta un rincón lo suficientemente apartado como para hablar del tema, pero no lo suficiente como para formar un escándalo.

—Verá, milord... —Removió sus pestañas cual gata en celo—. Le agradezco mucho esta fiesta en mi honor. Ha sido muy atento, ha sido muy acertado... Con todo. Incluso este vestido es maravilloso, gracias.

Lord Silvery, ojos de plata, no contestó nada y se limitó a asentir con la cabeza con un movimiento seco.

—Pero... —continuó—. Tengo mucha curiosidad para saber dónde lo encargó... No quiero decir que el vestido esté mal, por supuesto que no... Es curiosidad femenina.

—Lo encargué donde usted me indicó, miladi. En la tienda de su prima.

—¿Puede describir a mi prima? —inquirió, dándose cuenta de lo extraña que era la pregunta después de haberla formulado.

—¿Es esto un juego, lady Renoir?

—Tengo mis motivos, lord Silvery... Si fuera tan amable...

—Bien, si insiste... —aceptó, irritado—. Tiene unos veintinueve años, su pelo es rubio como la ceniza, es alta, de complejión fuerte, y sus ojos son de un color celeste característico. Parece inglesa, pero habla perfectamente el francés.

Lady Renoir no supo qué le dio más rabia. Si descubrir que el vestido que llevaba no había sido diseñado por su querida prima o ver el modo en que lord Silvery describía a esa misteriosa mujer. ¡Parecía ensimismado! ¿Era posible? Jamás, en las tres semanas de cortejo, había visto un mínimo brillo en los ojos metálicos de Hugo. Pero habían chispeado al describir a su supuesta prima. Chispeado como si alguien le hubiera dado un golpe de martillo sobre su corazón de hierro y hubieran saltado chispas. ¡Qué rabia!

Se tragó la hiel que le subía por la garganta con un gran esfuerzo, casi humano. Y sonrió, dejando entrever sus pequeños dientes y entornando sus ojos de color avellana.

—Milord, mi prima tiene cuarenta años. Y es esa mujer de ahí —Señaló a Bellina, que los miraba con cara de circunstancia a unos metros de distancia. Lo dijo con una gran sonrisa, como si no estuviera maldiciendo a esa impostora de la que todavía no sabía nada, aparte de que era capaz de remover algo en lord Silvery. ¡Y eso no podía permitirlo!

—Entonces... —Anduvo hasta el salón contiguo, seguido por lady Renoir—. ¿Quién es esa mujer de ahí? —Señaló a una dama que resaltaba por encima de las demás, no sólo por sus ropas humildes en comparación al resto, sino por su extraña belleza que atraía segundas miradas.

Lady Renoir clavó sus maliciosos ojos sobre esa mujer que bebía champán y miraba de un lado a otro, seguramente buscando a lord Silvery. Era más bella de lo que imaginó al principio.

—No sé quién es, lord Silvery. Pero, desde luego, no es mi prima. Y temo por la seguridad de este evento. Sólo hay que ver su aspecto... —espetó, intensificando el desdén en cada palabra que emitía—. ¡No lleva ni una sola joya! Lleva el chal más usado que he visto en mi vida, estoy segura de que lo ha llevado en más de cincuenta ocasiones. Y aunque su vestido es pasable, no luce como el resto. Ni si quiera va bien peinada, se nota a la legua que se lo ha hecho ella misma. ¿No lo ve? No tiene tirabuzones hechos por una mano experta, ni lleva horquillas de plata o de oro... ¡Es una mendiga! O peor... ¡Una ladrona!

Con los ojos clavados en ella y la ceja enarcada, Hugo abandonó a lady Renoir y echó a andar hacia la intrusa. Ante él se abrió un camino debido al excelso tratamiento que los invitados le dedicaban. Su presencia era magnífica, desde luego.

—¡Jovencita! ¿Puede ayudarme? —oyó a sus espaldas Alice, obligándola a girarse sin darse cuenta de que lord Silvery se estaba acercando a ella.

—¿Qué le ocurre, señora? —preguntó, al ver a una anciana enojada con tiara de diamantes incluida y un vestido con el que habría podido comprar un caballo.

—Necesito que me ayude con los zapatos, se me ha caído un trozo de tarta sobre ellos... Y me preguntaba si me puede ayudar... Como la he visto sola... Mis nietas no sé dónde están y el servicio está demasiado ocupado como para escuchar a una octogenaria —balbuceó, sosteniéndose sobre un bastón y temblando, como si realmente estuviera incómoda con esa gran mancha de nata en medio de sus zapatos negros.

—Por supuesto, será un placer. Vayamos a un lugar tranquilo y la ayudaré —aceptó rápidamente, sin sentirse humillada ni avergonzada por limpiarle los zapatos a una señora de avanzada edad que, realmente, lo necesitaba.

—No todas las jóvenes de hoy en día accederían a semejante petición... Muchas gracias, es usted muy buena.

La señora, encogida por el paso del tiempo y con el pelo blanco, se apoyó en su brazo y anduvieron hasta una habitación solitaria, dejando atrás el concurrido salón en el que lord Silvery había sido interceptado por una mujer muy interesada en presentarle a su hija casadera.

—Mucho me temo... —concluyó Alice, después de pasarle unas cuantas veces el trapo al zapato de la señora—. Que esta mancha no se irá si no le ponemos un poco de betún.

—¿Betún? —se sorprendió la dama, haciendo brillar sus ojos hundidos en las arrugas y alzando sus cejas grisáceas—. Sabe mucho del tema, señorita.

Alice reparó en que se había quitado los guantes y que, por ende, sus manos de trabajadora habían quedado a la vista.

—He tenido que espabilarme sola durante mucho tiempo —confesó, con cierto rubor en las mejillas y poniendo las manos detrás de su cuerpo—. Eso es todo, señora.

—Ya veo... —La miró fijamente, como si la estuviera analizando. ¿La habría pillado?

—Iré a preguntar al servicio si me pueden dejar un poco de betún. Ahora vuelvo, señora. No se mueva, le sacaré esa mancha en un santiamén. Ya lo verá.

—No... No será neces...

Pero la palabra quedó suspendida en el aire porque Alice ya había abandonado la habitación y se dirigía a toda prisa hacia el piso de los sirvientes. Allí, espantó a los mozos que quedaron muy conmocionados al verla pidiendo betún y volvió corriendo con un pequeño botecito de menjunje negro para sacar la mancha del zapato repleto de nata.

En sus prisas por ayudar y por terminar con todo aquello lo antes posible, no vio el pie puesto adrede en su camino. Lo que se conoce vulgarmente como "zancadilla". Sí, alguien le había hecho la zancadilla en mitad de un salón lleno de nobles emperifollados hasta las cejas y se cayó de bruces al suelo, desparramando toda la pintura negra sobre unos zapatos plateados con brillantes más caros que su taller de costura entero. Se hizo daño en la rodilla, pero sentir todas las miradas de repugnancia sobre ella, la hirió mucho más.

Alzó la vista lentamente, temiendo lo que estaba por suceder, y lo primero que vio fue el rostro burlón de lady Renoir. ¡Lo había hecho expresamente! ¿Pero por qué? Le entraron unas ganas inmensas de llorar, pero no pensaba darle ese placer a esa jovencita engreída que la miraba por encima del hombro con una sonrisa de satisfacción y un deje de asco. ¿Por qué tanta inquina?

—¡Me has ensuciado los zapatos! —gritó acto seguido, cambiando el gesto radicalmente a una mueca de lástima, a punto de romper en llanto. ¿En serio? ¿Llorar por unos zapatos manchados? ¿En qué mundo había ido a parar? ¡En el mundo de las arpías ridículas!

—Miladi, lo siento mucho —se excusó, a sabiendas de que no había sido su culpa, pero con la severa intención de salir de ésa lo antes posible mientras se volvía a poner de pie. ¡Solo quería su dinero!

—¿Qué lo sientes? ¿Quién eres tú? ¡Desde luego no te conozco! Y no creo que ninguno de los presentes lo haga... ¡Te he pillado, ladrona!

Un murmullo de negación se extendió, confirmando que nadie la conocía y que, muy probablemente, la consideraban una delincuente que se había colado a la fiesta.

—¡No soy ninguna ladrona! Soy una costurera. Yo he cosido su vestido, miladi —se defendió, con las manos llenas de betún y el pelo alborotado por la caída. Seguro que sus mejillas enrojecidas no la ayudaban mucho a mejorar su espantoso aspecto. Los presentes habían hecho un corrillo a su alrededor, atraídos por el altercado.

—¡Qué escándalo! —se escuchó entre la multitud.

—¡No deberían permitir la entrada del populacho en un lugar como este! —se indignó otro.

¡Por Dios! ¿Eran humanos o bestias devoradoras? ¡Ni en las calles había tanta maldad! Un forajido tenía más misericordia que aquellos petimetres empolvados.

Entonces, el silencio se hizo sepulcral. Era lord Silvery, que había llegado al punto neurálgico del salón bastante contrariado. O esa sensación le dio a Alice que, al mirarlo, sintió todo el frío del mundo sobre ella. Como si le hubieran clavado un hierro helado. Durante ese breve cruce de miradas, confirmó que sus ojos eran plateados. Que no había sido una imaginación suya. Mirarlos era como mirar una superficie que repelía todo lo que se le tiraba, no había nada en su interior. Eran turbadores, porque a pesar de tener cerrado a cal y canto el hombre que vivía en ese cuerpo, eran capaces de atravesar los cráneos de los demás. Era un hombre peligroso si se le provocaba. ¿Lo habría provocado ella?

—¡Ésta es la que ha usurpado mi identidad! —rompió con el silencio una mujer que conocía muy bien, Bellina. La modista de "*Luxury Mode*". Una noble aburrída y ociosa que no tenía otro entretenimiento que el de diseñar ropa... Y allí estaba, con un inmenso traje

marrón. Tan grande, que parecía una albóndiga o algo peor. ¡Qué espanto! Y ni hablar de su pelo, que estaba cardado hacia arriba como si quisiera que anidaran los pájaros en él.

—¡Fue una confusión! —argumentó, mirando a lord Silvery. Puesto que a él era a quien le debía una explicación—. Me confundí de nombre.

—¿Conoces a alguien en esta ciudad que pueda confundir mi nombre, prima? —preguntó lady Renoir, removiendo su lengua viperina como una serpiente de cascabel.

—¿Quieres hacernos creer que no sabías quien era lady Renoir? ¡No seas patética!

—¡Qué despropósito! —gritó una dama en la fila de los espectadores, mientras se abanicaba como si hubiera un olor desagradable en el aire.

—¿Qué pretendías viniendo hasta aquí? —dijo lord Silvery, con un tono de voz exquisito y una nota ligeramente cansada en la voz.

—Milord —consiguió decir después de recuperarse de la impresión que le causaba ese hombre—. Sólo quería cobrar por mi trabajo. Su lacayo me dijo que solo me pagaría en la fiesta... Y es lo que he venido a buscar.

—¡Sinvergüenza! ¿Cómo te atreves a pedir dinero? ¡Después de haberle robado el trabajo a mi prima!

—Miladi, ya le he dicho que fue una confusión. Solo es ropa... Y usted puede comprar mucha más que sea de su agrado. Pero yo he invertido casi todo lo que tenía en el vestido que lleva, y necesito la retribución por ello.

—¡No te vamos a dar dinero! ¡Vamos a llevarte a las autoridades! —sentenció Bellina, clavando sus ojos marrones sobre ella con dureza—. ¿te has hecho pasar por mí! ¿Qué crees que mereces?

—Milord... —suplicó, buscando un resquicio de humanidad en ese caballero que la miraba estoico.

—Arrodíllate y pide perdón.

—¿Disculpe? —interrogó, incrédula.

Alice volvió a mirarlo fijamente a la cara. Parecía de granito. Sin calidez, inexpresiva, sin sentimientos. Si había un ser humano detrás de esos ojos plateados, no asomaba por ninguna parte. Ella, en cambio, estaba tiritando. Tiritando de impotencia con el rostro enrojecido por la cólera.

—¿No me has oído, costurera? Pídele perdón a lady Renoir, le has manchado los zapatos de betún.

—¡Yo no he hecho nada! ¡Ella me ha puesto la zancadilla, muy señor mío! —se defendió, impotente ante tanto despropósito.

—¡No te atrevas a insinuar tal cosa! Ella es la hermana del duque de Orleans. Y es mi invitada de honor. Si no le pides disculpas ahora mismo, me encargaré de cerrar tu taller de costura.

—¡Ella no es más que una niña consentida! —escupió, incapaz de controlar su lengua por más tiempo. Ya no le importaban los grilletes ni todas las cárceles de Francia.

—¿Y tú? ¿Costurera de barrio? ¿Cuál es tu nombre? —La miró con estudiada indiferencia.

—Alice —pronunció, hinchando sus pulmones y llenándose de valor.

Él era temible, pero ella no iba a acobardarse.

—Arrodíllate, Alice —dijo Hugo Silvery, el hombre con el corazón metálico, haciendo resonar sus palabras más como una orden seca que como una petición cortés.

Lo miró fijamente a los ojos, clavando sus ojos celestes sobre aquellos sin vida, hechos

de metal. No había duda ni sorna en sus palabras, el futuro Conde de Cornwall estaba decidido a humillarla en público sin escuchar su versión de los hechos. No importaba qué hubiera sucedido. Ella no era nada más que una bastarda, una costurera sin apellido que vagaba en busca de clientes por las calles de París. Y justo en ese instante, estaba rodeada por la crème de la crème francesa. La miraban con altivez, por encima del hombro. Aplastándola como a una hormiga.

Algo le decía que, si no obedecía a Hugo Silvery, su negocio caería en desgracia al día siguiente. Y era algo que no podía permitirse. No podía permitir que unos secuaces rompieran su tienda y la obligaran a cerrar. En ella estaban todos sus ahorros, todo lo que tenía y que había ganado con sudor. Aunque, visto lo visto, quizás tendría que despedirse de su sueño de ser modista para siempre y debería conformarse con remendar las faldas de las viudas de por vida.

Sin dejar de mirarlo, se arrodilló lentamente. Dejando caer sus rodillas sobre el suelo, muy tiesa. Apretando dolorosamente los nudillos para tragarse la humillación. Aunque no estaba mirando a lady Renoir, pudo sentir su mueca de satisfacción y orgullo. ¡No era más que una chiquilla engreída!

—Y pide perdón —resumió el "malnacido" (tal y como lo apodaría mentalmente desde entonces)—. Obedece, o será el último encargo de harapos que recibas.

—Le pido disculpas, lady Renoir —ironizó Alice, tragándose la ironía lo mejor que pudo con la mandíbula contraída y sus bellos ojos celestes al frente. Lady Renoir (de ahora en adelante, lady arpía) esbozó una mueca de autosuficiencia.

—Ahora, vete de aquí.

Alice se incorporó y se marchó. Pero prometió vengarse.

“No iba a perdonar semejante afrenta. Había vivido toda mi vida humillada por ser una bastarda. Y era el momento de recuperar mi dignidad. Hugo Silvery pagaría por lo que había hecho.”



Capítulo 5

No hay mal que por bien no venga

*Aprovecha la oportunidad en todas las cosas; no hay mérito mayor.
Píndaro.*

Tres días después del incidente. Taller de Alice.

Alice estaba reviviendo su peor pesadilla: la de sentirse completamente humillada e impotente. No era un sentimiento controlable, ni autocomplaciente, ni una necesidad de hacerse la víctima... Sino una realidad dolorosa a la que debía hacer frente.

¿Se lo había buscado? No, no y mil veces no. Ningún ser humano, libre de crímenes tales como matar, merecía ser tratado de ese modo tan denigrante. Sí, había mentido. ¡Pero era un maldito vestido! ¡Ropa, sin más! ¿Hacerle pedir perdón de rodillas? ¡Maldita fuera su estampa!

Lord Malnacido se había excedido en su castigo, había abusado de su poder y la había aplastado como a una rata callejera. *¿Qué podía pasar?* Seguramente pensó él. Ella no era nadie. *¿Verdad?*

¡Por supuesto! ¡Era eso! Ella no era nada más que una pobretona sin influencias, poco más que un insecto. No tenía dinero, ni nadie que diera la cara por ella. Pensó amargamente en sus hermanas. Seguramente estarían encantadas de darle su merecido escarmiento a lord Malnacido. Ellas eran contundentes cuando se trataba de la familia. Pero se negaba a pedirles ayuda.

Sus hermanas eran las Cavendish. Prestigiosas, poderosas, ricas, influyentes... Compartían sangre por parte de madre, pero nada más. Ellas eran las hijas del Duque de Devonshire y ella era la hija del mayordomo. ¡Ahí estaba la diferencia! Y no era poca. No era lo mismo nacer siendo la hija de un Duque y reconocida, que nacer siendo la bastarda de un empleado. Por mucho que tu madre fuera la mismísima reina de Inglaterra.

Por más inri, su madre fue una lunática que la torturó empleándola sin darle la más mínima muestra de afecto. Por suerte o por desgracia, no tuvo la oportunidad de sentirse celosa emocionalmente. Porque también mal trató a sus hermanas menores. De otras maneras, pero lo hizo.

Su padre, Paul Smith, fue un hombre de honorabilidad media que, al menos, no la abandonó. No obstante, su referente en la vida siempre fue la señora Jenkins. El ama de llaves. La señora Jenkins también tuvo un affaire amoroso con su padre, del que nació su medio hermano: Robert Smith. No estaban casados, pero la señora Jenkins se responsabilizó de la otra hija de su amado, ella. Le dio el amor maternal que su propia madre nunca le dio, y le enseñó los valores que llevaba a todas partes consigo: humildad, gratitud, sinceridad... Bien, ese último se lo había saltado un poco últimamente.

La señora Jenkins estaba viva, al igual que su medio hermano. Pero tampoco podía pedirles nada. Cuando se marchó, les prometió que volvería siendo una mujer independiente y rica. Y no quería romper esa promesa, porque sabía lo que le ofrecerían: volver a servir.

¡No quería ser una doncella! A sus veintinueve años aspiraba a algo más. ¿Era mucho pedir? Lord Malnacido iba a pagar por lo que le había hecho. No sabía cómo, pero

conseguiría que mordiera el polvo. Ya no iba a tolerar ni una sola humillación más hacia su persona. ¿Bastarda? Sí. Pero a mucha honra. Era mejor ser una bastarda por nacimiento que ser un bastardo por crecimiento. A ese señorito nadie le había dado una lección en su vida, pero para eso estaba ella. Para darle el tortazo que nadie le dio cuando se lo merecía.

El color pistacho de su tienda se había ensombrecido. Los cristales ya no estaban tan limpios y los maniqués habían desaparecido. Ella hacía volar su máquina de coser, "*Singer*", a través de la falda negra de la señora Belánge.

Había vendido todos sus vestidos de prueba, los bonitos, al mejor postor con los maniqués incluidos.

En banca rota.

Ese era el término adecuado. Y no sólo la economía había caído en picado, sino todas sus esperanzas realistas por llegar a ser una modista de éxito, también. Pronto debería abandonar el taller y coser en su apartamento, porque le era imposible seguir pagando dos alquileres.

Así era la vida. Pero no iba a rendirse.

Con el gesto endurecido e inmersa en sus planes de venganza, algunos realistas y otros no tanto, Amélie la miraba preocupada.

—*Madame*... —la interrumpió la escuálida mujer, frotándose las manos mientras ordenaba una pila de retales tirados en un rincón.

—Ya te he dicho que no me sigas llamando *madame*, Amélie. Ya no tengo dinero para pagarte. Así que, técnicamente, ya no trabajas para mí. Deberías buscar un empleo, si quieres puedo buscarte trabajo en alguna casa —contestó, duramente y sin mirarla. Concentrando su atención en la cremallera de la falda que tenía entre manos. No había dejado de fruncir el ceño desde la desgraciada fiesta de la que nadie quería hablar ni mencionar.

—*¡Madame!* ¿Cómo se le ocurre? ¡Yo nunca la dejaría sola! Me quedaré aquí, con sueldo o sin él. Siento tanto haberme ido durante...

—¡No me pidas perdón otra vez! —la cortó, desesperada—. No quiero que me pidas perdón por haberte desmayado. Es culpa mía que tengas el tobillo torcido e hinchado. Y haz el favor de sentarte y poner el pie en alto, no quiero que te caigas al suelo y tenga que llevarte al médico... ¡Porque ni si quiera hay dinero para eso!

Amélie se había desmayado en cuanto salió a ese balcón en busca de aire fresco, tuvo suerte de que un caballero misterioso la reanimó y la ayudó a buscar un carruaje de alquiler para que la llevara de vuelta a su apartamento. Ella, prácticamente inconsciente por el dolor de su tobillo, no tuvo fuerzas para buscar a Alice en medio de la multitud. Y se sentía terriblemente culpable por ello desde entonces.

La joven pelinegra se sentó con los ojos aguados, callada.

—Lo siento, Amélie. Estoy un poco alterada... No llores, por favor.

—No lloro por sus palabras. Sino de rabia y pena, usted se merece llegar muy lejos... ¡Es tan buena persona! No puedo creer que lord Silvery hiciera tal cosa. ¡Es inhumano! ¿Cómo se atreve a ponerla de rodillas frente a toda la sociedad francesa? Ojalá su padre lo desherede de una vez por todas —espetó, irritada.

—¿Que su padre lo desherede? ¿Qué quieres decir? ¿Qué sabes de ese canalla? —Dejó la falda y la miró atentamente.

—Oh, nada... *madame* —bajó el tono de voz una octava—. Son rumores que corren por ahí —Se agitó, incómoda—. He escuchado que el padre de ese caballero, quiere desheredarlo. Al parecer, se ha pasado la vida dilapidando la fortuna familiar y, pese a que fue un miembro del ejército, es considerado uno de los vividores más escandalosos de

Inglaterra. No roza la vulgaridad, pero no es del agrado del Conde de Cornwall. Tanto así que le ha puesto la condición de que, si no se casa antes de los treinta y ocho, lo va a apartar de la fortuna familiar y del título. Destinándolo todo a la beneficencia y dejando el título en manos de la Corona.

—¿Y todo esto se rumorea por las calles? —se sorprendió Alice—. Parecen secretos de familia o chismorreos de nobles, Amélie.

—Ya sabe que hoy en día todo se sabe —resolvió la joven, apartando una mota de polvo de su vestido azul claro.

Alice suspiró y miró a la nada con una sonrisa de oreja a oreja. Así que lord perfecto resultaba ser una calavera a punto de quedarse sin nada. ¡Qué buena noticia! Las debilidades de su enemigo eran su oportunidad.

La campanita de la tienda repicó, sacándola de sus planes malévolos.

—No te levantes, Amélie. Seguro que es la señora Belánge que viene a buscar su falda.

Alice se retocó su pelo con las manos y cruzó las cortinas de encaje. Y sí, la persona que acababa de entrar en su taller era una anciana. Pero no era la viuda que vivía dos números más arriba en la misma calle.

¡Era la señora del zapato manchado! Inconfundible por su pelo blanco perfectamente peinado en bucles y su cuerpo ligeramente encogido por el paso del tiempo. Se quedó estática, mirándola fijamente como si fuera un espejismo. Era ella, llevaba un vestido más sencillo que el de la fiesta, pero no le faltaban pieles, joyas y toda clase de carísimos complementos.

—¡Gracias a Dios! Es aquí, Cécil. Puedes esperar fuera —la oyó decir a un hombre de avanzada edad con un traje de lacayo, que salió de inmediato—. ¡Te he buscado por todo París! —exclamó, como si la culpara por ello—. Tienda por tienda, calle por calle... ¡Qué agotador! —Soltó el aire por la boca y se sentó en el impecable sillón de clientes ante los ojos desorbitados de la joven Alice.

—Se, señora... ¿Qué está haciendo aquí? —consiguió decir, sin salir de detrás del mostrador. No sabía qué hacer.

—He venido a buscarla, señorita —declaró, sin más. Observándola desde sus diminutos ojos—. Necesito una modista personal.

—¿Una modista personal?

—Sí, alguien que diseñe vestidos exclusivos para mí cada vez que lo necesite. Quiero que se traslade a vivir conmigo.

El silencio se hizo ensordecedor durante unos segundos. Alice estaba meditando las palabras de esa desconocida.

—Me imagino que presencié la desagradable escena del viernes. No me debe nada, señora. No sé si es culpabilidad o pena lo que le ha traído hasta aquí, pero ninguno de los dos sentimientos me congratula.

—Ya veo, como imaginaba... Es usted demasiado orgullosa como para aceptar ayuda de una desconocida.

—¿Orgullosa? ¿Yo? No sé qué podría tener de...

—No me mal interprete, no es malo ser orgulloso cuando la situación lo requiere. Y supongo que tienes sus motivos para serlo. Es más, me gusta su forma de ser.

—No quiero su limosna —negó, con los ojos a punto de lagrimear—. No existen las modistas personales. Es solo una excusa, señora.

—Yo jamás le daría limosna a nadie, señorita. Se equivoca; sé que su experiencia con las

personas... como yo, no ha sido demasiado fructífera. Pero no debería juzgar a la ligera. ¿No cree que se estaría contradiciendo a sí misma, si hiciera tal cosa?

—Supongo que tiene razón. Pero no entiendo el motivo de su visita, ni si quiera... Si me permite el atrevimiento, sé quién es usted.

—Señorita, me gusta. Me gustan las mujeres que tienen las cosas claras y que hablan sin florituras —Se incorporó ayudada del bastón—. Sinceramente, soy una vieja aburrida y necesito a alguien como usted a mi lado. Estoy cansada de tantas reverencias y de tantas sonrisas fingidas, quiero un poco de naturalidad en mi vida. Estoy rodeada de pánfilas adadoras.

—¿Quiere que sea su dama de compañía?

—Que no es lo mismo que una doncella. No tendría que hacer nada, salvo estar conmigo y, como ya le he dicho, diseñar para mí. Es un trato... Usted me acompaña y yo le pago sus diseños. No hay limosna, no hay servidumbre ni ninguna relación peyorativa. Simplemente el acuerdo entre dos mujeres independientes.

—Entiendo... pero yo no estoy sola, tengo a una amiga conmigo. Que no la puedo dejar, ella nunca me ha abandonado.

—Ella también puede venir, hay sitio para las dos.

—No lo sé... —dudó, desconcertada.

¿Una dama de compañía? ¿Y a cambio podría diseñar lo que quisiera con todos los gastos pagados? No era una mala idea, según su punto de vista emprendedor podía ser una buena salida a su mala racha. Necesitaba dinero para iniciar su plan de venganza. Y esa señora estaba dispuesta a dárselo.

—Tengo que ser sincera con usted. No puedo engañarla y no quiero volver a cometer el error de mentir. Pretendo vengarme de lord Silvery —dijo, sin pestañear—. Soy una bastarda, señora. Es algo que también debe saber. No soy la joven que limpia zapatos con el corazón puro. Soy una mujer con una carga muy pesada, que no tolerará más humillaciones. Sé que para ser una dama de compañía se requiere cierto estatus, del que yo carezco completamente. Y no sólo eso, sino que tengo la firme intención de devolverle a ese malnacido su jugarreta.

—Y yo estaré encantada de ayudarla en su cometido.

—¿También ha tenido algún conflicto con lord Silvery?

—No, pero como ya le he dicho... Estoy muy aburrida. Y... ¡Qué diantres! Ese arrogante inglés se lo merece. ¡Nadie debería humillar así a una mujer! Sí, querida... Lo vi todo. La lástima es que salió corriendo, porque en ese mismo instante decidí que la quería a mi lado. A las personas acertadas no hay que dejarlas escapar.

Alice sonrió, la llegada de la anciana había sido el verdadero milagro que había estado esperando. No había mentiras ni juegos, con la verdad por delante se le presentaba una oportunidad de oro. O de plata... Mejor dicho.

—Sigo sin saber su nombre...

—Llámeme Hermione —sonrió—. Mi carruaje pasará mañana a buscarlas.

—¿Mañana? ¡Pero señora! ¿Y el taller? ¿Y mi apartamento?

—Ciérrelo todo temporalmente. Yo me encargaré de los alquileres.

—¡No podría aceptar semejante despropósito! Mande su carruaje dentro de una semana. Venderé lo que queda aquí dentro y cerraré mi apartamento, no es necesario mantener espacios deshabitados —explicó, con tono autoritario sin darse cuenta.

—Está bien, Alice. Como usted, desee... —Bajó la cabeza levemente, ocultando una risa

divertida, y salió del lugar.

Alice la vio salir y subir a un esplendoroso carruaje privado ayudada por dos lacayos. ¿Quién era realmente Hermione? Le daba la sensación de que le había ocultado su identidad.

—¡Amélie! ¡Amélie! —Corrió a la trastienda—. ¡Tenemos una nueva oportunidad! No hay mal que por bien no venga, amiga mía...

“Hermione había llegado a mí como un rayo de luz en medio de un pozo muy oscuro. Era pronto para confiar completamente en ella, pero algo me decía que esa mujer apostaba por mí. Quizás fuera su aburrimiento o su sentimiento de culpa por el suceso con el betún, pero sus ojos rodeados de arrugas me decían que algo bueno estaba por venir.”



Capítulo 6

El plan de Venganza

Todo hombre alimenta un secreto sueño, que no es la bondad ni el amor, sino un desenfrenado deseo de placer y egoísmo.

Gabrielle d'Anunzio.

Una semana después. Delante del "Mode et couture parisienne".

—¿Está segura, *madame*? —preguntó Amélie, mirando el cartel de "cerrado" que pendía de la puerta del taller. Ese sitio en el que habían trabajado varios años con tantos sueños y esperanzas. Ese pequeño local de color verde pistacho que había quedado vacío para la desgracia de las viudas del barrio.

—De todas formas, hubiera tenido que cerrar... No podía seguir manteniendo este alquiler con lo que ganaba por los remiendos —respondió Alice, con una maleta en la mano—. Será mejor que subamos... —indicó el carruaje privado que las estaba esperando a escasos metros.

Un lacayo uniformado, el mismo anciano que acompañó a Hermione el primer día, las ayudó a subir y colocó su equipaje en la parte de atrás. Se acomodaron en un acolchado y aterciopelado asiento y se miraron con una mezcla de ilusión, miedo y esperanzas.

—No te preocupes, Amélie —dijo la rubia en cuanto el cochero espoleó a los caballos y empezaron a moverse lejos de *Rue Liancourt*—. Todavía me quedan algunas joyas de las que me dieron mis hermanas. Si las cosas se tuercen, no nos quedaremos en la calle. Las he estado guardando para casos de emergencia.

—Confío en usted, *madame* —determinó la pelinegra—. Este emblema... —Señaló el grabado de las cortinas—. Me resulta conocido...

—¿De veras? —observó Alice—. Yo no entiendo de emblemas... Pero estoy segura de que Hermione goza de una posición privilegiada. Tendrías que haberla visto, parece una reina...

—Espero que sus intenciones sean genuinas y no haya segundas intenciones.

—Creo que podemos darle un voto de confianza. No tendría por qué haberme ofrecido tan exquisita oportunidad si lo que pretendía era perjudicarme... Hay maneras más rápidas y fáciles de hacerlo. ¿No crees?

—Tiene razón.

—Y lo mejor de todo... Es que está dispuesta a ayudarme con mis planes de venganza. La información que me diste el otro día... Me ha sido muy útil para trazar mi trayectoria.

—¿Qué va a hacer? —se asustó Amélie.

—Aquello que le da a lord Silvery la protestad para actuar como un arrogante malnacido es su posición y su dinero. O, más bien, la posición y el dinero de su padre. Si carece de ambos atributos... No le quedará nada salvo ese rostro de hierro oxidado.

—¿Pretende...?

—Pretendo y lo voy a hacer. Y no debo olvidarme de *lady arpía*. Ella también sabrá lo que es morder el polvo, como dicen en los barrios bajos. Por cierto, ¿no recuerdas nada del misterioso hombre que te salvó en la fiesta?

—No... *madame* —negó, removiéndose inquieta.

Dos horas después, un camino umbrío se abría en mitad del bosque en dirección a la mansión de Buc, cerca de Versalles y no muy lejos de París. La mansión, un edificio blanco con columnas corintias y capiteles grecolatinos, se erguía imponente rebasando las copas de los árboles. Las ventanas con porticones de madera dejaban intuir cortinas de terciopelo azul con las flores de lis distribuidas por doquier.

—¡Oh! ¡Ya sé! ¡¿Cómo he podido ser tan olvidadiza?! —exclamó Amélie, a pocos metros de llegar a la entrada principal.

—¿El qué? —inquirió Alice, un poco abrumada por la inmensidad del lugar. Odiaba ponerse nerviosa.

—El emblema es de...

No le dio tiempo a terminar la frase. El cochero picó dos veces en la puertecita y acto seguido, la abrió. El viejo lacayo, que ya se había presentado como Cécil, las ayudó a descender como si fueran auténticas princesas.

Alice llevaba su segundo mejor vestido de lana con bordados de muselina lavanda. El pelo lustroso después de habérselo cepillado a conciencia esa misma mañana y la misma maleta con la que llegó a París. Pesaba menos que la primera vez que tuvo que cargarla, pero llevaba lo imprescindible. Se detuvo un momento a admirar el edificio, casi reteniendo el aire. ¡Era enorme! Con toda clase de detalles arquitectónicos y arbustos tallados con formas a lo largo del jardín delantero. Al ser de color blanco, daba una sensación de amplitud todavía mayor. Reparó en que el azul era predominante en los tejidos, como en la alfombra que cubría las escaleras principales.

—Acompañenme, si son tan amables —pidió el viejo Cécil.

Cécil parecía ser el hombre de confianza de Hermione. Era un viejecito de aspecto agradable, con el pelo canoso y una barba cuidadosamente afeitada. Solía llevar un traje azul con botones dorados, o al menos Alice lo había visto con ese uniforme dos veces.

Las costureras siguieron al señor hasta el interior y quedaron estupefactas con lo que vieron. Solo en el vestíbulo hubieran cabido seis talleres como el que acababan de cerrar. Muebles carísimos y reliquias de coleccionista llenaban la estancia con gracia y buen gusto. Aunque algo le decía a Alice que Hermione no perdía el tiempo decorando ese lugar. Seguro que tendría un ejército de criados que lo hacían por ella.

—¡Aquí están! —apareció Hermione, sacándolas de su asombro. Le cogió una mano y le dio un apretón un tanto doloroso—. Nos lo vamos a pasar en grande, Alice. Espero que se sienta cómoda. Y usted también señorita...

—Amélie, señora —respondió la pelinegra, un paso por detrás de Alice y con el bonete todavía puesto.

—Por favor, Cécil. Llévalas a la habitación que se les ha asignado. Nos vemos en cuanto se hayan acomodado —Guiñó su arrugadito ojo y desapareció a través de una puerta de cristal.

—Por aquí, señoritas —instó el lacayo, alzando su mano enguantada.

Subieron una larga escalinata de marfil con macetas en los rincones y cruzaron un espacioso pasillo con moqueta azul hasta llegar a una estancia del tamaño de una plaza. Situada en la parte delantera de la mansión entre dos grandes robles que daban una vista preciosa.

—¿Necesitan que avise al servicio? —inquirió Cécil.

—No, no será necesario —repuso Alice, embobada—, pero... ¿dónde está nuestro

equipaje?

—Las doncellas subirán a colocarlo en breve. No se preocupe por ellos, señorita. Si no me necesitan, me retiro.

Efectuó una reverencia, dio media vuelta y cerró la puerta al salir. Dejando a una Alice en estado catatónico y a una Amélie un tanto incómoda.

—¿Lo has oído, Amélie? —gritó en un susurro—. ¡Nos van a colocar el equipaje! —se permitió bromear y ser feliz por unos instantes.

La estancia tenía dos camas individuales con sus mesitas a juego y sus doseles incorporados. En medio, había una pequeña mesa para escribir o tomar el té (o eso se imaginaba ella, al ser inglesa). Se dejó caer sobre la cama de la derecha y suspiró sonoramente.

—Siento que este es el comienzo de algo muy grande, Amélie... Lo percibo —sonrió—. ¿Se puede saber qué te ocurre? —preguntó, al ver a su ayudante tan inquieta y con el gesto torcido—. ¡No has dicho nada desde que hemos llegado!

—*Madame*... Es que me he acordado de... a quien pertenece este emblema —Señaló las flores de lis que posaban orgullosas sobre un fondo azul.

—¿A quién? Habla... Me estás asustando —borró la sonrisa de su rostro y se incorporó.

—¡De los Duques de Orleans! —clavó los ojos cafés sobre ella, muy seria.

¿Los Duques de Orleans? ¿No era lady arpía la hermana del Duque de Orleans? ¿Quién era esa anciana? ¿Y qué relación tenía con su enemiga? ¿Había sido víctima de una vil manipulación? De pronto un sentimiento extraño... una mezcla de miedo y rabia, la invadió. ¿Cómo podría Hermione hacerle algo así? ¡No parecía esa clase de mujer! Parecía tan encantadora, tan progresista, tan generosa... y todos los "*tanes*" que se le pudieran ocurrir... que se le hacía inverosímil que quisiera hacerle daño. Pero cosas peores había vivido. Y ya nada parecía imposible.

—No hay otra forma de saberlo, que hablando directamente con ella... Ruego que te quedes aquí y me esperes —Dejó su bonete sobre la cama y se pasó la mano por el pelo recogido en un moñete bajo—. No te preocupes, Amélie.

—No, madame. No me preocupo... Aquí estaré esperándola. ¿Está segura de que no quiere que la acompañe?

—Prefiero afrontar este vergonzoso asunto yo sola. Si es cómplice de esa niña engreída... O si es una trampa... Alguien saldrá de esta mansión con los pies por delante. O ellos, o yo —Se tocó el bolsillo del vestido, indicando la pistola que llevaba consigo.

—¡*Madame!* Hay lacayos armados por todas partes. ¿Cómo se le ocurre traer un arma?

—Mujer precavida vale por dos, Amélie. Deberías saberlo.

Salió de la estancia, aparentando normalidad. Y buscó a alguien del servicio para que la llevara frente a Hermione. No tardó en encontrar a Cécil, que la escoltó hasta una salita muy bien iluminada gracias a unos grandes ventanales. Dicha salita, gozaba de una exquisita calidez natural, con el papel de las paredes de color rosa y el suelo enmoquetado.

—Pase, Alice —la invitó la anciana, sentada en un sillón de color marfil con bordados dorados.

Alice la miró fijamente, buscando en el rostro octogenario algún rastro de engaño, embuste o vil traición. Pero no halló nada de lo anterior salvo emoción, educación y saber estar. Se sentó frente a ella, haciendo su mayor esfuerzo por mostrarse cabal hasta que el servicio saliera.

—¿Qué le ha parecido su habitación, Alice? —preguntó Hermione, cogiendo un dulce

típico francés y llevandoselo a la boca mientras la miraba a través de sus ojos color marrón, muy parecidos a los de lady arpía. ¿Cómo no se había dado cuenta antes?

—Hermione, ¿qué pretende? —preguntó directamente, estrechando sus ojos celestes sobre la señora, sin una sonrisa ni una pizca de amabilidad en su gesto.

—Ya lo sabe... —repuso la anciana después de un largo e incómodo silencio, confirmando que había algo turbio en todo aquello. Dejó la mitad del dulce francés sobre su plato y la enfocó—. Aparte su mano del revólver, Alice. Nadie quiere hacerle daño.

Alice no obedeció. Siguió con su mano dentro del bolsillo y una posición beligerante.

—Enriqueta, la joven que la humilló en la fiesta, es mi nieta. Pero no la he invitado a mi casa por ella, sino por mí. Mis intenciones siguen siendo las mismas que las del primer día: usted diseña para mí, me hace compañía y yo la ayudo con sus planes de venganza.

—Mis planes de venganza incluyen a su nieta, señora —espetó—. Me hizo la zancadilla y me dijo cosas horribles frente a la alta sociedad parisina.

—Alice, ¿sabe cuántas nietas tengo? Ni si quiera puedo contarlas con los dedos. Tengo nueve hijos, y cada uno de ellos está casado y ha formado su propia familia. La mayoría de mis nietas, hijas y nueras son unas estúpidas engreídas. Unas pomposas a las que ni yo misma soporto. A veces pienso que hubiera sido mejor ahorrarme el sufrimiento de algunos de mis partos. Usted dijo que es una bastarda, bien... yo también lo soy —Alice se sorprendió—. Soy la hija ilegítima del último Duque de Griñón. Viví toda mi infancia a la sombra de mis perfectos hermanos, hasta que mi padre necesitó a una hembra para emparentarse con los Duques de Orléans. Me reconoció de la noche a la mañana, y me casó sin preguntar.

—Entonces... usted es...

—La Duquesa Viuda de Orléans. Mi hijo mayor murió hace dos años por una extraña afición y mi nieto heredó el título. Creo que él, a su vez, también ha engendrado a un par de hijos varones...

—¿Lo cree? —no evitó reírse, olvidándose del revólver.

—Ya ha dejado de importarme, querida. Con los años te das cuenta de que no hay nada más desagradecido que unos hijos consentidos. Por no hablar de los hijos de éstos. Como puedes ver... —Señaló el amplio salón—. Estoy sola. Tan sola como me viste en esa maldita fiesta. Se han olvidado de mí, Alice. Y yo necesito a alguien como usted a mi lado si no quiero marchitarme del aburrimiento. Sé que ha sufrido mucho, me imagino que su vida no ha sido nada fácil... Pero tiene que creerme. Esa niña arrogante necesita una lección, por mucho que sea mi nieta. Su plan no incluye el asesinato, ¿verdad?

—Oh... ¡No! —se horrorizó Alice, sacando la mano de su bolsillo—. No pienso matar a su nieta. Solo quiero que sepa lo que es sentirse humillada, nada más. Sería incapaz de llegar tan lejos...

—Hace unos momentos, no lo parecía...

—Creo que le debo una disculpa, Hermione. No debí ser tan impetuosa como para traer un arma en su salón. Supongo que, como usted ha dicho, he tenido que lidiar con demasiadas situaciones desagradables y me he comportado de una forma bochornosa.

—Supongo que forma parte de su encanto —Retomó el dulce y sonrió.

Alice la imitó y aceptó una taza de té mientras hablaban de nimiedades hasta que una señora muy elegante compareció frente a ellas.

—Quiero presentarle a Colette, Alice. Ella es una maestra en el arte de la transformación... Ha dirigido varias obras de teatro y no conozco a otra mujer más capacitada para la pintura, la actuación y la persuasión.

—Un placer —reverenció Alice.

—Igualmente —complació Colette, de pelo rubio perfectamente peinado en bucles y cuerpo voluptuoso. Pese a su edad, se conservaba muy bien e, incluso, podría considerarse atractiva. Sus ojos azules, tan claros como el cielo, ayudaban a esa percepción.

—Ella le ayudará a adoptar su nueva identidad. Es de mi total confianza.

—¿Mi nueva identidad?

—Tiene que derrotar a lord Silvery en su propio terreno. La idea es que lo enamore hasta el punto de llegar al matrimonio. Y cuando llegue al altar... ¡Aplastarlo! ¿No era eso lo que tenía pensado?

—Algo así...

—Para eso estoy yo, Alice. Para darle forma a sus pensamientos. Sígueme, señoritas.

Hermione se levantó del sillón con la ayuda de su bastón y anduvo a paso lento hasta una habitación apartada. La costurera no podía creer lo que en ella había: telas, joyas, pelucas, polvos, tinturas...

—Lo he preparado todo para usted —sonrió la Duquesa Viuda—. Las telas son para sus diseños, podrá diseñar sus propios vestidos.

—¿Pero no debía diseñar para usted?

—Y lo hará, pero quiero que también confeccione los vestidos con los que se presentará en los actos públicos. Las joyas la ayudarán a representar el estatus de la nieta del Duque de Griñón.

—¿La nieta del Duque de Griñón?

—Exactamente, se hará pasar por mi sobrina. Ahora eres la hija pequeña de mi hermano menor. Para ponerte en el papel... Colette te ayudará. Y puedes escoger alguna de estas pelucas...

—¿No me reconocerán?

—¿Cuántas veces la vio lord Silvery? —preguntó Colette.

—Dos. Una en mi taller y otra... ya lo sabe.

—Yo le puedo pintar el rostro para cambiarle un poco las facciones. La peluca y la vestimenta harán de usted otra persona. No creo que puedan reconocerla con tan solo haberla visto una vez o dos. Piense que un buen disfraz, puede ayudarla mucho. Cuando vista la seda, con joyas cargadas de diamantes y su pelo ya no sea rubio cenizo... sino negro... Podrán encontrarle similitudes, pero nadie pensará que es la misma. Porque nadie puede imaginar toda la trama que hay detrás de esta actuación.

—Mañana vienen mis nietos y lord Silvery está invitado... Vendrán para pasar sus vacaciones de invierno.

—Estarán aquí varios días...

—Tendrás una gran oportunidad. De una bastarda a otra, aplástalos.

“El plan era fácil: hacerme pasar por la sobrina de la Duquesa de Orleáns y enamorar a lord Silvery. Debía hacer que el malnacido bebiera los vientos por mí para que cuando llegara el momento del matrimonio, pudiera aplastarlo como a una hormiga Su padre lo desheredaría, y se quedaría sin nada. Yo volvería a mi taller cargada de dinero por los pagos de Hermione y me convertiría en una modista de lujo. Era muy sencillo. ¿Qué podría ocurrir?”

Capítulo 7

No hay dos, sin tres

*No todo error debe calificarse de necedad.
Cicerón.*

Al día siguiente. En la mansión de la Duquesa Viuda d'Orléans.

—Se acerca un carruaje, lady Renoir —anunció Cécil, el fiel ayudante de la Duquesa Viuda, llenando de dudas el corazón de Alice.

No eran dudas sobre sus objetivos, sino sobre el plan. ¿Estaba segura Colette de que no la reconocerían por una peluca y un vestido caro? Era cierto que solo la habían visto un par de veces, pero se le hacía difícil creer que tal cosa pudiera suceder. O quizás simplemente fueran sus miedos los que hablaban por ella.

—Tranquila, Alice, lo harás bien —alentó la anciana—. Recuerda: eres la hija de mi hermano. La nieta del Duque de Griñón, lady María Fernán. Has venido de visita, porque estás en edad casadera y tu padre quiere que yo sea tu carabina. Eso no lo dirás abiertamente, pero lo darás a entender. Yo hablaré por ti y haré las presentaciones. Tú sólo límitate a enamorar a lord Silvery. Por cierto, los retoques que le has dado a este vestido en tan sólo un día... son fantásticos.

¡Lady María Fernán! ¡Qué extraño sonaba después de haber pasado toda la vida sirviendo a damas de alta alcurnia! Jamás imaginó que ostentaría un rango nobiliario, aunque éste fuera falso.

Se miró en el espejo rápidamente, aprovechando que los caballos todavía estaban deteniendo su paso frente a la mansión. Lo cierto era que estaba muy cambiada. Colette, la especialista en teatro, le había colocado una peluca de pelo negro natural que parecía tan suyo como el que escondía debajo de ella. Los polvos para el rostro habían hecho maravillas y el vestido de terciopelo turquesa, a juego con sus ojos, le daba un aire de distinción del que jamás había podido presumir. Por supuesto, las joyas ayudaban a que se viera como una auténtica princesa (o así lo consideró ella).

—Y ya sabe lo que hemos hablado —intervino Colette, a punto de desaparecer por la puerta trasera—. Imite lo que vio en casa de sus hermanas. Nada de reverencias forzadas y, sobre todo, nada de beber a sorbos. Estuvo muchos años con ellas como para saber las normas de protocolo... Piense en ellas y actúe... ¡Ah! ¡Y no se quite los guantes si no es estrictamente necesario! El tratamiento que le pusimos en la piel ha dado buenos resultados, pero no conviene arriesgarse... Siguen estando un poco deformadas por las horas de costura.

—Así lo haré, Colette. Mis manos son mi mayor delator. Sólo las desnudaré en las comidas de gala. Muchas gracias por su ayuda, ha sido muy amable.

—No tiene que agradecerme nada, pronto estaré de vuelta para ver cómo sigue con los ensayos. ¡Mentón alto, miladi! —resolvió, poniéndose un sombrero de plumas sobre su perfecto y abullonado pelo rubio y desapareciendo de la escena.

Definitivamente, aquella mujer se tomaba muy en serio su trabajo. Y aunque podía parecer un poco cargante, los resultados eran maravillosos. Colette era una gran profesional.

Amélie se haría pasar por su doncella, por lo que no tendría que estar presente durante

los eventos. Tan sólo si se solicitaba su presencia. Alice odiaba tratar a su amiga de ese modo, pero la misma Amélie lo había pedido. Siempre había sido muy discreta, y seguía siéndolo. Era como si le aterrorizara la idea de presentarse frente al mundo. Solía ir con bonetes que le cubrían el rostro y con peinados que le caían sobre la frente. ¿Por qué tanta timidez?

—¡Ya están aquí! Las niñas ya han bajado del carruaje, miladi —dijo Cécil, espiando a través de la ventana disimuladamente.

—Vayamos a recibirlos. ¿Lord Silvery viene con ellas?

—Sí, miladi. Y ese amigo suyo tan peculiar... lord Goldener.

—Me cae bien ese muchacho, es un soplido de aire fresco.

La anciana anduvo hasta el recibidor y Alice la siguió. Tuvo que hacer un gran esfuerzo por levantar el mentón y no mantenerlo bajo, como era de costumbre en la servidumbre. Se miró los guantes de seda fina, sus mayores aliados. Y se recordó a sí misma por qué hacía todo eso: por venganza y justicia. Por todos los pobres que alguna vez sufrieron humillaciones injustas. Adoptó el papel que Colette le había enseñado: el de sus hermanas. Y se inspiró en ellas para poner la espalda recta y adoptar una pose de indiferencia casi innata. No debía ser tan difícil, ¿no? Al fin y al cabo, su madre fue la Duquesa de Devonshire.

Cogió aire un par de veces y lo soltó lentamente, como si nada le importara. El ruido de unas risas estridentes y femeninas cada vez estaba más cerca. ¿Cuántas nietas tenía Hermione? ¿Serían como lady arpía? ¿Habrían venido todas? ¿Habrían acudido al evento los nietos varones también?

—Bienvenidas, señoritos —reverenció Cécil al abrir la puerta principal.

El aire invernal de Francia entró en la gran casa y con él, un vendaval femenino de lo más ensordecedor seguido por un séquito de caballeros imponentes.

—¡Abuela! —exclamó una joven de pelo rubio y ojos azules muy hermosa y afectuosa. Abrazó a Hermione antes de dejar su abrigo al mayordomo y dedicó una sonrisa a todo aquel que se cruzó con ella. No parecía, a simple vista, tan estirada como lady arpía.

—Chastity, te presento a mi sobrina: lady María Fernán. Es la hija de mi hermano menor, el que vive en España.

—¡Oh! ¡Por fin conocemos a alguien de tu familia, abuela! Las leyendas del último Duque de Griñón son épicas —sonrió la joven, mirando a Alice con admiración—. Sin duda, has heredado el pelo negro de los Fernán. Encantada de conocerte, María. ¿Puedo tutearte, ¿verdad? ¡Somos familia!

—Por supuesto —accedió Alice, sin sonreír demasiado por miedo a parecer vulgar y con las manos entrelazadas por delante—. Encantada de conocerte, Chastity.

¿Le caía bien? Chastity parecía encantadora.

—¿Quién es? —se escuchó una voz avinagrada y aburrida.

—Regina, ella es mi sobrina. Lady María Fernán —la cortó Hermione, con una mirada severa.

—Oh, no había oído a hablar nunca de usted... —saludó la joven, de hombros estrechos y cuello de cisne. Parecía la más pequeña del grupo y lucía un aspecto enfermizo, como si todo lo pesara.

—Encantada de conocerte, Regina — se tomó la libertad de tutearla, tal y como había hecho con Chastity. Regina no parecía maliciosa, sino demasiado apocada. No reaccionó negativamente a su forma de dirigirse a ella.

—¿Y esta encantadora dama? —inquirió un caballero de pelo rojo, de unos veinte años y

con escasa barba en el mentón.

—Es tu prima, Eric —presentó la abuela—. La hija de mi hermano menor, María Fernán.

—Un placer, María —Depositó un corto y casto beso sobre el dorso de su mano enguantada.

¡Todo parecía ir a las mil maravillas! Nadie sospechaba nada y no eran tan desagradables como había sospechado al principio.

—Madame... —saludó el último nieto presente, Travis. Él era alto, de tez morena y ojos aceituna.

Alice respiró aliviada, estaba yendo bien. Bien... Hasta que lady arpía compareció, cogida del brazo de Hugo Silvery con una sonrisa bobalicona y una mirada maliciosa. Era la oveja negra del grupo, ninguno de los nobles anteriores irradiaba tantas malas sensaciones como ella.

Se le hizo un nudo en el estómago al verlos. Ambos eran insoportables. Andaban con el mentón un centímetro más alto que el resto y lo miraban todo de soslayo. Los dientes le chirriaron y el sabor de la venganza se deslizó por su paladar con un sabor muy dulce y unas gotas agrias.

Se acordó de su hermana menor, Audrey. Y lo fría que era ella en esas situaciones. Puso en práctica el consejo de Colette, y la imitó. Se hizo a la idea de que era ella por unos instantes. Increíblemente, la frialdad le supuró por los poros y sus ojos celestes se tornaron más azules.

—Abuela —se limitó a decir la engreída, que parecía un bicho palo por lo delgada y marrón que era. No tenía luz, su pelo era castaño y sus ojos cafés. Esos atributos podían ser hermosos en otras mujeres, pero en ella eran feos. Sí, no había otra palabra... fea. Era bella, pero la fealdad de su alma salía a relucir y opacaba sus cualidades físicas.

—Lady Renoir —pronunció lord malnacido, haciendo raspar sus metálicas cuerdas vocales contra el aire.

—¡Hermione! —nombró un hombre alto, ancho como un tanque y de pelo dorado.

—Lord Goldener —respondió la Duquesa Viuda con una sonrisa—. Ella es mi sobrina, lady María Fernán.

Sintió seis ojos sobre ella. Cuatro de ellos, enemigos. ¿La reconocerían? Los miró fijamente, con esa mirada estudiada de los aristócratas.

—Es un placer conocerla, lady Fernán —inició lord Goldener con una sonrisa bien abierta y brillante, como el oro. Era muy apuesto y sus ojos eran de un color... especial.

—Igualmente, lord Goldener —sinceró.

—Así que vienes de ese país... España —espetó lady arpía, con un ligero tono despreciativo—. ¿Este vestido es de allí? —La miró de arriba a abajo con desdén, sin soltar a lord Silvery. ¡Dios! ¿No se agobiaba ese malnacido? Parecía un muñeco en manos de una niña.

Notó que Galán Goldener le dedicaba una mirada de pocos amigos a la joven, y rápidamente entendió que había más personas que no podían soportarla.

—¡Él es mi mejor amigo: lord Hugo Silvery! —interrumpió el chico de oro, cogiendo a Hugo por los hombros y apartándolo de Enriqueta con un tirón certero, ganándose una mirada de odio por parte de la dama en cuestión.

¿Mejores amigos? ¡Si no podían ser más distintos! Hugo era frío y altivo mientras que Galán era, como había dicho Hermione, un soplo de aire fresco o más bien... un soplo de aire cálido.

A pesar de toda la inquina que sentía por ese hombre, se obligó a sí misma a poner su expresión más coqueta. Aleteó las pestañas como había visto hacerlo a tantas damas casaderas y sonrió a media altura, con falsa timidez. Por lo que deducía, a Hugo le gustaban las mujeres sumisas y remilgadas.

—He oído a hablar mucho de usted, lord Silvery —halagó, afinando su voz de plebeya hasta hacerla sonar como el canto de un ruiseñor.

—Espero que cosas buenas, lady Fernán —repuso él, orgulloso y con el gesto tirante. Mirándola desde las alturas de la arrogancia y la soberbia. ¡Ya caería! ¡Hipócrita! ¿Cosas buenas? ¡Já!

Extendió su mano enguantada, a la espera del beso protocolar sobre el dorso. Pero al hacerlo, se dio cuenta de que le temblaba. ¿Por qué? ¡No estaba nerviosa! ¿Por qué temblaba su cuerpo? ¡No había razones! Nadie la había descubierto y el plan seguía su curso. Cogió aire con el fin de fijar la mano y dejar de parecer una gelatina en movimiento. Pero fue en balde. Había algo en el ambiente que provocaba reacciones estúpidas en su cuerpo, y su mano temblorosa era la prueba de ello.

Entonces ocurrió. Lord Silvery rozó sus dedos con su gigante mano de plata y depositó un frío beso sobre ellos, sacudiendo el universo con aquel simple acto. La frialdad del hierro traspasó su guante de seda, congelando sus venas y dejándolas quebradas. Le costó apartar la mano de él, y a él le costó apartarse de ella.

Los ojos plateados de Hugo se clavaron en los de ella en busca de respuestas, como si no hubiera sido la única en notar esa sacudida. Tuvo miedo de sostenerle la mirada por tanto tiempo, ¿y si la descubría? Pero algo la empujaba a seguir ahí, inmóvil.

—Lord Silvery, ¿me acompaña al jardín? Me gustaría mostrarle el gazebo del que le hablé —actuó rápidamente Enriqueta, tomándolo del brazo otra vez.

—Por supuesto —replicó él, al tiempo que ejecutaba una reverencia rígida y daba media vuelta.

¿Qué había sido eso?

Las demás jovencitas ataviadas con elegancia y opulencia siguieron a la abuela hasta la salita de los grandes ventanales mientras que los caballeros se refugiaban en un despacho masculino para beber y fumar.

No supo de qué hablaron los hombres, ni de qué hablaron Enriqueta y Hugo durante su paseo por el jardín bajo la supervisión de una doncella. Pero estuvo presente en las conversaciones femeninas. La trataban como a una más, y no terminaba de acostumbrarse. En ocasiones, usaba erróneamente las distinciones o se equivocaba en las normas de etiqueta. Por suerte, la excusa de venir de un país diferente era una buena justificación ante cualquier descuido.

Durante la charla, descubrió que faltaban muchos nietos de Hermione. El resto vivían en países diferentes o no habían podido acudir. Las jóvenes presentes eran hijas de los hijos varones de la anciana. Por lo que se apellidaban "Renoir". Gracias a Dios, Bellina, la modista de *Luxury Mode*, había sido una de las ausentes. No estaba segura de poder soportar a más serpientes en una misma madriguera, con Enriqueta y Hugo tenía suficiente.

—El futuro Conde de Cornwall está acaparado por Enriqueta... y no es justo —se quejó Regina.

—Un solo caballero y una horda de damas —comentó Chastity con expresión pícaro y una sonrisa que dejaba a la vista sus hoyuelos.

—¡Chastity! Tú estás comprometida con sir George Wise. No puedes competir por las

atenciones de lord Silvery.

—Pero lord Silvery es viejo para ti, Regina —comentó Hermione—. Él tiene más de treinta años y tú apenas has cumplido los dieciocho.

—¡Y Enriqueta también! —señaló.

Lo cierto era que Regina parecía más pequeña, su cuerpo era como el de una niña de quince años y parecía haberse escapado de la habitación infantil. En cambio, Enriqueta, gozaba de un cuerpo más desarrollado.

—Todas sois unas jovencitas muy guapas —convino Alice.

—De todas maneras, ¿quién querría casarse con él? —ultimó Chastity, arrugando su naricita puntiaguda—. Es un témpano de hielo. Cuando entra en una estancia, siento que la temperatura desciende. Casi todos le tienen miedo, carece de cualquier sentimiento. Creo que Enriqueta no debería haberlo invitado. A decir verdad, ni si quiera ella debería estar invitada...

—¡Chastity! —la reprendió Regina.

—¡Es verdad! Disfruta haciéndonos la vida imposible, siempre lo ha hecho. Todavía recuerdo el día que llenó mi peine de talco y se me quedó el pelo blanco.

Vaya, vaya... Problemas en el paraíso, pensó Alice. Al parecer, Enriqueta tenía más enemigos que amigos. Y no era muy querida. Ella era de la misma opinión, ¿quién querría casarse con lord Silvery?

—Propongo una apuesta —dijo Chastity, en cuanto Enriqueta se sentó con ellas y Hugo se reunió con el grupo masculino.

—¿Qué apuesta? —inquirió lady arpía, torciendo su perfilada ceja hacia la raíz del pelo.

—La ganadora será la que consiga que lord Silvery le dé un beso.

—¿Un beso? ¿Tan poco valoras tu reputación? ¿Acaso no estás prometida?

—Será un juego, querida prima. Solo un beso, corto y casto sobre los labios. ¿Tienes miedo a la competición? ¡Será divertido!

—Abuela, di algo... —exigió Enriqueta, molesta.

—Yo ya no tengo edad para dar sermones —Guiñó un ojo inadvertidamente a Alice. Esa era la oportunidad de entrar en cacería sin levantar sospechas—. María, tú también puedes participar... ¡Pero nada más que un beso!

Se alzó un coro de risillas.

—Pero ¿qué nos apostamos?

—Veinte francos. La abuela será la banca —resolvió la rubia de ojos azules—. Cada una tiene que darlos, y el total se lo llevará la ganadora. Si nadie consigue robarle un beso a ese metálico, los francos volverán a sus dueñas.

—¿Participas, prima María?

—¿Yo? —se hizo la despistada—. Por qué no...

Notó las miradas de las muchachas. Estaba claro que no era lo mismo tener veinticuatro años que dieciocho, y se lo hicieron notar. Como si supieran que ella no tenía ninguna posibilidad de ganar.

—Esto es lo más escandaloso que hemos hecho desde nuestro debut, se supone que una dama no debe apostar —rio Chastity—. Por eso me gusta venir en casa de la abuela.

Otro coro de risillas se levantó.

—Vais a perder vuestros francos, el compromiso entre lord Silvery y yo, es un hecho —sentenció Enriqueta, visiblemente enfadada—. Todo París lo sabe. Por eso dedicó una fiesta en mi honor...

¡La fiesta en su honor! ¡Qué espantoso recuerdo! Se alegraba mucho de que Chastity y Regina también se hubieran propuesto hacerle la vida imposible a Enriqueta. ¡Se lo merecía!

—Añado algo más a la apuesta —se atrevió a proponer—. La que pase menos tiempo con lord Silvery, deberá pagar una especie de tributo por ser la perdedora... Deberá arrodillarse frente a la ganadora.

—¿Arrodillarse frente a la ganadora? —se extrañó Regina.

—Es una costumbre española —inventó Hermione—. Se suelen apostar esta clase de tributos...

—Oh, no tenía ni idea. Acepto —accedió Chastity, tomando una pasta de la bandeja y llevándosela a la boca.

—Tenéis costumbres muy humillantes en ese país... —dijo lady arpía—. Pero acepto... porque sé que alguna de vosotras tendrá que arrodillarse frente a mí.

¿En serio? ¿Ahora le parecía humillante? ¡Qué hipócrita!

—Y voy a competir —replicó Regina—. Aunque me da algo de miedo...

—Yo quiero dejar claro —argumentó Alice—. Que si participo... Es solamente para no aburrirme. Porque detesto la grandeza carente de solidez.

—¿Quiere decir que lord Silvery es pretencioso?

—Sí, eso me parece. Creo que es pretencioso, arrogante y un insípido. Además de ser excesivamente serio, irritante y creído.

—Me alegra que crea conocerme tan bien, lady Fernán, a pesar de la corta relación que nos une —escuchó el golpe del martillo sobre el yunque tras de ella.

Palideció al instante. Y se giró lentamente para comprobar que, efectivamente, era lord Silvery. Y no solamente él, sino todos los invitados masculinos. ¡La habían escuchado! ¡Nadie podía fiarse de las primas Renoir! Ninguna la había avisado, y ahora comprendía las señas de Hermione, la única que se preocupó por su imagen.

Los ojos plateados de Hugo brillaban de una forma extraña sobre ella, como si una chispa hubiera saltado de ellos. ¿Estaba enfadado?

—Creo que no debería haber hablado con tanta sinceridad —se excusó, incorporándose del sillón y enfrentándolo.

—Por regla general, se suele confundir la sinceridad con la falta de educación.

¿La estaba llamando mal educada?

—¿Disculpe?

El ardor le empezaba a subir por las mejillas, no pensaba tolerar otro insulto por parte de ese trozo de hierro oxidado.

—Será mejor que pasemos al comedor, es hora de comer y Cécil ya me ha avisado de que está todo preparado —la detuvo Hermione, desviando la atención.

Lord Silvery pasó por su lado, dedicándole una mirada de soslayo difícil de definir. Le pareció más alto de lo que recordaba, y su pelo negro relucía tanto como su mentón masculino. Reparó en que en medio de la barbilla tenía un hoyuelo. La señora Jenkins le dijo una vez, que los hombres que tienen un hoyuelo en el mentón son unos mujeriegos y lord Silvery era la confirmación de aquella enseñanza. No era de fiar.

—Creo que vas perdiendo, primita —susurró Enriqueta al abandonar la salita.

—María, una apuesta es una apuesta... No te enfades conmigo —sonrió Chastity.

—Ya no le caes bien —ultimó Regina.

—He metido la pata... No hay dos sin tres —le dijo a Hermione, en cuanto se quedaron solas en medio de la salita de los ventanales.

—Has hecho todo lo contrario, querida María. Ya lo verás.

¿Qué había hecho todo lo contrario? A veces dudaba seriamente de la salud mental de la pobre Hermione. Tener ochenta años no debía ser algo fácil de llevar. ¿Cómo podía creer que lo que acababa de suceder era algo positivo? ¡Hugo Silvery ya la odiaba! Y lo que quería... ¡Era enamorarlo!

“Había metido la pata, Hugo no me habló ni me miró durante la comida. Pese a mis esfuerzos por entablar conversación con él, me evitaba a toda costa. No pensaba volver a arrodillarme frente a lady Renoir. Había ido allí para recuperar mi dignidad. Y lo haría... A cualquier precio.”



Capítulo 8

Del odio al amor, hay un paso

Matar con el pensamiento todo cuanto se ama: única manera de morir.
Simon Weil.

Esa misma noche, después de cenar. En el salón de los ventanales.

Los primos Renoir eran incansables. Después de haber pasado el día entero entre paseos, charlas y actividades, todavía les quedaba energía para improvisar un baile. Ordenaron al servicio que apartara los muebles del salón con el fin de danzar en medio de él.

Hermione les pidió que se trasladaran a la sala de baile, pero se negaron en rotundo; argumentado que una sala tan grande daría una sensación desagradable de soledad siendo un número tan reducido de parejas.

Así que allí estaban, en medio del salón de la abuela con Chastity en el piano y Regina cantando. Alice tuvo que admitir que no lo hacían nada mal, no era de extrañar puesto que las damas solían instruirse en esos menesteres. Dio gracias a Dios de que nadie le pidiera algo semejante a ella, que sabía tanto de tocar el piano como de cantar, es decir, nada.

Lord Silvery la había ignorado durante todo el día. Se había esforzado por llamar su atención, pero él tenía una gran habilidad por desechar sus intentos de acercamiento. Al parecer, estaba molesto por lo que había dicho sobre él. Seguramente no estaba acostumbrado a que alguien dijera tantas verdades sobre su persona.

Agotada de los desplantes de lord Silvery y mientras Travis, el primo de pelo negro, hacía danzar a Enriqueta con piruetas escandalosas, se sentó en un sillón lejano. Estaba agotada. Agotada de fingir, de insistir y de hablar de sandeces. ¿Cómo soportaban ese sinfín de protocolos y superfluidades? Ahora comprendía mejor a Hermione y su necesidad de compañía fresca.

Hermione estaba sentada en otro diván, acompañada por lord Goldener. El caballero era encantador, afable y muy tratable. Había hablado con él un par de veces, y lo encontraba cercano. En esos momentos, estaba explicando algo muy gracioso a Hermione. Por otro lado, el primo pelirrojo, Eric, se había retirado a descansar y lord Silvery... ¿Dónde estaba lord Silvery?

—Lady Fernán —escuchó a su derecha, sacándola de sus pensamientos.

Era él. Lord malnacido en todo su esplendor. Sentada como estaba, le parecía más alto y corpulento. Sus ojos grises estaban clavados en ella, atravesándola con el filo de su navaja plateada. Su primer impulso fue el de escapar, como siempre que lo veía, pero no pensaba hacerlo.

—¿Pretende asustarme, lord Silvery, acercándose con tanta solemnidad sin previo aviso?

Enarcó una de sus arrogantes cejas. Y ella sonrió en respuesta. Demostrándole que no iba a acobardarse por una ceja enarcada y unos labios fruncidos. Quizás esa técnica le funcionaba con el resto del mundo, pero no con ella. Ella ya sabía de qué era capaz y desde su posición como sobrina de Hermione, sería más fácil ponerlo en su sitio. Era sólo cuestión de tiempo. Enamorarlo y aplastarlo.

Humillarlo. Por muy atractivo que fuera... A ella no la engañaba con ese mentón varonil y ese porte masculino.

—¿He hecho algo que le resultara molesto, lady Fernán?

¿Algo que le resultara molesto? No, *nada*...

Tan sólo obligarla a arrodillarse frente a un grupo de patéticos y pomposos aristócratas por el capricho de una mocosa.

—No, me temo que no... lord Silvery —mintió, removiendo sus ojos celestes sobre los de él.

—Se ha mostrado contrariada desde que me ha visto, de hecho, sigue contrariada... Por no mencionar su juicio sobre mi persona pese a lo poco que me conoce

Estaba molesto.

—No debería afectarle el juicio de una desconocida, basado en habladurías y fomentado por una calurosa reunión femenina —replicó ella, incapaz de mostrarse amable. Lo había intentado durante todo el día, pero en ese punto de la noche la paciencia se le había agotado y la idea de parecerse a Audrey, su impoluta hermana, había quedado muy lejos y postergada para el día siguiente.

—No me afecta, lady Fernán. Tan sólo...

Lo desconcertaba. Podía leerlo en sus gestos, estaba desconcertado. Evidentemente, Hugo no estaba acostumbrado a que nadie le hablara con tanta franqueza y mucho menos una mujer, que debería ser todo remilgos y florituras.

—Debe ser por la diferencia de costumbres. En España somos mucho más directos —alegó, temerosa de que pudiera descubrirla.

—Debe ser eso, supongo que sí —aceptó, sin estar muy convencido—. ¿Me concede un baile?

¿Bailar? ¿Bailar con lord Silvery? ¡No había esperado semejante proposición! Por el rabillo del ojo vio las miradas inquisitivas de las primas Renoir. Al parecer, estaban tan sorprendidas como ella. No podía negarse, era una oportunidad de oro para avanzar en sus objetivos: vengarse y ganar la apuesta.

—Por supuesto, lord Silvery —accedió, doblando la comisura de sus labios en forma de sonrisa.

El caballero de plata le extendió su mano enguantada y se apoyó en ella para levantarse del sillón y andar hasta el centro de la pista improvisada. La corriente era palpable entre ambos, como si una llama naciera desde su roce y muriera en las plantas de sus pies. Alice había aprendido a bailar en casa de sus hermanas. El personal del servicio solía danzar de una forma mucho más animada y menos formal... pero sabría defenderse. Era cuestión de dejarse llevar por el hombre.

Hugo la apretó contra su torso de metal. Pudo notar que era duro y frío. Tan frío... que quemaba. Era una de esas frialdades capaces de provocarte quemaduras, como el hielo. Le costaba concentrarse, debía admitirlo y odiaba hacerlo.

La atraía desde el punto de vista sexual.

La simple idea, hacía que se odiara sí misma.

Claro que, Hugo tenía un encanto difícil de resistir. A tan poca distancia de su cuerpo, a tan sólo unos centímetros de su cuello robusto como el tronco de una secuoya... Y a sólo dos respiraciones de su perfume teñido de madera de cedro y ámbar.

Debía tener la cabeza llena de pájaros para sentirse atraída por el futuro Conde de Cornwall. Un hombre al que podían confundir con una estatua. Pero por Dios... ¿Qué había

estado haciendo ese hombre? Tenía los brazos más anchos que había visto en su vida. Le daba la sensación de que podría colgarse de uno de ellos y hacer piruetas.

Se obligó a sí misma a apartar esa clase de ideas de su cabeza y miró al frente como si sus pechos no estuvieran más tensos que las cuerdas de un piano.

La movía de un lado a otro con una habilidad extraordinaria. Era una muñequita en sus manos. Se atrevió a subir la mirada, para ver si él la estaba mirando.

Fijamente. Dos luceros plateados sobre los suyos, no había dejado de mirarla en todo ese tiempo. Como si estuviera estudiándola. La estaba retando, de nuevo. Y no iba a perder en esa batalla de miradas. Así que se armó de valor y se la sostuvo. Si por algún momento pensaba que iba a dejarse amedrantar por sus habilidades como bailarín, iba equivocado. Ni su irresistible hoyuelo en el mentón podría con ella.

—¿He vuelto a hacer algo que le resulte molesto? —preguntó él.

—La verdad es que no. Pero no tengo por costumbre dejarme ganar.

—¿Es una competición, lady Fernán?

—Ambos sabemos que sí.

Lo vio ladear la comisura derecha de los labios y un destello blanquecino se escapó de sus dientes. Fue un acto fugaz, casi efímero. ¿Había sonreído? ¿Lo había hecho sonreír?

Eso la enmudeció. Pero no apartó los ojos celestes de los suyos. Y bailaron así, mirándose fijamente el uno al otro durante mucho tiempo... hasta que Regina dejó de cantar y Chastity se apartó del piano. Ambas miraban el reloj con el gesto irritado. ¡Estaba pasando tiempo con él! Y quién pasara más tiempo con lord Silvery y consiguiera robarle un beso... ganaría la apuesta.

Sin música, se vieron obligados a detenerse y a separarse.

—Un consejo, lady Fernán —se le acercó Enriqueta en cuanto Hugo se hubo alejado, con su naricita puntiaguda ligeramente arrugada, como si tuviera una caquita en la punta de ella que la obligara a poner cara "de asco"—. Tal vez sea capaz de atraer la atención de lord Silvery por su actitud tan desagradable y descortés, pero no conseguirá nada. A él le gustan las mujeres con clase, y hoy solo ha demostrado tener compasión por una extranjera que no sabe nada de los modales franceses.

—Con compasión o sin ella, le llevo ventaja... lady Renoir. No quisiera verla arrodillada frente a mí —concluyó Alice, antes de darle la espalda y sentarse junto a Hermione.

—Me gusta —determinó lord Goldener, con una copa de whiskey en la mano y sentado en el sillón de su habitación prestada.

—¿De qué hablas?

—De la española.

—¿No te han asignado una habitación? —aborreció Hugo, quitándose la camisa y tirándose sobre la cama.

—Vamos, es una mujer. No una niñata...

—Carece completamente de buenos modales. Es competitiva como un hombre y es demasiado mayor para estar seguros de su fertilidad.

—¿Con veinticuatro años es demasiado mayor? Deberías hacértelo mirar. No me negarás que es atractiva. Tiene una cara bonita y un cutis de alabastro...

—¿Un cutis de alabastro? ¿No te has fijado que está ligeramente bronceada?

—Eso es porque es española. Y allí hay mucho sol —le restó importancia, sentándose con las piernas abiertas en una silla—. Tiene un busto generoso, deliciosas curvas y pelo

oscuro...

—Y unos tobillos demasiado hinchados por ser una dama. Parece que ha estado trabajando.

—Debe ser que hace deporte. Debe jugar con sus amigas o con sus hermanos pequeños... Pero sus piernas tienen una forma exquisita y goza de unos ojos...

—Si tanto te gusta... ¿Por qué no la cortejas tú?

—Me gusta para ti. No para mí. Posee una belleza poco convencional, perfecta para un hombre como tú. Acostumbrado a que todos le bailen el agua y a que todo sea perfecto.

—Sí, bien... qué gracioso. No voy a arruinar mis planes con la hermana del Duque de Orléans por tus caprichos y tu gusto por las morenas.

—Ella también es de buena familia, Huguito. Y por la forma en la que la has mirado durante toda la noche... Hasta te he visto sonreír, un hecho histórico —se burló.

—Vete, ya no te soporto más —Le tiró una almohada, de mal humor.

—Está bien, está bien... No quiero acabar mal esta noche, me voy.

El tanque, lord Goldener, abandonó la estancia bajo la mirada de Hugo Silvery.

Por lo visto, no había sido el único en notar la belleza de María Fernán. Pese a que no cumplía muchos de los requisitos para ser su esposa, poseía atractivo sexual. Parecía dispuesta a retarlo por cualquier nimiedad, y no estaba acostumbrado a tanta sinceridad y rebeldía. No le hacía ni pizca de gracia saberse atraído por una mujer que carecía de las cualidades que admiraba en una dama. Pero ella tenía una fuerza arrolladora, distinta. Era fuerte, robusta... pero delicada a la vez. Le recordaba a alguien, pero no sabía decir a quien. Lo único que no le gustaba, era su pelo negro. Le daba la sensación de que no iba con ella... una estupidez por supuesto. ¿Pero y si hubiera sido rubia? Hubiera sido... ¿perfecta?

—¿Cómo ha ido? —quiso saber Amélie, al ver llegar a Alice.

—Agotador... pero mejor de lo que pensaba —sonrió, asegurándose de cerrar bien la puerta con el pestillo para quitarse la peluca y dejar respirar su pelo.

—Déjeme que la ayude —se ofreció la joven delgada, cogiendo un peine.

—¡He bailado con él! —gritó en un susurro.

—¿De veras? —se emocionó Amélie—. ¿Y cómo ha sido eso?

—¡Él me lo ha pedido! Creo que puede ser por algo que he dicho por la mañana... Se ha molestado, pero he llamado su atención.

—Oh... ¿Qué ha dicho, *madame*?

—Nada, Amélie... ya me conoces. ¡Oh! Y con él ha venido un caballero tan diferente... Es muy amable, cercano y encantador.

—¿De quién se trata?

—De lord Goldener. Creo que Galán Goldener.

Amélie dejó de peinarla por unos segundos y palideció.

—¿Ocurre algo, Amélie?

—Oh, no...No, *madame*. Tan sólo he tenido miedo... Ya sabe, toda esta situación con tantas personas implicadas. ¿Y si se enamora? —cambió de tema.

—¿Quién?

—¡Usted!

—¿De quién?

—¿De quién va a ser? ¡De lord Silvery!

Alice soltó una risotada que llegó a todos los rincones de la mansión.

—Oh, Amélie... —dijo después de la carcajada y con las mejillas sonrojadas de tanto reír—. ¿Acaso crees que puedo enamorarme de mi peor enemigo? No seas tan romántica, lees demasiadas novelas de *Jane Austen*. Lord Silvery no es *Mr. Darcy* ni yo soy *Elizabeth Bennet*.

—En fin. Quizás sea verdad y soy demasiado romántica... —calló y siguió peinándola.

—No tienes por qué peinarme... puedo hacerlo yo.

—Quiero hacerlo, llevo todo el día aquí metida. Y necesito hacer algo...

—Está bien...

—Sólo diré... Que, del amor al odio, hay un paso.

—No digas nada más.

La pelinegra hizo una seña, como cerrando sus labios con una llave, y guardó silencio.

Hugo Silvery no durmió. No fue capaz de concebir el sueño y se dio cuenta de que lady Fernán era la culpable. No había sido buena idea sacarla a bailar. No podía quitarse de la cabeza su cercanía, su aroma femenino y su cuerpo entre el suyo. Estaba de mal humor, de muy mal humor. Le gustaba disfrutar de la vida, había gozado de los placeres carnales. Pero solo le quedaba un año por cumplir las condiciones que su padre había impuesto y no podía desviarse. No podía perder la cabeza por una mujer. Cosa que nunca había hecho.

No era un hombre de quedarse hasta las tantas pensando en una fémina. Pensando en cómo se sentiría si se acostaba con ella. Ella no era una cualquiera... Era una dama. Y si quería tenerla, sólo había una manera de hacerlo: pidiéndole matrimonio. Quizás fuera eso lo que no le dejaba dormir. El hecho de que para tenerla tuviera que comprometerse. Ella no era para nada el ideal de esposa. Sino todo lo contrario. Aunque su posición la salvaba... ser la sobrina de Hermione era un punto muy favorable. Pero no era comparable con Enriqueta.

Enriqueta era su pase hacia el Condado de Cornwall y hacia la fortuna familiar. Era una carta segura, la mujer que su padre deseaba como nuera. Sí, debía centrarse en eso.

Alice daba vueltas en la cama. No podía dejar de pensar en Hugo. Y en lo mucho que lo odiaba. Siempre tan altivo e impertinente. Con esos ojos inhumanos que parecían convertirlo todo en metal. Era insoportable.

Ya podía imaginar el día en que lo aplastaría como a una hormiga. Humillándolo en público por ser una mala persona. Sí, qué dulce sería la venganza...

Pero entonces, una idea aterradora le sobrevino: ¿qué se sentiría estando entre sus brazos? ¿Qué se sentiría estando en su cama? ¿Habría un colchón o sería una plancha metálica a modo de tortura?

Se reprendió severamente por tales pensamientos e ideó infinitud de estrategias para atraerlo. Cazarlo. Y devorarlo.



Capítulo 9

La caída

*El caer no ha de quitar
la gloria del haber subido.
Pedro Calderón de la Barca.*

Al día siguiente.

—Tienes que ser más precavida —la regañó Hermione a primera hora de la mañana. Las primas Renoir todavía dormían y los caballeros habían salido a dar un paseo por el campo. Así que el ambiente era propicio para hablar en medio del ya famoso salón de los ventanales (reorganizado después del baile de anoche por el atento servicio)—. Cometiste varios errores...María. Por ejemplo, cuando volvíamos de visitar el invernadero, te subiste demasiado las faldas y se te vieron los tobillos. Esto, además de ser una falta del decoro y del pudor, provocó que intuyéramos una musculatura más desarrollada de lo habitual en damas de la alta sociedad.

—No había reparado en eso, Hermione. Gracias por hacérmelo ver. Creo que la tela del vestido era tan ligera, que no calculé su movimiento. No volverá a suceder...

—A parte de ese pequeño detalle... Entre algunos otros. Creo que fue bastante bien. ¡No sospechan nada! —gritó en un susurró, emocionada por la travesura, como si fuera una niña robando galletas de la cocina. Solo que tenía el pelo blanco y sus ochenta años no pasaban desapercibidos.

—Tenía razón, Hermione. El hecho de que lord Silvery me oyera diciendo todas esas verdades sobre su desagradable persona, solo sirvió para atraerlo. Parecía tan molesto por mi atrevimiento, que no pudo contenerse y se acercó en cuanto menos lo esperaba. ¡Hasta me pidió un baile!

—Quizás tu descaro sea tu mejor arma de seducción. No lo habíamos pensado antes... Pero lo que este hombre necesita, es a alguien que le diga las cosas tal y como son. Una dosis de realidad es lo que le conviene y lo que, en el fondo, desea. Lo supe desde que te descubrió hablando de él. Sus ojos brillaron de una forma especial, me atrevería a decir que... se sentía impresionado. No hay duda de que vas por el buen camino.

—Eso espero... Porque me está costando horrores adaptarme a esta vida ociosa. Tanto es así, que ayer por la noche no dormí nada. En lugar de eso, hice unos arreglos a este vestido. ¿Le gustan? Por cierto, ¿cuándo voy a coser para usted?

—Me gustan mucho los detalles que le has añadido. Este vestido de lana verde con volantes en el pecho realza tus ojos. Todavía hace frío para el algodón... Y no te preocupes por mí. Ya habrá tiempo para que me obsequies con tus diseños. Ahora es el momento de cazar a lord Silvery.

Alice rio. Cada vez era más evidente que Hermione no tenía ninguna intención de ganar algo en todo aquello. Ella solo quería disfrutar de su compañía y de sus locuras vengativas. La pequeña anciana empezaba a ganarse su afecto.

Un poco más tarde, cuando las jóvenes se levantaron y se arreglaron, propusieron una excursión a las ruinas de un castillo cercano. Hacía frío, pero el sol brillaba con fuerza y no

había nubes. Así que decidieron, unánimemente, que era una buena idea. Lo que supuso una catástrofe para Alice, que no había sopesado la idea de salir y no tenía un abrigo acorde a su rango ficticio ni un bonete a la altura. No le había dado tiempo a hacerse con ellos y entró en un estado casi catatónico en la intimidad de su habitación. Por suerte, Hermione lo tenía todo calculado y no tardó en hacerle llegar una capa corta de lana verde royal y un bonete aterciopelado a conjunto. Dicho complemento se ataba con una larga cinta de cachemira blanca y ostentaba un par de flores en el ala derecha. Estaba perfecta. Amélie, que era una experta en ello, le empolvó la nariz y le dio un toque rojo en los labios. Esa era una de las ventajas de estar en Francia... que las pinturas para la cara eran bien vistas; no así en Inglaterra.

—Vamos, Amélie... Anímate a venir con nosotros. Te pasas el día encerrada entre estas cuatro paredes. Me consta que otras doncellas nos acompañarán, así que no será algo extraño.

—*Madame*, le agradezco la invitación. Pero de veras que prefiero quedarme aquí — cogió un libro y lo alzó en forma de argumento—. Hermione me ha dado permiso para entrar en la biblioteca de la mansión, y he encontrado una fabulosa novela que deseo leer.

—Algún día perderás la vista de tanto leer. Y la cabeza también —espetó Alice antes de salir; por suerte, Amélie estaba acostumbrada a la forma de hablar de su amiga... propia de las clases más bajas, pero sin maldad.

Hermione se quedó en casa, como era de esperar. Chastity iba la primera, acompañada de su primo Travis. Aseguraba conocer el camino mejor que nadie y andaba a paso resuelto colina arriba. Como hacía un poco de viento, su pelo rubio se le escapaba del bonete, pero nada que su sonrisa no pudiera remediar. Era encantadora. Detrás iban Regina y Eric, siendo los más avinagrados de la comitiva con constantes quejas. Y, finalmente, los metálicos con Enriqueta y lady María Fernán. Como acompañantes estaban algunas doncellas y el mayordomo de la casa, Cécil.

Cuanto más escuchaba a Enriqueta, más la odiaba. Era una niña caprichosa, consentida, maliciosa y egocéntrica. Solo hablaba de sí misma. Podía imaginar que ser la hermana del Duque de Orléans daba cierto sentido de superioridad, pero aquello pasaba de castaño a oscuro. Acaparaba la atención de lord Silvery con nimiedades. Hugo, por su parte, asentía a todo y le daba razón en las cosas más inconexas. Era imposible que ese hombre, que medía casi dos metros y que tenía el rostro más gris del país, pudiera estar interesado en esa jovencita malcriada. Estaba claro que, tal y como le contó Amélie, necesitaba una esposa rápidamente. En menos de un año debía casarse para no perder su título y su fortuna. Y, por supuesto, él estaba convencido de que Enriqueta era la indicada, la salvadora.

—Y entonces el perro callejero destruyó mi nuevo vestido. ¿Puede creerlo? ¡Ni los perros son educados en esas calles de plebeyos! Por supuesto, mi hermano me compensó comprándome una docena más... ¡Pero deberían haber sacrificado a ese perro! —rio de forma escandalosa, coqueta e...irritante—. Estoy bromeando. No me gusta la violencia — terminó, estirando su cuellecito de cisne y poniendo su cara más patética de "*niña buena*".

"*Pues yo adoro la violencia y me encantaría darte un manotazo ahora mismo*", pensó Alice con el mal humor *in crescendo*.

—Es imposible no odiarla, ¿verdad? —escuchó que le preguntaba con voz risueña Galán Goldener. Alice miró asustada a Enriqueta, pero ella estaba tan enfrascada en sus propias palabras que no había oído la pregunta—. A mí me dan ganas de zarandearla. O de tirarme por el precipicio.

—Es joven... —trató de quitarle hierro al asunto, ocultando su conformidad.

—Usted también. ¿Cuántos años tiene?

—¿No le han dicho nunca que preguntarle la edad a una dama es de pésima educación? —repuso ella, con una sonrisa.

—Déjeme adivinarlo.

—Usted no se rinde fácilmente, ¿verdad?

—Un oficial del ejército no puede rendirse, miladi.

—¿Es usted oficial?

—Retirado. Al igual que Hugo —Señaló a la estatua andante.

—¿Lord Silvery formó parte del ejército? —inquirió, incapaz de ocultar su sorpresa. Había creído que Hugo solamente era una fachada. El típico petimetre en busca de lo fácil... pero cabía la posibilidad de que no fuera así.

—Teniente, con honores. Nos retiramos después de... —Le cambió el gesto—. En fin, cosas del campo de batalla que no vienen al caso. No conseguirá despistarme, lady Fernán. Su edad... ¿veintitrés? —La miró divertido.

—Tiene buen ojo, lord Goldener. Pero siga intentándolo...

Pasaron todo el camino de esa guisa hasta llegar al castillo normando derruido. Habían andado una media hora. El lugar tenía un encanto especial, la vegetación crecía entre los muros y las piedras descansaban ordenadas sobre el suelo. Estaba completamente destrozado, no tenía techo, pero conservaba un par de escaleras y algunas paredes.

—¡Es fascinante! —exclamó Chastity, adentrándose en el castillo—. No lo recordaba tan bonito...

—A mí me da miedo —se quejó Regina, quedándose fuera junto a Eric.

—Espero que no haya ratones —comentó Enriqueta, mirando con asco su alrededor.

Alice quedó maravillada. No estaba acostumbrada a los paseos por placer. Pero sería fácil acostumbrarse a ellos. Le fue difícil disimular la emoción, observando piedra por piedra con gran interés. Era emocionante estar en medio de un lugar abandonado, pero que un día fue un sitio importante. Allí habían vivido personas, con sus alegrías y sus enfados, decorando rincón por rincón con gran ilusión. Pero ya no quedaba nada... O casi nada. Tan sólo los vestigios de una vida pasada. Aun así, y con todo el deterioro latente, los muros todavía se erguían orgullosos. Y si miraba con más atención, encontraba restos de muebles y grabados en las paredes.

Estaba tan ensimismada, tan absorbida por la belleza del abandono... Que se alejó del grupo.

Iba con la mirada puesta en el techo, admirando las vigas de madera; y se olvidó de sus pies. Craso error en un lugar como aquel. Paso tras paso, no se dio cuenta de que el suelo estaba carcomido y que, en cualquier momento, iba a derrumbarse. Había entrado en la sala más deteriorada, por lo que todo empezó a crujir; a temblar.

—¡Lady Fernán! —escuchó a sus espaldas. Se giró rápidamente, pero solo consiguió ver un destello plateado corriendo hacia ella.

Después, todo se vino abajo.

Oscuridad, dolor y frío. Esas son las tres primeras cosas que percibió Alice al recobrar la conciencia. La cuarta, una voz metálica pronunciando su nombre o, mejor dicho, su nombre falso.

—Lady Fernán, ¿se encuentra bien? Lady María... María.

Su cuerpo reaccionó como un imán bajo el influjo de esa voz profunda y varonil. Se despertó rápidamente, pero era incapaz de responder. Le dolía cada parte de su cuerpo, hasta la mandíbula. Pero el dolor no le impidió sentir una mano cruzando su cintura y otra aguantándole la cabeza. Era lord Silvery, lo podía notar... por su aroma. La tenía atrapada entre sus brazos, queriéndole transmitir un calor del que carecía completamente. No obstante, su frío podía llegar a ser abrasador.

—Lady Fernán —repitió él.

¿Estaba preocupado? ¿O era simple caballerosidad?

—Lord Silvery —consiguió articular en respuesta, enfocándolo poco a poco.

Lo primero que vio de Hugo fueron sus inconfundibles ojos de color plata; gracias a Dios, unos tenues rayos de sol se colaban a través del hueco por el que se habían caído. Si no fuera de ese modo, estarían sumidos en la oscuridad.

Quedó hipnotizada bajo el embrujo de su mirada inhumana. Él no era de ese mundo, era imposible. Y si lo era, se trataba de una bellísima creación. Todo él brillaba, como si llevara una capa de brillantina por encima. Como si fuera una enorme joya en forma de hombre. ¡Y qué hombre!

—¿Se encuentra bien? —preguntó Hugo, tras unos segundos en silencio... mirándose uno al otro.

—Supongo que debo agradecerse —sinceró, al ver que estaba prácticamente encima de él. Seguramente lord Silvery la había cogido al vuelo y había recibido el impacto de la caída por los dos. Pero ¿por qué?

Lord malnacido no parecía esa clase de hombres que arriesgaban su vida por los demás. ¿O estaba equivocada?

—Supongo que sí, que debe agradecerme —replicó él, volviendo a ser el mismo de siempre. El encanto no le había durado más de treinta segundos.

—En ese caso, muchas gracias caballero —agradeció, tratando de incorporarse.

Sin embargo, la musculatura le falló.

—Será mejor que no trate de moverse, hemos caído unos cuatro metros. Estamos en el sótano del castillo o lo que fueran las cocinas de él —informó, removiendo las pupilas por su alrededor. Sin soltarla, reteniéndola sobre sus musculadas piernas y casi abrazándola.

Ella lo imitó, pasando por alto su cercanía, y giró la cabeza para observar el espacio en el que se encontraban. Solo había polvo, escombros y restos de lo que fuera, efectivamente, una cocina.

—¡Lord Silvery! ¡Lady Fernán! —una voz repicó desde las alturas. Era la voz de Cécil, el mayordomo—. ¿Están bien?

—¡Oh, Dios mío! ¿Dónde están? —escucharon una segunda voz, que correspondía a lady arpía.

—¿Qué ha ocurrido? —inquirió Chastity.

—¡Eh! ¿Hugo? ¿Sigues vivo, tío? —se burló Galán.

—Yo ya dije que no era una buena idea... —se quejó Regina.

—¡Estamos bien! —gritó Hugo, mirando hacia el hueco y encontrándose con algunas cabezas asomadas que lo miraban entre la curiosidad y la preocupación. Alice también se esforzó por mirar hacia arriba, encontrándose con una cara de fastidio: la de lady Enriqueta.

¡Por Dios! ¿Acaso esa niña creía que lo había hecho para ganar la apuesta? ¡Ni si quiera se acordaba! ¿Cómo iba a acordarse en esa situación? Estaba claro que esa jovencita estaba a años luz de la realidad. ¡Estaba enfadada! Seguramente no le hacía ni pizca de gracia verla

entre los brazos de Hugo. ¡Pero por el amor del Misericordioso! Era cuestión de vida o muerte. Y también... de pura comodidad. Había que admitirlo. Las enormes manos de lord Silvery le daban una sensación de protección tan alta, que hubiera podido estar en medio de un estanque de cocodrilos y dormirse en ellas.

Decidió ignorarla y miró al resto. Los primos Renoir estaban conmocionados por lo ocurrido, sobre todo Chastity. Galán era otro asunto... parecía estar pasándose en grande con todo aquello. ¡Que se habían colado por el suelo de un piso y habían llegado a las cocinas! ¿Qué la hacía tanta gracia a ese hombre? Podía ser todo lo encantador que quisiera, pero ese talante de jocosidad permanente, le parecía irritante.

—¡No se preocupe señor! Ahora mismo iremos a buscar una cuerda. Tardaremos una hora entre ir y venir —resolvió Cécil—. Les voy a tirar una cantimplora con agua y un saquito de comida que traía el servicio en caso de necesidad, tengan cuidado.

Tiró lo nombrado con mucha cautela y desapareció a toda prisa en busca de la cuerda.

—Yo vuelvo con vosotros —declaró Regina, uniéndose al servicio.

—Y yo —se apuntó Eric.

—Nosotros también, ¿verdad Chastity? Quedándonos aquí sólo nos arriesgamos a que suceda algo parecido. Será mejor que esperen a que Cécil vuelva con la cuerda, no les pasará nada —dijo Travis, el primo de pelo oscuro.

—Oh, no estoy segura —lloriqueó Chastity—. Tendrán frío...

—Espera —dijo Travis, quitándose la chaqueta y abocándola por el hueco—. Espero que esto le sirva, lord Silvery —Ahora, vamos Chastity. No es seguro estar aquí. Podemos provocar otro desprendimiento y sería peor.

—María —nombró la dulce prima Renoir—. No te preocupes querida prima, pronto llegarán y te sacarán de aquí. Ponte el abrigo de Travis.

—Vete, no te preocupes —contestó Alice, admirada por la bondad de la noble.

—¡Yo no quiero irme! —se negó Enriqueta, con un puchero infantil. Obstinada con su ridícula idea de la apuesta.

—Entonces quédate aquí —replicó Travis.

—¿Sola? Oh... No. No, esperadme —Y también desapareció junto al resto. Demasiado preocupada por su propio bienestar.

Unos minutos después, solo estaban ellos y el silencio. Los habían dejado solos con la promesa de volver para rescatarlos. Era la primera vez que Alice estaba a solas con su enemigo. ¿Podría aprovechar para clavarle una estaca en el corazón? ¿Para arrancarle los ojos con unas astillas? ¿Para darle la paliza de su vida?

—¿Quiere un poco de agua? —le ofreció él, sacándola de sus pensamientos vengativos.

—Sí —afirmó, con el cuello seco y una sonrisa más amplia de lo que hubiera deseado.

Hugo cogió la cantimplora que había caído a escasos centímetros, la abrió y se la colocó en los labios mientras con la otra mano la incorporaba un poco. No supo qué tenía esa agua, pero le pareció la más sabrosa que había probado nunca. Incluso, dejó que le cayeran unas gotas por la barbilla... como si fuera un elixir al que no pudiera controlar.

Le quitó el agua y le pasó los dedos por las gotas que le resbalaban por el cuello, recogiendo la humedad con sus enormes dedos. Mirándola fijamente. ¡Por Dios Clemente! Ese roce la quemó como si le hubieran pasado un bloque de hielo por la yugular. Tragó saliva sonoramente, con el miedo de que la hubiera escuchado.

Desconocía si él se estaba dando cuenta de su locura transitoria, pero no dejaba de mirarla. De estudiarla y de penetrarla. La penetraba desde los ojos grises, pasando por sus

ojos celestes y llegando hasta el alma. ¡Lo odiaba! ¡La había humillado en público! Era un estirado, petimetre, pomposo, frío, pretencioso y desagradable hombre. Con todo eso, allí estaba ella: con el corazón a mil y la respiración agitada.

—¿Quiere el abrigo?

¿Por qué estaba siendo tan atento? ¿Por qué estaba siendo tan encantador a ratos?

—No, tengo calor —respondió ella, dándose cuenta del error dos segundos después. ¡El golpe no le había sentado nada bien a su salud mental! Claro que estar sobre Hugo Silvery no la ayudaba mucho. Podría disimular, argumentar que...

La miró en silencio. No iba a disimular. Lord Silvery no era un hombre de disimulos. No iba a decir: quizás tenga fiebre o quizás sea por la caída. Y dejarlo todo como un malentendido. No. Él la había entendido perfectamente, porque él estaba igual. Y Alice acababa de descubrirlo. Hugo Silvery estaba tan exaltado como ella.

La apretó contra su torso, esa fue su sutil respuesta. Y ella reaccionó de la peor de las maneras: excitándose. Sus puntos más álgidos se tensaron y sudaron hasta cubrir su rostro de un rubor delatador.

—¿No dijo que era frío? —susurró, como si fuera un niño dolido.

—No dije que fuera frío... Dije que era un arrogante, insípido e irritante pretencioso.

—¿Y se atreve a repetirlo, lady Fernán? —La apretó más, sentándola sobre sus rodillas y poniéndola frente a él, a escasos centímetros de sus generosos labios masculinos.

—¿Debo temerle? —musitó, rozando sus labios con los de él.

—No creo que usted le tema a algo —La penetró, clavándole su mirada plateada hasta el fondo.

—Se equivoca —negó ella, colocando sus manos enguantadas sobre los anchos hombros de su captor para una mayor estabilidad—. Le temo a muchas cosas.

—¿Por ejemplo?

—Una mujer inteligente no nombra sus debilidades. ¿Usted le tiene miedo a algo, lord Silvery?

Río. Lo vio abrir los labios para mostrar su dentadura perfecta. Era como un milagro, como un eclipse lunar. Un hecho único, escaso y maravilloso que todavía la humedeció más.

—¿Eso es un no? —insistió, removiendo sus ojos celestes sobre los de él. Divertida, olvidándose por un instante del odio. Un solo instante que pasó fugaz. Tan fugaz como la sonrisa de Hugo.

Silencio de nuevo. Al parecer lord Silvery era adicto a ellos. A las miradas fijas y a los gestos serios. Ocultaba muchas cosas en su corazón, pero sus ojos eran hambrientos. Quería comérsela.

—No me conoce —dijo Alice, tras más de un minuto de miradas sin palabras.

—Eso es lo que me da miedo. No quiero soltarla y tengo miedo de este sentimiento irracional. No la conozco de nada, pero la quiero encima de mí. Así —Oprimió sus caderas. Alice notó su cuerpo en tensión, vibrante—. Hay algo en usted que hace olvidarme de quién soy y de quién es. Sería capaz de hacerla mía aquí y ahora, sin restricciones. Y sí, la conozco de un día. Pero no me importa. Es su mirada, es su aroma y es su cuerpo. Es usted embriagadora, bella. Diferente y muy muy estimulante.

—¿Soy solo un cuerpo? ¿Es así cómo funciona, lord Silvery? —Se separó de él, tragándose el deseo—. Por eso se ha pasado la vida de mujer en mujer... ¿Es eso lo que esconde tras esa dura capa de hierro y hielo? ¿Un libertino?

—¡Ya estamos aquí, lord Silvery! —interrumpió Cécil—. Por fortuna hemos encontrado a

un campesino que nos ha prestado la cuerda y no hemos tenido que hacer todo el camino.

Alice y Hugo se miraron por última vez antes de volver al mundo real. ¿Qué había ocurrido entre ellos? ¿Qué había sido todo aquello? Alice lo achacó a los efectos del golpe que se dieron. ¿Qué otra explicación había? No podía ser real que dos personas, en un sólo día, se desearan con tanto ímpetu. Que tuvieran tanta confianza. Que... hablaran como dos enamorados. ¡En un día! Imposible. Era mucho más probable creer que la contusión creó lagunas mentales agudizadas por la intoxicación respiratoria. En esa cocina abandonada había mucho polvo y quién sabe qué más. ¿Setas alucinógenas?



Capítulo 10

Al mejor cazador, se le va la liebre

*La soledad es la suerte de todos los espíritus excelentes.
Arthur Schopenhauer.*

Casi veinticuatro horas después del incidente, Alice confirmó sus sospechas: lo ocurrido en ese lugar abandonado, no sería el preludio de un cortejo. Hugo Silvery volvió a ser el insípido, aburrido, frío y distante hombre de siempre en cuanto salieron de ese agujero. Le brindó algunas palabras de cortesía y poco más. Ella, que no iba a quedarse atrás, lo ignoró por completo y fingió no acordarse de nada.

—¿Y no se le cayó la peluca? —inquirió Amélie, en cuanto escuchó su relato.

—Por fortuna, no. Las pelucas de Colette son una maravilla.

—¡Oh, Dios mío! ¡Qué romántico! —fantaseó su delgada amiga, abrazándose a sí misma y cerrando los ojos con fuerza.

—¿Romántico? ¿Pero qué dices? Lo que ha ocurrido solo ha servido para confirmarme lo que sospechaba... que lord Silvery es un libertino. Bajo esa capita de hierro y de falsa perfección se esconde un auténtico crápula del que cualquier mujer debería permanecer lejos —replicó, irritada.

—¿Pero por qué se enfada? —Amélie abrió sus ojos avellana y la miró confusa.

—¡Me da mucha rabia! Lo odio, Amélie —La miró fijamente con el ceño fruncido—. Lo odio con todas mis fuerzas. No soporto a estas personas que van por la vida predicando una falsa moral. Hizo que me arrodillara por un miserable vestido, y él no es nada más que un mujeriego. Un vividor que no sobreviviría ni a un invierno en las calles de París. Si supiera lo que es ganarse el pan a diario... ¡En lugar de estar picoteando de flor en flor! —Apretó los puños mientras andaba de un lado para otro con una camisa de dormir lo suficientemente abierta como para mostrar sus moratones.

—¿No me había dicho que es un teniente? ¡Y la salvó de una dura caída! Mire su cuerpo, está lleno de moratones. Si él no hubiera amortiguado el golpe...

—¡No vas a convencerme! —la cortó—. No soy una mujer desagradecida, por lo que agradezco a lord malnacido su intervención en el desastre. Me ayudó. Pero eso no va a hacer que cambie mis planes. En el fondo, solo lo hizo porque soy lady María Fernán. ¿Crees que hubiera hecho lo mismo por Alice Smith, la bastarda? Y en cuanto a lo de su rango, no me extrañaría nada que fuera comprado. Es más habitual de lo que crees, Amélie. Hay muchos nobles que suelen comprar sus rangos para poder presumir de algo que carecen por completo: valor, honor y entrega.

Unos golpes frenéticos en la puerta interrumpieron su conversación. Y las alteró, puesto que Alice se había quitado la peluca y lucía su esplendorosa cabellera rubia bien peinada.

—¡Un momento! —pidió Alice, corriendo hacia la peluca negra y poniéndosela con la ayuda de Amélie a toda prisa—. ¿Quién es? —pidió, abriendo la puerta con su disfraz listo y una bata por encima.

—¿De qué vas? —Entró Enriqueta, empujándola por el camino; seguida de Chastity y Regina.

—¿Disculpa? —Parpadeó Alice, cerrando las puertas tras ella y observando a las primas Renoir en medio de su habitación. ¿Qué hacían allí?

—¿Estos son los métodos que usáis en España? Yo no sería capaz de ponerme en evidencia de ese modo ni por todas las apuestas del mundo.

—¿Pero... de qué estás hablando? ¿Ha ocurrido algo?

—¡Enriqueta! Por favor, te he dicho que era una mala idea —comentó Chastity, incómoda.

—¿Cómo has podido llegar tan lejos? ¿En serio? ¿Tirarte al vacío para ganar una apuesta? ¡No pienso consentírtelo!

—Un momento —Cogió aire y colocó los brazos en jarra—. ¿Estás insinuando que me tiré a esa cocina mugrienta para estar con lord Silvery?

—Si piensas que vamos a dar por válido ese tiempo...

—¡Es válido! —exclamó Chastity, enfadada—. La apuesta consistía en pasar más tiempo con lord Silvery que ninguna de las aquí presentes y ella va ganando. También hay que besarlo. ¿Lo besaste? —centró su atención en ella, que todavía estaba asimilando esa escena.

—¿Qué?! —se indignó lady arpía, a punto de salirle los ojos de las órbitas.

—¿Lo hiciste? —insistió Regina, sorprendida; dejando el vinagre y cubriéndose de sal por unos instantes.

—¡No! ¡No lo besé! —contestó, abrumada por la intensidad de esas jóvenes. Podían ser letales si se lo proponían—. ¿Pero qué? —rio abiertamente, incrédula.

—¿Te estás burlando de nosotras?

—No, Enriqueta. No me estoy burlando de vosotras —en parte sí, pero eso no lo iba a decir—. Primero de todo, no me tiré por ese hueco, me caí. No sería tan estúpida como para arriesgar mi vida por una apuesta. Y lord Silvery tuvo la amabilidad de ayudarme, como lo hubiera hecho cualquier caballero. Segundo, no nos besamos.

¿Haber rozado sus labios no contaba como un beso, ¿verdad? No podía contarles que había estado sobre sus piernas y que todavía sentía el tacto de sus manos sobre la cintura. Eso hubiera sido escandaloso, aunque una muerte lenta para Enriqueta. Pero le prometió a Hermione no matar a su nieta, así que se ahorraría esos detalles.

—Sea como sea, ese tiempo no es válido —respiró la hermana del Duque de Orléans, estirando su naricita respingona al tiempo que hacía brillar sus ojos cafés.

—¡Sí lo es! —defendió Chastity.

—¿Por qué te metes en esto? Tú ya tienes a tu prometido... ¿Acaso no ves lo importante que es para mí lord Silvery?

—¿Importante? ¡Vamos! Hace un par de meses era importante lord Allisey. Solo lo quieres para pasearlo como un trofeo frente a la alta sociedad. No sabes lo que quieres —contraatacó la rubia—. Y me meto porque no voy a permitir que le hagas la vida imposible a María como me la hiciste a mí.

—¿Qué te hice la vida imposible? Retira eso.

—¿Ah sí? ¿Y el talco en mis cepillos? ¿Los renacuajos en mis polvos? ¿Tus constantes desplantes y tus humillaciones? No, Enriqueta. Lo justo es justo. Y María va ganando, te guste o no.

Lady arpía se removió como si se hubiera acalambrado y soltó un quejido lastimero para luego abandonar la estancia sin mirar a nadie.

—Lo siento —se disculpó Chastity.

—No te preocupes, gracias... —sinceró Alice, sonriendo.

Y tal como habían llegado, desaparecieron. Como un vendaval.

Amélie, que no se había movido del lugar, levantó ambas cejas a la vez y miró a Alice con cara de comprensión.

—Ahora la comprendo mejor, *madame*. No son fáciles de llevar.

—¿Fáciles? La palabra fácil y el apellido Renoir no pueden ir en una misma frase —ultimó, cerrando la puerta con llave y tirándose sobre la cama, agotada.

Pero ni todo el agotamiento del mundo era capaz de borrarle los recuerdos que venían torturándola desde que lord Silvery le había confesado su deseo. La deseaba. Iba a usar eso para atraparlo, sin duda. Ese libertino no sabía con quién estaba jugando.

Dos días después de la caída.

Pretendía adoptar el papel de satírica espectadora de la humanidad durante esa actividad. No quería que otro suceso, como el de la caída, se repitiera. Ya tenía suficiente con las constantes burlas de los primos Travis y Eric, por no mencionar las indirectas de Enriqueta. Se había ganado el apodo de torpe a conciencia y no era un apelativo que creyera merecido. Siempre había sido una mujer mañosa, trabajadora y muy sensata. Hasta que se había mezclado con ellos, con los Renoir y los metálicos. Ellos le daban una especie de mala suerte, propia de los nobles.

La actividad consistía en un juego. Sí, un juego. Por lo visto en la alta sociedad era bien visto comportarse como niños a todas horas. O esa sensación tenía Alice a esas alturas de su infiltración. Por fortuna, esa mañana la visitó Colette y le dio algunos consejos para continuar con su obra de teatro. Como, por ejemplo, el que estaba poniendo en práctica: hablar menos. No iba a hablar si no era necesario, no quería meter la pata con algún dato revelador.

El juego consistía en buscar un tesoro. Cécil, el fiel y paciente mayordomo, había escondido un objeto de valor por la propiedad. Y los jóvenes debían encontrarlo, podían servirse de pistas o acertijos que estaban repartidos por doquier. Incluso los lacayos y las doncellas estaban implicados. Debía admitir, que parecía divertido. Quien ganara, por supuesto se quedaría con el objeto encontrado y, además, sería el rey o reina del baile de esa noche en el que habría más invitados.

—Bien, ¿preparados? —preguntó Hermione, mirando a sus nietos con diversión—. El juego empieza... ¡Ya!

Chastity corrió de un lado para otro abriendo cajones y apartando cojines mientras Regina andaba a paso lento y mirándolo todo como si pudiera traspasar los objetos con la mirada. Travis y Eric salieron al jardín, convencidos de que el tesoro estaba fuera y Enriqueta... Enriqueta se colgó del brazo de Hugo y lo obligó a seguirla.

—Nos hemos quedado usted y yo —sonrió Galán, abriendo sus brazos.

—No se preocupe por mí, no voy a tentar mi suerte con búsquedas infructíferas.

—¿No va a participar?

—Participo, pero me lo voy a tomar con calma. Seguro que alguno de los primos Renoir, quiero decir: mis primos. Encuentran el tesoro. Ellos conocen esta casa mucho mejor que yo.

—Al mejor cazador, se le va la liebre. ¿No lo sabía, lady Fernán? Vamos, ayúdeme a encontrar el tesoro. Quiero ser el rey de esta noche —bromeó, pasándose la mano por su cabellera dorada.

—Está bien, vayamos... —accedió, ante la imposibilidad de negarse frente a un buen

negociador como lo era Galán.

Siguió al tanque por pasillos infinitos hasta que se agotó. No quería seguir andando y preguntando por doquier acertijos estúpidos que no sabía resolver y que no tenía ningún interés en saberlo. Así que en cuanto lord Goldener se despistó, se escapó. Lo hizo a hurtadillas y sin mirar atrás, lord Goldener era demasiado insistente y caluroso para su gusto. Ella necesitaba un poco de espacio, tanta palabrería la agobiaba.

Corrió a través de un pasillo enmoquetado y subió unas escaleras estrechas hasta llegar a una especie de descansillo con vistas al invernadero. Allí había silencio, no había nadie. Y se estaba muy calentito, porque todo el calor de la mansión subía hacia arriba. Era un espacio estrecho, con una alfombra en el suelo y un diván. Reparó en que había un libro sobre una mesita y entendió que se trataba de un rincón para la lectura. A Amélie le hubiera encantado. Pero a ella le atrajeron más las almohadas del diván, así que se recostó mirando hacia el invernadero. Estaba tan relajada, tan a gusto y sola... que casi se quedó dormida. Si no fuera por...él.

Hugo Silvery apareció con todo su esplendor. Al parecer, no era la única que detestaba ese juego. Lo vio subir, pero él no la vio a ella hasta que entró. Y al hacerlo, se sorprendió y... ¿se asustó?

—Oh, disculpe lady Fernán. Buscaré otro lugar.

—¡Lord Silvery! ¡Looord Silveryyyy! ¿Dónde está?

Esa era la voz de Enriqueta, proveniente del piso de abajo. Hugo estaba acorralado y se lo notó por su expresión.

—Puede quedarse —accedió ella, sentándose adecuadamente.

—Puede quedarse —accedió ella, sentándose adecuadamente.

—¡Lord Silvery! ¿Dónde se ha metido? —repitió lady Arpía, provocando un cambio de color en el rostro de su presa. De grisáceo brillante a cenizo. Era evidente que lord malnacido no se sentía cómodo con Enriqueta. Al menos, era evidente en esos precisos instantes. Porque en la gran mayoría de ocasiones, parecían hechos el uno para el otro. O así querían darlo a entender a sus espectadores.

Y se dice espectadores, porque ambos configuraban una obra de teatro o, más bien, de ópera. Eran tan falsos, tan protocolares y tan... sumamente dramáticos; que daban náuseas.

—Mucho me temo que no somos amantes de este juego, lady Fernán —accedió, sentándose a su lado.

Era la única forma en la que podía estar allí, puesto que la habitación tenía el techo bajo y era tan estrecha que sus dimensiones simulaban ser el doble de su tamaño habitual. Sentado estaba más cómodo. Pero ella no. Ella sintió una corriente gélida que rozaba lo desagradable, pero con matices demasiado excitantes como para soportar esa clase de cercanía.

—Ni de arpías —replicó en susurro.

—¿Cómo dice?

—Nada, no he dicho nada —negó con una sonrisa, muy falsa.

—Creo que le debo una disculpa, miladi —habló él, después de un largo e incómodo silencio mirando hacia infinito, que era la pared de enfrente con un bodegón por toda decoración. Podrían haber mirado por la ventana, pero eso les hubiera obligado a girarse.

Allí estaba el muy cínico: pidiéndole disculpas por haberle confesado su deseo en las cocinas de ese castillo abandonado. Era el *modus operandis* del típico "*homme mujérins*". Y su oportunidad. Tal y como le había dicho Colette, su profesora y su guía, debía

aprovechar aquel desliz al máximo y no hacerse la ofendida. Darle una de cal y una de arena en el momento adecuado. Así funcionaban los hombres: con un beso y una torta. Debía buscar el beso... y luego darle su merecido tortazo. "*Eso lo amarraría a sus pies de por vida*", palabras textuales de Colette. Apoyada por Hermione, su benefactora. Y si ellas le daban ese consejo, debía ponerlo en práctica.

Aleteó sus pestañas como si quisiera abanicar a un sediento en medio del desierto y colocó su mano enguantada sobre una de las rodillas de Hugo. ¡Sí! Se atrevió a ello. Le temblaba el pulso y de seguro sus mejillas habían subido dos tonos. ¡Pero la venganza estaba cada vez más cerca! Y un beso era el siguiente paso que debía dar. Habían pasado tan sólo tres días desde su encuentro y pese a ser poco tiempo, algo le decía que ese hombre caería rápido.

—No veo por qué —contestó, almibarando su voz—. He estado pensando mucho en lo que me dijo y... —suspiró levemente, mirándolo fijamente a los ojos. Tratando de romper esa barrera metálica que lo separaba del verdadero Hugo Silvery. Pero por mucho que indagaba en ellos, solo encontraba frío y mentiras.

Hugo clavó sus orbes plateados sobre los preciosos y femeninos ojos turquesa de lady Fernán. Eran tan brillantes, tan profundos y sinceros. Teñidos por alguna clase de embuste... difícil de adivinar.

Quizás, esas sombras, fueran las típicas artimañas femeninas... ¿o no?

—¿Y? —cuestionó él, intrigado y casi hipnotizado por la belleza de María.

—Y... —repitió Alice en un susurro, hechizando a su prisionero. Causando expectación sobre sus labios que se torneaban en forma de "y". (Eso se lo había enseñado Colette, a darle énfasis a las palabras para hacer recaer la atención sobre los labios).

—¿Y? —insistió, acercándose de forma inconsciente a ella.

—Y...

Miró sus labios masculinos descaradamente; le dijo que la besara. No se lo dijo con palabras, sino con la mirada.

Y pasó.

La besó.

Su mayor enemigo, le dio su primer beso. Sin rogar, sin largas esperas.

El gran Hugo Silvery, el hombre de hierro cayó en su trampa. Se acercó a sus labios y los rozó lentamente, casi dolorosamente. Se recreó en ese instante.

Alice se felicitó a sí misma por el logro, mentalmente. Sintió que estaba dando un gran paso hacia la victoria, pero a la vez... sintió muchas más cosas. Un vuelco en el estómago y cien mil hormiguitas correteando por su lengua en dirección a sus entrañas. Sus oídos dejaron de funcionar y, si hubiera abierto los ojos, estaba segura de que tampoco habría podido ver. Sorda y ciega. Ese era su estado con Hugo Silvery devorando sus labios. ¡Era tan...embriagador!

¿Cómo podía sentir tan bien algo que estaba tan mal?

Su parte racional desconectó y se dejó llevar por la corriente, por el magnetismo. Notó una cosa húmeda que quería abrirse paso a través de los pliegues carnosos de su boca, y la dejó pasar. Era su lengua. La lengua de mister plateado. No supo cómo reaccionar a esa invasión, se sintió incómoda. Con una mezcla de pudor y de placer. ¿Cómo debía moverse? ¿Debía hacer algo? Por fortuna, él parecía saberlo muy bien. E hizo que se olvidara de su inexperiencia rápidamente. Enseñándola sin hablar.

El hormigueo decidió traspasar las entrañas y descender al bajo vientre. ¡Qué deleite!

Ella... que había crecido privada de cualquier lujo o placer, se sentía en el séptimo cielo con su traje de terciopelo azul y ese caballero besándola como si fuera la dama más hermosa del mundo. Se sintió mujer, especial. Y no por el hecho de que necesitara a un hombre para sentirse de ese modo, sino por el hecho de descubrir, por primera vez, lo que era el amor. O algo parecido a ello.

Pronto la rodeó con sus brazos, como aquella vez en las cocinas. La apretó contra su torso e intensificó el beso, dejándola sin aire. ¡Era incapaz de respirar! Pero no era necesario. Se alimentaba de la pasión. De la pasión que había nacido entre una bastarda y un estúpido noble. Ella, que había detestado a la nobleza desde su niñez... Allí estaba, al borde del colapso extrasensorial en manos del hombre más irritante del mundo.

Entonces, un recuerdo le sobrevino: la fiesta de lady Renoir y su dichoso vestido.

"Arrodillate, Alice".

Lo empujó, movida por la rabia, y le asestó una sonora bofetada. De aquellas que emiten eco y que dejan un sonido vibrante en el espacio. Seguramente esa no era la clase de torta que Hermione y Colette hubieran querido. Pero fue la que le nació del corazón, más allá de los consejos y de los planes.

Sin mirarlo, se incorporó dispuesta a abandonar el lugar. Pero él la retuvo. La cogió por el brazo con una mano mientras con la otra se sostenía la parte afectada de la cara, ¿le había dolido? Lo dudaba mucho. Más le había dolido a ella, sentía su mano inflamada por el impacto. Era como si le hubiera golpeado a un muro.

—Lady Fernán... —nombró, aturdido.

Sin embargo, al detenerla tan abruptamente, algo se movió.

Un crujido los sacó de esa embarazosa situación. Miraron a sus pies y vieron una baldosa que bailaba, inestable. Antes de apartarla y confirmar sus sospechas, se miraron el uno al otro con complicidad. ¡Era el tesoro!

Y justo cuando Alice lo estaba cogiendo, Enriqueta hizo acto de presencia con su naricita arrugada y su pelo estirado en forma de moño.

—¡María! —exclamó, claramente enfurecida.

Enfurecida por haber encontrado el tesoro y por estar con lord Silvery, otra vez.

—¡Has hecho trampas! Estoy segura —continuó lady Arpia, tan insistente como de costumbre—. ¿Y se puede saber qué hacíais aquí arriba los dos solos? ¡Llevo una hora buscándole, lord Silvery!

—¡Enriqueta! —la reprendió una voz anciana, era Hermione—. ¿A qué viene tanto alboroto? —Entró en el reducido rincón de lectura, que cada vez era más estrecho.

—¡La española ha hecho trampas! —acusó la joven, señalando a Alice—. Era imposible que ella supiera que...

—¡Exacto! Tú lo has dicho, Enriqueta —la cortó la Duquesa viuda—. Era imposible que ella supiera que mi gargantilla de diamantes estaba aquí, así que no ha hecho ninguna trampa. Tú misma te contradices, querida nieta —la avergonzó—. Me alegro mucho de que hayas ganado, María. Y por lo visto... Lord Silvery te ha ayudado —los sonrió—. Así que creo que es justo que ambos seáis los reyes de esta noche.

—¿Qué? ¡Abuela!

—Está decidido y no hay nada más de que hablar, Enriqueta —resumió Hermione, saliendo de la estancia para dejar pasar al resto de las primas.

—¿Qué ha pasado? —preguntó Regina, en su tono habitual de aburrimiento.

—¡Oh! ¡María! ¡Qué bien! ¡Has encontrado el tesoro! —Chastity señaló la gargantilla con

ilusión.

—Sí... —afirmó, apabullada por tanta intensidad general. Eran los Renoir, no había que olvidarlo.

—Si me disculpan, yo me retiro —se excusó Hugo, dejándolas solas pero empapadas con su aroma varonil.

—¡Lo has besado! —juzgó duramente lady Arpía, con todas las venas de la sien marcadas por los nervios y la impotencia—. Tienes los labios enrojecidos.

—¡No puedo creerlo! ¡Es verdad! ¡Lo has besado! —agregó Chastity, fijándose en sus labios hinchados.

—¿Es cierto?

—Te has tirado encima de él, estoy segura. No me creo nada de ti, a estas alturas. No cuenta.

—¿Otra vez? ¿Quién eres tú para decidir lo que cuenta y lo que no? —replicó Chastity, removiendo su melena dorada.

—¡No podemos dar por válido un beso que no hemos visto!

—En eso tiene razón... —convino Regina.

—Está bien —accedió Chastity—. Pero, de todas formas, tú eres la que vas perdiendo... Enriqueta.

—¡Tramposa! —Se cruzó de brazos.

—¿Ah sí? Veamos —Sacó un bloque de notas de los pliegues de su vestido y pasó las páginas del mismo hasta llegar a un punto sumamente interesante—. Regina: una hora con Hugo. Yo: dos horas. María: cuatro y en aumento. Y tú, querida mía, cuarenta minutos.

Alice observaba la acalorada discusión en silencio. Ella no había confirmado lo del beso, pero por lo visto era algo tan evidente que no se habían molestado a preguntarle por segunda vez. ¿Tantos estragos causaba un simple beso? Todavía sentía su frialdad sobre la piel, ese frío que ardía.

“Fue mi primer beso. Y fue espectacular. Pero no debía perder mis objetivos de vista y dejarme encandilar por las habilidades de Hugo Silvery con las mujeres. Sino que debía aprovechar ese maravilloso avance en mi beneficio. Necesitaba un segundo beso, y que las primas Renoir lo vieran para ganar la apuesta. Ese sería mi primer gran triunfo. Enriqueta arrodillada frente a mí, ya me lo imaginaba. Y sentiría tanto placer como el que sentí al darle la bofetada a ese canalla. Iban a sufrir.



Capítulo 11

El baile

Sin haber conocido la miseria es imposible valorar el lujo.
Charles Chaplin.

Lord Hugo Silvery se sentía inusualmente descompuesto...otra vez. Y por el mismo motivo...otra vez. ¡Lady María Fernán! Esa mujer era imprevisible. Cualquier idea preconcebida sobre las damas y su modo de proceder, quedaba destruida con ella.

Ella era enigmática pero fácil a la vez. Fuerte pero débil. Encantadora pero vulgar. Sincera pero mentirosa. Cordial pero desagradable. Educada pero descarada. Y sus ojos turquesa no se quedaban atrás. Tan limpios, brillantes y llenos de vida... pero a la vez cubiertos por tantas sombras; que daban miedo. Sí, debía admitir que, por ridículo que sonara, los ojos de María Fernán le daban miedo. Lo atraían, lo ahogaban con tanta luz... pero a la vez, amenazaban con devorarlo de la forma más cruel posible. Era una licántropa, una bella mujer que advertía en convertirse en una loba en cualquier instante. Y eso... lo excitaba y cualquier intento de negarlo resultaría estúpido.

Pese a su edad, era una mujer arrolladora. Exquisitamente atrayente, con curvas generosas y un rostro porcelanoso manchado por el sol que no tenía nada que envidiar a las pieles más pálidas. Haberla retenido entre sus brazos, haberla hecho sentir mujer contra su torso... Había sido una de las sensaciones más estimulantes de los últimos años.

Sentir la inexperiencia de María, sentirla tan frágil... cuando en realidad era tan madura y fuerte; era algo especial. Se solía imaginar que una jovencita casadera sería un trocito de melocotón almibarado entre los brazos de su amante, pero descubrir que una mujer con esa ferocidad podía ser tan delicada en los asuntos de cama... Era el deleite de cualquier hombre aficionado a los retos. Sería un reto apasionante hacerla suya a sabiendas de que era una bestia salvaje difícil de domar. Y todavía sería mucho más complaciente ser el primero en llegar a esas llanuras virginales cuando muchos otros lo habían intentado antes sin éxito.

Su espíritu de teniente se veía reafirmado frente a ella. Y ella era todo cuanto ocupaba su mente desde que la había salvado en ese castillo derruido. O quizás desde que la descubrió hablando mal sobre él. No estaba acostumbrado a que nadie hiciera tal cosa. Y mucho menos una dama. Pero ella había hablado sobre su persona con tanta valentía... Que le daban ganas de demostrarle lo insípido que era en la intimidad. Sí, lo había retado. Se sentía dolido con esas palabras, y a la vez tenía la necesidad de corregirla. De demostrarle que no era nada de lo que ella decía. O quizás si lo fuera, pero no sería de ese modo entre las sábanas.

Cuando llegaron a ese edificio abandonado, no pudo dejar de mirarla. Y todavía guardaba el recuerdo de esa imagen con extraño celo. La ilusión de María Fernán al pisar ese lugar fue tan palpable... La vio tan feliz por unos instantes, que se puso celoso. Sin explicación ninguna. Porque no la conocía. Pero en su ego masculino, deseaba ser el motivo de esa bella sonrisa que María lucía frente a los vestigios de una vida pasada. Ella disfrutaba de ese momento plenamente como si fuera una niña y no una mujer a la que se la había pasado la edad casadera. Era ese su encanto, el de parecer una jovencita inocente cuando en realidad no lo era.

Como un trocito de hierro ridículo frente a un imán, la siguió por las diferentes estancias hundidas. Pero ella ni si quiera se dio cuenta porque estaba absorta mirando el techo. Él reparó en que el suelo iba a ceder en cualquier instante y no lo pensó. Ni si quiera lo dudó. Corrió hacia ella para cogerla entre sus brazos y caerse en un vacío desconocido.

Durante unos minutos la tuvo sólo para él, en silencio. Ella estaba inconsciente y la colocó sobre sus piernas, sosteniéndola por la cabeza y la cintura. Y aunque fuera algo despreciable y poco caballeroso, disfrutó de esa cercanía. Se recreó tocándole la cintura, que era de avispa y sintió su agradable candor que emanaba un perfume femenino tan incoherente y placentero como su dueña.

Su obsesión fue besarla desde ese momento. Quería hacerla suya y era un instinto irrefrenable. Por eso la miraba, siempre. Y más de lo debido. En cualquier evento, no podía dejar de mirarla. La observaba andar como una lobita en su terreno de un lado para otro. ¡Qué ardor sobre su capa de hielo!

—¡Joder! ¿Qué te ha pasado en la cara? Juraría que es la primera vez que está herido, teniente—irrumpió Galán en su habitación sin previo aviso, como siempre.

—Haz el favor de no burlarte —replicó, colocándose un paño de algodón frío sobre el cachete en el que María lo había abofeteado.

No sirvió de nada, su camarada empezó a reírse a todo pulmón mientras observaba descaradamente la irritación de su piel.

—No me lo digas —Cogió aire y paró de carcajear—. Ha sido la española. Ha tenido que ser ella... ¡Por poco te saca el hoyuelo de la barbilla! ¡No me jodas! ¿Qué has hecho para merecer semejante hostión?

—¿Has venido para incordiar-me? —Levantó una ceja y lo miró con desdén.

—¡No! En realidad, he venido para algo muy importante. ¡La he vuelto a ver! —Tomó asiento frente a él y lo miró seriamente.

—Como sea lo que estoy imaginando... Empezaré a pensar que necesitas ayuda profesional, Galán.

—¡No, amigo! Te juro por Dios que era ella. Buscando el tesoro, he entrado en la biblioteca de la mansión... Y allí estaba: lady Rosalie —Alzó la mano y señaló en un punto en concreto como si la estuviera imaginando allí mismo—. Estaba vestida de doncella y en cuanto me ha visto entrar ha palidecido. ¡Me ha reconocido! Estoy seguro.

—Pero ¿cómo va a estar la hermana del coronel Ringwood en casa de la Duquesa de Orleans? ¡Y como una doncella! La debes haber confundido. Te basas en un retrato antiguo para identificarla... y lo más seguro que ya no se parezca en nada a él.

—Se parece a él y es ella. Intenté hablar, pero se marchó corriendo. No sé dónde se esconde, la he estado buscando, pero...

—Mira, amigo —Colocó su mano libre sobre el hombro de Galán—. Olvídate de este asunto, por tu bien. Hablo en serio cuando digo que me estás preocupando. A todos nos dolió la muerte del coronel, pero...

—Está bien, no quieres creerme —lo cortó y se levantó, ofendido por la falta de confianza.

—¡No he dicho que no quiera creerte! ¡Quiero hacerlo! Pero estamos hablando de una joven desaparecida desde hace más seis años... Una dama de alta cuna que ni si quiera es de este país. Y tú me dices ahora... que está sirviendo a una duquesa francesa. ¿No lo ves muy extraño?

—La vi en la fiesta en honor a lady Renoir, desmayada. Pero siempre logra escapar y se

niega a hablar conmigo.

El gesto de lord Silvery fue de incredulidad, era incapaz de creer semejantes afirmaciones. Su amigo, aunque leal y bondadoso, se había obsesionado con aquel asunto desde que vio morir al coronel Ringwood. No fue fácil para nadie, puesto que fue un hombre que se ganaba el corazón de sus compañeros y un gran amigo de Galán. Y también el suyo propio. Y aunque quisiera creerle, le era imposible. No era la primera vez que juraba verla, a lo largo de esos años la había visto en decenas de lugares... Y su salud mental le preocupaba.

—¿Sabes qué? Ni si quiera sé por qué me molesto en contártelo —Se giró y se marchó antes de que Hugo pudiera decir algo más.

Se quedó unos minutos pensando en su amigo, pero pronto volvió a María. María y el beso...

Ella se lo había pedido. Y él, que lo había deseado desde el principio, se lo concedió. Intentó que fuera un beso corto, casi casto. Una burla a la pasión, puesto que en cuanto rozó su piel más tierna... enloqueció. Fue incapaz de parar hasta que ella lo apartó y lo abofeteó. No era la primera bofetada femenina que recibía, pero ninguna había sido tan fuerte y contundente.

¿Por qué? ¿Por qué tanta rabia? No se trató de la típica ofensa de una dama. De un intento de salvaguardar las apariencias... No. Fue un acto de crueldad. Esa misma crueldad que veía en sus ojos.

Ella había disfrutado de ese momento íntimo tanto como él. Lo notó por su forma de estremecerse, de acurrucarse contra su pecho y de intentar corresponderle a expensas de su inexperiencia.

Y, sin embargo, pocos minutos después... Se había convertido en el ser más odioso para ella.

María Fernán... Un enigma.

Después de todo eso, se preguntaba si sería capaz de casarse con Enriqueta. Esa joven, aunque perfecta, era tan... común. Al lado de su prima española, quedaba reducida a un florero. Por muy hermana del Duque de Orleans que fuera.

—Está usted radiante, *madame* —alabó Amélie al contemplar a Alice.

Radiante era una palabra que se quedaba corta. Alice llevaba un vestido princesa de invierno con brillantes esparcidos por todo el traje. De la base de la falda subían unas ramas azules rodeadas por una aureola plateada y subía hacia la cintura intensificando el color azul. Era de manga tres cuartos con un cuello cerrado hasta el cuello. Pesaba mucho por la cantidad de pedrería que llevaba, lo que la hacía parecer una auténtica reina de la noche.

El pelo lo lleva recogido con un par de horquillas con diamantes y en el rostro las pinturas francesas: polvo para las mejillas, carmín para los labios y un poco de tintura negra para los ojos. Como todo complemento, portaba un chal de cachemira dorado y la fastuosa gargantilla de diamantes que había ganado en el juego.

Sus ojos se veían más grandes, su piel más brillante y sus labios más voluptuosos. Esos mismos labios que Hugo Silvery había besado por la mañana y que todavía palpitaban.

Su busto, aunque cubierto por el cuello cerrado, se veía cuantioso por la estrechez de la tela y su corsé hacia maravillas con la cintura. Hubiera quedado mucho mejor si llevara el pelo rubio... Pero debía continuar con la peluca negra, que le daba un aire de madurez y sofisticación muy acertado.

Por pendientes, usó los que su hermana Karen le había regalado antes de abandonar Inglaterra. Los había estado guardando con celo por si necesitaba venderlos, pero había encontrado la ocasión perfecta para ponérselos. Eran dos lágrimas de cuarzo blanco con un enganche de diamantes diminutos.

Se miró en el espejo y no se lo creía. Se recordó a sus nobles hermanas. Y, de hecho, se encontró cierto parecido a ellas. Jamás había vestido algo tan costoso ni había llevado tantas joyas caras. ¿Cuándo hubo tiempo para lucir vestidos? Si siempre tuvo que trabajar y buscarse la vida... Pero allí estaba, engalanada como la mismísima reina de Inglaterra. ¡Hasta los zapatos eran nuevos!

Le dio miedo. Miedo a acostumbrarse a una vida que no le pertenecía. Así que cogió aire y apartó la mirada del espejo. No quería deslumbrarse con un espejismo. Ella era quien era: una costurera. Sin más.

—Espero que esta noche Hugo vuelva a besarme. Pero debo conseguir que sea delante de las primas Renoir. Creo que tengo una idea para ello...

—¿De verdad no sintió nada cuando la besó esta mañana? Cualquiera diría que está deseando que la bese otra vez.

—Nada de nada, Amélie. Ya te lo he dicho: todo forma parte del plan.

—Pues yo creo que le ha gustado —musitó la ayudante, enterrando su voz en la caja del vestido mientras la guardaba.

—¿Qué has dicho?

—Nada, *madame*.

El salón de baile de la Duquesa de Orléans era uno de los más grandes de Europa. En él cabían doscientas personas y estaba repleto. La *crème de la crème* francesa estaba ahí, incluida la tediosa nieta de Hermione: Bellina Renoir. La modista de lujo que había sido cómplice de la humillación de Alice.

Las jóvenes casaderas pululaban de un lado para otro con sus mejores galas, pero las más soberbias eran las primas Renoir: Regina y Henriqueta. Puesto que llevaban los vestidos más lujosos y las joyas más caras, diseñados por su propia prima. Quien no dejaba de felicitarlas por su buena elección de vestuario.

—El traje que llevas te favorece mucho. Esta vez sí que llevas algo digno de tu persona. Es una lástima que tu hermano, el Duque de Orléans, no esté aquí para admirar tu belleza —aduló la modista, que era la hija de la hermana mayor de los Renoir.

—Tienes toda la razón. Y es una suerte para ti que la mujer más influyente de París, es decir, yo misma... Lleve tus diseños. Ya me han preguntado varias mujeres por él y estoy segura de que tendrás muchos pedidos en breve.

—Por supuesto —Se llevó la copa de champán a los labios—. ¿Y dónde está tu perfecto lord Silvery?

—Se ha recluso con su odioso amigo lord Goldener y no puedo hablar con él. Sería muy indecoroso por mi parte interrumpir las conversaciones de dos caballeros con los que no comparto lazos familiares, por mucho que desee hacerlo. Debo esperar a que él se acerque a mí... —Señaló un rincón en el que Hugo estaba de pie junto a su inseparable compañero, atrayendo las miradas de todas las féminas presentes.

Iba exquisitamente ataviado, como de costumbre. Presumía de un elegante traje azul marino, compuesto por un frac y un chaleco plateado. Llevaba una camisa con cuello alto de

color blanco impoluto. Y lo que no podía faltarle de ningún modo, eran sus guantes de gala. De los más caros del mercado, blancos y con tres líneas en el centro de cada uno de ellos. Le gustaba vestir bien y se notaba. Su buen gusto por la moda, sumado a su porte... Eran factores arrolladores.

La fiesta había empezado. Los canapés corrían de un invitado a otro y todos llevaban una copa de champán o de limonada en la mano. La orquesta había empezado a tocar algunas melodías de fondo y las conversaciones eran cada vez más animadas. No habría cena de plato y cuchara, por lo que pasarían directamente al baile.

—Perdonen —pidió Hermione—. Disculpen —repitió, dándole dos golpecitos a su copa con una cucharilla—. Gracias por su atención, amables invitados. Primero de todo, quiero darles las gracias por su asistencia en este baile anual, que he organizado con mucho cariño para todos ustedes. Espero que todo sea de su agrado. En esta ocasión tengo la suerte y el orgullo de poder presentarles a una persona muy especial para mí: la hija de mi hermano. Que aparte de ser mi invitada especial, ha ganado un juego en el que mis nietos han participado esta tarde. Y por eso ostenta el merecido lugar de ser la reina de esta noche. No es el primer año que hacemos esta actividad, así que no les resultará extraño.

Hizo una seña a Cécil, que estaba arriba de las escaleras principales, y éste dio dos golpes en el suelo con un bastón para luego anunciar:

—¡Lady María Fernán! Nieta del Duque de Griñón.

Se hizo un silencio sepulcral. Toda la atención recayó sobre esa dama que acababa de comparecer arriba de las escaleras. Era un rayo de luz, tanto por su vestido como por su aspecto físico. Las mujeres tragarón saliva tratando de no perecer de la envidia y los hombres quedaron ensimismados, preguntándose si podrían bailar con ella.

Por fortuna, no tuvo que descender sola. Cinco caballeros le ofrecieron la mano en diferentes niveles de las escaleras, por lo que pasó de mano en mano hasta llegar abajo del todo, al lado de Hermione.

—Lady Renoir, ¿puede presentarme a su sobrina?

—Duquesa, yo también deseo conocerla.

—¿Tiene la primera pieza concedida?

Esa fue la reacción general de los caballeros solteros, porque los casados tuvieron que mantenerse a raya bajo la mirada inquisitiva de sus esposas. A Alice siempre le había encantado bailar. Así que se alegró mucho de que todas las piezas estuvieran pedidas en cuestión de minutos. Y se permitió ser feliz ante lo que prometía ser una noche inolvidable de bailes sin fin.

Las damas menos ponzoñosas no tardaron en preguntarse de dónde habría sacado ese maravilloso vestido y estaban dispuestas a saberlo con el fin de tener uno igual para ellas o para sus hijas.

Entre tanto, lord Silvery se había quedado de piedra al otro lado del salón, mirándola fijamente y sin aire. Tenía un nudo en la garganta. Una sensación extraña de ardor y de rabia.

—¿Eh? ¿Estás aquí? —inquirió Galán, pasándole la mano por delante de los ojos.

Hugo asintió sin apartar la mirada de María.

—¿Por qué no le pides el vals? ¡Eres el rey! Es tu derecho...

—¡Por favor! Que lord Silvery se acerque —pidió Hermione antes de que Hugo pudiera contestarle algo a su compinche—. Vamos a coronar a los reyes...

Míster plateado se acercó a la Duquesa viuda y a María tras unos segundos de asimilación.

—Yo os declaro, rey y reina de esta noche —anunció Hermione, cogiendo una de las coronas que un lacayo le ofreció. Y se la colocó a Hugo. Se trataba de una corona de plata bastante ancha. Después, tomó otra más fina del mismo material y coronó a María.

Los presentes aplaudieron con fuerza y esperaron a que los reyes inauguraran el baile.

—Lady Fernán —le dijo—, ¿me concede este baile?

¡Por el amor de Dios el Misericordioso! La habían pillado totalmente desprevenida. El corazón le latía desbocado en el pecho y la respiración se le había ido para no volver. Hugo Silvery era el hombre más guapo que había visto nunca. Y acababa de darse cuenta de ello. Sí, siempre lo había considerado un hombre bello, pero no a ese nivel. ¡Y acababa de pedirle un baile frente a centenares de personas! Se sentía a punto del colapso emocional, por todas esas atenciones y miradas de admiración. La corona, el vestido, los nobles pidiéndole bailes... Y el hombre más guapo de Europa a su lado.

—¿Conoce los pasos? —insistió Hugo ante su silencio.

—Sí, milord—repuso, aceptando su mano.

Se dirigieron al centro de la pista e iban a bailar...un vals.



Capítulo 12

El mejor ataque es una buena defensa

Cuando se está enamorado, comienza uno por engañarse a sí mismo y acaba por engañar a los demás. Esto es lo que el mundo llama una novela.

Oscar Wilde.

El vals era y será uno de los bailes más eróticos de la historia. Porque se trata de un deleite sensual lleno de luces, colores, calor de la pareja y movimientos románticos...pura magia. Por eso se consideraba indecente en algunos salones de Londres. Sin embargo, estaban en Francia. Y la vida era mucho más laxa.

Alice no lo había bailado nunca, como era de esperar en una mujer de su baja posición. Y al escuchar la orquesta, se sintió completamente perdida y avergonzada. ¡No tenía ni idea de cómo moverse! Hubo un momento de incómoda quietud hasta que el hombre más guapo de Europa tomó su mano derecha con la izquierda y le colocó la otra en la base de la espalda, pegándola a él y a su aroma varonil. La distancia que los separaba, seguramente, era la adecuada. Pero Alice se escandalizó por un instante, ¡se estaban rozando frente a todos!

Hugo Silvery la guiaba con pasos largos y seguros por toda la pista, girándola como si fuera una bailarina de las cajitas de música. Por unos segundos fue incapaz de mirar a su acompañante hasta que se atrevió a ello. Como siempre, la estaba mirando fijamente... a través de sus ojos grises y penetrantes. Pero esa vez, intuyó un chispeo cálido en el fondo de ellos... como si hubieran dejado de ser Alice Smith y Hugo Silvery para ser simples marionetas del amor.

Instintivamente, colocó su mano enguantada sobre el ancho hombro de mister plateado e inclinó la cabeza levemente hacia atrás al final de cada vuelta, haciendo volar su pelo negro. Que, por suerte, estaba muy bien fijado. La composición musical cada vez iba más rápido y se intensificaba en algunas notas, dándole énfasis a cada paso. Haciéndolo a cada segundo más pasional. Había instantes en los que se olvidaba de respirar y en algunos otros la sangre repicaba contra los muros de su pecho, amenazándola con desbordarse.

No hablaron, no había necesidad de palabras... solo de gestos. Él le rozó el brazo y ella lo correspondió colocándole la mano sobre la cara, justo en el lugar donde lo había abofeteado esa mañana. Dentro del extasiante y embriagador torbellino de sensaciones a Alice le sobrevino una imagen aterradora: la de ella amando a Hugo. Se horrorizó con ese pensamiento y la sonrisa de su rostro se desvaneció al instante; justo en el minuto en que la pieza terminó.

—Lord Silvery, si no le importa, la siguiente pieza me corresponde —irrumpió un joven alto y apuesto, acercándose a ellos mientras ofrecía su brazo a lady María.

Resultaba que no se habían separado pese a que la melodía del vals había llegado a su fin. Hugo no quería soltarla, lo notó por su expresión molesta. Pero no le quedó más remedio que acceder puesto que estaban en un lugar público. Alice sospechó que, si no se hubiera tratado de un espacio con gente, no hubiera podido escapar de él ya que ejercía un extraño magnetismo sobre ella.

Danzó con cinco parejas de baile distintas, pero sin olvidarse de su objetivo: conseguir el segundo beso y que las Renoir lo vieran. Así que logró deshacerse de su sexto

compromiso y se escurrió a un salón que quedaba justo al lado del que estaban todos los invitados. Se aseguró que, al hacerlo, Hugo la viera.

Se sentó en un sillón y fingió tener los tobillos adoloridos mientras esperaba a su presa. Sabía que aparecería tarde o temprano porque ese era el *modus operandis* del *hommus mujerins*. Y no se equivocó, lord Silvery apareció en cuestión de minutos cerrando la puerta tras de sí. La orquesta quedó de fondo, al otro lado de la pared.

—Lady Fernán, disculpe mi intromisión, pero creo conveniente que terminemos la conversación de esta mañana. Al parecer, ahora le debo dos disculpas...

—¡Lord Silvery! ¿Qué hace aquí? —fingió.

—Sé que no es apropiado —volvió a disculparse—. Pero permítame que...

—¡Auch! —se aquejó Alice con un falso aullido de dolor mientras se tocaba el tobillo con el ceño fruncido.

Cuando conoció a lord Silvery pensó que sería difícil conquistarlo, pero cada día que pasaba lo encontraba más fácil. ¿Era él demasiado simple? ¿O realmente se sentía tan atraído por ella como para actuar de ese modo? Tan sólo había pasado una semana y ya le había sonsacado una declaración de deseos y un beso. ¡Era pan comido! Ese hombre tenía que ser un libertino profesional, no había otra explicación. Porque dudaba mucho que...fuera amor. ¿Amor en siete días? ¿Amor proveniente de una estatua de hierro? ¡Un lobo vestido de oveja!

—¿Le duele mucho? —Se acercó a ella, todavía con la corona puesta.

—Siento mis dedos agarrotados —Señaló su pie derecho.

—Permítame.

Lord Silvery apoyó una rodilla en el suelo y le sacó el botín. ¡Estaba arrodillado frente a ella! Se preguntó si hubiera hecho lo mismo por Alice Smith... era una pregunta que se repetía con frecuencia. Convencida de su respuesta: no.

—Ahora póngase de pie y apoye el pie plano sobre el suelo —Le indicó, ayudándola a incorporarse poco a poco. Si no conociera nada más de él, podría llegar a pensar que era un buen hombre. La lástima era que había conocido sus dos caras.

Lo obedeció y se puso de pie, apoyando ambas manos sobre sus hombros. Aquellos hombros hechos de metal y que podrían protegerla de todo... incluso de una caída de cuatro metros. No se dejó deslumbrar y miró de reojo al reloj de pie que había en un rincón de la estancia. ¡Faltaban solo dos minutos!

Miró a Hugo con sus ojitos turquesa, parpadeando de la forma en que Colette le había enseñado. Y volvió a poner los labios en forma de piñón como en la mañana.

—Muchas gracias, lord Silvery —musitó, a escasos centímetros de su boca varonil.

Esa corriente, palpable entre ambos... volvió a surgir. De hecho, nunca había desaparecido. Siempre estaba latente, en el aire. Le pasó la mano por la cintura y la apretó contra él, haciéndola sentir toda su dureza. Se ahogó, fue incapaz de evitar esa reacción que se volvía cada vez más habitual en sus encuentros. Cerró los ojos y esperó a que la besara, eran las once en punto y las Renoir iban a entrar de un momento a otro. Entonces los sorprenderían, ella ganaría la apuesta, Enriqueta sería humillada y Hugo se vería obligado a pedirle la mano por el escándalo. ¡Era el plan perfecto! Les había pedido a las primas que entraran allí a las once. Así que todo iba según lo planeado y...

La zarandó.

La cogió por los brazos y la movió como si quisiera despertarla.

Cuando abrió los ojos, se encontró con Hugo mirándola seriamente.

—¿Quiere que la bese para tener una excusa con la que abofetearme? —inquirió.

—¿Disculpe? —reclamó, haciéndose la indignada y aparándose de él con un respingo. Estaba confundida, esa no era la reacción que había estado esperando. ¿Y el beso?

—Sí, lady Fernán. He venido para pedirle disculpas. Pero usted vuelve a servirse en bandeja. No es una mujer de docilidades, puedo leerlo en sus ojos. ¿En qué consiste el juego?

—¡Esto es una afrenta! No tiene ningún sentido de la caballerosidad, lord Silvery. ¿Cómo puede preguntar por mis sentimientos de forma tan abrupta? ¡Apenas nos conocemos!

—Es cierto, no nos conocemos. Y llevo conviviendo con usted tan solo una semana, pero siento que...

—¿Qué? ¿Siente que tiene el derecho de interrogarme? —Necesitaba y debía hacerse la ofendida, había tensado demasiado la cuerda y Hugo no era tan estúpido como había creído. Así que debía adoptar el papel de dama ofendida si quería salir victoriosa de esa situación.

—No, no es eso. Pero no es usted una niña precisamente y...

—¿Ahora me está llamando vieja, lord Silvery? —atacó, siguiendo aquel dicho de "la mejor defensa, es un buen ataque".

Lo único que lamentaba era que si en ese instante entraban las Renoir... solo verían una situación un tanto comprometida entre un hombre y una mujer. Pero nada de besos ni tan sólo abrazos. ¡Maldito Hugo!

—Me está mal interpretando. Lo que quiero decir es que usted es una mujer, completa. Fuerte, valiente y sincera. Así que no sé a qué vienen tantas concesiones.

—Oh, ahora no entiende a qué vienen tantas concesiones. Pero hace pocos días me estaba confesando su deseo.

—¿Quiere decir que usted también me desea? ¿Es eso? —preguntó, acercándose a ella de nuevo—. Deme una razón para comprender que una mujer como usted se muestre receptiva a mis besos.

¿Una razón? ¡Tenía varias! La primera, era la forma de llevarlo a la ruina. La segunda, la vía para humillar a lady arpía. Y la última... la última no iba a reconocerla ni si quiera mentalmente.

—Es demasiado vergonzoso para mí reconocer tal cosa. Me está avergonzando, lord Silvery. Si se considera un caballero, abandonará esta conversación inmediatamente —fingió un puchero, tapándose la cara con las manos y dándole la espalda.

Hugo observó a esa loba con piel de cordero. Lo tenía desconcertado. Tal y como ella había dicho, no la conocía. Le había parecido sumamente extraño que quisiera repetir la escena de la mañana sin esperar las disculpas ni un período de espera prudente. Por eso se había sentido víctima de alguna clase de juego. Pero allí estaba, otra vez. Descompuesto frente a esa dama incoherente, que de la noche a la mañana parecía la más inocente del mundo.

—Lady María —Pasó su mano por el hombro femenino, acariciando su traje de brillantes. Estaba hermosa, la más hermosa de toda la velada. Era bella, fascinante. Y solo por eso merecía volverse loco. Si era una tramposa, una embaucadora o una lunática... no importaba.

—No me toque —Se apartó abruptamente—. No quiere que piense que soy una mujer fácil.

—No he querido insinuar tal cosa, simplemente estoy muy confundido. No había conocido nunca a una mujer como usted.

—¿Confundido?! —Se giró en un movimiento dramático—. ¿Qué es lo que no entiende, lord Silvery? Tengo que luchar contra mis propios principios a cada segundo que está a mi lado. Me siento ridícula dado el poco tiempo que lo conozco, pero esta es la realidad: que no puedo dejar de pensar en usted y en lo mucho que lo deseo. ¿Me he servido en bandeja para que me besara? Puede que sea cierto, pero no porque sea una libertina. A diferencia de usted, mucho me temo que nos engaña a todos con su fachada de hombre duro.

Lo dijo y lo expresó con más veracidad de la que hubiera querido. Empezó con el objetivo de ganarse su atención y su confianza, pero terminó abriéndole una parte muy profunda de su corazón.

—Lady Fernán —La cogió por los hombros y la apretó contra él en un arrebato—. Ambos somos difíciles de definir. Existen personas que puedes describirlas al detalle con solo verlas. Pero eso no ocurre ni ocurrirá con nosotros. Porque llevamos máscaras, una encima de la otra. No sé quién es, no sé cómo piensa ni a dónde quiere llegar con sus cambios de humor y de actitud... Tampoco puedo decirle quién soy. Ni puedo desmentir sus acusaciones, porque ni yo mismo me conozco. Lo único que es cierto, perfecta desconocida... Es que cuando nuestros cuerpos se acercan: vibran. No sé si esto nos llevará a la destrucción o a la gloria, no sé qué busca ni qué pretende... Pero nunca podrá negar que se deshace entre mis brazos.

Se cernió sobre sus labios y la besó. La besó con furia, con necesidad. No tenía nada que ver con el beso de la mañana, ése era posesivo y agresivo. Como si quisiera transmitirle todo lo que con palabras era imposible de decir. Alice se olvidó de la apuesta y de quién era. Hubiera sido muy hipócrita no reconocerlo. Simplemente se dejó llevar por el ímpetu de mister plateado y la pasión que los unía. Una pasión nacida de la nada, de lo desconocido. Dos cuerpos que se necesitaban, dos perfumes que querían mezclarse. Sonaba extraño, pero en la vida a veces sucedían esa clase de eventos en los que un hombre y una mujer se atraían simplemente por instinto casi animal.

Le pasó la mano por el cuello y lo tiró hacia ella, absorbiendo su intensidad y haciéndolo suyo. Era tan irresistiblemente atractivo y olía tan bien, que era imposible no caer rendida a sus pies. Y no solo eran sus encantos, sino su proceder... Su magnetismo único y especial que lo hacían todavía más apetecible.

—¡Esto es inaceptable! —exclamó una voz desde la puerta.

Se separaron de inmediato y vieron a las primas Renoir. Chastity estaba feliz, casi aplaudiendo. Regina tenía cara de incredulidad y Enriqueta...

Lady arpía estaba pálida y las venas le traspasaban la piel por la irritación. Era una mezcla entre rabia y pena muy lamentable. Alice disfrutó de ese instante como una depredadora arrancándole el primer trozo de carne a su presa. La vio patalear, gruñir y escupir toda clase de improperios. La lástima fue que alguien había cerrado la puerta después de entrar y no había más testigos, ni del beso ni de la ridícula escena de Enriqueta.

—Lady Renoir —trató de calmarla Hugo Silvery, posiblemente temiendo ser el culpable indirecto de una muerte inminente.

—¡Era una apuesta! ¡Te ha estado engañando desde el principio! —señaló la arpía, dejándose caer sobre una banqueta por falta de aire. Regina la abanicó mientras ella tiraba la cabeza hacia atrás, enferma—. Ahora tendremos que pagarle una cuantiosa suma de dinero.

—Y no te olvides de arrodillarte, querida —ultimó Alice, sonriendo de placer.

—¿Una apuesta? —dijo Hugo, alzando una ceja—. ¿Así que era eso?

¿Estaba aliviado? ¿Molesto? Le dio la sensación de que estaba satisfecho por haber

descubierto sus verdaderas intenciones. Y, seguramente, ni si quiera se molestaría por mucho tiempo achacando su comportamiento a "las típicas jugarretas femeninas". ¡Bien! No estaba mal... ¡Si supiera...! Rio para sus adentros, se deleitó con la patética escena de Enriqueta. No obstante, la fruición no fue completa.

Cada vez que pensaba en lord malnacido, se sentía culpable. ¿Por qué?

“La venganza iba por muy buen camino. Ya tenía a lady Enriqueta prácticamente sometida, solo me faltaba Hugo. Sin embargo, me sentía extraña con él. Quería odiarlo, pero cada vez se me hacía más difícil. ¿Era verdad? ¿No negaría que me deshacía entre sus brazos? ¡Era algo normal! Yo no había conocido ningún hombre y él era muy apuesto. Seguramente me hubiera pasado lo mismo en cualquier otra circunstancia y con cualquier otro caballero con similares características. ¿Qué tenía él de especial?”



Capítulo 13

La primera victoria

Lo más difícil de aprender en la vida es qué puente hay que cruzar y qué puente hay que quemar.

Bretrand Russell.

Hubiera sido muy irreal que Enriqueta se arrodillara frente a ella durante la velada. Básicamente porque los invitados no entenderían el motivo y ninguna de las Renoir estaba dispuesta a explicar lo sucedido. El asunto de la apuesta era algo que debía quedar entre ellos porque, de lo contrario, Hermione quedaría en muy mal lugar como carabina y las jóvenes podrían ensuciar su reputación. Sobre todo, Chastity, que ya estaba comprometida.

De todas formas, ese pequeño detalle no iba a ensombrecer el sabor de la gloria. Alice estaba dispuesta a disfrutar de la carnaza al día siguiente, en cuanto todos los "extraños" se hubieran ido. Y así lo hizo.

Las primas quedaron en el salón de los ventanales de la abuela junto a los primos Travis y Eric que, por alguna extraña razón, tampoco querían perderse el momento en que Enriqueta se arrodillara frente a alguien. Alice fue la última en comparecer, dándose las de importante. Lo hizo vestida con un traje de color burdeos, cercano al rojo; un color que irradiaba fuerza y victoria sin ser demasiado vulgar.

—Buenas tardes —saludó con una leve sonrisa al entrar, temiendo parecer demasiado feliz.

—¡Buenas tardes, María! —sonrió Chastity, que no tenía ningún pudor en mostrar su felicidad—. Por un momento pensé que te echarías atrás. Aquí está Enriqueta —Señaló a su prima como si fuera un trofeo.

Clavó sus ojos turquesa sobre la joven, transportándose a la fiesta en su honor.

...no vio el pie puesto adrede en su camino. Lo que se conoce vulgarmente como "zancadilla". Sí, Enriqueta le había hecho la zancadilla en mitad de un salón lleno de nobles emperifollados hasta las cejas y se cayó de bruces al suelo... —Le pido disculpas, lady Renoir —ironizó Alice... Lady Renoir (de ahora en adelante, lady arpía) esbozó una mueca de autosuficiencia al verla arrodillada y humillada...

La humilló y la aplastó sin compasión. Ese día tuvo que tragarse el orgullo y la compasión.

Pero estaba a punto de recuperar ambas cosas. Anduvo cual leona acechando a su presa y se situó frente a la niña, la vio pálida. No había dormido en toda la noche, estaba segura. ¿Qué sería para lady arpía arrodillarse frente a otra mujer? ¡Siendo la hermana del Duque de Orléans! Como se decía en los barrios bajos, de los que venía Alice, se hubiera meado de la risa ahí mismo si no fuera por su papel de dama educada.

Enriqueta, la noble más codiciada y estúpida de todo París a punto de rendirle pleitesía. ¡Era como tener a toda la nobleza a sus pies! Si hubiera tenido un báculo la hubiera señalado con él y le hubiera dicho: *Arrodillate, cabrona*. Al puro estilo plebeyo y barriobajero. La lástima era que la señora Jenkins, que fue como una madre para ella, la educó demasiado bien como para usar ese vocabulario. Así que se limitó a esbozar una sonrisa de falsa

cordialidad mientras esperaba a que la joven cumpliera su parte del trato.

—¡No pienso hacerlo! Una Renoir nunca se arrodillará frente a una española. —se negó, cruzando sus brazos y mirándola con desdén.

—¿Qué significa que una Renoir nunca se arrodillará frente a una española? —Entró Hermione—. ¿Acaso no tienes sangre española corriendo por tus venas? ¿Piensas que yo soy francesa?

—¡Abuela! Lo tuyo es diferente...

—María es mi sobrina. Y si has perdido una apuesta, debes cumplir tu palabra. No importa tu apellido, Enriqueta. Debes aprender la humildad. Y este es el primer paso para ello... Si no aprendes ahora esta valiosa lección, tu vida se arruinará tarde o temprano. Has amargado a tus primos desde que eras pequeña, enorgulleciéndote del título de tu hermano mayor. Es bueno sentir orgullo por los familiares ¿pero y si tu hermano no hubiera sido el mayor? ¿Y si su padre no hubiera nacido primero que el resto de tus tíos? ¿No estarías ocupando tú el lugar de Chastity o de Regina? He visto tu forma de actuar y pese a mis amonestaciones, nunca corregiste tu pésima actitud. A una persona no la define su título, sino sus actos. Y me has avergonzado. Vienes de mí, Enriqueta. Si yo no me hubiera casado con tu abuelo, tú no habrías nacido. Y te puedo asegurar que yo he sido la persona más común de este mundo antes del matrimonio. ¿Vosotros que sabéis de la vida? Si supierais lo que vuestra abuela tuvo que sufrir, lloraríais. Así que sé agradecida y cumple tu palabra... Arrodíllate, Enriqueta.

Ante el discurso de Hermione, Alice reflexionó sobre su propia actitud. Quizás estaba siendo demasiado cruel, déspota. ¿Podría perdonar a Enriqueta? ¿Decirle que la exoneraba de su deuda?

¡No! No podría. Como bien decía Hermione, esa muchacha merecía una lección y allí estaba ella para dársela. La vio temblar, de rabia seguramente. Incluso le saltaron algunas lágrimas, de impotencia. Tenía las venas de su cuellito de cisne hinchadas, como si se le fueran a partir en cualquier momento. Y su respiración, aunque controlada, parecía dificultosa.

"Vamos, arpía. No tenemos todo el día", pensó.

—¿A qué esperas? —espetó Chastity—. Cumple tu palabra. Eres la que ha pasado menos tiempo con lord Silvery. Así que... vamos, arrodíllate.

Lo vivió a cámara lenta y, seguramente, el resto de los presentes también. Incluidos los primos Travis y Eric, que no le guardaban mucho afecto a su ególatra prima.

Lady arpía (de ahora en adelante, lady patética) dejó caer su peso sobre el suelo, hincando ambas rodillas sobre él con actitud de derrota.

¡Sí! ¡Dios existía!

¡Y se había manifestado a través de la justicia!

¡Qué placer!

Alice lo sintió como cien telas de satén contra su cuerpo, diez pastelillos de almendras dulces en su boca y mil flores de primavera sobre su cabeza. ¡Venganza! Solo le faltaba la corona de laurel. Pero se conformaría con la de plata que ganó la noche anterior como reina.

El viento soplaba a su favor.

Lady patética se quedó unos segundos en esa posición para luego incorporarse.

—¡Esto no se quedará así! Hugo ya sabe qué clase de mujer eres. Sabe lo de la apuesta y lo que has hecho para ganarla...

Después de esa ridícula amenaza, salió corriendo de allí, llorando sin consuelo. Esa fue

una cura de humildad que, Enriqueta, nunca olvidaría.

—¿Una copa de champán, querida? —ofreció Hermione en cuanto el resto de los jóvenes también hubieron abandonado el lugar.

¡Triunfó! ¡Había ganado! Aunque la victoria se celebraría mucho mejor en cuanto Enriqueta descubriera quien era ella realmente y frente a quien se había postrado. ¡Nada más y nada menos que la costurera!

Después de la charla con su benefactora, decidió dar un paseo por el jardín para calmarse. Había sido demasiado emocionante y la euforia todavía corría por su cuerpo. Necesitaba un poco de aire fresco antes de contárselo a Amélie, que seguía decidida a no salir de la habitación si no era estrictamente necesario.

Se colocó sus guantes de piel y su echarpe de lana por encima de los hombros y enfiló el camino de piedrecitas hacia el invernadero. La puerta siempre estaba abierta, así que podría dar una vuelta por el lugar y admirar la belleza de la naturaleza. Uno de los placeres de la alta sociedad.

Recorrió el camino a paso lento, respirando y liberando los nervios acumulados. Relajándose y felicitándose a sí misma por la victoria.

El invernadero era un edificio de cristal con un techo a dos aguas muy comfortable. Giró el pomo y se adentró en él. ¡La temperatura era una delicia! Y el olor a vegetación sanaba cualquier herida. ¡Oxígeno!

Abstraída por la diversidad de plantas y árboles, no se dio cuenta de que no estaba sola.

Hugo Silvery estaba molesto. Irritado consigo mismo. A sus treinta y siete años había sido burlado por un juego femenino. ¡Sabía que lady Fernán escondía algo! Así que era eso, una apuesta. ¿Eran esas sus sombras? ¿Las sombras que veía en sus bellos ojos turquesa?

María no parecía esa clase de mujer que perdía el norte por un juego infantil. ¿O sí? Otra vez esa incoherencia. Necesitaba un poco de espacio, soledad. El día era agradable, pese a estar en pleno invierno. Eso, pensó mientras salía al jardín en dirección al invernadero. Disfrutó de los olores de la vegetación y respiró hondo, era lo que necesitaba, aire puro.

Se paró frente a las plantas carnívoras y observó como devoraban a una pobre hormiga. Sintió cierta pena por ella... o quizás fuera comprensión. Le quedaba muy poco por cumplir el acuerdo con su padre, y debía engendrar un hijo. Por lo que debía casarse nueve meses antes del plazo. Y suplicarle a Dios que su mujer fuera muy fértil. Necesitaba una muchacha joven, con toda la maquinaria en pleno funcionamiento. Pero allí estaba ella: María Fernán. A sus veinticuatro años, devorándolo como a esa inocente hormiga. Bien, lo de inocente no iba con él.

Todavía estaba en el mismo sitio, de pie y sin hacer nada cuando escuchó unos pasos tras de él. Se giró, pensando que sería alguien del servicio por el ruido que hacía al andar, pero se sorprendió al ver a lady Fernán. Andaba con pasos vulgares, a grandes zancadas como si fuera un hombre o peor aún, una pueblerina. Como ya venía siendo habitual en ella, no miraba por donde andaba... Así que antes de que pudiera apartarse o avisarla del inminente desastre, chocó con él. La cogió por los brazos, tratando de reparar el daño inútilmente y la separó.

La vio llevarse la mano a la nariz con los ojos llenos de lágrimas. Se había hecho daño y con razón, puesto que se había dado de bruces contra su torso de hierro.

—¡Lord Silvery! —exclamó al verlo—. Disculpe, quedé prendada de la belleza del

invernadero y...

—Por lo visto tiene la mala costumbre de andar sin mirar por dónde pisa. Debería tener más cuidado, no siempre estaré yo para amortiguar su golpe.

"*Pero qué desagradable e irritante es*", pensó Alice.

—Le pido de nuevo disculpas, entonces —replicó ella, con la nariz roja.

—¿Por qué? ¿Por haberme usado con fines lucrativos? ¿Ha disfrutado de sus francos?

—Lo cierto es que voy a comprarme una gargantilla nueva con ellos, gracias lord Silvery —tuvo el descaro de responderle, pasando por delante de él y siguiendo su propio camino como si no lo considerara digno de una mínima muestra de respeto. ¡Volvía a ser la misma descarada del primer día! Solo le faltaba recordarle lo muy irritante, frío y serio que lo consideraba.

—¡Lady Fernán! —La detuvo por el brazo, girándola hacia él con un movimiento más agresivo del que le hubiera gustado. No le hizo daño, pero le recordó con quien estaba tratando—. No se olvide de que está usted hablando con el futuro Conde de Cornwall. No puede tratarme de este modo, por muy sobrina de lady Renoir que sea. ¿Se olvida de que es usted una dama? ¿De qué me debe respeto y obediencia? Soy superior a usted en todos los sentidos.

A Alice le brillaron los ojos de un modo especial. Ahí estaba el verdadero lord Silvery, su verdadera faceta de pretencioso y arrogante. Si en algún momento había sentido pena por él, cualquier resquicio de ella desapareció en ese instante. Sabía que tenía que conquistarlo para arruinarlo, pero no pudo controlar su naturaleza.

—Milord —arrastró el nombramiento hasta hacerlo sonar como un insulto—. ¿Superior a mí? Si fuera superior a mí en algún sentido, no necesitaría usar su fuerza bruta para dominarme —Se zafó de él con un estirón—. Tampoco habría caído en mi trampa para ganar una simple apuesta. No es nada más que una fachada, una estatua andante sin cerebro ni raciocinio. Es el tipo de hombre que se cree un rey pero que no llega ni a limpiabotas. Sí, no me mire así. Anda como si tuviera un palo metido por el culo y estoy segura de que ni si quiera se lo ha lavado en los últimos dos meses.

Adiós a su papel de dama refinada en cuanto dijo eso último. Pero su sangre bombeaba con tanta fuerza contra las paredes de su cabeza, que era incapaz de controlarse. No soportaba que alguien se creyera superior. No soportaba la soberbia, el engreimiento y la petulancia. Nunca soportó a la aristocracia, por evidentes razones. Y a su edad, y con todo lo que había sufrido, no iba a aguantar más discursos como el que lord Silvery acababa de pronunciar.

—No sé si debería seguir llamándola *lady* después de lo que acabo de escuchar. Es peor de lo que me imaginaba —La miró con una mezcla de horror, sorpresa y masoquista admiración.

—La forma en que usted se dirija a mí, no va a restarme horas de sueño. No me importa, no me importa nada lo que usted diga. Ni si quiera me importa usted. ¡No lo conozco! —gritó, fuera de sí.

—Exacto, no me conoce —Dio un paso hacia ella y volvió a cogerla, pero esa vez por la cintura. La apresó entre sus enormes brazos y la pegó a su pecho masculino—. No sabe nada de mí. Pero tiene una extraña forma de juzgarme, miladí.

—¿No dijo que no iba a dirigirse a mí de ese modo? Suélteme, no lo soporto. No lo aguanto. No quiero que me abrace más, no quiero que me bese... ¡Ni si quiera quiero que me mire! —Se removió con todas sus fuerzas para escapar de esa cárcel humana, pero no lo

consiguió. Él la tenía inmovilizada haciendo el mínimo esfuerzo—. ¿De qué se ríe? ¡Deje de reírse de mí, cretino!

—Se lo dije anoche y se lo repito. Seamos quienes seamos, nuestros cuerpos están destinados a estar juntos. ¿No lo nota? —La besó debajo de la oreja, erizándole la piel—. Su cuerpo me pertenece, perfecta desconocida.

—Deje de decir sandeces —exigió con menos fuerza de la que hubiera deseado.

La tensión crepitaba en el ambiente con la misma intensidad que un relámpago. La miró, desnudándola con la mirada. Se sentía desnuda pese a las capas de ropa que llevaba. La plata se había fundido, dando paso a un río de metal reluciente. ¡Ese hombre se estaba enamorando! ¡Pero por qué? ¡Si acababa de insultarlo! ¡De decirle todo!

Y como una estúpida estaba temblando, temblando de pasión y de deseo. Quería que la besara, quería que... la hiciera suya. Sentirse mujer entre los brazos de lord malnacido y luego odiarle el resto de su vida. ¿Sería muy difícil hacer eso?

No pudo responder a sus propios pensamientos. El roce de los labios de Hugo sobre los suyos le robó la conciencia y el sentido. Se dejó besar y lo correspondió, con fiereza. Con fuego. Dejó caer su mantilla de lana y le pasó las manos alrededor del cuello, ese cuello de hierro que sería capaz de mover montañas. Lo saboreó con intensidad, sin aire, sin vida... Sólo él. Sólo Hugo entre sus brazos, pegado a su cuerpo femenino, queriéndola amar.

—Le odio, lord Silvery —susurró en cuanto se separaron, con los labios enrojecidos y las piernas a punto de desfallecer.

—Usted tampoco es de mi agrado, lady Fernán.

La cogió en volandas y la llevó sobre un lecho decorado con orquídeas. La tumbó sobre las flores y él se tumbó sobre ella, besándola de nuevo. Acariciándole el rostro y la cintura... La pasión se había desatado.

"Era irracional. Ilógico. Pero allí estábamos los dos, amándonos en silencio como si no pudiéramos escapar de ese embrujo. Sus besos estaban hechos de fuego, su frialdad quemaba y sus ojos plateados brillaban más que nunca. Besé el hoyuelo de su barbilla, acaricié su rudo mentón y me sujeté a su enorme espalda con mis manos de doncella enguantados. Sentí su poder sobre mí, su influencia masculina... Me sentía diminuta a su lado, protegida. No supe que me estaba quemando con mi propio juego".



Capítulo 14

El corazón tiene razones que la razón no entiende.

Sólo el infortunio puede convertir un corazón de roca en un corazón humano.

Fénelon.

Alice no lo pensó demasiado bien cuando accedió a que Hugo Silvery la tumbara entre las orquídeas, movida por la pasión y la atracción de ambos cuerpos, había sucumbido fácilmente a ello. El momento resultaba especial, como un colofón final tras una semana de altibajos emocionales.

Odiaba a lord malnacido y a todo lo que representaba. Pero esa era la voz de la razón, y el corazón era el que mandaba en ese preciso instante de lujuria descontrolada. Entre ellos existía un deseo irrefrenable, evidente e... indeseado por ambas partes. Dios sabría el porqué de esa necesidad carnal. Porque fuese como fuese, ahí estaban: besándose y acariciándose en silencio. Sentía su fuerte cuerpo, repasó sus músculos y se embriagó con su aroma varonil. ¡El hombre más guapo de Europa sobre ella!

Él le dedicaba miradas fugaces de plata derretida, de fuego ardiente. Y ella, debía hacer exactamente lo mismo. Porque notaba las chispas en sus pestañas. ¿Iban a crear un incendio?

Los besos no cesaban, las caricias tampoco. Él no la había soltado en ningún momento, apoderándose de su cuerpo. Ella seguía cogida a su cuello, correspondiéndole del mejor modo dada su inexperiencia. Con movimientos torpes, logró separarse de su boca y descender a su cuello. Quería besarlo, sentir la frialdad de su cuerpo sobre sus labios. Pero Hugo no la dejó libre durante mucho tiempo, pronto volvió a invadir su cavidad bucal. La besó con tanta habilidad que el deseo sexual descendió desde su garganta y siguió por su abdomen para morir en la entrepierna. Como si se hubiera tragado un pedacito de hielo...

¡Alice no creía lo que estaba sucediendo! Ella no era una mujer fácil ni lasciva. En sus veinticuatro años había tenido varias oportunidades de caer en la tentación con caballeros apuestos y honorables. Pero Hugo Silvery rompía con todos sus esquemas y enseñanzas. Si la señora Jenkins supiera aquello, seguramente no se libraría de una buena reprimenda.

Sin previo aviso, sintió una de las manos del futuro conde por debajo de su falda. La fue subiendo hasta llegar a su centro más cálido y lo rozó por encima de la ropa. ¡Qué sensación! Una mezcla de pudor y de placer se apoderó de ella, transformándola en un ser casi irracional.

Entonces, los labios del noble abandonaron los suyos y se escurrieron hasta su cuello, donde la agasajó con pequeños y tiernos besos que fueron cayendo hacia el escaso escote. Molesto por el obstáculo que representaba la camisa de invierno, se las ingenió para quitársela y dejarla en corsé. Gracias al calor del invernadero, Alice aguantó la desnudez con ciertos reparos. ¡Qué vergüenza! Vio cómo la miraba, no parecía el mismo.

Se cernió sobre sus pechos inmaculados, jamás tocados por ningún hombre. E hizo lo inimaginable... Besarlos, tocarlos, apretarlos y... ¿devorarlos? Ella, instintivamente, pasó sus manos por el pelo negro de Hugo mientras éste se ocupaba de darle un inmenso y desconocido placer. Todo iba a bien...

Hasta que poco después, él se separó y se bajó los pantalones. Y lo que no eran los pantalones también, asustándola con algo que nunca había visto. Y entendió por qué lord

Silvery se había ganado el merecido apodo "del hombre metálico". Chocar con esa dura realidad, le hizo darse cuenta de la profundidad y la gravedad de lo que estaba a punto de suceder. El miedo superó su deseo y se recogió rápidamente, recolocándose las faldas.

—Lo siento —le dijo—. No pretendía asustarte. Había olvidado que... Me he precipitado —Se subió los pantalones rápidamente, gracias a Dios.

Sin embargo, la impresión de escuchar su voz la despertó de su letargo completamente. La cuidada y perfecta pronunciación con un deje de arrogancia hicieron que volviera a asustarse por el craso error que estuvo a punto de cometer. ¿Perder la virginidad en medio de un invernadero con su mayor enemigo? ¡No! ¡Quería llevarlo al altar! ¡No ser un trapo de usar y tirar! ¿En qué momento había olvidado sus objetivos? El "*hommus mujerins*" la había seducido con sus malas artes practicadas desde la antigüedad, pero no iba a consentir más tejemanejes.

Se recolocó la camisa sin responderle nada, dispuesta a huir de allí lo antes posible. Y en cuanto estuvo lo suficientemente presentable como para salir al mundo, le dedicó una mirada difícil de definir a Hugo y cogió impulso para ponerse de pie.

—Espere, no se vaya de este modo —la detuvo, cogiéndola por el brazo.

—Lord Silvery, no sé qué impresión le habré dado. Quizás me la haya buscado a través de esa apuesta... pero no soy el tipo de mujer que se entregaría a un hombre en medio de un lugar como este. Bajo ninguna circunstancia.

—Sé perfectamente qué tipo de mujer es. No necesita aclararme nada.

—Entonces, supongo que está todo dicho —Consiguió ponerse de pie y dar un paso fuera de las orquídeas.

—Supongo que sí...

Lord Silvery observó a su loba desaparecer y después se quedó mirando las plantas carnívoras que no estaban muy lejos de allí.

—¡No puedo creer que haya estado a punto de cometer semejante error! —se desesperó Alice, en la intimidad de su alcoba. Todavía con las mejillas enrojecidas y el vestido arrugado.

—Por fortuna ha parado a tiempo, *madame* —dijo Amélie, preocupada—. No se está dando cuenta, pero...

—¡No! No lo digas.

—¡Sí, lo voy a decir! Yo creo que todo esto va a terminar mal, *madame*. Usted no es maliciosa por naturaleza, y está empezando a implicar sus sentimientos. ¿No ha pensado que puede terminar muy dolida con todo esto? Ya ha conseguido que lady Renoir se arrodillara frente a usted. Y creo que lord Silvery también se ha sentido un poco humillado con todo el asunto de la apuesta... ¿Por qué no dejarlo aquí? ¿Por qué seguir con una mentira que solo nos traerá desgracias?

—Lord Silvery todavía no ha aprendido la lección, Amélie. Si supieras las cosas que me dijo poco antes de... del incidente. Me dijo que "él era superior a mí en todos los sentidos". ¿Lo ves? No hay que tener compasión con esta clase de gente, son bárbaros con trajes. Su raza entera es una maldición, vagan por el mundo viviendo del pueblo. Machacándonos, robándonos hasta el último suspiro de vida. Se sirven de estrategias, engaños y manipulaciones para someter a los que son como nosotros. No, Amélie. Por mí, por todos los bastardos de este mundo y por toda la plebe que se sintió insultada por esta clase de energúmenos. ¿Sentimientos? Me los tragaré, si es que tengo alguno. ¡Ellos no los tienen! Su

única intención es ganar poder y dinero. No son de fiar...

Amélie miró a su amiga con lástima, no pudo evitarlo. Estaba convencida de que Alice sentía mucho más de lo que decía por Hugo. Pero nunca lo aceptaría... y esa sería su condena. Estaba consumida por la rabia, el rencor y una venganza que solo le traería desgracias.

—Está bien, *madame* —se resignó la delgada—. Déjeme que le ayude con la peluca, tiene que descansar.

Dejó a su *madame* descansando en el lecho con una camisola y ropa cómoda, aunque sabía que no iba a dormir y que seguramente le daría vueltas a lo sucedido y a su agotadora idea de venganza. Eran las cuatro de la tarde, la hora en que todos los miembros de la alta sociedad se retiraban a descansar a sus aposentos. Al menos era de ese modo en casa de la Duquesa viuda de Orléans. Y debía aprovechar la ocasión para ir a la biblioteca.

Sabía que era arriesgado, pero debía intentarlo. Llevaba dos días con el mismo libro y ya había releído los párrafos que más le gustaban un centenar de veces gracias a las eternas horas que pasaba enclaustrada en la habitación. ¡Todo por culpa de lord Goldener! Era tan insistente... Claro que tampoco era ningún sacrificio pasarse los días leyendo.

Se aseguró de cerrar la puerta de la habitación antes de salir y pasó de puntillas por el pasillo, deslizándose cual gatita delgadita. Se había puesto los botines más gastados para que no repicaran contra el suelo. Y para más precaución, se había cubierto con una capa marrón que le daba la fantástica idea de ser invisible. Una mente lectora acostumbraba a jugar esas malas pasadas, sin importar la edad.

Cruzó el ala norte, llegando al ala oeste. Escurriéndose contra las paredes y en una misión casi imposible por sortear al servicio. No quería que nadie la viera, era una antisocial. Y no se arrepentía por ello. Le gustaba la soledad y odiaba las conversaciones vacías. Por supuesto, que toda precaución era poca para eludir a Galán, que parecía tener una especie de mecanismo detector que la encontraba allí donde fuera.

Al fin y con un ligero suspiro de alivio, llegó a la ansiada y amada biblioteca. Hermione tenía una de las bibliotecas más grandes que había visto en su vida y en ella encontraba todo tipo de novelas. Sobre todo, románticas, que eran sus preferidas. ¡Tenía toda la colección de Jane Austen y Eliza Haywood! Ella no sería nunca una escritora, no le gustaba escribir ni dedicar tiempo a ello. Solo quería abrir un libro y soñar... Eso era todo.

Escapar de la realidad era todo cuanto ansiaba desde que su amado hermano, Héctor, murió en combate. Él era todo cuanto tuvo y ya no tenía nada...

Se adentró en su paraíso terrenal, cerrando la puerta tras de ella y avanzó hacia el centro. Iba a dejar el libro que llevaba entre manos cuando oyó un ligero "clic" en sus espaldas. Alguien había pasado el pestillo... Se giró asustada, rogándole a Dios que no se tratara de algún mal intencionado.

—No tiene nada de que temer, lady Rosalie —le dijo una voz profunda como la de un oso.

Era él.

El mejor amigo de su difunto hermano.

Otra vez... él.

—¡¿Otra vez usted?! —se indignó, aferrada a su papel de Amélie—. ¡Me verá obligada a denunciarlo si sigue con esta ridícula persecución! Ya le he dicho y le he repetido que yo no soy esa mujer a la que no cesa en mencionar.

—Lady Rosalie, por favor. Deje de mentir —Se acercó a ella—. Deje de huir de mí. Solo quiero ayudarla, ¿no lo ve?

—Está usted en una grave confusión, milord. No necesito ayuda de nadie... No soy más que una doncella. Ahora, si me disculpa —Pasó por su lado, moviendo sus diminutos pies lejos de él. Pero no se lo permitió. La cogió por el brazo y por un momento pensó que la haría volar, porque ella era una pluma en comparación a él. Pero no fue así, fue muy delicado. Cálido... Y la obligó a mirarlo, la obligó a encarar sus ojos dorados.

—Por favor —le suplicó, ¿con los ojos llorosos? —Por favor... Por la memoria de su hermano Héctor.

En cuanto mencionó el nombre de su amado hermano, supo que le sería muy difícil ocultar sus sentimientos. Porque cada vez que se acordaba de él, el corazón le daba un brinco y sus ojos avellana amenazaban con desbordarse.

—La he estado siguiendo, miladi. Lo reconozco. Pero no ha sido en un intento de perseguirla, sino de protegerla. Esa fue mi promesa, una promesa que le hice al Coronel Ringwood antes de que muriera en mis brazos.

La joven se llevó la mano sobre la boca, impresionada por esa confesión. Movida por el dolor que le causaba recordar que... no vería a su hermano nunca más. Se le aguaron los ojos... quiso evitarlo a toda costa. Pero el corazón tiene razones que la razón no entiende y se le escaparon las lágrimas, liberando lo que por tanto tiempo había callado, escondido y ocultado.

—¿Estuvo con él en el momento de su muerte? —preguntó, sin dejar de mirarlo a los ojos ni un solo instante. Como si a través de esos ojos hechos de oro, pudiera ver el último instante de vida de su querido Héctor.

—Sí, miladi —respondió Galán, todavía sujetándole el brazo.

—¿Cuáles fueron sus últimas palabras?

—Que cuidara de usted.

¡Dios bendito! ¿Ese fue el último pensamiento de Héctor? Los sentimientos brotaron de su corazón como una catarata y estalló en forma de lágrimas incontrolables. Tanto tiempo... Tantos años negándose a aceptar la realidad. Las piernas le flaquearon, quería dejarse caer sobre el suelo. ¿Qué importaba ya? Sus padres murieron cuando no era más que una niña... Y su hermano, que había sido como un padre para ella, tampoco estaba.

Sin embargo, lord Goldener no la dejó caer y la abrazó con fuerza contra su enorme pecho. ¡Era tan afable! Lloró durante un lapso de tiempo indefinido entre los brazos de ese hombre, que sostuvo a su hermano hasta su último suspiro. Le dio la sensación de estar sintiendo a Héctor a través de él, como si todavía quedara algo de su esencia en aquellas manos desconocidas.

Ese sentimiento pasó fugaz, porque era tan irreal como todas aquellas historias que leía. En cuanto sintió que el aire volvía a sus pulmones se separó de Galán.

—Gracias, lord Goldener. Entiendo lo que su promesa ha significado para usted durante todo este tiempo, pero queda liberado de ella. Ya ha cumplido con su deber, me siento satisfecha con saber que mi hermano no murió solo en una trinchera fría y maloliente. Ha sido un alivio saber que murió en manos de un hombre honorable, de su mejor amigo. Gracias, de verdad —Le estrechó el brazo en un apretón rápido y luego se zafó de él con una tenue sonrisa.

—¡Pero miladi! Tiene que volver y recuperar lo es suyo por derecho. Yo la llevaré de vuelta a...

—¡No! —lo cortó—. Se lo ruego, no insista. Ahora soy Amélie. Y soy feliz de ser quien soy. No quiero volver a ese lugar...

—¡Yo la ayudaré!

—Ya le he dicho que su deuda ha quedado saldada. Olvídese de mí, lord Goldener. Y respete mi decisión —últimó, dirigiéndose a la puerta tras haberse lavado los ojos con un pedacito de su capa marrón.

—¿Por qué se niega a aceptar la realidad? ¿Por qué no acepta quién es? ¡Ellos no merecen estar en su lugar! ¡Usted es la legítima heredera!

—Hay dolores que ni todo el oro del mundo pueden curar, milord. Ahora, si me disculpa...

Galán observó a la frágil dama abandonar su amada biblioteca. Lo sabía todo de ella, porque la había estudiado con detenimiento. Conocía sus fortalezas y sus debilidades... No aceptaría la realidad fácilmente. Pero él la ayudaría a hacerlo. Su deuda no estaría saldada hasta que lady Rosalie ocupara su verdadero lugar.

Capítulo 15

La proposición

Cuando el amor desenfrenado entra en el corazón, va royendo todos los demás sentimientos; vive a expensas del honor, de la fe y de la palabra dada.

Alejandro Dumas.

Hugo Silvery se encerró en su recámara. A todas luces se estaba comportando como un idiota. Había ido a París para encontrar una esposa tonta, sumisa y muy joven para complacer a su padre lejos de las imposiciones de éste mismo con relación a las damas inglesas, que siempre las había aborrecido. Y se encontraba jugando a los conquistadores con una mujer difícil, indomable y con más años de los que se esperaba en una muchacha casadera.

Se sentía insultado por sus constantes desplantes y, en el fondo, debía agradecerle que lo detuviera antes de que algo irremediable hubiera sucedido. Sí, ella era un deleite para cualquier hombre. Un reto por cumplir. ¡Pero estaba en juego el condado de Cornwall! Y lady Fernán no estaba dispuesta a entregarse a él sin un contrato de por medio. ¿Qué haría si no conseguía quitársela de la cabeza?

Ella no era su igual en el escalafón social, aunque fuera familia de la Duquesa de Orléans o nieta del difunto Duque de Griñón. No era una mala opción, por supuesto que no. Era una noble y con eso podía bastar. ¿Pero y su falta de elegancia? ¿Sus modales rudos y sus constantes actos de rebeldía? Carecía completamente de cualquier clase de refinamiento por mucho que se esforzara en actuar como una dama de la alta sociedad. Dios sabría lo que le habría ocurrido durante su infancia, pero estaba seguro de que fue negada de una buena educación. Ninguna dama de bien hubiera mencionado la higiene de las partes íntimas de un varón en voz alta.

Estaba clarísimo que lady Fernán distaba mucho de ser la Condesa que su padre buscaba. ¿Pero y él? ¿Él podría conformarse con Enriqueta habiendo conocido a María? Casarse con María sería un enlace respetable. No el perfecto, pero sí respetable.

¿Por qué no intentarlo? ¿Por qué no hablarle a su padre sobre ella?

Se sentó y redactó una carta en la que plasmó sus impresiones sobre la sobrina de la duquesa viuda d'Orléans. Al terminarla, corrió a entregarla a su lacayo personal para que la mandara con urgencia a Inglaterra.

Pero lo más importante... ¿Aceptaría ella su proposición de matrimonio? Con toda la retahíla de insultos que le dedicaba a diario, le era difícil de creer tal cosa. Pero seguro que comprendería que era su única o, incluso, su última oportunidad de casarse con un hombre de una posición tan elevada. Ella ya era una solterona oficial, así que él sería su gran oportunidad de escapar de una vida yerma o de un matrimonio poco ventajoso. Tenía las de ganar, por eso era quien era: lord Silvery, el único de su linaje con semejante brío y porte.

Los primos Renoir hacían sus maletas para volver a casa. Las vacaciones en casa de la abuela habían llegado a su término después de ocho días sin descanso. Y con ellos, debían irse los metálicos. Puesto que no tendría sentido que ellos siguieran en casa de Hermione habiendo finalizado el evento.

Alice y Hermione se quedaron en el vestíbulo para despedir a los invitados, puesto que eran las damas que seguirían en esa casa.

Los primeros en partir fueron los primos Travis y Eric, con su galantería y su exquisita educación, se despidieron personalmente de ambas mujeres para luego coger un carruaje que los llevaría de vuelta a sus correspondientes hogares, junto a sus padres.

De las damas, Chastity fue la primera en irse. Su prometido la esperaba en casa de su padre para una reunión formal.

—Ha sido un absoluto placer conocerte, María —le dijo—. He disfrutado mucho con tu inteligencia y tus logros. Eres la primera que ha conseguido plantarle cara a Enriqueta —le susurró ese último, para luego darle un afectuoso abrazo y salir con su bonete de plumas y una bella sonrisa.

Chastity le recordaba mucho a su hermana Elizabeth, Marquesa de Salisbury. Aunque no era tan tímida como ella, se parecía en cuanto a calidez y bondad de carácter.

—Espero que nos volvamos a ver muy pronto —comentó Regina, siguiendo los pasos de Chastity. Sin más, siguiendo su actitud habitual. Que no era mala, pero sí muy seca.

La última, fue Enriqueta. Como no podía ser de otro modo, por supuesto. Acompañada de lord Silvery y lord Goldener. Tal y como habían llegado, así volverían a París.

—Esto no se quedará así —le susurró en la oreja, en una despedida tan falsa como ella.

Alice le dedicó una mirada de desdén como toda respuesta. No merecía más. No le tenía ningún miedo.

—¡Un placer conocerla lady Fernán! —exclamó Galán, besando el dorso de su mano con un movimiento rápido y enérgico para luego ir a hacer exactamente lo mismo con Hermione, que estaba encantada con él y su alegría innata.

—Lady María Fernán —bajó la temperatura del vestíbulo Hugo, con su cuerpo tieso y su mirada gélida.

Cogió su mano enguantada y depositó un beso sobre ella que duró más de lo debido. Le sorprendió semejante acto, después del desplante que le había hecho en el invernadero y de todos los insultos... Ahí estaba, dedicándole un afectuoso beso como si... Como si no fuera una despedida. Al soltar sus dedos, la miró fijamente durante unos segundos que se hicieron eternos y salió de la mansión con un corto saludo a su anfitriona, Hermione.

Vio como Enriqueta se colgaba del brazo de lord Silvery para subir al carruaje, tan acaparadora como siempre. Pero lejos de sentir celos, seguía confundida.

—Eso ha sido una promesa —la despertó Hermione, como si le leyerá la mente.

—¿Una promesa? ¿De qué? —preguntó, en la soledad de la mansión.

—Esta mañana he visto como el lacayo personal de lord Silvery mandaba una carta urgente a Inglaterra.

—Oh, Hermione... Eso pueden significar muchas cosas. No la comprendo —Siguió a la anciana hacia el mítico salón de los ventanales.

—Estoy convencida de que le ha hablado a su padre de ti —susurró, con una expresión de victoria en el rostro; muy graciosa dada su avanzada edad y su actitud casi infantil.

—¿De mí?! —se sorprendió. Por supuesto que no le había contado a Hermione lo sucedido en el invernadero, sería demasiado bochornoso y una falta de respeto. Era imposible que lord Silvery le hubiera hablado al Conde de Cornwall sobre ella. Y si lo había hecho, seguro que fueron pestes—. Dudo mucho que tal cosa haya sucedido. Después de que Enriqueta le hablara sobre la apuesta, su opinión sobre mí ha cambiado radicalmente... Si es que algún día tuvo un buen concepto. Me ve como a una mujer tramposa e interesada. Indigna

de su posición —ironizó esa última afirmación.

—En fin, querida —La invitó a sentarse—. Sea lo que sea... Hemos hecho todo lo posible y debemos sentirnos satisfechas. Enriqueta tuvo su merecido y diría que lord Silvery también se llevó un buen golpe. El hecho de verse engañado por una simple apuesta femenina, seguro que le afectó más de lo que creemos.

—Estoy convencida de ello... Pero todavía no ha aprendido la lección. ¿Sabe qué me dijo en una de las ocasiones que hablé con él? Que era superior a mí en todos los sentidos. Tanto por ser hombre como por su rango...

—Entonces, no vas a dejarlo correr.

—En absoluto.

—¿Has considerado la posibilidad de que tu corazón se vea afectado cuando llegues a tu objetivo?

—Es un riesgo que estoy dispuesta a asumir. Pero no sé cuándo volveré a verlo...

—Estoy segura de que antes de lo que nos imaginamos.

Alice se quedó en silencio mientras observaba el paisaje. ¿Cuándo volvería a verlo? La embargaba un insólito y peculiar dolor atroz, aunque no entendía el motivo. Entre ella y lord Silvery no había ningún otro vínculo a parte del deseo carnal. No poseía ninguna cualidad que pudiera gustarle y, para ser justa, ella tampoco debía ser del agrado de mister plateado.

Quizás no volviera a verlo nunca...

Pero "nunca" parecía demasiado tiempo.

Los días siguientes los pasó trabajando en unos trajes nuevos para Hermione. Se lo debía, aunque ella insistiera en lo contrario.

Sorpresivamente, en uno de esos rutinarios y trabajosos días, tuvieron una visita inesperada. Era una de las damas que fueron invitadas en el baile y quería encontrar a la modista que hizo el brillante vestido de María. Juraba haberse enamorado de ese hermoso diseño y quería uno igual para su hija, que iba a debutar en un par de semanas. Añadió, que no había visto nada igual en todos sus años de compras y que, Bellina Renoir, era incapaz de coser algo semejante. Sin querer ofender a Hermione, por ser su abuela, por supuesto.

—Nunca me han gustado los diseños de mi nieta —repuso la duquesa viuda—. Es mi nieta, pero no soy ciega. Lo único que, lamentablemente, no me será posible presentarle a la modista. Ella es una joven muy tímida que quiere permanecer en el anonimato —abogó, con una asustada Alice presente.

—Oh, no importa. He traído las medidas de mi hija anotadas en este papel —Lo extendió—. Solo pídasle que haga uno igual al que llevaba lady María.

—Creo que eso... Sí que sería posible —accedió la duquesa viuda, mirando a Alice de reojo.

—Sí —afirmó la aludida—. Hablaré con ella y le pediré que le haga uno igual —Cogió el papel con las medidas—. ¿Del mismo color?

—Me gustaría que fuera de color verde clarito combinado con tonos plateados como los que llevaba usted, lady Fernán. Pagaré lo que sea.

¡Su primer pedido de alta costura! En cuanto la dama se fue con la promesa de volver a por el vestido dentro de una semana, dio un salto de alegría.

—¡Oh, Hermione! Jamás podré agradecerle todo lo que está haciendo por mí. Mil gracias... No me importa estar en el anonimato, con solo tener este trabajo: soy feliz —La abrazó.

—Me alegro tanto, pequeña. Vamos, pero no te entretengas —la alentó—. Corre a

preparar las telas.

A ese encargo, se le sucedieron otros similares. Y, sin darse cuenta, poco a poco empezó a amasar su propia fortuna. Esas damas pagaban cantidades desorbitadas por cada diseño y lo mejor de todo, era que solían repetir. Por supuesto, que los pedidos habían variado en función de sus necesidades. Y ella, como medio transmisor de esa supuesta "modista tímida" les presentaba los diseños y los bocetos que las clientas escogían según sus gustos.

En cuestión de tan solo un mes de trabajo duro y constancia, tuvo que empezar a guardar el dinero en el banco donde Hermione la ayudó a abrir su propia cuenta. No era habitual que las mujeres pudieran hacer tal cosa, de hecho, estaba prohibido. Pero la duquesa viuda se las ingenió para poner su nombre, como viuda. Y le llegó a ella los derechos de usufructo.

¡Una completa locura! Amélie y ella hacían todo lo posible, pero pronto tuvieron que contratar a dos chicas más para que las ayudaran. Incluso Colette, la directora de teatro, se unió a su clientela más fiel. Encargándole toda clase de atuendos para sus obras y funciones.

Y así, con todo ese volumen de trabajo e inmersa en su pasión, se olvidó de su venganza parcialmente.

Alice se sentía bastante cansada y soliviantada. Uno de los encargos para una joven casadera se estaba retrasando más de lo debido y era algo que no le gustaba. Trabajaba casi de sol a sol para terminar los vestidos de la clienta, pero aun así sentía que le faltaban manos. Se trataba de una muchacha muy rica que quería renovar todo su armario con los "fabulosos diseños de la modista anónima" (tal y como habían empezado a apodararla). ¿Quién le iba a decir que tendría tanto éxito? Su sueño se estaba cumpliendo y se sentía casi "feliz".

No podía decir que era feliz del todo y empezaba a sospechar que era por culpa de lord Silvery. Con frecuencia se acordaba de él y se preguntaba si algún día lo volvería a ver. En todo caso, para seguir adelante con sus planes vengativos, tendría que ir a buscarlo. Pasar por delante de su hotel haciéndose la despistada. ¿O qué podría hacer para seguir torturándolo? ¡¿No iba a creer que se libraría de ella tan fácilmente, ¿verdad?!

Lo único que sabía de él era que todavía no se había casado ni había hecho una propuesta formal a Enriqueta. Porque de eso modo, se hubiera enterado rápidamente viviendo con Hermione.

Las manos le dolían de estar pegadas a la máquina de coser y reparó en que Amélie y el resto de las chicas estaban igual.

—Haremos un descanso —Se detuvo y las demás la siguieron, aliviadas—. Volveremos dentro de treinta minutos. Pueden salir... Yo lo haré.

Con su peluca de pelo negro se dirigió al jardín. Llevaba uno de sus trajes más viejos pero cómodos y confortables, lo usaba para trabajar. Se pasó un chal por encima y anduvo lentamente hacia un banco de piedra. No se sentó, sino que se quedó de pie. Mirando hacia el invernadero. La duquesa viuda d'Orléans se había ganado todo su afecto a esas alturas. La consideraba una segunda madre, después de la honorable señora Jenkins. Pasaban horas y horas juntas, hablando de todo tipo de temas. Disfrutaban de la compañía mutua. Incluso se sentía una más de esa casa, como si verdaderamente fuera la sobrina de Hermione.

Sabía que algún día todo aquello terminaría. No podía acostumbrarse a esa gran vida. Sin embargo, con el dinero que estaba ganando a través de su costura ya no tendría que pasar más penalidades. Siempre y cuando supiera administrar bien sus recursos, por supuesto. No era rica, sino una modista con el viento a favor y una mujer independiente debía aprender a gestionar el dinero con inteligencia. Lo tenía claro: en cuanto abandonara su papel y su

cómoda vida al lado de Hermione, abriría una tienda de alta costura en el centro de París. En una de las calles más transitadas. Y comunicaría a su clientela que la "modista anónima" trabajaría desde ese lugar. Esperaba que, al quitarse la peluca y todos los artifices de Colette, pudiera retomar su verdadera identidad. Y si alguien le preguntaba por el parecido... Ya se inventaría alguna excusa.

El día estaba soleado, el frío empezaba a disminuir. ¡Qué agradable! Se relajó en la quietud de la naturaleza, cogiendo aire con fuerza y absorbiendo los rayos de sol sobre su faz. Sabía que no era algo propio de señoritas, pero no quería que una dichosa sombrilla la privara de ese placer.

—Ahora comprendo el por qué de su tez amarillenta. Una dama de bien usaría una sombrilla, lady Fernán.

¡Por el amor de Dios! El corazón le subió a la garganta y amenazó con darle un vuelco con graves consecuencias. Se giró de inmediato y lo vio. Allí estaba míster plateado, con todo su esplendor, mirándola fijamente.

Por ridículo que pareciera, lo primero que pensó fue que llevaba su peor vestido y que tenía el pelo sudado además de unas mejillas excesivamente sonrojadas. Un aspecto tan penoso como el del primer día en que lo conoció ¡Iba completamente desaliñada! Al menos no llevaba un vestido remendado por los bajos y sus desastrosas manos estaban cubiertas por unos guantes... Pero ni de lejos era la apariencia que se esperaba de una dama de su posición. O simplemente, de una dama.

—¿Qué hace aquí? —espetó. Fue muy descortés por su parte decir aquello al futuro Conde de Cornwall, pero se había olvidado de sus buenos modales con el espanto y el bochorno.

—Lady Renoir me ha dicho que podría encontrarla aquí— le dijo, con su ceremoniosa voz—. He venido para verla.

¿Para verla? ¿A ella? ¿Por qué? Le entraron náuseas. Y se sintió doblemente estúpida por ello. No debería exaltarse por la presencia de ese energúmeno engreído.

—¿Y se puede saber por qué?

Hugo no parecía sorprendido ante su reacción. Sino más bien parecía divertido, incluso esbozó una ligera sonrisa. Como si la hubiera... ¿echado de menos?

—Como veo que goza de una naturaleza innata para hablar sin rodeos, creo que la imitaré —Se acercó a ella, invadiéndola con su perfume varonil y su apariencia principesca. Iba vestido de una forma muy elegante, con todo lujo de detalles—. Sé que apenas nos conocemos, lady Fernán. Sin embargo, no he podido dejar de pensar en su persona desde que la vi. Supongo que no es un secreto para nadie que me urge contraer matrimonio. Y, sinceramente, no concibo la idea de hacerlo con otra mujer que no sea usted, miladi. No tengo tiempo para largos cortejos ni paseos a la luz de la luna. Por eso le pido que se case conmigo, de inmediato. Ambos coincidiremos en que no podemos perder el tiempo.

“Era incapaz de asimilar la proposición de Hugo Silvery. Siempre supe que algún día llegaría ese día, porque así me lo había propuesto. Pero jamás imaginé que llegaría tan pronto. Estaba frente a mí, más guapo que nunca y pidiéndome matrimonio. A mí, una farsante. Una mujer con un nombre y un rango falsos. Estaba más cerca de mi venganza que nunca, pero un sabor agrio recorrió mi lengua y descendió hacia el estómago. ¿Remordimientos? No, no era eso. La causa de esa sensación habían sido las palabras de Hugo, otra vez. ¿Qué quiso decir con que no podíamos perder el tiempo? Era como si diera por sentado que yo necesitaba ese matrimonio con tanta urgencia como él...”

○○○○

Capítulo 16

De perdidos, al río

La lealtad puede decirse que es el camino más corto entre dos corazones.

José Ortega y Gasset.

Cualquier mujer hubiera dicho que sí al instante. O, al menos, aquellas que no le dieran importancia al deje arrogante y pretencioso con que el caballero había impregnado su declaración. "*Coincidiremos en que no podemos perder el tiempo*".

—No sé qué decir —sinceró, recolocándose el pelo en un acto inconsciente de coquetería—. Le agradezco las molestias que se ha tomado para declararme... su amor —la palabra amor quedó suspendida en el aire, haciéndola tan vacía como inexistente—. Pero ¿qué insinúa con que yo no puedo perder el tiempo? Como bien ha dicho, es usted el que tiene premura por contraer matrimonio.

Sabía que se estaba arriesgando a perder su única oportunidad de venganza, pero el orgullo y su rebeldía innata le impedían tragarse las dudas.

—No era mi intención ofenderla, miladi —se disculpó, algo contrariado—. Tan sólo he querido exponer los argumentos evidentes para un matrimonio rápido y satisfactorio para ambas partes.

—¿Y qué le resulta tan evidente? —insistió.

—Bien, no hay ley alguna que me obligue a casarme con una muchacha debutante. Y si el hecho de tener hijos puede retrasarse un poco, siempre hay métodos para obtener un heredero de forma rápida y efectiva. No seríamos los primeros en usar un vientre ajeno, siempre y cuando quedara en el más absoluto secreto, por supuesto. Tampoco hay ninguna ley que me obligue a casarme con una dama de mí misma posición. Así que mi padre ha accedido a que sea usted la futura Condesa de Cornwall pese a las desventajas evidentes que esto supone. Como ya le he dicho, la elijo a usted como mi esposa. Sólo me falta su aceptación.

¡Maldito bastardo! ¿Así que era esa su opinión? ¡Que le estaba haciendo un favor! Ella no era joven ni adecuada para ser su esposa, pero su padre accedía a ello... ¡Vaya! ¡Qué gran honor! Quizás debería incluir a su padre en su lista de personas de las que vengarse. Y lo peor de todo, era que estaba dispuesto a revolcarse con cualquier mujer "fértil" para luego hacer pasar "ese bastardo" como su hijo legítimo. ¿Era así cómo funcionaban los nobles? Quizás su sangre fuera más sucia que la de ella, entonces.

—Está bien —sonrió, tragándose la bilis que le quemaba las entrañas—. Acepto, milord. Seré su esposa.

—¡Oh! Me ha hecho el hombre más feliz de esta tierra, lady Fernán. ¿Cree que puedo tutearla?

¿El hombre más feliz de la tierra? Nadie lo diría por su expresión metálica. Ni si quiera sonreía, estaba serio. No era de extrañar, solo la quería para saciar sus deseos. Para alimentar su ego masculino. Ella suponía un reto para él, y como buen "*hommus mujerins*" estaba haciendo todo lo posible para llevarla a su terreno. Seguramente, en cuanto ya la hubiera usado unas cuantas veces y se cansara de ella, sería uno de esos esposos ausentes e infieles.

—Prefiero que sigamos guardando las distancias hasta el día del enlace, milord. Como

bien ha dicho, no nos conocemos.

—Tiene razón. Supongo que me ganaré el premio de llamarla por su nombre cuando la haga mi esposa y podamos ahondar en nuestra relación. Sé que hemos tenido desavenencias, pero estoy seguro de que solo han servido para conocernos mejor y que en el futuro se extinguirán. Dando paso a un matrimonio armonioso.

Es decir, le estaba diciendo, muy sutilmente, que esperaba que cambiara su carácter en cuanto fuera lady Silvery. No quería a una esposa que discutiera, obteniendo así su "armonioso matrimonio". ¡Já!

—Sí, milord. Así será... —mintió, haciendo acopio de todo su valor y de lo que había aprendido de Colette.

—Perfecto —esbozó una sonrisa protocolaria—. Ahora, si me disculpa —Le besó el dorso de la mano—. Iré a hablar con su tía para acordar los términos de la unión.

—Por supuesto...

¡Por supuesto! ¿Por qué hablarlo con ella? Al fin y al cabo, era tan solo la prometida.

Estaba furiosa, furiosa por la actitud de lord Silvery. Durante esos días sin verlo, se había planteado la opción de abandonar sus planes vengativos o de no llevarlos al extremo que pudiera causar daños irreparables. Contaba con molestarlo un poco más yendo a visitarlo con alguna excusa o... ¡Pero él no se lo permitía! Él no le permitía ser compasiva. Y se odiaba por haberse mostrado tan débil cada vez que la besó, la acarició o la miró. Se odiaba por seguir deseándolo pese a que era el hombre más estúpido del mundo. ¿A qué hombre se le ocurría argumentar la edad de su prometida para acelerar la unión? ¿O mencionar su baja posición?

Esa era la confirmación de que, si fuera Alice Smith, Hugo Silvery ni si quiera le habría prestado atención. Seguramente le hubiera dedicado una mirada despreciativa al verla y poco más. Él se creía superior, y lo creía de veras. Creía que, por ser noble, ser un heredero y tener ciertos privilegios podía tratar a la gente como le daba la gana. ¡No quería ni imaginarse qué hubiera sucedido si hubiera descubierto su verdadera identidad en alguno de sus encuentros íntimos! Seguramente le hubiera cogido un ataque cardíaco.

Sin saber por qué, se le llenaron los ojos de lágrimas. No sabía si eran a causa de la irritación, de la pena o de la impotencia.

—*Madame*, ya han pasado los treinta minutos y... ¿Qué le ocurre? —se asustó Amélie al verla al borde del llanto.

No le salió la voz. Fue incapaz de responder porque las lágrimas le corrieron por las mejillas sin fuerza humana que pudiera retenerlas. Se llevó la mano sobre la boca para no hacer ruido, no quería que el servicio se diera cuenta. Ni mucho menos lord Silvery.

—Vamos, venga... Demos un paseo —La forzó Amélie, alejándola de la mansión y llevándola por caminos solitarios. La sentó en una piedra en forma de banco y se arrodilló a su lado, como siempre. Tan fiel y leal... tan llena de candor—. ¿Qué le ocurre, *madame*? Vamos, cuéntemelo. Aquí nadie pueda oírla —Le colocó las manos sobre la falda, obligándola a apartar la mano de la boca.

—Lord Silvery —sollozó, pasándose los dedos por la cantidad ingente de agua sobre sus ojeras.

—¿Sí? ¿Qué pasa con él?

—Está aquí y... —Cogió aire—. Y...— Volvió a coger aire—. Me ha pedido matrimonio...

—¡¿Qué?! Ese hombre debe haber enloquecido. ¡Si no la conoce de nada! ¿En tan sólo

siete días? Habrá dicho que no, espero.

Con los ojos llorosos enfocó a su fiel amiga y negó con la cabeza, sin alma. Su alma estaba tan atormentada, que había decidido desaparecer.

—He aceptado —musitó, volviéndose ahogar en su llanto.

Amélie abrió los ojos de par en par, buscando los motivos de su incoherente decisión.

—Oh, *madame* —lamentó, abrazándola con fuerza.

No fue necesario decir nada más, ¿por qué hacerlo? Cuando el corazón ya lo había dicho todo.

La boda lo cambió todo. Alice tuvo que decirles a sus clientas que "la modista anónima" no podría trabajar por un tiempo con el fin de dedicarse única y exclusivamente a los preparativos del enlace.

Colette reunió a sus mejores actores, uno de ellos se haría pasar por su padre (el hermano de Hermione) y el resto harían de invitados de la boda.

—¿Estás segura de que quieres continuar con esto? —le preguntó la anciana en cuanto el carruaje de Hugo estaba a punto de detenerse frente a la mansión—. Estamos a tiempo de parar, si tú lo deseas querida —La cogió por el brazo, apartándola de la ventana por la que había estado mirando casi toda la mañana.

Era el día oficial del compromiso. El padre de Hugo, el Conde de Cornwall, había venido expresamente desde Inglaterra para acordar los términos de la unión con "su padre". En cuanto los hombres hubieran terminado de hablar, su prometido le haría entrega de un fastuoso anillo frente a los invitados y se anunciaría el día de la boda.

—Estoy dispuesta a continuar, Hermione. ¿Pero seguro que no te estaré metiendo en un problema? En cuánto descubran que todo ha sido una farsa...

—¿Y qué le van a hacer a una vieja como yo? No te preocupes. He sabido cuidar de mí misma durante ochenta años y podré seguir haciéndolo —sonrió—. A mí la que me preocupa eres tú y tu corazón —Señaló su pecho, adornado con un hermoso broche de diamantes y zafiros, prestado por la duquesa viuda.

—De perdidos, al río —susurró en respuesta, volviendo a mirar a través de la ventana.

El coche de los Silvery, tirado por cuatro caballos blancos con crineras plateadas, ya se había detenido. Desde las alturas del segundo piso, observó cómo descendía Hugo, engalanado con un chaqué nuevo y unas botas alemanas de lo más relucientes. Tras de él, bajó un señor de semejante complexión, pero con el pelo gris y las piernas ligeramente arqueadas. ¡Debía ser su padre! Fijó la mirada en él, estudiándolo. Lo vio mirar a un lado y a otro, como si estuviera evaluando el lugar. Era altivo, con el mentón ligeramente más subido de lo normal, igual que su hijo. ¿Qué se creían? ¡Esos eran los detalles que la impulsaban a continuar!

Como si el Conde tuviera poderes telepáticos, miró hacia ella desde el patio. ¡La había pillado mirándolo! Corrió la cortina de inmediato y se apartó del ventanal.

—Mi señora, los invitados han llegado —anunció Cécil, pocos segundos después.

—Espera aquí, María. Vamos querido hermano —se puso en el papel Hermione, cogiéndose del brazo del actor.

Un hombre de avanzada edad con barba blanca y el pelo oscuro con cierto acento español que pasaría perfectamente por el hijo del último Duque de Griñón. A partir de ese momento, todo fueron nervios y miedos. No saber qué estaba sucediendo en el piso de abajo la exasperaba.

—Tranquilícese, *madame*. La duquesa viuda sabe lo que se hace y no querrá recibir el anillo con las manos sudorosas...

—¡Las manos! —Dio un respingo, levantándose del sillón como si alguien le hubiera dado un azote en el trasero.

—¿Qué?

—¡Las manos! ¡Nos hemos olvidado de ellas! —Se quitó los guantes, tirándolos sobre la cama—. ¡Mira!

Estaban llenas de ampollas más allá de la deformación que ya presentaban por tantos años de trabajo. ¡Se había pasado el último mes cosiendo sin parar!

—Oh. Oh. ¡No se desespere! Vamos a probar una cosa, a ver: siéntese.

Amélie empezó a aplicarle aceites como si quisiera hacer un asado con sus dedos. Después de la hidratación exprés, le aplicó los polvos que usaba para el rostro y se los distribuyó, ocultándole las ampollas. Por último, le colocó un brazalete muy llamativo para desviar la atención.

—No son las manos de una dama... Pero creo que la mala impresión inicial la hemos erradicado.

—Sí, al menos ya no se ven esas rojeces... Gracias, Amélie.

—Esperemos que el brazalete sirva para desviar un poco la atención...

—Esperemos. Gracias a Dios que lo hemos solucionado a tiempo.

Los segundos se hacían imperecederos y los minutos perpetuos. Alice miraba el reloj a cada instante y le daba la sensación de estar viendo la misma hora todo el tiempo.

Al fin, unos toques sobre la puerta aliviaron su angustia. Fuera lo que fuera, quería saberlo ya. Tanto si era algo bueno, como si no.

Era Cécil.

—Señorita, la esperan en el salón de los ventanales.

—Oh... sí, por supuesto —lo miró, esperando que le dijera algo más.

—Ha ido todo bien —la tranquilizó.

Fue un alivio oír aquello. Pero quedaba lo más difícil, enfrentarse a la mentira. Llenó sus pulmones de aire, le dedicó una mirada de agradecimiento a Amélie y salió de la estancia. Llevaba un sencillo, pero muy adecuado vestido color crema con bordados florales que la hacía parecer más joven. Cuando una dama se prometía, debía parecer un capullito de alelí fresco e inocente. Y eso había intentado aparentar. Bajó las escaleras poco a poco, como si con la lentitud pudiera retrasar lo inevitable. Las manos le temblaban y su garganta estaba al borde de la asfixia.

¿Qué estaba haciendo? ¿Hasta dónde había llegado? ¿Qué diría su amada señora Jenkins si supiera en lo que se había convertido? ¿Qué dirían sus hermanas?

Llegó a la puerta del salón, donde un lacayo se la abrió. Y allí estaban: Hermione de pie al lado de una de las ventanas junto al Conde de Cornwall mientras Hugo y "su padre ficticio" estaban reunidos en otra esquina teniendo una conversación, al parecer, sumamente interesante.

Todas las miradas recayeron en ella, pero la que más daño le hizo fue la de su futuro suegro. Era una mirada penetrante, incisiva. De esas que serían capaz de cortarte las córneas con un parpadeo. No osó mirarlo de frente, pero de refilón se fijó en que tenía los ojos plateados haciendo honor a su linaje y a su apellido. ¿Eran humanos?

—¡Hija! —exclamó el actor con unos modales exquisitos—. Pasa, querida. Te presento a lord Arthur Silvery, el conde de Cornwall.

—Un placer —musitó, girándose hacia el susodicho y dedicándole una sutil reverencia tal y como Colette le había aconsejado que hiciera.

—Igualmente, lady Fernán —repuso él, encopetado, con sus ojos monstruosos sobre ella, arrancándole la piel y estudiándole los órganos vitales para comprobar que estuvieran teñidos de sangre noble, quizás azul.

Se esperaba algún halago por parte de Arthur. Pero no lo hubo, en su lugar, un silencio sepulcral e incómodo invadió la estancia. Un frío glacial que le era familiar hizo que la temperatura de la sala bajara en picado. ¡El conde no la aprobaba! ¡No le gustaba! La aceptaba, pero no era de su agrado. ¡Era una afrenta! Pero a esas alturas ni Hermione ni su padre podían decir nada sin iniciar un conflicto. Por lo visto, los misteres plateados eran asiduos a las humillaciones.

En ese instante, cualquier remordimiento o debilidad se le pasó por completo. En su lugar, saboreó ese evento, que era el gran paso hacia la victoria final.

—¡Estás hermosa, sobrina! —rompió el hielo Hermione—. Como una rosa en medio de un campo marchito —estiró el halago, abrazándola quedamente.

—Coincido. Se ve muy hermosa, lady Fernán. Como siempre —agregó lord Silvery, acercándose a ella—. Si me lo permite, me gustaría agregarle algo a su excepcional belleza... —Le dedicó una mirada... ¿cargada de disculpas? ¿Era posible que Hugo se sintiera mal por la actitud de su progenitor?

Lord malnacido se arrodilló frente a ella y le extendió una cajita de terciopelo azul. La abrió con un pulso envidiable y salió a la luz un esplendoroso anillo con un diamante en medio rodeado por pequeñas turquesas. Era evidente que se había inspirado en sus ojos para hacer esa compra. El corazón se le debilitó ligeramente al percatarse de ese detalle y se permitió disfrutar de ese momento como si fuera verídico. Dejó que su prometido le deslizara la sortija a través del dedo anular y se maravilló de su delicadeza al hacerlo. ¡Ojalá siempre fuera así! ¡Ojalá!

—La boda se celebrará dentro de dos semanas —interrumpió Arthur, con un deje de petulancia. Sin importarle romper un momento tan especial, como había sido aquel. Sin importar los engaños ni las farsas. Ni el odio ni las diferencias sociales.

Entonces Alice se acordó de lo que siempre le repetía Hugo: *"Seamos quienes seamos, no podemos negar que nuestros cuerpos se pertenecen"*.

"Entendí por qué Hugo era cómo era. No me extrañaba nada su actitud viendo la de su padre. Yo era un manojo de sentimientos contrarios y de altibajos emocionales. A ratos disfrutaba de mi victoria, a otros me sentía culpable... Y a otros quería creer que todo aquello era verdad y que iba a ser la esposa de lord Silvery. Nuestros cuerpos se pertenecían, ¿pero podrían pertenecerse nuestros corazones? Dudaba mucho de eso, porque todavía estaba por venir lo peor... o lo mejor".



Capítulo 17

La ¿victoria? final

La mejor base para un matrimonio feliz es la mutua incomprensión.
Oscar Wilde.

Dos semanas después. El día de la boda.

Hugo Silvery esperaba de espaldas al pasillo, al lado de su mejor amigo Galán y de su padre. Los tres iban magníficamente vestidos para la ocasión, parecían tres príncipes ingleses. Sobre todo, los jóvenes, que se robaban las miradas de las invitadas sin importar si estaban casadas o no. Ninguna fémica podía evitar dedicarles una mirada de soslayo. ¡Eran tan brillantes! ¡Tan guapos y perfectos! Uno con el pelo negro y los ojos plateados y el otro con el pelo dorado y los ojos de color oro... ¿Quién podría resistirse?

El novio supo por el bullicio, al fondo de la iglesia, que su futura esposa, lady María Fernán, había llegado. En los bancos, donde se sentaban los invitados, se produjo una agitación llena de curiosidad.

Finalmente, la boda se estaba celebrando en París. Era la forma más rápida de aligerar el proceso porque debían engendrar a un heredero en diez meses. Después del enlace, se marcharían a Inglaterra y allí empezarían una nueva vida. ¿Cómo sería estar casado? Estaba convencido de que su vida no cambiaría en grandes términos. Sus planteamientos sobre el matrimonio eran puramente prácticos y obligatorios. Sí, María lo atraía más de lo que hubiera esperado en una esposa, pero eso tan sólo era un punto a su favor ya que al menos compartiría el lecho con alguien que le gustaba físicamente.

En cambio, a su padre no le gustaba su elección. Se lo había dicho y repetido, insistiendo en que Enriqueta era mucho más adecuada.

¡Enriqueta! Una de las invitadas de la boda, sentada en el cuarto banquillo con la cara descompuesta. Sentía mucho haberle dado falsas esperanzas, ¡pero resultaba tan insulsa al lado de la española! Se conformaba con que su padre hubiera aceptado a María, aunque no fuera la elección perfecta.

Varias cabezas se volvieron para mirar atrás, pero todavía no había nada que ver. Se esperaba que la novia entrara acompañada por su padre, el agradable señor de pelo oscuro y barba blanca con un pronunciado acento español. Por parte de ella, había pocos invitados. No le extrañaba, él tampoco tenía muchos. Ambos eran unos extraños en Francia.

—¿Por qué no está aquí lady Hermione? —le susurró su padre, con su sempiterno ceño fruncido y sus ojos plateados atravesándole el cráneo.

Hugo se giró y reparó en que era cierto, la duquesa viuda d'Orléans no estaba en el primer banquillo tal y como le correspondía. La buscó con la mirada a través de los asistentes sin éxito.

—Seguramente entre con la novia —le quitó importancia Galán, que conocía bien a los Silvery y sus arrogantes actitudes.

Alguien carraspeó indicando la entrada de la protagonista y todas las cabezas se giraron hacia ella. Incluso la de Hugo Silvery, que se giró ligeramente emocionado. Al fin y al cabo,

uno no se casaba todos los días y él iba a hacerlo con la mujer que deseaba. Una loba a punto de ser adiestrada... ¡Una mujer con carácter! ¡Y honesta! Una digna esposa de un teniente, perfecta para él: rica, bien posicionada, inteligente y bellísima.

El movimiento al fondo de la iglesia aumentó, incluso de forma casi inadecuada. ¡Estaban gritando prácticamente! ¿A qué se debía tanto escándalo? Alguien le dijo a otro alguien que no entrara... ¿Qué ocurría? Hugo se giró completamente, fijando sus ojos grises sobre el umbral en el que se escondía lady María.

Y entonces ella salió a la luz. Sola. Sin nadie que la acompañara. Andaba lentamente, con la mirada puesta sobre él fijamente. Tenía sus bellos ojos turquesa inundados, aunque no le salían las lágrimas. Notó su miedo, sus nervios. Pero también su valentía.

No iba vestida como una novia, sino como una... trabajadora. Una pobre. Una plebeya. La visión de Hugo se oscureció en los lados, centrándose solamente en ella y en aquellos ojos que lo habían enamorado. No era María, aunque se parecía. Buscó en su memoria ese rostro familiar y ese pelo rubio cenizo... Y entonces lo comprendió todo.

¡La costurera! La costurera a la que obligó a arrodillarse. ¡Era ella! ¡Y siempre lo había sido!

Había sido burlado.

Alice Smith cogió aire en las puertas de la iglesia. Estaba sola, había pedido encarecidamente a Hermione que no la acompañara. Tampoco quiso la compañía de Amélie. Lo que iba a hacer, debía hacerlo sola. Iba a enfrentarse a sus enemigos, tal y como ella era: sin pelucas ni máscaras ni vestidos petulantes.

Sabía que lo que estaba a punto de hacer supondría su fin. Los Silvery eran personas poderosas que podrían aplastarla en cualquier instante. Definitivamente, no era fácil. Pero debía hacerlo. No iba a casarse con engaños. Su maldad no llegaba a esos límites. Claro que tampoco iba a olvidar su venganza. Así que lo mejor era descubrirse justo en el momento de la boda. Humillaría a Hugo... y con eso se quedaría satisfecha. ¿Qué cara pondría cuando la viera? ¿Cuándo la reconociera como a la costurera?

Estaba convencida de que no habría boda, de que seguramente la entregarían a las autoridades para luego "desaparecer" con causas misteriosas. Era un suicidio, y su cuerpo lo sentía. Estaba nerviosa, incluso tenía miedo. Y esos sentimientos se le acumulaban en los ojos, aunque no derramaban lágrima alguna. Era una forma de enfrentar todo aquello por lo que había tenido que sufrir durante su vida. Sabía que con aquel acto no erradicaría las injusticias sociales, pero necesitaba hacerlo. Aportar su granito de arena en aquella lucha, aunque fuera muriendo en ella.

¿Qué haría Arthur en cuánto la viera? Seguro que sería el peor en reaccionar, aunque Hugo... ¿Cómo se sentiría él? Seguro que se sentiría insultado... ¡Un agravio a su grandilocuente persona! No la perdonaría ni en un millón de años y al día siguiente estaría preparando su enlace con Enriqueta.

Eran muchos los sentimientos que la abordaban en ese punto: satisfacción, culpa, miedo, tristeza, dolor, orgullo... ¿Y el amor? ¿Dónde había quedado el amor? ¿La pasión?

Cogió aire un par de veces y entró. Todos los invitados estaban en sus puestos, incluidos los actores. La estaban esperando, pero no supo cómo reaccionaron al verla, porque al ver a Hugo al fondo de la iglesia esperándola, su corazón se partió en mil pedazos dejándola sorda y ciega.

Lo vio con un traje de frac azul y bordados plateados a conjunto de un chaleco con

similares tonalidades. Leyó la emoción en su rostro... y luego su confusión.

Con las manos cruzadas por delante de la falda y la mirada puesta en él, y solo en él... Anduvo lentamente hacia el altar. Sola... Sin bajar la cabeza, aguantando el miedo y los nervios que se le acumulaban en el cuello. Notó un ligero temblor en sus brazos y su cuerpo... Pero no iba a desmayarse, nunca lo había hecho y no lo haría en ese preciso instante. Aunque quizás hubiera sido lo mejor.

Los ojos plateados de Hugo brillaron, enfadados, molestos, humillados. Amenazó con destruirla a través de ellos, pero luego... inexplicablemente se suavizaron.

—¡Esto es un ultraje! ¿Quién es esta mujer? —oyó a Arthur gritar mientras se acercaba a ella de forma amenazante, casi al borde de un paro cardíaco. No lo vio, pero lo sintió... Ella seguía muriendo lentamente en la mirada de su enemigo plateado—. ¿Quién eres tú? ¡Responde! —Notó que la cogía por las manos y la zarandeaba a pocos pasos de Hugo, que seguía estático arriba de altar.

—¡Es la maldita costurera! —esa fue la voz de Enriqueta—. ¡Ha usurpado la identidad de mi prima María! —sacó sus propias conclusiones, deseosa de que todo el peso de la ley y de la violencia cayera sobre ella.

—¡Enriqueta! Por favor, no metas —escuchó a Chastity, rogándole a lady patética que se callara.

—Habla, sucia rata callejera. ¿Qué querías conseguir con todo esto? —la zarandeó el Conde de Cornwall, fuera de sus casillas. Pero ella seguía sin dirigirle la mirada. Muda, casi muerta. Dándose cuenta de que prefería morir en los ojos de Hugo, que vivir cien años lejos de ellos.

¡Dios! ¡Qué horror! Había llegado al culmine de su venganza y en lugar de estar riéndose y soltando "cuatro verdades" a esos estirados, estaba agonizando. Ahogándose en aquella alma fría que sobresalía de las cuencas de Hugo Silvery.

—Lord Arthur, creo que no es necesario este trato —abogó lord Goldener, acercándose a ellos mientras el público murmuraba.

—Usted no se meta, lord Goldener. Este asunto compete a mi familia. Esta mujer nos ha engañado y quiero saber con qué propósitos y quién es. Habla, embustera, o... —Percibió como la mano enguantada de lord Silvery se levantaba, dispuesto a abofetearla sin compasión.

Pero algo se lo impidió. Y fue la intercesión de Hugo. Sin hablar, paró a su padre y la cogió a ella por el brazo, arrastrándola frente al altar.

¿Qué estaba ocurriendo? ¿Qué iba a hacer?

—Cásenos —imperó míster plateado.

¿Qué? ¿Había perdido el juicio? ¿Acaso no se había dado cuenta de la realidad? Dudaba mucho de eso, Hugo era un hombre demasiado analítico como para no comprender que todo había sido una trama vengativa por parte de una mujer humillada.

—¡Pero si es una bastarda! —gritó uno de los invitados, con desdén—. ¡Yo la conozco! La vi hace unos meses andando al lado de Karen Cavendish. Es la hija ilegítima de la difunta duquesa de Devonshire.

—¡Es cierto! ¡Ahora me acuerdo! —añadió Enriqueta—. Es la bastarda de las Cavendish. ¡No puede casarse con ella! Estaría ensuciando a todo su linaje.

Alice levantó la mirada que había mantenido en el suelo desde que Hugo había pedido que los casaran y lo miró, encontrándose con su mirada fija, como siempre. Vio su rabia, su ofensa... y algo más que no llegaba a entender. Al parecer, se acababa de enterar de sus

orígenes, todavía peores de lo que se habría imaginado. Ahora sí que la iba a echarla al fuego. Quizás él mismo la abofetearía. Comprendió que lo del matrimonio quedaba completamente anulado e hizo el intento de alejarse del cura y de él, pero Hugo se lo impidió. La cogió por el brazo con fuerza, obligándola a quedarse allí.

—¡Hijo! ¡Es una cualquiera! Debe ser procesada de inmediato.

—Voy a casarme con ella, padre.

—¡Pero de qué estás hablando?! ¿Acaso has perdido el juicio? ¡Si haces tal cosa, no serás bienvenido en mi casa! Y ya sabes a lo que me refiero.

—Estoy dispuesto a asumir ese riesgo —repuso, frío como el hielo. Todavía sujetando el brazo de Alice, asegurándose de que ella no se iba ni de que nadie se la llevaba.

Arthur dedicó una última mirada a su hijo y salió de la iglesia en silencio, seguido por algunos de los presentes que no toleraban la presencia de la bastarda ni aprobaban la boda. De hecho, se quedaron prácticamente solos. A excepción de Chastity, lord Goldener y los actores que se quedaron con ellos.

—¿Estás seguro, amigo? —preguntó Galán—. Espero que no lo estés haciendo por lo motivos equivocados.

—Haga el favor de iniciar la ceremonia —fue toda su respuesta, ignorando a lord Goldener.

Serio, inflexible y rígido.

El religioso, que se había mantenido en un segundo plano, obedeció.

A Alice el sermón le quedó muy lejos, estaba bloqueada. Ese no era el final que había imaginado y estaba muy sorprendida. Incluso estaba asustada. ¿Qué intenciones tendría su... futuro marido? Observó su perfil de soslayo, intentando entenderlo. Pero era un muro inquebrantable, que ni si quiera le devolvía la mirada.

—Ya pueden ponerse los anillos —escuchó en la lejanía tras algunos minutos.

Hugo la soltó y escurrió un fastuoso anillo por su dedo con muy poco tacto, sin dirigirle la mirada. Luego, ella hizo lo mismo, pero con más lentitud y menos aspereza.

—Lord Hugo Silvery, ¿acepta a Alice Smith como su legítima esposa?

—Sí, acepto —hizo repicar sus cuerdas metálicas contra el aire, como si alguien le hubiera dado un golpe de martillo al yunque.

—Alice Smith, ¿acepta a lord Hugo Silvery como su legítimo esposo?

Silencio... Estaba a tiempo de huir, de escapar de un destino que podía ser fatal. Podía decir que no y nadie podría obligarla a nada.

—Sí —contestó débilmente.

—Por la presente, yo los declaro... marido y mujer.

"Qué extrañas me parecieron esas palabras cuando las oí por primera vez: marido y mujer. No sabía lo que me esperaba al lado de un hombre que, seguramente, me odiaba tanto como yo lo había odiado hasta ese momento. Porque ya no... Ya no podía seguir detestándolo cuando mi venganza había llegado a su término. Y sentía, que por muy mal que se pusieran las cosas, yo seguiría muriendo lentamente en esa agonía lenta a la que el mundo llama: amor."



Capítulo 18

De enamorado a loco, hay muy poco

No experimentamos las ventajas de un estado hasta que probamos los sinsabores de otros. No conocemos el valor de las cosas hasta que nos vemos privados de ellas

Daniel Defoe.

Hugo Silvery abrió las puertas de la iglesia de par en par y salieron. Fuera, bajo el tenue sol de invierno, se encontraron con una multitud de caras curiosas y emocionadas. Seguramente, esas personas tendrían mucho de qué hablar durante los cinco años venideros.

¡El perfecto noble y la bastarda costurera! ¡Qué tema más succulento!

No les prestaron atención y siguieron su camino hacia el carruaje de lord Silvery, más bien fue Hugo quien lo siguió. Porque ella iba prácticamente arrastrada. Su recién esposo — qué extraño le resultaba ese nombramiento— tiraba de ella por el brazo con poca delicadeza y sin dirigirle la palabra.

—¡Hugo! —los detuvo lord Goldener, a escasos metros del vehículo—. ¿Qué piensas hacer? ¿A dónde te la llevas?

—¿No es mi esposa? —espetó el teniente, tan frío como el hielo.

—Sí, pero...

—Lord Silvery —intervino Chastity, visiblemente afectada, y seguida por su doncella personal—. Espero que se comporte como un caballero digno de su apellido y que no haga daño alguno a esta mujer.

—Lady Renoir, será mejor que se preocupe de su prometido. De mi esposa, me encargo yo.

Dicho eso, ordenó a un estupefacto lacayo que abriera la puertecita del carruaje y la tiró dentro. Sí, prácticamente la cogió por la cintura con un movimiento rápido y rudo y la "sentó" en uno de los asientos como si fuera un saco de patatas.

—¡Lord Silvery! ¡Qué despropósito! ¿Acaso son estas las formas de tratar a una mujer? —fue lo último que escuchó Alice de la pobre Chastity, antes de que su esposo subiera al vehículo, cerrara la puertecita en las narices de lord Goldener y ordenara a su cochero que iniciara la marcha.

Los caballos blancos con crineras plateadas cogieron impulso y se movieron lejos de allí.

El silencio se hizo sepulcral y la tensión podía cortarse con un cuchillo. Hugo ocupaba más de la mitad del espacio con sus piernas largas y anchas. Ella, por su parte, iba ligeramente encogida por miedo a rozar sus rodillas con las de él. ¡Era un armario! No era tan alto ni tan musculoso como Galán Goldener, y menos mal. Porque Galán necesitaba un carruaje especial para viajar ya que no cabía sentado en los normales. Al menos, Hugo sí cabía, aunque tuviera que encogerse un poco para semejante cometido.

Alice se removió incómoda y lo miró de soslayo. Lo vio con la mirada clavada al frente, las manos cruzadas por delante y el gesto serio. La temperatura rozaba los mínimos insostenibles y aquellos ojos plateados parecían más inhumanos que nunca. ¡Dios mío! ¿Dónde se había metido? ¡Daba auténtico pavor! Pero por mucho que él la intimidara, no se

dejaría mal tratar bajo ningún concepto. Si su intención era la de darle una soberana paliza, iba a defenderse con uñas y dientes. Nada justificaba el mal trato, absolutamente nada. Si él tenía asuntos que resolver con ella, había miles de maneras de hacerlo.

Aunque pareciera una nimiedad, estaba preocupada por Amélie. La había dejado en casa de Hermione y era de suponer que la noticia del enlace no tardaría en llegarle. No se lo tomaría bien, seguramente se desmayaría. Y lo haría por las dos. Sabía que en casa de la duquesa viuda estaba segura, pero no dejaba de sentirse culpable por haberla abandonado. ¿Querría Hugo ir en su búsqueda? Ambas habían estado juntas durante muchos años y habían afrontado las penalidades de la vida en equipo. Claro, que no era tan ingenua... Cuando decidió afrontar esa situación ella sola, ya contempló la posibilidad de no volver a ver a su amiga nunca más. Pero ¿Perdía algo en preguntarle a Hugo?

Ella no había hablado desde que mostró su verdadera identidad. La voz se le había quedado atorada en la garganta por la impresión. Todas aquellas palabras que un día soñó con decir a esos estirados, se le fueron de la mente. Y no fue por miedo, que también lo tuvo, sino por el choque con la realidad. En cuanto vio a "su prometido" frente al altar y engalanado, lleno de ilusión... Se sintió terriblemente prendada.

—Lord Silvery... —se atrevió a decir, captando su atención. La miró impávido—. Hay una mujer en casa de la duquesa viuda que siempre me acompaña y me preguntaba si...

—No —contestó secamente, volviendo su mirada al frente. ¿Qué miraba? ¡Si no había nada en la pared! Estaba pensando, pero solo Dios sabría en qué. Nada positivo a juzgar por su semblante.

Su instinto rebelde la instó a replicarle, pero debía comprender que aquel hombre acababa de ser humillado públicamente. Y no solo eso, sino que lo había perdido todo por casarse con ella a expensas de las burlas y de los reproches. Así que decidió guardar silencio y mirar por la ventana. ¿A dónde iban? ¿A dónde la llevaría?

Las preguntas y las dudas que la embargaban eran miles. Desde los verdaderos motivos de Hugo por casarse con ella hasta los suyos propios, que también eran un misterio. No quería ahondar en sus sentimientos, pero sabía que habían cambiado.

Durante algunos minutos, quizás horas, reinó el mutismo más absoluto. Él era una roca inamovible e inexpresiva y ella estaba insegura en cuanto a su nueva situación. La noche fue cayendo, y con ella también Alice. No quería dormirse por precaución, pero lo hizo. Cayó en un sueño liviano del que no despertó hasta bien entrada la noche, cuando el carruaje se detuvo.

¿Dónde estaban? Se recompuso lo más rápido que pudo y miró por la ventanilla con los ojos entrecerrados, todavía adormecidos. ¡Pero se despertó de golpe!

—¿Se puede saber dónde me ha traído, lord Silvery? —reclamó de inmediato, girándose hacia su acompañante—. Espero que esto sea una broma.

—Yo nunca bromeo —replicó, descendiendo del carruaje sin mirar atrás. Ni si quiera le ofreció la mano para ayudarla a bajar. Aunque tampoco pensaba hacerlo, ¡ni loca iba a poner un pie ahí dentro!

—Baje —le ordenó frente al cochero y su lacayo personal, que la miraban desconcertados. Tan desconcertados como el resto de los transeúntes de ese mugroso lugar.

—Yo no tengo nada que hacer aquí, muy señor mío —negó, apartándose de la puertecita y colocándose al otro extremo del sofá, lejos de la salida.

—¡Le he dicho que baje! —imperó, acercándose a ella con actitud amenazante.

—¡Y yo le he dicho que no pienso hacerlo! —discutió, negando con la cabeza para darle

más fuerza a sus palabras.

—¿A qué vienen tantos falsos remilgos? Estoy seguro de que está acostumbrada a este tipo de ambientes. No hace falta que siga fingiendo. Ya ha dejado claro de qué está hecha, no es más que una mujerzuela cualquiera.

—Nunca lo había oído hablar durante tanto tiempo, lord Silvery —contestó, cargando cada palabra de bilis contenida—. Lástima que tan extraordinario acontecimiento sea para descubrir que es usted un grosero. ¿Acaso cree que puede llamarme mujerzuela por mis orígenes humildes?

—Creo y estoy convencido de que puedo llamarla mujerzuela por haber usado sus artimañas femeninas con fines lucrativos. ¿No es eso a lo que se dedica? ¿A vender su cuerpo a cambio de ganancias? Bien, la he traído de vuelta a su hogar —Señaló el prostíbulo con mujeres semidesnudas en la puerta y hombres borrachos tirados por las esquinas. Un lupanar de camino al que solían frecuentar los sectores más bajos de la sociedad. Ya fueran exconvictos, campesinos o jornaleros.

—Usted sabe muy bien que mi cuerpo jamás ha sido propiedad de un hombre.

—¿Lo sé? ¿Por qué debería saber tal cosa? ¿Por sus falsos temblores y su fingida inocencia? Es una gran actriz, estoy seguro de que tiene un gran futuro como prostituta profesional.

Alice, con su vestido humilde y sin joyas, se le llenaron los ojos de lágrimas impotentes y las mejillas se le tiñeron de un rojo intenso, casi doloroso.

—Si ese el concepto que tiene sobre mi persona, ¿por qué se ha casado conmigo?

—Para hacer con usted lo que quiera. Como, por ejemplo, dejarla aquí. Baje, vamos... No la quiero ni un segundo más en mi vehículo —La cogió por el brazo y tiró de ella con muy poca delicadeza hasta sacarla casi a trompicones debido a su resistencia.

—¿Se está excediendo! Si lo que quería era hacer justicia, no era necesario unirnos en matrimonio. Con seguir los fantásticos consejos de su padre, hubiera bastado. ¿Por qué complicarse de este modo? —cuestionó, en medio del patio rodeado por mesalinas.

—Que disfrutes de tu primera noche de bodas, esposa —concluyó, haciendo brillar sus orbes plateados. Retomó el asiento en su esplendoroso carruaje y dio la orden a su cochero de reiniciar la marcha.

—¡No puede hacerme esto! ¡Vuelva! ¡Maldito canalla! ¡Asqueroso petimetre empolvado!

La sarta de insultos no impidió que viera con auténtico pánico como los caballos blancos emprendían la marcha y la dejaban sola en ese sitio alejado, incomunicado y repleto de alimañas en forma de seres humanos. Albergó esperanzas de que ese malnacido se arrepintiera y diera media vuelta hasta que ya no se oyeron las ruedas ni el relinchar de los corceles. En ese instante, de soledad desgarradora miró con horror su alrededor.

A su izquierda estaba el edificio de las prostitutas, de él salían canciones entonadas por hombres ebrios y mujeres casquivanas. Había una lumbre y comida caliente. Pero de las ventanas salían ruidos indecorosos y las mujeres salían y entraban con los pechos al descubierto y pelucas escandalosas. ¡El infierno en la tierra!

A su derecha estaba el bosque, frío, oscuro y lleno de animales hambrientos. Y en medio un camino, el mismo por el que había llegado allí y por el que llegaban más "clientes".

—¡Eh! ¡Guapa! ¿Eres nueva? —le preguntó un hombre sin dientes, delgado y con barba de dos días que acababa de bajar de su carro, un carro de campesino.

—Sí, esta es nueva —añadió otro, gordo y gigantón mientras andaban hacia ella.

¡Qué espanto! Se cubrió la cabeza con una mantilla de lana que portaba y salió corriendo hacia el bosque sin mirar ni una sola vez lo que dejaba atrás. Su instinto de supervivencia la obligó a correr durante varios minutos sin detenerse, rompiéndose el vestido con el ramaje y enganchándose la piel con espinas varias, lacerándose a cada paso y arañando su rostro a cada metro. Le parecía una pesadilla, corriendo de un lado a otro, huyendo de los peligros que sentía en la vegetación, como si fuera a salir un lobo o algo peor en cualquier momento.

Empezó a gritar a cada cosa que le parecía amenazante, en un bucle de terror y de pánico del que finalmente se agotó y cayó en medio de una llanura.

"Tranquilízate, Alice", se dijo a sí misma.

Cogió aire un par de veces y confirmó que sus miedos solo estaban en su cabeza, no había ninguna bestia devorada a la vista y aquellos hombres se habían quedado muy atrás. Dudaba mucho de que se adentraran al bosque para ir en su busca cuando tenían a muchas mujeres fáciles de conseguir en el lupanar.

Con los ánimos relativamente calmados, se levantó del suelo. Su falda estaba completamente manchada de barro y tenía las medias rotas además de una decena de rasguños repartidos por doquier. ¡Maldito lord malnacido! ¡Tendría que haberlo engañado hasta después de la boda! ¡Se merecía un castigo peor! Sulfurada por haber sido víctima, una vez más, de la maldad de lord Silvery, buscó la salida.

Con pasos largos y molestos entre que maldecía a su "recién esposo" mentalmente, llegó al camino. Por suerte llegó al punto que quedaba más arriba de ese asqueroso prostíbulo y no había nadie. Caminó por la ladera de éste, no tenía otro remedio que seguir recto. A algún sitio la llevaría y esperaba que no fuera otro centro del vicio. Había pasado peores situaciones en su vida. Cuando dejó Inglaterra, primero viajó a América. Allí trabajó duro y tuvo que espabilarse por sí misma superando todo tipo de retos. Ganó algún dinero trabajando por una mujer rica que quería ropa nueva cada semana y luego se marchó a Francia para empezar su sueño: ser una modista de lujo.

Solo tenía que llegar a un pueblo e ingeniárselas para volver a casa de Hermione. Sacaría su dinero del banco y empezaría una nueva vida en otro país. Porque en Francia dudaba mucho que quedara algún ser vivo incapaz de reconocerla después del escándalo de la iglesia. O quizás pudiera trabajar desde la sombra como "la modista tímida"...

Ensimismada con sus posibles soluciones a tan fatídica desgracia (bien buscada por su parte, no iba a negarlo) no se dio cuenta de que un carruaje se acercaba a ella hasta que lo tuvo prácticamente encima. Temerosa de que fueran más hombres en busca de "diversión" cogió impulso hacia el bosque de nuevo.

—¡Eh! ¿A dónde vas? —la detuvo una voz familiar.

¡Oh! ¡Era él! Bien, eso solo significaba que podía seguir su camino sin miedo a ser violentada.

—No recuerdo haberle dado el permiso de tutearme, lord malnacido —espetó, cerrando sus ojos hasta que solo una línea turquesa fue visible para luego seguir andando mientras el vehículo la seguía lentamente.

—Vamos, suba.

—¿No se había ido? —ignoró su orden.

—De hecho, he disfrutado mucho cuando la he visto corriendo bosque a través.

—¿Me estaba espionando? ¿Era una prueba? ¿Estaba esperando a que entrara ahí por un poco de calor y un plato caliente? Será mejor que siga su camino. No pienso subir y no pienso ir a ningún lugar con usted. Es un cretino, repelente y odioso petulante sin ningún

sentido de la moral ni la ética.

—Es mi esposa y me debe obediencia —recitó él a modo de cantinela aborrecible, mirándola a través de la ventanilla. Muy cómodo entre sus cojines de terciopelo mientras ella andaba con gotitas de sangre chorreándole hasta los pies.

—¿No dijo que usted no bromeaba nunca?

—Deje su orgullo de loba mal herida y suba, Alice.

—¿No entiende un no por respuesta?

—¡No!

Como un vendaval, Hugo abrió la puertecita con el coche en movimiento y la subió sobre sus rodillas para luego cerrar el cubículo con un movimiento rápida y abrazarla con fuerza contra su torso metálico.

—¿Qué hace? ¿Está loco? —Lo golpeó sobre el pecho, sobre la cara y sobre donde pudo. Tratando de zafarse de su agarre perturbador. ¿A qué venía eso después de haberla dejado abandonada y a su suerte? —. Es usted un demente, debajo de esa fachada de perfección se esconde un trastornado mental. No me fío de usted ni un pelo, quién sabe si es uno de esos tarados que van matando a mujeres. No debí casarme con un noble de dudosa salud mental. Ya se dice que son los peores.

—Cállese, Alice. Está usted temblando, solo la estoy abrazando porque no quiero que su amiga Chastity me busque y me culpe de asesinato.

—¿Así que es eso? ¿Por interés?

—Todo por interés —declaró, sin soltarla y arropándola.

Lo cierto era que era muy cómodo estar entre los brazos de Hugo, tan fuertes y anchos parecían un lecho de lo más confortable después de todo lo sufrido en mitad del bosque. Así que, sin quererlo, como siempre, se quedó quieta y se fue relajando hasta apoyar su cabeza sobre el hombro masculino. ¡Oía tan bien y era tan cálido! Condenado lord Silvery, siempre conseguía lo que se proponía. Sin más peleas, cerró los ojos, agotada. ¿Qué más daba?

—Lo siento —escuchó unos minutos después de mantener los ojos cerrados.

¿Lord Silvery se acababa de disculpar? ¿O había sido parte de una alucinación?

Él debía creer que ella estaba dormida. Se sintió culpable por robarle ese momento de intimidad, pero a la vez se sintió reconfortada. Quizás no fuera tan malo... ¿O era su sentido de la caballerosidad? Le iba a explotar la cabeza de tanto pensar... De tantas incoherencias. Así que decidió aprovechar ese momento de calma y se dejó arropar.

"Nuestra relación no era normal. Nosotros no lo éramos y no podíamos pretender que algo saliera según lo común. Podíamos estar deseándonos la muerte por la mañana y amarnos por la noche. Yo seguía sin saber a dónde quería llegar Hugo con todo aquello, pero me conformé con su perdón clandestino y sus manos alrededor de mi cintura. ¿Era una relación sana? No. ¿Pero a quién le importaba a esas alturas? De enamorado a loco, hay muy poco."



Capítulo 19

Las primeras realidades

Lo único que supera la mala suerte es el trabajo duro.
Harry Golden.

Alice se despertó sobre el sofá del carruaje. Al parecer, la ternura de Hugo no había durado mucho. El sol se colaba débilmente a través de las ventanillas, estaba amaneciendo. La recién casada se incorporó y miró hacia fuera. Habían llegado a una ciudad y, precisamente, su bullicio era lo que la había despertado.

—¿Dónde estamos? —preguntó, girándose hacia Hugo con el pelo desordenado y la cara adormecida.

—En Marsella —respondió él, sin dar más explicaciones.

¡En Marsella! Ciudad portuaria. Así que lord Silvery tenía intenciones de coger un barco y, seguramente, en dirección a Inglaterra. ¡Su país natal! Hacía varios años que lo había abandonado en busca de fortuna y ahora iba a volver casada y con la cuenta llena. Sin embargo, por muy ideal que sonara, el matrimonio estaba construido sobre una farsa y el dinero se había quedado en una cuenta francesa a la que no tendría acceso mientras que su recién esposo no le permitiera acercarse a un banco.

Tenía la seguridad de que el dinero no se perdería gracias a la duquesa viuda d'Orléans. Pero, de todos modos, le provocaba un sentimiento de frustración tener que dejar atrás lo que con tanto esfuerzo había ganado. Si pudiera acercarse a un banco rápidamente sería fantástico. Porque no sabía cuándo podría volver a Francia. Y desconocía si desde Inglaterra podría retirarlo.

—Vamos, no pienso andar al lado de una pordiosera —espetó Hugo mirándola de arriba a abajo con desdén—. Baje, es hora de que se vista como si fuera una dama de bien.

Salió del carruaje con un brinco y dejó la puertecita abierta para que ella hiciera lo mismo. De nuevo, no pensaba ayudarla a descender y la estaba insultando. Pero lo peor de todo, era que en esa ocasión estaban en medio de una de las calles más concurridas de Marsella y las miradas curiosas no tardaron en hacerse patentes.

Alice echó un vistazo rápido a su indumentaria. Era cierto que llevaba uno de los trajes más humildes que tenía, el mismo que llevó el día de la boda con el fin de resaltar su verdadera identidad. Así como también debía admitir que la falda estaba rota y las medias rasgadas debido a su aventura en el bosque. Inclusive, algunos de los arañazos todavía eran muy visibles. Sí, su aspecto no era el mejor del mundo y fácilmente podrían confundirla con una "pordiosera", tal y como la había nombrado Hugo. Pero eso no le daba ningún derecho a ese estirado a insultarla y a despreciarla frente a una multitud de desconocidos. ¡Las apariencias! ¡La opulencia del dinero por encima del respeto y de la educación! ¡Oh! ¡Maldito Hugo! No iba a cambiar.

—Conozco a mendigos con mucha más educación de la que usted presume, lord Silvery —replicó, bajando por su propio pie y sin ayuda de ningún caballero. Como si fuera una mujerzuela cualquiera. Ni si quiera el lacayo se ofreció a ello, aunque no podía culparle porque seguramente le temía a su "amo". Hugo se limitó a enarcar una de sus famosas y

temidas cejas como toda respuesta.

—Roy, acompañaala —imperó a su joven lacayo que se cuadró de inmediato un tanto nervioso y se posicionó al lado de Alice.

—¿Usted no piensa venir? —se extrañó ella.

—Ya le he dicho que no pienso andar al lado de una pordiosera —contestó, dedicándole una mirada despreciativa y tirándole un saco de monedas como si, verdaderamente, le estuviera haciendo un favor a una mendiga. Dio media vuelta mientras se encendía un cigarro y se perdió por alguna de las calles. ¡A saber dónde iba! El cochero cerró la puerta del carruaje y se quedó con los zapatos rotos, el pelo desmontado y el vestido manchado en medio de la avenida principal de Marsella, donde todas las damas de alta alcurnia paseaban con sus mejores vestidos y donde los caballeros andaban con aires de príncipe.

—Vamos, señora —la sacó de su bloqueo transitorio el joven lacayo. No la llamó lady Silvery. Cosa que no le molestó, pero que le dio a entender que ninguno de los allí presentes la consideraban una dama ni aceptaban su matrimonio con el futuro Conde Cornwall.

Alice tragó saliva al verse sola, abandonada y despreciada. ¡Si al menos tuviera a Amélie con ella! Pero por suerte, ella siempre había sido una mujer valiente y decidida.

—No es necesario que me acompañe, Roy —respondió, enfilando la avenida hacia el banco más cercano.

—Yo cumplo órdenes de lord Silvery, señora.

Ignoró aquella última frase de sumisión por parte del perrito faldero y anduvo entre los ricos y bien vestidos, ganándose miradas y gestos de repulsa. Algunos se tapaban la nariz, como si ella oliera mal. Cosa que era totalmente falsa. Y otros se apartaban, como si fuera a transmitirles alguna enfermedad o piojos. Ni si quiera en sus tiempos de costurera la habían tratado tan mal. Pero lo soportó. Y no solo eso, sino que se atrevió a entrar en el banco.

Al entrar en la oficina, había tres caballeros como clientes y dos más como trabajadores. Ninguna mujer y ningún muerto de hambre como lo que ella era en esos instantes.

—¡Aquí no damos limosna! —gritó uno de los empleados, señalándole la puerta de la calle.

—¿Por qué ha entrado aquí, señora? —preguntó Roy, molesto—. Este no es lugar para mujeres como usted —La cogió por el brazo, con la intención de arrastrarla fuera de allí.

Se zafó del agarre de Roy de un tirón y se acercó a la primera mesa que encontró, pasando por delante de los clientes que se apartaron de inmediato por miedo a la lepra.

—No quiero limosna, quiero mi dinero. Busque en sus archivos una cuenta a nombre de Hermione, la Duquesa de Orléans.

Las carcajadas no se hicieron esperar.

—¿Quiere tomarnos el pelo?

—Usted búsquelo —ordenó, con el gesto serio y la mirada exenta de vacilaciones. Clavando sus ojos turquesa sobre el trabajador—. Y mire la cuenta en la que Alice Smith tiene total usufructo de ella —Sacó una tarjeta de identificación de su pecho, que había estado guardando con mucho recelo, y se la extendió al banquero.

El hombre bigotudo y regordete cogió aire y, como si le estuviera perdonando la vida, buscó entre los archivos aquellos datos. Las risas cesaron en cuanto dichos documentos aparecieron y el sarcástico empleado tuvo que entregarle varios sacos de dinero.

—¿El resto pueden mandarlo a Inglaterra? —inquirió ella, con Roy boquiabierto y el resto de los presentes a punto de una catarsis mental.

—Allí tenemos una sucursal que la pueden atender. Aquí le dejo la dirección, miladi.

—Yo no soy ninguna lady, señor —espetó, harta de las hipocresías—. Soy una trabajadora que se ha ganado cada céntimo.

Cogió su dinero, la dirección del banco en Inglaterra y salió de allí con la cabeza bien alta.

—Señora, perdóneme por haberla cogido antes por el brazo...

Pero Alice ya no lo escuchaba, centró su atención en una de las *boutiques* más caras del lugar. No era dada a los excesos ni a la altanería, pero la situación requería de medidas drásticas. Había un traje en el aparador de infarto. Era uno de tarde. Impresionante, de satén azul marino y cuello bajo. Si no estuviera casada, no pensaría en comprarlo. Pero siendo una mujer desposada, podía permitirse algo más atrevido.

Entró con la mirada puesta en él y no paró atención en las caras de susto de las dependientas.

—Aquí no puede entrar —le dijo una, apartándola del maniquí con el vestido de sus sueños. Se sentía un poco extraña comprando ropa, porque toda la que había llevado hasta ese momento se la había cosido ella. Pero obviamente, no tenía tiempo para ello y todos sus trajes se habían quedado en casa de Hermione.

Alice enarcó una ceja al estilo de su esposo y tiró un saquito de dinero sobre el mostrador, dejando a las mujeres estupefactas ante tal cantidad. No hace falta decir que cambiaron de actitud al instante.

—Oh, perdone nuestro error miladi. ¿Qué desea?

—No me llame miladi —la cortó—. Quiero ese vestido. ¿Tienen tiempo de adaptármelo?

—Por supuesto.

Roy se esperó fuera mientras ella pasaba a la sala "vip" de la *boutique*. Allí le quitaron su humilde vestido, las medias rotas y le pasaron agua por los arañazos. Por la cantidad de dinero que iba a pagar, incluso le ofrecieron un té con pastas y un ungüento para las heridas más profundas. Alice estaba segura de que si les hubiera pedido una cama también se la hubieran ofrecido.

Ya limpia, le pusieron las medias de seda más caras que tenían disponibles. Unas de color blanco hueso que ligaron con unos lazos azules por encima de las rodillas. La ropa interior también se la pusieron nueva e incluso no repararon en gastos con el corsé, que sería uno de los más bonitos que Alice hubiera llevado jamás. Con bordados florales y blonda en la parte superior. Finalmente, le fueron colocando el vestido del aparador y se lo cosieron a su medida a toda prisa mientras otras trabajadoras se ocupaban de dos vestidos más que se llevaría para otras ocasiones. Estaba tardando bastante, tanto que comió allí. Le trajeron un succulento pato al horno y unas patatas asadas mientras veía con, toda la calma del mundo, como iba atardeciendo.

—¿Saben de alguna señora que pueda arreglar mi pelo? —preguntó en cuanto ya estaba totalmente vestida.

—¡Nosotras podemos hacerlo! ¡Christine es una experta! ¿Ah que sí? —se apresuró en responder la mayor de las costureras mientras una joven empezaba a peinarla con sumo cuidado.

Fuera de la *boutique*, unas calles más abajo, Hugo había vuelto del club y esperaba al lado del carruaje con la mirada puesta en el lugar donde había dejado a su esposa. ¿Cuándo pensaba volver? ¿Qué estaba haciendo? ¡Iban a tener que pasar la noche allí! ¡No habría ningún barco a esas horas! Desesperado, miraba el reloj a cada minuto mientras le daba

caladas nerviosas a su cigarro.

—Señora, no se olvide de los guantes —la agasajó Christine, cuando ya estaba a punto de abandonar la tienda.

—Ni del collar.

—Espere, que le saco brillo a los botines.

Salió de allí robando miradas y suspiros a su paso.

Con el pelo abullonado en forma de moñete encantador y una gasa transparente que lo cubría parcialmente para no parecer demasiado descarada, inició el descenso de la avenida seguida por Roy. Que había tardado unos segundos en reaccionar, porque no la había reconocido. Él llevaba sus bolsas de la compra.

Llevaba el escote más atrevido que había visto nunca, aunque no rozaba la vulgaridad y su cintura de avispa se perfilaba por encima del abultado miriñaque. El color azul marino resaltaba sus facciones británicas y su color de piel ligeramente tostada. Su pelo, rubio cenizo, se movía al ritmo de sus pasos ligeros mientras que el collar sencillo que había comprado brillaba bajo la sutil luz del sol del atardecer. Esperaba poder recuperar todas sus posesiones lo antes posible, se habían quedado en casa de Hermione. Quizás pudiera mandárselas a Inglaterra una vez estuviera establecida.

Ensimismada en las posibilidades que tenía para recuperar las joyas de sus hermanas y otros enseres, no se dio cuenta del alboroto que estaba causando. Los caballeros se habían detenido para admirarla y otros la miraban de reojo por temor a las represalias de sus esposas. Algunas mujeres comentaban entre ellas acerca de su belleza e indumentaria mientras que otras se preguntaban su identidad. ¿Sería una marquesa? ¿Una noble inglesa? ¿La heredera de algún imperio? ¿Sería su padre un hombre adinerado? ¿O estaría casada con un Duque?

¡Si supieran que se trataba de su propio dinero! Llegó hasta un boquiabierto Hugo Silvery al que se le había caído el cigarrillo al suelo y no dejaba de mirarla, como si estuviera viendo un espejismo.

—¡Miladi! ¿A dónde va? ¿Quiere que le pida un carruaje de alquiler? —la interceptó un joven apuesto.

—¿O quiere que la acompañe a su vehículo? —Se ofreció otro, muy bien parecido con un traje de alta costura.

—No será necesario, caballeros —negó con una sonrisa que los dejó mareados, acercándose a la puertecilla del carruaje de su esposo.

Hugo, que todavía estaba en trance, no reaccionó a tiempo para abrirle la puerta. Cosa que hizo el cochero de inmediato.

—Oh, se me olvidaba —se giró hacia su marido antes de subir ayudada por Roy—. Aquí tiene su dinero —Se lo tiró del mismo modo que se lo había tirado él por la mañana frente a los presentes. No había gastado ni una sola moneda.

Luego, se sentó con todo su esplendor y dedicó una última sonrisa a los caballeros que tan amablemente se habían ofrecido para ayudarla.

Míster plateado, con el saquito de dinero en las manos, subió tras de ella.

—Milord, ¿a dónde vamos?

—Al hotel Palace —consiguió articular, despertando de su letargo.

Hugo no habló en todo el camino, pero no pudo evitar mirarla. A través de sus ojos plateados la estudiaba de arriba a abajo, buscándole defectos a la perfección para no sentirse tan miserable. Ella era su ideal de mujer: una rubia fuerte, hermosa, valiente y orgullosa.

Continuaba siendo lady María Fernán, la dama con la que había deseado casarse. Incluso era una versión mejorada... Al menos físicamente.

Pero la realidad era que se trataba de una embustera, una manipuladora y una cualquiera. Una escaladora social que había argumentado sus delitos con una venganza sin sentido. Una costurera sin futuro, de origen humilde y bastarda. La hija ilegítima de una duquesa que ya estaba muerta y enterrada. Una don nadie, en definitiva. Sin fortuna ni propiedades. Sin prestigio, sin familia honorable. Una impresentable.

—¿Cómo ha pagado todo esto? —espetó, con el ceño fruncido.

—Con mi dinero —contestó ella, tranquilamente.

—¿Con su dinero? ¡Já! ¿Se has dedicado a engañar a más hombres como yo? ¿Los ha robado? ¿O le han pagado por algún servicio?

—Pensé que habíamos superado el punto en el que usted me llamaba prostituta.

—Quizás me equivoqué al confundirla con una prostituta cualquiera y debí pensar que era una de clase alta.

Alice no se contuvo más, lo había hecho desde el día anterior. Había soportado comentarios, humillaciones y vejaciones públicas. Pero sus pulmones se hincharon de osadía, sus manos le vibraron de ímpetu y su brazo se movió como un látigo. Le propinó una sonora cachetada al metálico, la segunda desde que se habían conocido y quizás la más dolorosa. Estaba segura de que el cochero y el lacayo la habían escuchado, porque los oyó comentar alguna cosa.

—He pagado mi ropa con el dinero que he ganado honradamente como modista. Aunque le cueste creerlo, ningún hombre me lo ha dado ni regalado. No necesito tal cosa. Hay dos conceptos que se llaman trabajo y sacrificio, supongo ambos desconocidos para su persona. Es usted un hombre que vive del dinero de su padre y se amolda a sus caprichos por un título y una posición. Así que no hable de prostitución, porque entonces podríamos extender el término.

Hugo iba a contestarle, pero habían llegado al hotel y el cochero tocó la puerta. Alice salió la primera, ayudada por Roy. Estaba claro que no quería ni precisaba de su réplica. Él hizo lo mismo y sin querer dar más detalles a sus atónitos empleados, se adentró al alojamiento.

—Una habitación de matrimonio —pidió el futuro Conde en la recepción, con el rostro enrojecido y su esposa a unos metros de él con los brazos cruzados y el ceño fruncido.

—No pienso compartir la habitación con usted —gritó Alice en un susurro, acercándose a él disimuladamente.

—Haga el favor de no avergonzarme más —Se señaló el cachete enrojecido—. Vamos a compartir habitación y no hay discusión posible. Reprima sus modales rústicos por una vez.

¡Otra vez! Insulto tras insulto. Envarada, empezó a subir las escaleras en dirección a la habitación asignada.



Capítulo 20

Amor sin sacrificio tira al fornicio

En la mujer, el orgullo es a menudo el móvil del amor.
George Sand.

Hugo Silvery observó cómo las caderas de Alice se contorneaban escaleras arriba entre que decenas de hombres clavaban su vista en ella, con mayor o menor disimulo. Sin duda, era una mujer que llamaba la atención. Incluso Roy parecía hechizado, desde que habían vuelto de las compras, el joven lacayo la obedecía como un perrito faldero. ¡Estúpidos!

La siguió con el mentón alto, soportando la vergüenza de llevar la cara marcada por la bofetada. Incluso notaba cierta burla en el ambiente, a la que intentó ignorar. No podía sacarle los ojos de encima. Era como un embrujo o algo peor, ¡a saber de qué artimañas se servía para hechizarlo! Pero su aroma femenino ...de rosas frescas... se colaba a través de sus fosas nasales, aniquilando sus sentidos suavemente.

Lo descontrolaba. Todos sus años de compostura, de órdenes estrictas y de deseos egoístas se veían amenazados por su sola presencia. Le daba fiebre con solo verla, con observar sus pasos decididos y sus gestos osados. Una loba. Su loba. Ya era de su propiedad, porque era su esposa.

Llegaron a la puerta de su habitación, ella se detuvo de inmediato y se quedó a un lado para que él pudiera abrirla con la llave. Había decidido prescindir del servicio del hotel para tal cometido, quería estar a solas con ella lo antes posible. Y, francamente, no soportaba la presencia de más hombres alrededor de su esposa. Que estaba particularmente radiante.

Giró el pomo y dejó que pasara ella primero, que lo hizo sin mirarlo y con el gesto serio. Estaba enfadada, como siempre. Algunos rayos rojizos del atardecer se colaban por el gran ventanal de la recámara, pero Alice se apresuró en encender un par de candiles. Al verla haciendo esa tarea, se preguntó cómo no lo había visto antes. ¿Cómo no había visto quién era en realidad? ¿O quizás no quiso verlo?

Se miró en el espejo la zona de la cara que le ardía, estaba roja tal y como lo había sospechado. Por eso las burlas veladas durante todo el trayecto. ¡Condenada mujer!

—No se preocupe, no le durará toda la vida —espetó ella, quitándose la gasa que cubría su cabello. Tenía un color muy bonito, tal y como lo había soñado tantas veces. Con razón nunca le convenció su pelo negro. ¡Era una peluca!

—Debería controlar su mal genio. Aproveche que se ha casado con un futuro conde para mejorar sus modales —repuso, cerrando la puerta de la habitación.

—¿Pretende intimidarme cerrando la puerta?

—Ya le he dicho en diferentes ocasiones, que no creo que haya algo que la intimide. Y ahora entiendo por qué.

—¿Ah sí? Dígame —lo encaró, tres cabezas más bajita que él y empinando su naricita respingada como si con aquel gesto ganara altura—. ¿Qué es lo que ha entendido sobre mi persona? —demandó, colocando los brazos en jarra.

¡Era tan vulgar! Pero tan encantadora a la vez.

—Bien, no me negará que está usted acostumbrada a ganarse la vida por sí sola —explicó, quitándose el abrigo.

—Le advierto que, si está insinuando de nuevo que soy una cualquiera, me iré ahora mismo.

—No —la cortó—. No estoy insinuando tal cosa en estos momentos. Pero es por todos conocidos que las mujeres de su condición suelen ser... como lo diría... —buscó la palabra adecuada—, pendencieras.

Alice no podía creerlo. Hugo era un pozo de insultos hacia ella.

—¿Pendenciera? —se indignó—. Si ser una mujer capaz de seguir adelante sin la ayuda de un hombre es ser una pendenciera, entonces sí lo soy. Y estoy muy orgullosa de ello.

—Sí, supongo que lo está. Es otra de sus características...

—¡Vaya! Al parecer debe haber un libro entero relatando las características de los pobres y plebeyos —ironizó—. Por suerte también hay uno sobre los que son como usted.

—¿No me diga? —se burló, desabrochándose el primer botón de la camisa para después deshacerse del chaqué.

—Sí. Suelen ser unos vagos, estirados, pretenciosos, con álgar y vacíos. Por norma general no saben hacer otra cosa que oprimir al pueblo. Ah, también son muy aficionados a las humillaciones ajenas —recitó.

—¡Humillaciones! Dígame una cosa, Alice Smith —La cogió por el brazo con fuerza y la obligó a mirarlo fijamente—. ¿Ha hecho todo esto por una humillación? ¿Ha destrozado su vida y la mía por venganza?

—He hecho todo esto por dignidad y justicia. Puede considerarlo una venganza, si desea. Pero yo no he destrozado su vida, tuvo la oportunidad de deshacerse de mí en cuanto supo quién era. Destrozarle la vida hubiera sido casarme con usted siendo lady María Fernán. Por cierto, todo este asunto —Se zafó de su agarre de un fuerte tirón y clavó sus ojos turquesa sobre su antiguo enemigo—. Me recuerda que me debe usted dinero.

—¿Qué le debo dinero? —rio.

—Oh, ese es otro de los males de su clase. Acostumbran a olvidar sus deudas con facilidad. ¿No se acuerda del vestido que confeccioné para su querida lady Renoir?

—¡Es usted peor de lo que pensaba! Y me siento verdaderamente infantil y ridículo teniendo esta conversación. ¿Cómo puede decirme que le debo el dinero de ese vestido cuando lo confeccionó con embustes y engaños? Es usted una mentirosa nata.

—¿Hice el vestido? Responda, no se quede callado. ¿Cosí ese traje? ¿Gasté mis ahorros en aquella dichosa tela? Vamos, conteste lord Silvery. Es fácil, un sí o un no.

—Sí —contestó sin más remedio.

—Entonces merezco una compensación. No piense usted que me he olvidado.

—Ya veo que usted no se olvida de nada. ¿Lo ha hecho por dinero?

—¿Por qué sigue preguntándome los motivos de mis acciones? ¿Por qué no puede creer que, simplemente, he querido cobrarme la afrenta? ¿Tanto le cuesta aceptar que una mujer de mi condición también tenga dignidad?

—Orgullo.

—Mi dinero —exigió.

Míster plateado negó con la cabeza y le dio el mismo saco que ella le había devuelto al volver de las compras.

—¿Por qué no lo usó para comprar? Así hubiéramos terminado antes.

—No se equivoque milord, no quería usar su dinero mientras usted lo considerara de su propiedad. Me parece que le ha quedado claro que tengo mi propia fortuna y que no dependo de usted. Este dinero es un pago, muy atrasado, por mi labor. Me tomo muy en serio mi

trabajo, supongo que puede añadirlo a su lista de cualidades de los pobres —Cogió el saco y lo guardó junto al resto que había sacado del banco.

Cuando se giró de nuevo hacia su esposo, éste la estaba mirando con una sonrisa mientras negaba con la cabeza.

—¿Qué es lo que le hace tanta gracia?

—Que, en mis casi cuarenta años de vida, jamás había conocido una mujer como usted.

—¿Es un halago o un insulto? —Se quedó quieta, estudiando los ojos plateados de su interlocutor que, como era habitual, poco decían.

—Ya no lo sé. No sé nada, Alice Smith —Se pasó la mano por su pelo negro, agobiado.

—Me humilló, lord Silvery. Me obligó a arrodillarme frente a toda la alta sociedad por el capricho de una niña —habló desde el corazón, llevándose la mano sobre el pecho para darle más sinceridad a sus palabras—. Yo solo quería ganar un poco de dinero para pagar las deudas de mi negocio. Hubiera entendido una reprimenda, una amonestación o incluso que no quisiera pagarme. Pero no fue justo. Se excedió con su poder y abusó de mi persona —Sin darse cuenta, había bañado sus grandes ojos verdes con lágrimas, recordando ese penoso momento—. Yo tampoco sé nada, milord. Pero sé que fui sincera con usted antes de contraer nupcias. Ahora todo esto... es por su culpa.

—¿No lo entiende, ¿verdad? —escupió él, molesto.

—¿Qué tengo que entender? En lugar de ofenderse, ¿por qué no habla y me da a entender sus motivaciones por haber actuado de un modo tan déspota?

—Hablar de los sentimientos es algo muy propio de las mujeres. Suelen detallar cada gesto, intención o sensación. Yo prefiero guardar silencio.

—Qué pena siento por usted —se resignó, mirando a su alrededor.

Era una habitación bastante amplia y lujosa. Estaban en un hotel de alto prestigio y no le faltaba ningún pormenor. De la cama pendían doseles de terciopelo azul y el suelo estaba enmoquetado. Las ventanas eran grandes, con cortinas cosidas a mano. El baño estaba separado y una tina de mármol blanco descansaba a unos metros de la cama. ¡Hubiera sido romántico! Si no fuera por la desagradable situación en la que se encontraba.

—¿¡Pero se puede saber qué hace!?! —se alarmó al volver la vista sobre Hugo.

—Ponerme cómodo.

—¡Haga el favor de vestirse! —se sonrojó al ver a Hugo desnudo de cintura para arriba.

¡Por Dios! ¿Qué había estado haciendo ese hombre? ¡Era muy fuerte y musculoso!

—Vamos, no pretenderá que duerma con la ropa de la calle.

—¿No tiene ropa de dormir? —inquirió, dándole la espalda.

—No voy a ordenar que deshagan el equipaje por una noche. No se haga la remilgada, no le queda bien.

—¿Por qué me odia tanto? —Se giró hacia él de nuevo, olvidándose de su desnudez.

—¿Se le olvida de que es mi esposa? —Se acercó a ella, recordándole que iba sin camisa y que podría moverla como a una marioneta si quisiera. Su aroma masculino se hizo más intenso y el vello de su torso masculino la dejó sin aire. No había visto nunca a un hombre desnudo, pero Hugo le parecía muy hermoso—. Todavía no hemos consumado el matrimonio —La cogió por los brazos y la acercó a él, pegando su prominente busto contra su pecho fornido.

—¡Suélteme! —Se agitó sin éxito—. Si piensa que voy a compartir el lecho con usted va muy equivocado, lord Silvery. Antes morirá uno de los dos en el intento.

—Tiene obligaciones conyugales —le recordó, colocando sus labios sobre los de ella.

Sin llegar a besarla.

—¿Por qué quiere que cumpla mis obligaciones maritales? Si me considera una vulgar trepadora con todos los peyorativos que ha ido nombrando desde la boda —articuló, con la dificultad de tener la boca de Hugo sobre la suya.

—Por eso, de algún modo tendré que cobrarme todos los dolores de cabeza que me está dando y que me va a dar.

Cualquier rastro de magia o de sensualidad que había en el ambiente, se evaporó en ese instante. Alice le dio un pisotazo a Hugo y se separó de él, a punto de salir corriendo por la puerta. Pero él la detuvo, de nuevo. ¿Qué pretendía?

—Si se considera un hombre, quitará sus manos de mi cuerpo ahora mismo. De lo contrario, si lo que quiere es seguir adelante con lo que sea que tiene en mente. Hágalo. Hágalo rápido. Pero aténgase a las consecuencias.

—¿Es otra de sus amenazas? ¿Tardará meses en urdir un plan de venganza si la poseo? ¿Qué hará? ¿Pondrá un poco de veneno cada día en mi comida? ¿O me estrangulará una noche mientras duermo? —La besó sobre el cuello, erizando su piel en contra de su voluntad. La deseaba, la deseaba tanto como aquel día en el invernadero. Y su cuerpo traicionero respondía positivamente a la invasión. ¡Traicionada por su propia piel! —. Dígame que no me desea —imperó, fundiendo su plata sobre sus ojos turquesa—. Dígamelo —La apretó más contra él—. Dígame que no me desea tanto como aquellos días en los que se deshacía en mis brazos. ¿Se acuerda de nuestro primer beso? ¿De nuestro encuentro en el invernadero?

Lo cierto era que su cuerpo estaba temblando entre los brazos de Hugo, todas sus partes (visibles y menos visibles) se habían tensado y su respiración se aceleraba por momentos. Le encantaba sentirlo cerca, sentirlo con ella. Estaba enamorada de su aroma, de su voz metálica y de su pelo negro. Estaba loca por sus besos, por sus labios toscos y su cuello de toro. ¡Claro que lo deseaba! Y seguramente tendría las pupilas tan dilatadas por el deseo, que ni si quiera el verde estaría presente... Pero no quería entregarse a él a sabiendas de todo lo que opinaba sobre ella: prostituta, trepadora, mentirosa, vulgar, mal educada...

—No lo deseo —mintió, incapaz de mirarlo a los ojos mientras decía aquello.

—Dígame mirándome a los ojos, Alice —insistió, pasándole el brazo por la cintura mientras que con una mano le acariciaba el pelo. Le introdujo los dedos por las raíces capilares, desmontándole el peinado. Amando su caballera. Parecía disfrutar mientras la despeinaba lentamente. Y ella también se sentía relajada con aquel movimiento, por lo que cerró los ojos mientras sentía su melena caer sobre la espalda y los pasadores caer sobre el suelo—. Eres perfecta —gruñó en su oreja—. Me encantas, seas quien seas. ¿Recuerdas? Nuestros cuerpos se pertenecen, seamos quienes seamos —declaró, cogiéndola por el mentón.

Lo miró, sorprendida por el hecho de que repitiera esa frase después de saber quién era. De saber que era una simple costurera.

—¿Quiere decir que me desea pese a mis orígenes?

—Quiero decir que la deseo, que es mi esposa y quiero hacerla mía. Quiero olvidarme de quién es usted y de quién soy yo. De los obstáculos que tendremos que superar y de todo lo que está por venir... Quiero que seamos tú y yo por una noche. No tienes nada que temer, ¿qué podría pasar? ¿No estamos casados?

Alice hizo vibrar sus orbes sobre el metálico. ¿Sería posible que la estuviera convenciendo?

"Mi cabeza no era capaz de pensar con claridad. Era la primera vez que estaba a solas

legalmente con él. Y, de hecho, con cualquier hombre. La primera vez que sentía el deseo de Hugo sobre mí sin limitaciones, sin miedo a ser descubiertos o a que mi honradez se viera perdida. Pero, por otro lado, me daba un miedo atroz entregarme a él para que luego siguiera con sus insultos y vejaciones. Podía soportar sus desprecios mientras guardara algo de mí, pero en cuanto lo entregara todo... Me destrozaría. Sí, nuestros cuerpos se deseaban. ¿Pero y nuestros corazones? Amor sin sacrificio, más que amor, tira al fornicio."



Capítulo 21

La pasión

Renunciar a mi pasión es como desgarrar con mis uñas una parte viva de mi corazón.

Gabrielle d'Anunzio.

—Quiero que seamos tú y yo por una noche... ¿Qué podría pasar?

Las palabras de Hugo eran muy tentadoras. Su cuerpo, su proximidad y su aroma también lo eran. Estaban casados, por lo que entregarse a él no sería ninguna locura. Ya no había inhibiciones y entre ellos todo era posible.

Alice era consciente de que estar a solas con él, contra su torso desnudo, y con sus labios pegados al cuello... era peligroso. No por nada era el hombre más guapo de Europa. Apodado el metálico, por ser tan brillante como fuerte. Ensimismada, clavó los ojos sobre el hoyuelo de su amante. ¡Era tan sumamente atractivo! Un hoyuelo en la barbilla... ¡Cuántas veces le había dicho la señora Jenkins que esos hombres eran los peores! Y allí estaba, en brazos de uno, de un conquistador nato.

La sujetaba por la cintura. La intimidad del gesto podría haberla hecho llorar. Un brazo fuerte que la sujetaba y que parecía no querer soltarla. Había andado toda la vida sola, sin la ayuda de nadie. Sin la protección de nadie. Y no era la típica mujer que necesitara los auxilios de un hombre. Pero era reconfortante estar relajada, sin miedos. Sin más miedos que aquellos que el propio Hugo pudiera transmitirle.

—El color azul le sienta muy bien, Alice —lo escuchó decir, mientras sus manos recorrían la tela de su vestido nuevo. Supo desde el principio que ese vestido era una buena elección, pero nunca pensó que su marido se diera cuenta. Aunque sí esperó llamar su atención de algún modo, no iba a negarlo—. Pero tanta tela me sobra, no quiero barreras. Necesito verla —Forzó los botones de su camisa, quería desnudarla.

Y mientras trataba de deshacer su camisa, la besó. La besó con pasión, con lengua. El deseo sexual era demasiado intenso como para controlarse. Ni uno ni el otro lograban acompañar sus respectivas respiraciones, estaban excitados a la par de sudados y acalorados.

Hugo reparó en que el cuerpo de su esposa temblaba. Se apartó de ella para mirarla. Tenía sus encantadoras mejillas sonrojadas y esos brillantes ojos turquesa lo miraban abiertos como platos. Tenía unos labios finos y suaves, ligeramente rosados. Su pelo era sedoso y limpio, a la par de exquisitamente favorecedor. Tenía el pelo largo, pero no tanto como las damas de alta alcurnia. Seguramente no tuvo tiempo para cuidarlo a diario. No obstante, el estilo le sentaba de maravilla. Era diferente.

La vio removerse, incómoda por su escrutinio. Era tímida, lo era al fondo de todas aquellas capas de dureza y descaro. Y verla frente a él, tan frágil y desprotegida... le dio la sensación de que podría llegar a enamorarse. Aunque nunca entendiera por qué de ella, por qué enamorarse de ella y de ninguna otra... Ella no entraba en ninguno de los requisitos para continuar la dinastía de los Silvery. No era de sangre pura, ni provenía de una familia prestigiosa. Bien... Una plebeya común y bastarda. ¡Pero para él era especial! ¡Y sólo Dios sabría por qué!

La besó de nuevo, pero con más ternura para sorpresa de Alice. Que seguía dudando sobre si dejarse llevar o parar. La mirada de escrutinio de Hugo no se lo había puesto fácil. ¿Por qué la había mirado de ese modo? ¡Parecía otro! ¡Un ser con sentimientos! Sus ojos grises se tornaron ligeramente humanos por unos instantes.

Fuera lo que fuera, había algo distinto en sus besos. Eran más lentos, más suaves y menos agresivos. Y se sintió halagada por ello, por el tiempo que invertía en saborearla en lugar de devorarla. Se adaptó a su nuevo ritmo, dándose cuenta de que aquello era mucho más erótico que lo de antes. Y, sin darse cuenta, colocó sus manos enguantadas sobre el pecho de él con el fin de no perder el equilibrio.

Le sacó la camisa del vestido. Dejándola en corsé y camisola para luego desatarle la aparatosa falda, tirando la crinolina a un lado. Sabía muy bien cómo hacerlo. Demasiado bien. ¿Con cuántas mujeres habría estado? No estaba celosa, pero aquella era la evidencia de que debía detenerse lo antes posible. Los hombres como Hugo estaban acostumbrados a que las mujeres cedieran a sus caprichos. ¿Si se entrega a él que le esperaría al día siguiente? ¿Cómo la trataría?

—No —negó en un susurro, cogiendo aire para apartarse de él—. No quiero.

—¿Por qué no? —la retuvo—. Míreme —Le rozó el mentón y la obligó a mirarlo, muriendo ahogada en plata derretida—. ¿Por qué tiene tantas dudas?

—No confío en usted, lord Silvery. Es mi esposo, sí. ¿Pero quién me asegura que no se aburre de mí el día siguiente?

¿Aburrirse? ¡Pero qué diantres decía esa mujer! Si aún no había empezado a degustarla, ¿cómo podía pensar que iba a aburrirse de ella?

—Hace poco me estaba insultando y ahora... —continuó—, ahora todas nuestras diferencias parecen haber desaparecido. Entiendo lo que quiere decir cuando dice que no importa quiénes seamos, que nuestros cuerpos se pertenecen. Pero no sé si a lo que aspiro en esta relación es a tener su cuerpo... Solo habla de deseo. ¿Y qué hay de...?

—¿Del amor? —se sintió estúpido al pronunciar esa palabra, pero lo hizo...por ella.

—Exacto —confirmó ella, todavía con sus diminutas manos sobre su torso masculino.

—Le mentiría si le dijera que la amo. O que estoy enamorado de usted —notó la decepción en sus ojos—. Me ha engañado y manipulado. Me cuesta verla con buenos ojos... Pero, aun así, lo único que sé, es que no me gustaría estar con ninguna otra mujer que no fuera usted ahora mismo. Ni mañana. Ni pasado mañana. No le juro amor eterno, pero sí respeto. Si es lo que teme...

¿Debería conformarse con eso? ¿Con respeto? Sí, no tenía derecho a exigirle amor después de todos los engaños. No obstante...

La besó de nuevo. Robándole el beso y el raciocinio.

Alice subió sus manos y las enterró en el pelo oscuro de Hugo, recreándose en aquel momento que ya no tenía límites. La besó en los labios, en la barbilla, en el cuello y en la garganta mientras ella se frotaba contra él, agónica de placer.

Le desató el corsé, liberando su cuantioso pecho. Y luego le arrancó la camisola, dejándola completamente desnuda. Rápidamente el bochorno la invadió, la impresión de verse completamente al descubierto frente a un hombre hizo que cada rincón de su cuerpo se enrojeciera y se tensara. Corrió a cubrirse el busto con el brazo y las partes íntimas con la otra mano libre.

Hugo se deleitó con esa visión. La de Alice avergonzada. No era que disfrutara de su incomodidad, sino de su fragilidad. De su vulnerabilidad y feminidad. Por norma general era

poco femenina, brusca y vulgar... Pero allí estaba, tiritando de nervios y de deseo. La cogió en volandas y la dejó sobre la cama. Se tumbó a su lado con la cabeza apoyada en una mano, mirándola fijamente.

—No me mire —suplicó ella, enterrando su rostro en la almohada más cercana.

—Soy yo, Alice. No tienes nada de qué avergonzarte. ¿Puedo tutearte verdad?

—Lleva haciéndolo desde hace rato —se quejó, con la voz ahogada por la almohada—. No veo el motivo de esta pregunta a estas alturas.

—Siempre tan elocuente —sonrió, acariciándole el cuello con dos dedos. Los mismo dedos que descendieron hasta el pecho femenino—. Vamos, aparta el brazo —le susurró, dejándole un beso en el lóbulo de la oreja, para atacar de nuevo su cuello.

La acarició con tanta maestría que hizo que se olvidara de su desnudez y cuando quiso darse cuenta, Hugo ya tenía uno de sus pechos cogidos. No le cabían en la mano, por lo que jugueteaba con ellos, estrujándolos con la intención de acapararlos. Eran turgentes, firmes y más grandes de lo común. Y a Hugo le encantaban. Los besó, los lamió y los succionó provocando gemidos lastimeros en su dueña, que se retorció de gusto y de gozo.

—Eres perfecta, mi loba.

—¿Tu loba?

—Así es como te llamo mentalmente —gruñó.

Para despistarla, volvió a besarla. Y cuando ya era demasiado tarde para impresionarse, notó los dedos de Hugo en sus partes más íntimas. Jamás había experimentado algo similar: la humedad, las caricias y el deleite.

—Lord Silvery, esto es muy indecoroso —le reprochó, sudada y sin voz.

—No hay nada de indecoroso entre marido y mujer. La he desposado para hacerle lo que me apetezca —Y le apretó la intimidad con los dedos, provocando una vibración similar a la de un terremoto. Tuvo que aferrarse a las almohadas para no gritar como una loca, pero Hugo, celoso de los cojines, la obligó a abrazarlo a él. Así que, cogida al torso sudoroso y masculino, piel con piel, se dejó hacer.

Luego la giró y le apretó las nalgas, sin dejar de estimularla y de acariciarla. Otra vez jugaba al despiste, porque no vio que se quitara los pantalones. Solo vio el mismo miembro que la asustó en el invernadero.

—¿Qué va a hacer con eso? —preguntó, impresionada.

—Es increíble lo frágil que pareces en mi cama, Alice. Eres tan valiente, tan osada... Y aquí tiembles cual lobita en apuros —explicó con voz gutural, aguantando el dolor de su intimidad—. No te haré daño... Tranquila.

Se posicionó encima y se hundió lentamente en ella. En esos instantes, el apodo de metálico le dio risa a Alice. ¡Qué razón tenían! Parecía un trozo de hierro. La sensación era metálica, fría, dolorosa... pero exquisita. Notó un leve dolor que él sostuvo abrazándola con fuerza. Y luego continuó, lo hizo mientras la besaba, le apretaba los senos y le mordía el cuello. Ella alcanzó el paraíso, el éxtasis... Y luego notó algo caliente en su interior.

Paz.

Se quedaron dormidos uno al lado del otro. Agotados y ¿saciados?

A la mañana siguiente, Alice no creía lo que había sucedido. Ya no era virgen y lo constató al ver su sábana manchada por una gotita de sangre. Se había entregado a lord Silvery no sólo físicamente sino emocionalmente. Ya no lo veía igual. Lo veía como su esposo, pasara lo que pasara. Lo observó mientras dormía... ¡Era tan bello! No era un

hombre de madrugar, así que ella se adelantó. Se vistió con un vestido sencillo y pidió al servicio agua caliente con la que llenó la tina. Esa tina de la que se había enamorado la noche anterior.

Le colocó unas gotas de esencia de rosas que había comprado en la *boutique*, volvió a sacarse la ropa y se adentró. ¡Era un alivio! Sobre todo, para su intimidad, un poco adolorida por la nueva experiencia.

Hugo oyó el tintineo del agua repicar contra la bañera. Se despertó y miró hacia el origen de ese ruido. Era Alice. Su esposa. Su debilidad. Era incapaz de seguir viéndola como una simple embustera, para él era algo más... mucho más.

La observó pasándose la mano por el cuerpo, lavándose. Era hermosa, atractiva. Había tenido muchas amantes y relaciones, así como había conocido a muchas mujeres. Pero ninguna le había hecho sentir lo mismo que ella durante la noche anterior. Ella era algo distinto, por todos lados. Incluso en su interior. En cuanto se adentró en ella, supo que no había manjar igual y que no lo habría. Además, ahora era completamente suya. Había podido comprobar que no había sido de ningún hombre. Y eso hacía que la viera con otros ojos y que tuviera menos dudas.

Se incorporó, todavía desnudo y se acercó a ella. Que lo miró impresionada. Seguía avergonzada después de todo. ¡Qué encantadora! Se arrodilló al lado de ella y le dio un beso corto, de esos que se dan por la mañana.

—¿Te gusta bañarte? —lo preguntó porque no era un acto común entre las mujeres, sobre todo las de clase alta.

—Sí —confirmó, sin mirarlo... azorada.

—Me gusta... ¿Te ayudo? —Adentró su enorme mano en el agua caliente y sacó un poco de ella para tirarla sobre los pechos de Alice. Luego se los masajó, como si quisiera limpiárselos. Pero ella, más que limpia... se sentía placenteramente sucia.

La besó, otra vez. Como en la noche anterior. Y volvió a abrirse paso entre sus muslos con la mano. La tocó, la estimuló...

—Tócame tú a mí también —le pidió.

Y ella obedeció, también movida por la curiosidad. Sintió la dureza en su mano y placer. Le gustaba su masculinidad... así que empezó a masajearlo. Él gruñía sin dejar de tocarla hasta que se adentró en la tina con bastantes dificultades debido a sus dimensiones corporales y la hizo suya de nuevo. Aquello no tenía fin.

Porque en cuanto salieron del agua, repitieron el proceso en la cama. Era una pasión sin límites. Sus cuerpos se habían encontrado y amenazaban con morirse si se separaban. Era un idilio en una burbuja.

"No tengo palabras para describir esos momentos en el hotel Palace. Hugo Silvery me encendía con solo mirarme. Y creo que a él le pasaba lo mismo conmigo. Disfrutábamos el uno del otro y ninguno de los dos queríamos parar. Era una pasión como jamás se había contado en el universo. Un deseo irrefrenable, inagotable. Y no sabíamos si había amor, pero había respeto. Tal y como me había prometido él. Y quizás... quizás algún día llegaríamos a amarnos pese a nuestras diferencias. ¿Me había entregado demasiado rápido? No tenía ningún sentido seguir reteniendo algo que ambos deseábamos. Al fin y al cabo, éramos marido y mujer y nadie podría tacharme de ligera. No, no sabía cómo actuaría lord Silvery al salir de esa burbuja, pero como mujer solo quería sentirme amada por ese hombre que había conseguido despertar algo en mí."

○○○○

Capítulo 22

Aunque la mona se vista de seda, mona se queda

El que tiene buen corazón nunca es estúpido.
George Sand.

Aunque les hubiera gustado quedarse más tiempo en el hotel, tenían que volver a la realidad. No podían vivir en una burbuja indefinidamente. El barco en dirección a Inglaterra zarpaba al mediodía por lo que Alice se apresuró en colocarse el segundo vestido que había comprado en la *boutique*. Se trataba de un vestido de día hecho de algodón de color beige con rayas azules y mangas largas y acampanadas. El escote era de reina Ana con blondas de un color azul más intenso que el resto. Para darle más énfasis a la cintura llevaba un cinturón de satén que se ataba con un lazo por delante.

Era un vestido elegante, cómodo y práctico puesto que llevaba un pequeño bolsillo a la derecha. Era ideal para viajar y a Alice, como no podía ser de otro modo, le sentaba de maravilla. La tela era un poco fresca, pero ya estaba a punto de empezar la primavera por lo que con un chal tendría suficiente.

Se colocó la cofia y salieron rápidamente de la habitación para subirse al carruaje. Hugo la ayudó por primera vez desde que estaban casados a subir en él. Desde que habían compartido el lecho, su esposo no le había faltado más el respeto. Y aunque todavía era pronto para celebrar un cambio, sí que notaba ciertos detalles favorecedores. Como, por ejemplo, el hecho de ofrecerle el brazo para andar o de darle la mano para subir al vehículo.

Llegaron al magnífico puerto de Marsella. Estaba atestado de gente de todo tipo y de barcos variopintos, desde buques mercaderes hasta transatlánticos. Alice observó a Hugo que, por norma general, era bastante callado y no había hablado desde que salieron del hotel. Sus ojos grises brillaban bajo el sol del mediodía y el hoyuelo de su mentón se veía más porque iba recién afeitado. Portaba un pantalón beige perfectamente planchado de corte recto, un chaleco plateado sin demasiados brillos y una levita lo bastante gruesa como para protegerlo del frío. Además, lucía un sombrero de copa minuciosamente lustrado y en las manos sujetaba un bastón de los caros a través de sus immaculados guantes blancos.

Al verlo de esa guisa, recordó con quien estaba casada. No le faltaba detalle, era un hombre poderoso, rico y presumido. Que no le importaba mostrar al mundo su holgura; es más, le gustaba hacerlo. Ella, en cambio, aunque iba perfectamente vestida carecía de esa magia extraña que desprendían los nobles. Quizás le faltaran joyas, o poner la espalda más recta... Pero no lucía igual que él; de hecho, si alguien se molestaba en estudiarlos vería las diferencias perceptibles.

A simple vista, eran la pareja perfecta. Los dos eran guapos y bien parecidos.

El carruaje se detuvo frente a uno de los transatlánticos más grandes y nuevos que había atracados de lado. El cochero abrió la puerta y lord Silvery descendió para luego ayudarla a ella a hacer lo mismo. Colocó su mano enguantada sobre la de él y bajó el escalón. La brisa del mar acarició su rostro, fresca y salada, dándole vida. Si no hubiera llevado cofia, su pelo hubiera volado al ritmo del viento. Claro que, si no se encontrara en la tesitura de tener que guardar ciertos modales, quizás se hubiera dado ese capricho... el de dejar volar su pelo con

el agradable viento. En lugar de eso, cogió aire y se colgó del brazo de Hugo mientras Roy cargaba el equipaje. La mayoría de las maletas eran de místico plateado, por supuesto.

Subieron por la tarima más alta, en dirección a primera clase. Alice miró hacia abajo y vio a la gran mayoría de viajeros subir por los pisos inferiores, eran los de clase baja. La mayoría iban con vestidos sencillos, remendados y con el pelo peinado decentemente, pero sin sombreros ni cofias. Se recordó a sí misma subiendo por ahí cuando llegó a Francia o cuando fue a América. Y comparó ambos lugares. Por el que estaba pasando en esos momentos todo era silencio, caras serias y espaldas erectas. Además, eran poquísimos. Por delante de ellos iba una mujer con dos perros tan altos como dos caballos y por detrás un señor barrigudo que hacía temblar toda la pasarela. En cambio, desde abajo subían las risas, las discusiones y el bullicio de una conversación animada. ¡Qué diferencia! Y aunque pareciera hipócrita... ¿por qué a quién no le gustan los lujos? Sintió nostalgia de esos días y se preguntó si algún día podría volver a vivirlos.

—Te has olvidado la sombrilla —le susurró Hugo a la oreja.

Lo miró en busca de ofensa o de desprecio, pero no había ni de lo uno ni de lo otro. Se lo había dicho con una sonrisa con el mero objetivo de hacerle saber una realidad: que era la única dama en toda la primera clase que no llevaba sombrilla. Y aunque pudiera ser una nimiedad, para esos estúpidos parecía ser algo de suma importancia. No contestó nada, porque sabía que Hugo no se lo había dicho con mala intención. Pero se sintió mal, incómoda. Se limitó a observar cómo su marido picoteaba el suelo con su bastón y andaba como si tuviera un palo metido en el culo. No quería tener malos pensamientos sobre él después de todo lo vivido, pero no era ciega ni era corta de entendimiento. ¡Era un cursi! No le sorprendía, lo supo desde el primer día en que lo conoció. Pero al caminar a su lado, ese desagradable hecho se hacía más patente.

Al fin, llegaron a su camarote. Era más grande que el humilde taller de costura que tuvo que cerrar por no poder seguir costearo sus gastos.

—No te preocupes —le dijo—. Cuando lleguemos a Inglaterra, pondré a tu disposición una doncella que te recuerde estos menesteres.

—En ese caso, podría ser Amélie... La joven que te comenté y...

—No —la cortó—. Debe ser una mujer experimentada y educada en los valores de nuestra clase.

No quería enfadarse. No quería hacerlo, hacía muy poco tiempo que había estado en los brazos de ese hombre y no deseaba un conflicto. Así que se tragó la saliva y se adentró en la esplendorosa habitación. Iba a ignorarlo, sería lo mejor. Porque lo peor de todo, era que no lo estaba diciendo con aire jocoso o malicioso, sino que lo pensaba de verdad.

—También mi tía podrá ayudarte, te caerá bien; ya lo verás.

—Seguro que sí —sonrió, tratando de ser cortés mientras se quitaba los guantes.

—Oh, no querida. No hace falta que te saques los guantes todavía, saldremos a dar un paseo por la cubierta para ver como desembarca el barco. Te gustará.

—Está bien —accedió, viendo como Roy cargaba el equipaje hacia dentro de la habitación mientras ellos salían a dar ese maravilloso paseo que Hugo le había propuesto.

Se colgó de su brazo de nuevo y anduvieron unos metros al lado de la barandilla. El mar estaba calmado, azul y refrescante. A Alice le encantaba el mar, le daba una sensación de paz que no encontraba en ningún otro lugar. Con el chal bien apretado contra sus hombros, cogió aire con fuerza, cargándose de ese oxígeno tan puro. Finalmente, se asomaron por el lado en el que quedaba el puerto. Había una multitud de familiares y conocidos que despedían a sus

seres queridos moviendo las manos y los pañuelos. Era conmovedor y emocionante ver la ilusión de los que se iban y la angustia de los que se quedaban.

—¿Te gusta?

—Sí, jamás lo había visto.

—Supongo que en segunda clase no tenías esta oportunidad.

—No —sinceró, intentando no ofenderse. Al fin y al cabo, estaba diciendo la verdad, así que no había motivos para responder a la defensiva.

—A partir de ahora vivirás como una princesa, Alice. Te llevaré a sitios que jamás has visto y vestirás los mejores trajes que puedan confeccionarse.

—Lo cierto es que suelo coser mi propia ropa —explicó.

—Oh, claro —exclamó él, como si se hubiera olvidado—. Tu afición por la costura...

—No es una afición, es un trabajo.

—Querida, ya no hará falta que trabajes —resolvió, con una amplia sonrisa mientras la conducía por la ladera de la cubierta.

—Estoy segura de que no hará falta, pero lo voy a hacer igualmente. Porque me gusta y es mi pasión —replicó, un tanto molesta por la forma en que Hugo quería dirigirla.

—Está bien querida, ya lo hablaremos con más calma —le quitó importancia—. Además, cuando tengas a mis hijos ya no tendrás tiempo para coser.

—¿Tus hijos? ¿O lo nuestros? —replicó, empapando las preguntas de una risa irónica con el sincero objetivo de no empezar una discusión. No quería, de veras que no... Se repetía a sí misma.

—¿Te acuerdas de lo que hablamos antes de casarnos? Si te quedas en cinta, será una bendición. Pero si no... Recuerda que debo heredar un condado. Y aunque mi padre debe estar muy enfadado, en cuanto nazca un heredero sé que lo perdonará todo. Y para eso, tenemos el tiempo justo... A penas nos quedan unos diez meses para que cumpla los treinta y ocho. Al fin y al cabo, lo que importa es que el niño tenga sangre de un Silvery. Sangre noble, ya me entiendes.

¡Maldito Hugo! Seguía con la idea de alquilar un vientre ajeno al suyo. Es decir, seguía con la idea de que ella era demasiado mayor para ser fértil o quedarse en cinta con rapidez. ¡Todo por el condado! Y pensar que había cambiado... Al casarse con ella, había creído que daba la herencia de su padre por perdida. Pero no. ¡Claro! Qué ilusa. Y no era que ella quisiera que perdiera lo que era suyo por derecho, pero de ahí a actuar como un auténtico monstruo sin sentimientos había un paso muy grande.

Le hubiera dado su tercera bofetada si no fuera porque los perros de la dama que tenían al lado hubieran saltado por la borda del susto al oír el impacto. En lugar de eso, cogió aire y se tragó el ácido que le subía desde el estómago y que le quemaba el esófago. ¡Condenado lord Silvery!

—Ahora será mejor que descanses, pasaré a buscarte a la noche para cenar —organizó, dejándola en el camarote. Él se iba a la sala de los caballeros a jugar a cartas, beber y fumar.

¡Lo odiaba! ¡Oh, Dios! ¿Cómo podía odiarlo si tan sólo unas horas antes juraba amarlo? Pero lo odiaba con todas sus fuerzas, por imbécil.

Cerró el camarote con llave y se tiró sobre la cama, golpeó la almohada, lloró y pataleó. ¿Pero qué esperaba? Hugo Silvery era un hombre como otro. No había querido hacerle daño, era así. Eran sus pensamientos, sus valores... ¿Por qué se había enamorado de él? Jamás lo entendería.

¡Bien! Se recuperó de la conmoción y se pasó agua por el rostro. No quería que supiera que había llorado. En lugar de eso, se deshizo de su traje de día y se propuso descansar unas horas hasta la cena.

Se despertó por unos toques desesperados sobre la puerta. ¡Ya era de noche! Se había quedado dormida. ¡Oh, qué desastre! ¡Todavía tenía que prepararse para la cena! Corrió en camisola, corsé y enaguas a abrir la puerta.

—¿Se puede saber por qué cierras la puerta? —reclamó un molesto Hugo, seguido por Roy que encendió los candiles a toda prisa para volver a salir rápidamente—. ¡Mírate! Ni si quiera estás vestida para la cena.

—Lo siento, me he quedado dormida. Y he cerrado la puerta para evitar que ladrones o malhechores pudieran entrar... —argumentó, avergonzada por su despiste.

—¿Ladrones o malhechores? ¿Acaso no sabes que hay guardias vigilando a todas horas? ¡Aquí no hace falta que cierres con llave! ¡Oh! Sabía que me avergonzarías tarde o temprano —espetó, mirando el reloj impaciente—. He quedado con los Spencer dentro de veinte minutos en el salón de cenas.

—¿Ha quedado dentro de veinte minutos? Entonces vaya. Vaya usted, no vaya a ser que yo lo avergüence más.

—Oh, vamos Alice. No he querido decir eso... No te enfades, mujer —Le dio un beso sobre el hombro—. Vamos, prepárate. Te esperaré y estoy seguro de que los Spencer también lo harán.

—Tenemos muchas cosas de las que hablar. No me gusta nada como se está desarrollando la situación —dijo ella mientras corría a sacar su vestido de noche.

—Está bien... Luego lo hablamos, ¿de acuerdo? Ahora vístete, te espero fuera.

Alice lo vio salir. No tenía ningún deseo de ir a esa cena repleta de personas como su esposo. Tendría que comer con cien cubiertos y veinte copas. Por suerte se acordaba de las clases de Colette. Pero seguro que tendría carencias... Como siempre. Si estuviera Amélie...

Con la máxima velocidad que pudo poner a sus brazos, se colocó las medias, la crinolina y la falda. Por último, la camisa de mangas cortas. Era un conjunto verde con escote de barco y encaje en el pecho. Era bastante atrevido, pero aceptable para una mujer casada. No tenía muchos adornos, pero la tela era costosa y brillaba por sí sola.

Se sentó en el tocador, todavía tenía los ojos hinchados de dormir. Se colocó sus maravillosos polvos blancos, un toque de carmín en los labios y se recogió el pelo en un moñete bajo bastante elegante. El mismo que le hacía a su hermana menor, Audrey, cuando trabajó como doncella para ella.

¡Oh, Dios! No llevaba pendientes. Estaban en casa de Hermione y los que había comprado en la *boutique* eran demasiado sencillos para el atuendo y la ocasión. Resignada, se los colocó a sabiendas de que no le combinaban. Por lo menos llevaba el fastuoso anillo de casada que Hugo le había regalado. Se colocó los guantes, y por encima de ellos, el anillo en el dedo anular.

Se dio un último vistazo en el espejo y salió al encuentro de su esposo, que la esperaba bajo el cielo estrellado en mitad del océano.

—Estás hermosa —alabó al verla—. Pero te falta algo... —Sacó una cajetilla alargada de sus pantalones y la abrió. Era una gargantilla de diamantes a conjunto con unos pendientes del mismo estilo.

—¡Oh, lord Silvery! No tenía que haberse molestado...

—Lo compré antes de la boda, a la espera de una noche como esta. Si te fijas tiene algunas piedrecitas turquesa, a conjunto con tu anillo y tus ojos.

¡Era tan tierno cuando quería! Y allí, bajo la luz de la luna y de las estrellas, le colocó las joyas con suma delicadeza y saber hacer. Rozándole la piel lentamente.

—¿Vamos? —le ofreció el brazo.

—Sí —Se cogió a él y se dirigieron al salón de cenas.

El salón era enorme. Repleto de lujo y de lámparas de lágrimas que colgaban del techo olvidándose de que estaban en un barco. Parecía una mansión. Las puertas, los pasamanos y los detalles estaban hechos de madera robusta mientras que el suelo estaba cubierto por placas de mármol.

Descendieron una larga escalinata con moqueta roja y Hugo la dirigió a una mesa alargada con mantel blanco y un centenar de copas y platos. En ella, había varias personas ya sentadas, todas estupendamente engalanadas con joyas y tocados incluidos.

—¡Lord Silvery! Ya pensé que no iba a venir —se levantó un caballero con bigote blanco y patillas largas—. ¿Es su esposa? ¡Es bellísima! —Le besó el dorso de la mano con una sonrisa. Parecía muy amable.

—¡No sabía que se había casado, lord Silvery! —preguntó la mujer que se sentaba al lado del hombre que acababa de saludarla—. ¿De qué familia es? No me suena.

¡Oh, Dios! ¿En serio esa era una pregunta? ¿De qué familia era? ¡Era una bastarda criada por una mujer que no era ni su madre! ¿Qué iba a decir? Toda la atención estaba puesta en ella. Había más damas distribuidas en la mesa, así como caballeros de todos los tipos: altos, gordos y flacos.

—¡A mí sí! —agregó una joven de pelo rojo y ojos azules—. Creo haberla visto con Karen Cavendish... Por Francia. ¿Es posible? —preguntó, confusa.

—Oh, sí se parece a las Cavendish. ¿Es una Cavendish? —preguntó un caballero de pelo dorado y bigote puntiagudo.

La miraron con asombro, expectantes. Como si ser una Cavendish te diera el pase a cualquier esfera social. Pero ella no lo era, lo eran sus hermanas. Ella era una Smith, la hija del mayordomo y medio hermana de otro.

—Es una prima de las Cavendish —intercedió Hugo, apartando una silla para que se sentara.

—Oh. ¡Una prima! ¿De qué parte?

—De la materna —respondió ella—. Soy hija de una de las hermanas de la difunta Duquesa de Devonshire.

Mentira. Mentira tras mentira. Porque su madre no tenía hermanas ni hermanos. Así que era imposible que fuera su sobrina. Pero no se solía conocer el parentesco de la Duquesa de Devonshire, así que la creyeron y la tomaron como una más del grupo.

En general eran bastante agradables, pese a que solo hablaban de negocios, dinero y excentricidades a las que ella no tenía nada que aportar. Pasó la mayor parte de la velada en silencio, concentrada en los cubiertos y temerosa en equivocarse con algo. Su estrategia era dejar que los demás dieran el primer paso en todo y luego imitarlos. Nunca se precipitaba, ni si quiera para tomar agua.

No eran humanos. Esa gente no disfrutaba de la vida. Servilletas por doquier y poca comida. Picoteaban un poco de ensalada y daban dos sorbos a la sopa. ¡Dios! ¿Eso era comida? Pensó en los de segunda clase, seguro que se estarían llenando la barriga con un buen trozo de pan y un plato de lentejas cuantioso.

En cambio, Hugo no paraba de hablar. Y lo hacía con una gracia natural, acaparando todas las miradas. Sobre todo, las femeninas. Había un par de mujeres que solo hacían que mirarlo y comentar algo entre ellas.

Entonces, algo interrumpió el curso normal de la cena. Unos gritos y un bullicio muy impropio de los nobles y ricos llenaron la sala. Alice pronto vio el motivo: un niño pobre.

Se trataba de un zagal de media melena desordenada con un traje viejo y roto que corría entre las mesas y la gente estaba asustada.

—¡Oh, Dios mío! ¿Cómo habrá entrado aquí? —se ofuscó uno de los comensales con los que compartía mesa.

¿Era tan horrible que un niño entrara allí? Alice se sintió dolida. Porque, una vez más, aquello era el indicativo de que jamás se sentiría parte de ellos.

—Se habrá colado para robar algo de comida —comentó otro.

—Saldremos de aquí con alguna enfermedad que no teníamos.

El pobre niño, que no superaba los siete años, se escondió debajo de una mesa. Estaba asustado. Alice se sintió terriblemente identificada con él, ella también se hubiera escondido bajo la mesa si hubiera tenido la oportunidad. Esas personas eran viles, monstruos con trajes.

Así que se levantó. Sí, no podía ni quería estar de brazos cruzados.

—¿A dónde vas? —le recriminó Hugo.

—A ayudarlo.

No le importaba lo que su esposo pudiera pensar. Ni su regañina. Ni sus enfados. Ni si lo avergonzaba. Se acercó a la mesa en que se había escondido y de la que todos los comensales habían huido mientras el servicio intentaba sacar al pequeño a golpes. Los lacayos, al verla detuvieron su agresivo proceder.

Ella, muy tranquila y sin mirar a nadie, levantó el mantel y miró por debajo. Vio al pobre zagal encogido en un rincón.

—No temas, ven —le ofreció la mano con una sonrisa—. No te haré daño. Te llevaré con tus padres. ¿Te has perdido?

El infante asintió, casi aliviado de ver a un ser humano por esos lares.

—Ven —insistió Alice—. No te haré daño.

Pareció creerla y se acercó a ella, lo ayudó a salir tirándolo de la mano. Mano que no soltó y que pensaba sostener hasta encontrar a sus padres.

—¡Lady Silvery! —escuchó a sus espaldas, era la primera vez que oía ese nombramiento—. Deje que el servicio se ocupe de él.

El niño al oír aquello se aferró a sus faldas, escondiéndose de esos empleados que minutos antes querían darle una paliza.

—No, lord Spencer —negó, yo misma lo llevaré junto a sus padres.

—¡Oh! —se indignaron algunos al escuchar aquello. No le importaba. ¡Al diablo con esos pretenciosos! La soberbia era una cualidad del maligno, no de ella. Así que iba a hacer lo que su corazón le decía.

—Se nota que es una Cavendish —escuchó a alguien susurrar—. Hace poco esa tal Karen ha abierto una escuela para mujeres...

—¿No me digas?

—Sí, la otra... la pelirroja está estudiando medicina.

—¡Pobre Audrey! Estará contenta con esas hermanas que le han tocado...

—Sí —respondió Alice con descaro, sin importarle interrumpir una conversación ajena—.

Audrey Cavendish no solo está contenta, sino que está orgullosa de sus hermanas. Y estoy segura de que, si me viera ayudando a este pobre niño, también lo estaría de mí.

Había plantado cara. Y no pensaba recular. Cogió al pequeño y subió las escaleras del comedor en busca de la segunda clase.

“No sabía cuál sería la reacción de Hugo después de aquello. Aunque podía imaginármela. Sabía que no estaba obrando como él esperaba, pero no pensaba convertir mi corazón en hierro por mucho que me hubiera casado con un metálico. Podía aguantar sus comentarios clasistas, sus rabietas y sus exigencias, pero no podía soportar la crueldad.”

Capítulo 23

El odio

La diferencia engendra odio.
Stendhal.

—¿Sabes dónde están tus padres? —preguntó Alice al niño, una vez salieron del salón de cenas.

—No lo sé, señora. Creo que abajo del todo.

—¿De dónde son tus padres?

—Irlandeses.

¡Oh! Entonces estaban en la tercera clase. No eran de la segunda. Se dispuso a llegar a ella; pero para ello tendría que descender algunos pisos, salir a cubierta y entrar por una puerta que estaba al exterior. Al menos ese era el lugar en el que solían situarse los espacios para los de tercera.

Con sus botines repicando contra la moqueta roja de primera clase buscó las escaleras que la condujeran hacia abajo. Era complicado, laberíntico. Era perfectamente normal que un niño se perdiera allí.

—¿Y cómo te llamas?

—Peter, señora.

—Disculpe, ¿sabe dónde puedo encontrar las escaleras que llevan a la planta baja? —preguntó Alice, sin soltar a Peter, a un mozo que rondaba el pasillo.

—Recto y luego a la derecha, verá una puerta blanca que conduce a las escaleras —le indicó, no sin antes dedicarle una mirada de extrañeza y perplejidad.

Suponía que pocas damas solían preguntar por los pisos inferiores. ¡Pero le importaba un reverendo pimiento lo que pensara aquel muchacho! O lo que pudieran pensar el resto de los petimetres presentes.

—Vamos, Peter —resolvió.

Sin mirar a nadie y con el objetivo claro, llegó hasta la mencionada puerta blanca. Tras de ella, había unas escaleras con un pasamanos sencillo en comparación a lo que había visto hasta el momento. Se dio cuenta de que no había ningún mozo que abriera la puerta ni que ayudara a las señoras para bajar las escaleras. Ella no necesitaba nada de eso, así que empezó escalón por escalón cogiendo con fuerza al niño mientras con la otra mano libre se cogía a la baranda. Por suerte, sus muslos eran fuertes y sus brazos también. Así que podía con la crinolina, el vestido de satén que pesaba casi tanto como ella, el niño y el descenso.

—¿Se puede saber cómo lo has hecho para llegar arriba del todo? —inquirió a Peter, al ver la cantidad de escalones y pisos por los que tenían que pasar.

—Estaba jugando al escondite con mis primos, señora. Y se me ocurrió subir, pero al final me asusté.

—Desde luego es el mejor escondite de la historia.

El infante soltó una risotada limpia y sincera.

Llegaron a la segunda clase y entraron en ella. Solían haber los empleados de los nobles, alguna viuda con bajos recursos e incluso algún que otro caballero con escasa

fortuna. El cambio era evidente. No había rastro de moqueta roja ni de sirvientes uniformados. El suelo era de madera y las paredes presumían de un papel floreado bastante aceptable.

—Disculpe, ¿para ir a la tercera clase? —volvió a preguntar. Esta vez a una anciana que estaba sentada en uno de los sillones comunes, tejiendo.

—Oh, querida —se sorprendió al verla—. Creo que es por allí —Señaló un pasillo un tanto oscuro—. Al final de ese camino.

—Gracias.

¡Ni si quiera había buena luz! Pero no se amedrantó, porque había vivido cosas peores. Así que cruzó el umbral y alcanzó una puerta metálica que estaba cerrada con una cadena.

—Me parece que a cierta hora de la noche lo cierran, señora —aclaró Peter.

Volvió sobre sus pasos y buscó algún encargado. Al encontrarlo, le pidió amablemente que abriera la puerta metálica para poder llevar el niño con sus padres. Al principio, se negó. Pero consiguió convencerlo.

Tal y como lo había supuesto desde el principio, tuvo que salir. Hacía frío para ir con manga corta, pero se aguantó y aceleró el paso hacia el portillo del que salía música y jarana. Abrió la verja en la que ponía "Prohibido pasar" en el dorso. Es decir, que el cartel era para lo de tercera clase hacia fuera. Bajó más escaleras y al final llegó a su objetivo.

La música llenaba el espacio con alegría y brío. Era música irlandesa: tambores, gaitas, acordeones y violines gastados. Era un ambiente familiar, mujeres y niños bailando alrededor de una tarima en la que algunos caballeros con sus esposas danzaban con animados saltos en un compás simple, pero que requería bastante concentración. Ella conocía ese baile, lo había practicado muchas veces al viajar en tercera clase, que solía estar abarrotada por irlandeses. Sobre todo, si eran barcos que iban o venían de Inglaterra.

Había gente de varios países, algunos que se habían unido a la fiesta y otros que preferían estar apartados. En las mesas más apartadas fue donde vio a un matrimonio de mediana edad bastante afligidos. ¡Debían ser los padres de Peter!

—¡Mamá! ¡Papá! —Se soltó Peter para correr hacia ellos, confirmando sus sospechas.

A la madre se le iluminó el rostro al verlo mientras que el padre le dio una buena torta en el trasero a modo de reprimenda.

—¡La señora me ha ayudado! —La señaló. Al hacerlo, los padres enmudecieron. Y las voces se fueron acallando, como una ola de silencio que iba sacudiéndolo todo a su paso. Hasta que la música se detuvo y la atención recayó en ella.

¡Claro! Había olvidado su aspecto. ¡Una mujer envuelta en satén verde y diamantes! Sin duda, estaban asustados.

—Solo he venido para traer a Peter —sonrió—. Ya me marcho —Hizo el intento de dar media vuelta.

—¡Espere! —suplicó la madre del niño—. Muchas gracias por lo que ha hecho por mi hijo. Como no podemos subir a los pisos superiores, no sabía cómo iba a encontrarlo.

—Muchas gracias, miladi —agradeció el padre, sacándose el gorro y adoptando una pose humilde—. Peter, da las gracias.

—Gracias, miladi —repitió el pequeño, imitando al señor.

¡Oh, por Dios! ¿Miladi? ¡Qué extraño sonaba en boca de los que verdaderamente eran de su clase! Se sintió terriblemente incómoda. Con ganas de llorar por el cambio, ya fuera para bien o para mal.

—Está bien —sonrió, conteniendo las lágrimas y volviendo hacer el intento de irse.

—Oh, miladi. ¿Quiere un plato de lentejas? Es todo lo que puedo ofrecerle como agradecimiento.

—¡Calla, mujer! ¡Las damas no comen nuestras simples lentejas! —la regañó el marido, avergonzado.

—¿Lentejas? —se giró, emocionada—. Estaría encantada de comerlas.

Al parecer, su reacción relajó a los presentes y la música volvió a sonar mientras las familias volvían a danzar.

—Yo me llamo Alana y mi esposo Calum, venga siéntese con nosotros. Le serviré un plato calentito.

La siguió feliz por el cariño prestado y se sentó en la mesa con Peter, Calum y algunos más. Devoró el plato de legumbres con pan incluido y hasta repitió.

—¿No le dan de comer allí arriba? —bromeó Calum.

—No como aquí, se lo aseguro.

Eso hizo feliz al hombre, que siempre había pensado que ellos comían peor que los ricos.

—¿Quiere bailar? Con el permiso de mi esposa, por supuesto.

—Claro, baile... No podría ponerme celosa de una mujer tan bella y buena —la empujó Alana.

Así eran la gente llana, la buena gente humilde y abierta que no tardaba en coger confianzas casi abrumadoras, pero muy afectuosas.

—Hace tiempo que no lo pruebo, ¡pero voy a animarme! —alegró el espíritu, olvidándose de su esposo y de todo lo que a él se refería. Lo necesitaba, necesitaba ese soplo de aire fresco, de su gente. De la gente a la que no veía desde que empezó con la venganza y todo lo demás.

Se cogió del brazo de Calum y subió a la tarima. Con la falda cogida y la crinolina tirada a un rincón gracias a la ayuda de Alana, empezó a saltar de un lado para otro, siguiendo los pasos gaélicos que un día aprendió. Se cogía de una mujer a otra para luego volver a Calum. Todo eran risas y diversión en estado puro. Estaba sudada, despeinada y roja como un tomate, pero no le importaba. ¡La danza gaélica era lo mejor del mundo! Incluso se quitó los botines y con las medias empezó a cruzar los pies como una auténtica irlandesa. Girando la cabeza de un lado para otro, riendo sin parar y brincando.

Todo era felicidad, candor y bullicio hasta que lo notó. Notó una corriente gélida y un pinchazo sobre la cabeza, como si le hubieran tirado un dardo. El silencio más absoluto se hizo en la sala, todavía más absoluto que el que causó ella al llegar. Incluso algunas personas abandonaron la tarima, escondiéndose en sus camarotes o sentándose en las sillas.

Era él. Se giró y lo vio. De pie, serio, con sus ojos plateados e inhumanos mirándola fijamente. Era más alto que cualquiera de los que allí había y solo con uno de sus guantes hubiera podido comprar el salón entero. Tenía las manos cruzadas por detrás, lo que le daba una imagen más ancha y estremecedora. La temperatura descendió unos cuantos grados, casi rozando a mínimos.

—¿Lo conoce? —preguntó en un susurro Calum.

—Es mi esposo —replicó, molesta por su altiva actitud. ¡Era él quien la avergonzaba ahora!

—¡Oh! —rompió el silencio Calum, abriendo los brazos con una sonrisa—. ¡Es el esposo de Alice!

—Ay, milord. Muchas gracias por dejar que su esposa trajera de vuelta a mi hijo —

corrió a agradecer Alana, con el intento de suavizar la expresión de Hugo.

Pero Hugo no la miró, solo asintió en respuesta. Estaba esperando a que Alice se bajara de la tarima para marcharse de allí.

—¿Quiere bailar, señor? —preguntó el inocente Peter, sin obtener respuesta del estúpido metálico.

Alice, resignada, se bajó de la tarima, se colocó los botines y dejó que Alana le colocara la crinolina en la intimidad de su humilde camarote. Cuando ya estuvo otra vez "presentable" siguió al impertérrito de su esposo, que era un bloque de hielo en esos instantes. Se disculpó a través de un gesto con los de tercera clase y abandonó el lugar, saliendo a cubierta.

Hacía mucho frío en cubierta por culpa del océano, de la noche y de la humedad. Aunque el mayor culpable de esa frialdad era Hugo Silvery. Que hacía repicar sus zapatos de piel contra la madera y daba golpecitos con su báculo de brujo como si estuviera invocando a los demonios.

Ella se aferró a sus brazos desnudos con la intención de aplacar esa desagradable sensación térmica. ¿En qué hora pensó que un vestido de manga corta podría servirle? Aquellos atuendos solo servían para los salones de los ricos. Se dirigió a la puerta que daba hacia el interior, pero vio que su marido no se movía. ¿En qué estaba pensando? ¿Él no sentía el frío? Quizás no. Claro, era inmune.

—¿No entramos? —preguntó ella, siempre tan práctica. Buscando la supervivencia en todo instante.

—Prometí respetarte, Alice. Pero me lo estás poniendo muy difícil —contestó él, mirando hacia la oscuridad del mar.

—¿Qué yo se lo pongo difícil? No soy yo la que habla de tener hijos con otras personas o la que se pasa el día dando órdenes y dirigiendo la vida de los demás.

—¿Entonces esto forma parte de otra de tus venganzas? ¿Es así cómo vamos a vivir?

—¿Venganza? ¡No! Comprendo que dado mi historial... piense que he actuado de forma vengativa por su horrible actitud, pero nada más lejos de la verdad. Simplemente he hecho lo que dictaba mi corazón.

—Y lo que le dictaba su corazón era dejarme en ridículo frente a los míos, otra vez. No tuvo suficiente con el día de la boda, pretende arruinar todos y cada uno de mis círculos sociales.

—¿Por haber ayudado a un niño? ¿Son humanos o monstruos? No entiendo por qué debería avergonzarse que yo...

—¿Porque una dama no actúa conforme su corazón! —se giró hacia ella, molesto. Clavándole sus ojos plateados—. Tiene que entender que los de nuestra posición tenemos siempre lo que necesitamos, pero nunca lo que deseamos.

—¿Por eso se arrastra por un título? ¿Por eso está dispuesto a tener relaciones con otra mujer con el fin de tener un heredero?

—Alice, entiendo que tu educación no abarque esta clase de asuntos. Nosotros debemos pensar para dentro de cien años, no para dentro de una semana. ¿Entiendes? En nuestras espaldas hay un linaje, una responsabilidad y muchas obligaciones.

—Si es así, no entiendo por qué se casó conmigo —se ofuscó—. De veras que no lo comprendo, lord Silvery —Se acercó a la baranda para observar como el agua repicaba contra el casco del barco—. Sí, sé que no fui honrada al ejecutar una venganza tan larga y elaborada. Pero no me casé con usted con engaños, usted sabía quién era yo... Y lo que podría esperar de mí. Además, yo no soy la única en esta relación que actúa de forma

bochornosa. Me ha avergonzado con su actitud en la fiesta.

—¿Qué yo te he abochornado? ¡Por favor! No seas ridícula. ¿Qué querías? ¿Qué me sacara los zapatos y empezara a saltar con esos plebeyos comunes? Tienes que ser realista.

—¡Ni si quiera ha mirado a la pobre Alana cuando le ha dado las gracias por lo ocurrido!

—No me ha sido presentada —excusó, con toda la naturalidad del mundo sin darse cuenta de lo horrible que sonaban esas palabras para su esposa.

—¿Y qué? —demandó ella, apartando la mirada del mar y buscando respuestas en él.

—No hablo con personas que no me son presentadas y dicho de paso, no hablo con personas de ese nivel.

—No lo soporto, lord Silvery. Juro por Dios que no lo soporto. ¡Yo soy de ese nivel! — Se señaló a sí misma.

—No, tú ya no eres de ese nivel. Ahora eres mi esposa: una dama. Y aprenderás a comportarte como tal.

—Suenan a amenaza.

—Suenan a realidad. Además, tú misma me has dicho que eres la hija de la difunta duquesa de Devonshire. Podrías aprender algo de tus hermanas, aunque no sean el mejor ejemplo del mundo... Supongo que tendrán más clase que tú.

—¿Que mis hermanas no son el mejor ejemplo del mundo? ¿Ahora mis hermanas tampoco son suficiente para usted?

—Oh no, por supuesto que no es eso. Son las mujeres más ricas y poderosas de Inglaterra, sobre todo Audrey. Pero a veces su proceder deja mucho que desear... Claro que el dinero y el apoyo de la Reina les permite hacer lo que quieren.

—Dígame una cosa, lord Silvery —se acercó a él—. ¿Qué espera de una mujer? Porque lo único que usted puede recriminar a mis hermanas es su independencia, su lucha por los derechos y su fortaleza.

—Yo espero todo lo contrario. Quiero una mujer obediente, que ignore los asuntos políticos y que se muestre femenina en todo momento.

—¡Ooh Dios! —se desesperó Alice—. Es usted peor de lo que imaginaba. Es horrible, un hombre sin sentimientos, clasista y muy antiguo. ¿Sabe que existen hombres que apoyan a las mujeres que son como mis hermanas?

—Esos son los progresistas.

—¿Y usted qué es?

—Conservador. De hecho, fui uno de los que votó "no" a la propuesta de abrir una escuela femenina en Londres... Pero al final, su hermana Karen ganó. Claro, con la ayuda de su esposo, el Conde de Derby.

—¡Oh, por Dios! ¿Con quién me he casado? —Se llevó las manos a la cabeza y lo miró con los ojos abiertos como platos—. Es usted un engendro del mal. ¿De qué se ríe?

—¿No es un poco exagerada? —ironizó, riéndose a media voz—. Solo soy un hombre con sus propios gustos.

—¡Pero yo no encajo en sus gustos! ¡Es lo que no entiendo!

—Alice —La cogió por el brazo y la acercó a él—. No, no encajas en nada de lo que me gusta. Pero me gustas más que nadie y que ninguna otra mujer.

—Pero yo soy una plebeya, una bastarda, una progresista, desobediente, poco femenina... Bien, no es que yo piense todo esto de mí, pero es lo que usted mismo repite a cada instante. ¿Entonces?

—Yo tampoco encajo en tus gustos, Alice, pero dijiste que sí cuando el religioso te preguntó. ¿Por qué?

—Lo odio, lord malnacido. Eso es todo lo que puedo decir —Se zafó de él—. No convertiré mi corazón en una piedra. Lo siento...

—Si no cambias, las cosas no irán bien.

—¿Por qué no cambias tú?

—Por favor, Alice. Tú eres la inferior aquí en todos los aspectos. Te falta educación y provienes de la nada. No eres más que una mujer con un golpe de suerte, aprovéchalo. Ahora que has conseguido llegar a este nivel, aprende de mí y olvida tus costumbres paganas. Me consta que no eras prostituta, pero eras una embustera que mal vivía con lo que podía. Mírate ahora. Llevas diamantes, ¿qué más quieres?

Se había intentado controlar desde que embarcaron. Había dejado pasar muchos comentarios y había intentado, genuinamente, ser una esposa comprensiva y tolerante. Pero el ardor que venía empujándola desde la juventud, corrió por sus venas y se encendió como un farolillo en mitad del piélago. Su sangre de barriobajera se apoderó de ella y le asestó la tercera bofetada bien merecida a ese imbécil. El eco del tortazo se fundió con el picoteo del agua, pero lord Silvery se quedó con la intensidad del impacto marcada en su rostro.

—Mire, lord malnacido —dijo, ahogada de la rabia.

—¿Lord malnacido? —preguntó, tocándose la cara con una mueca de dolor.

—Sí, así lo llamo yo mentalmente. Es usted lo peor que me ha pasado en la vida. Es un error. Pensé que había algo más en su interior que esta fachada de hielo y metal. Pero ya veo que no. Lo odio, lo odio profundamente y ya no me importa que se vaya con otra mujer para tener hijos. Ya no me importa nada. Y si lo prefiere, al llegar a Inglaterra daré media vuelta y regresaré a Francia. Así podrá decir que me he muerto o que se ha divorciado de mí, no sé... lo que mejor le parezca. Pero no pienso compartir el lecho con usted en lo que me resta de vida, si puede vivir con eso, bien. Si no, tendrá un problema. No voy a dejar que me ningunee, que me prohíba trabajar o que me obligue a actuar en contra de mi corazón. Seré respetuosa, porque tengo más educación que usted. Pero no espere nada más que eso. Y ahora, si me disculpa, me voy. Y no me hable, no me hable en lo que resta de viaje y si puede, en lo que resta de vida. ¡Ah! Y esto —Se quitó el collar de diamantes y los pendientes—. No lo quiero —Lo tiró a sus pies, para no tirarlo al mar—. Se lo puede regalar a su próxima conquista.

Lo dejó sin mirar atrás, subió la infinitud de escaleras con un nudo en la garganta y llegó al camarote donde Roy le abrió la puerta. Una vez en la intimidad de él, rompió a llorar por segunda vez en el mismo día. Hugo solo le causaba dolor. Se hizo un ovillo en un diván, no quería dormir en la cama, y llorando se quedó dormida.



Capítulo 24

Quien juega con fuego, se quema

Por severo que sea un padre juzgando a su hijo, nunca es tan severo como un hijo juzgando a su padre.

Enrique Jardiel Pondela.

Hugo Silvery recogió los diamantes del suelo, rodeó la cubierta y se sentó en un banco, con la vista clavada en el horizonte negro. ¿Qué era lo que estaba haciendo mal? Siempre supo que Alice era absolutamente inadecuada para él. Y, aun así, decidió casarse con ella contra viento y marea.

Y no solamente era inadecuada, sino que se negaba a aprender para ser la digna esposa de un noble de su categoría. Por mucho que se esforzaba por convertirla en una dama de bien, ella seguía actuando como una vulgar plebeya. No quería escucharlo ni obedecerlo. Era demasiado rebelde.

¿En qué momento decidió complicarse la vida de ese modo? ¡Él! Que siempre había tenido sus objetivos claros y bien marcados... ¡Él! Que siempre supo que una mujer dócil era lo que necesitaba. Alice era su debilidad, su punto de locura en la vida. En una vida que no había hecho otra cosa que obedecer y dar órdenes. Jamás quiso ocupar el lugar que ocupaba, en realidad. Cuando era niño, corría libre por las tierras de su padre y su madre lo abrazaba con infinito amor cada vez que hacía alguna travesura. Todo fue muy bonito hasta que se dio cuenta de que su destino sería heredar el Condado de Cornwall, uno de los más prestigiosos y relevantes dentro del Reino Unido. Cornualles era un lugar hermoso, rodeado por el mar. Pero que conllevaba muchas responsabilidades. Sobre todo, teniendo en cuenta de que era el único varón y de los pocos Silvery que quedaban con brío y saber hacer. Los demás habían envejecido y sus primos no valían para nada.

Ser el futuro Conde solo era una faceta. Una faceta que lo obligaba a ser como era. Si no le hubiera tocado semejante obligación, quizás hubiera recorrido el mundo o se hubiera aventurado en alguna expedición arriesgada.

Se quedó unos minutos en silencio, encerrando todos aquellos sentimientos que Alice había despertado en él. Los encerraba en una coraza de hierro y bajo metros de hielo, para su propia seguridad. ¡Ella estaba tan llena de vida! Cuando la vio saltando sobre la tarima al ritmo de esa música pagana, la envidió. Le hubiera gustado ser como ella por unos segundos, reír sin miedo al desprestigio, bailar sin miedo al deshonor... Lo cierto era que la vio más hermosa que nunca, con sus pies descalzos, su pelo revuelto y sus mejillas sudadas. Si cerraba los ojos, todavía tenía esa imagen en sus retinas. La de la vida sonriéndole. La de Alice riendo a boca abierta y con los ojos brillantes por la emoción.

Era un mezuquino por haber roto su felicidad. Pero ella debía entender que ya no era una cualquiera, sino que era la futura Condesa de Cornwall. Él también aprendió a base de lecciones como esa...

Con el equilibrio emocional restablecido, se incorporó y volvió al camarote. Se encontró con Alice hecha un ovillo en el diván. Estaba claro que no quería compartir el lecho con él y que pensaba cumplir su palabra. ¡Siempre tan obstinada! La cogió en brazos y la tumbó en el

lecho para luego él ocupar el diván. Ante todo, iba a respetarla. Le había demostrado ser una mujer honorable en ese sentido y no sería él quien la lastimara. O eso intentaría... ¿Cuánto duraría el celibato? ¿Por cuánto tiempo estaría enfadada?

Estaba enfadada y no podía ocultarlo. ¡Lo de Hugo era imperdonable! Su forma de pensar era del paleolítico y gracias a Dios ella vivía en el s.XIX. No lo soportaba y dudaba mucho de que pudiera llegar a hacerlo algún día. ¿Decirle que era inferior? ¿Decirle que iba a tener hijos con otra mujer? ¿Prohibirle trabajar? ¿Insultar a sus hermanas? Por supuesto que sabía de qué pie calzaba ese hombre antes de casarse, pero no imaginaba hasta qué extremos podía llegar su despotismo y crueldad. Siempre pensó que detrás de esa coraza había algo más, algo que veía en él cuando era tierno... Pero no. Él era como era y dudaba mucho de que algún día cambiara. En casi tres meses, solo había encontrado hierro y hielo.

Se despertó en la cama y vio a Hugo en el diván. Si se pensaba que lo iba a perdonar por hacer de caballero iba muy equivocado. Era mezquino, interesado y odioso. Se vistió rápidamente con el primer traje azul que compró en la *boutique*. No tenía muchas más opciones puesto que solo tenía tres mudas. Salió a cubierta de madrugada, había pocas personas paseando. Y ella aprovechó para sentarse en un banco y observar el maravilloso paisaje del océano.

Pasó el día lejos de lord malnacido con cualquier excusa. Si él estaba en la habitación, ella salía. Y viceversa. Disfrutó de las maravillas de ir en barco, se relajó cosiendo algún que otro detalle en sus vestidos nuevos y se inspiró en el agua para crear algunos diseños nuevos. Cualquier cosa era buena para tener la mente ocupada. ¿Cómo sobrevivían las damas a ese aburrimiento? Era una vida ociosa que daba pie a la maldad. Porque cuando no hay trabajo, el diablo se cuele por la puerta. No le extrañaba que en esas esferas los chismes fueran el principal pasatiempo. De hecho, estaba segura de que los Spencer seguían hablando de ella.

¡Ha ayudado a un niño! ¿Te lo puedes creer? ¡Qué persona más extraña!

Se reía sola cuando pensaba en ello. Qué patéticos. Estuvo a punto de cambiarle el peyorativo a su esposo: en lugar de lord mal nacido, lord patético. Pero entonces se hubiera parecido demasiado al actual nombramiento de Enriqueta: lady patética. Así que lo dejó en lord mal nacido. Ya vería si se lo cambiaba más adelante.

Echaba mucho de menos a Amélie. Y rezaba cada noche para que estuviera bien. Estaba deseando llegar a Inglaterra para mandar una carta a casa de Hermione y tener noticias. ¡Pobre Hermione! Tanto que había hecho por y para su venganza... Le debía mucho y esperaba volver a verla algún día. Era una anciana entrañable. ¿Cómo le habría sentado que terminara casada con mister plateado? No sabía si se habría decepcionado, pero en el fondo quizás lo sospechaba. Quizás todos lo habían estado sospechando desde el principio...Por aquel dicho de "quien juega con fuego, se quema".

No le dirigió la palabra a su esposo bajo ningún concepto. A veces él le preguntaba algo o le decía alguna cosa, pero ella hacía ver que no había oído nada. Ni si quiera lo miraba, como si no existiera. A la hora de la comida, se comió lo que le trajeron sin comentarios. Al fin y al cabo, cualquier cosa le iba bien. Al llegar la noche, se tumbó en la cama y vio como Hugo se colocaba en el diván como en la noche anterior. Todo perfecto. Ella, callada. Aunque la boca se le hiciera pastosa.

Al día siguiente, decidió hacer un boceto del trasatlántico. Y dedicó gran parte de la mañana en ello para luego bañarse y seguir con su rutina habitual. A veces oía algún ruido de

fondo, que resultaba ser la voz de Hugo, pero lo ignoraba completamente.

Y así, de esa guisa, llegaron a Plymouth, Inglaterra.

—Hemos llegado —anunció lord mal nacido, después de que las campanas del barco hubieran sonado de forma estrepitosa y de que hasta las ratas se hubieran dado cuenta de ese detalle.

Ella lo desdeñó y se colocó la cofia a conjunto con su traje de día, el de color beige con rayas azules.

—Alice, ¿vas a seguir así? Llevas tres días sin hablarme. En cuestión de pocas horas llegaremos a casa de mi padre...

—Ah, yo pensaba que volvía a Francia —escupió ella, sin mirarlo y hablando por primera vez desde el voto de silencio.

—¡Mujer! ¿Cómo voy a dejar que vayas a Francia? Eres mi esposa —Se acercó a ella, con actitud afectuosa. Alegre por escuchar su voz.

Lo esquivó mientras se colocaba los guantes y salió del camarote sin decirle nada más. No llevaba una estúpida sombrilla, pero le daba absolutamente igual tener el rostro ligeramente bronceado. Es más, le gustaba tenerlo de ese color. Esperó educadamente a que su esposo llegara a su altura, pero no se colgó de su brazo. Anduvo a su lado y bajaron del barco; por supuesto, antes que los de segunda y tercera clase que estaban aglomerados como animales en las barandas. Al mirar hacia los sectores más pobres vio a Alana, Calum y Peter, que la saludaron desde su compartimento cerrado con mucha alegría.

Y ella, rodeada de los Spencer y de otros petimetres de los que desconocía su nombre y no tenía intención de saberlo, les devolvió el saludo con un enérgico movimiento de manos.

—Definitivamente, tiene usted un gran corazón —comentó lord Spencer, a punto de despedirse.

—Simplemente me gusta tratar a las personas del mismo modo en que me gustaría que me trataran a mí —respondió con firmeza.

—Sabias palabras, miladi. ¡Se ha casado usted con una gran mujer, lord Silvery! —alabó el señor, para luego despedirse definitivamente junto al resto de sus familiares.

Ellos, por su parte, esperaron en silencio a que el carruaje fuera puesto sobre tierra firme por medio de los encargados del navío. Con él, habían llegado los corceles blancos de crinera plateada y el cochero, que había viajado en segunda clase.

Una vez estuvieron todos recuperados del vaivén de las olas, incluidos los caballos, iniciaron el camino en dirección a Lanhydrock House, la propiedad de los Condes de Cornwall. Ella desconocía por completo ese lugar, pero Hugo se había encargado de hacerle mención. Hecho que era positivo, porque así sabía a dónde se dirigían y qué podía esperar.

En realidad, no sabía nada de Hugo. Solo sabía que tenía un padre tan pedante como él y que el resto de sus familiares o eran viejos o eran inútiles. ¡Oh! Le había mencionado a su tía y le había dicho que le caería bien... A esas alturas lo dudaba bastante, no podía fiarse del baremo de su querido esposo en cuestiones de actitud, carácter y caer bien.

Observó el paisaje por la ventana, Cornualles ofrecía unas vistas preciosas. No iba a negarlo. Era una región fría por estar rodeada de agua, pero tenía un encanto especial del que no podían presumir en otros condados. Colinas verdes, acantilados escarpados y caminos estrechos. Era un tierra de leyendas, de castillos medievales y de hombres recios acostumbrados a las inclemencias del clima. La mayoría de los pueblos estaban habitados por pescadores que pasaban de generación en generación la historia del rey Arturo y la cueva de Merlín. Algunos románticos, escribían poemas sobre Tristán e Isolda, que también

habitaron esas tierras y las llenaron con su amor trágico.

En cuatro horas llegaron a Lanhydrock House. Alice observó a través de sus ojos turquesa esa maravillosa construcción. Más antigua, mucho más antigua, que Chatsworth House. Pero más grande. Curiosamente, el edificio tenía un color grisáceo tirando al plateado. Era de líneas rectas y muy estructurado. Había un claro camino que llevaba por debajo de un arco compuesto por dos torres y luego seguía unos cuantos metros más, pasando por un minimalista y simple jardín cortado al milímetro, hasta un patio principal con un círculo perfecto de hierba en medio.

Daba sensación de grandeza, seriedad y austeridad. No había flores, ni una rama fuera de su sitio. Eran muy perfeccionistas y no les gustaba el color ni el desorden. Incluso los abetos estaban cortados por la copa, dejándolos rectos. Las ventanas eran grandes, pero cuarteadas por infinidad de diminutos cuadrados con una especie de rayas de madera o metálicas.

Era inmenso. Y estaba segura de que algunas partes del edificio databan del s.XVI. Incluso tenía una iglesia, una caseta de vigilancia y un cementerio.

Fascinada por Lanhydrock House, no se dio cuenta de que el carruaje ya se había detenido. Y por mucho valor que quisiera tener, los nervios recorrieron su cuerpo. ¿Cómo reaccionaría el padre de Hugo? ¿Si no la aceptaba cuando creía que era lady María! Mucho menos la aceptaría en esos instantes; es más, él lo había dejado muy claro en la iglesia que, si Hugo se casaba con ella, no serían bienvenidos en su casa. No comprendía muy bien los motivos de su esposo para ir directamente a la casa de su padre, en lugar de ir preparando el terreno poco a poco, pero no quería preguntar ni decir nada. Al fin y al cabo, desconocía completamente la relación que había entre ellos. Quizás Hugo tuviera certezas que ella no tenía.

Se quedó quieta, con una mano sobre la otra tal y como lo había visto hacer a Audrey un centenar de veces. Era el momento de poner en práctica sus conocimientos. Estaba enfadada con Hugo, pero no pretendía dejarlo en ridículo frente a su padre con comportamientos fuera de lugar. Estaba en zona Silvery y debía adaptarse en lo medida de lo posible, al menos en educación. Nadie podría tacharla de mal educada. Esbozó la media sonrisa que le enseñó Colette y esperó pacientemente instrucciones de su esposo, que había bajado antes que ella y hablaba con un mayordomo.

Poco después, Hugo le ofreció la mano y bajó. Las miradas del servicio recayeron en ella, pero reparó en que no había ningún familiar para recibirlos. Y sin quererlo, sintió una ligera punzada de lástima por su esposo. Lo miró de reojo, no transmitía ningún sentimiento. Pero estaba segura de que debía ser muy desagradable no tener ningún recibimiento al volver a casa. ¿Era por ella? ¿O eran así?

Lo siguió a través de una puerta medieval, exenta de escalones y con un escudo grabado en piedra sobre ella. Una vez en el interior, se sorprendió gratamente con la decoración. No era tan gris como el exterior. Había moqueta roja por doquier y paredes enmaderadas que daban una sensación de calidez muy agradable. Los muebles estaban tapizados por satén blanco a conjunto con los techos, que eran del mismo color con molduras muy bonitas. ¡Qué extraño! No hubiera esperado ese aire acogedor por nada del mundo. Se sintió especial por llegar hasta allí, de alguna forma era como estar conociendo a Hugo un poquito más.

—Hijo, ¿se puede saber qué haces aquí? —la sacó de su ensoñación la voz metálica de Arthur, su suegro. La asustó, no quería temerlo, pero era inevitable. Era menos humano que Hugo.

—¿No es mi casa?

—Creo que te lo dejé bien claro, Hugo.

—No hay ninguna ley que prohíba casarme con una mujer de posición inferior —replicó, inamovible—. Querida, espera en el salón de dibujo —se dirigió a ella, para su alivio. No quería que hablaran de su persona sin poder decir nada y tampoco quería presenciar una discusión tan desagradable—. Roy te acompañará.

Obedeció con un leve asentimiento de cabeza y salió de la estancia, siguiendo al ya conocido lacayo. ¿Una sala de dibujo? Lanhydrock House no dejaba de sorprenderla. ¿Los Silvery dedicaban su tiempo a dibujar? No se imaginaba a lord Arthur admirando las bellezas del paisaje durante horas. Le gustó ese pequeño espacio con un caballete colocado frente a la ventana y algunos muebles un poco modernos en comparación con el resto de la decoración. ¿Era un toque femenino? ¿Sería posible que hubiera alguna mujer que diera vida al tenebroso castillo de los plateados? Por lo poco que sabía, no creía que la madre de su esposo estuviera viva. No la había mencionado nunca.

Tomó asiento en uno de los sillones y aceptó de buen grado la taza de té que el servicio le ofreció. La miraban extraños, seguramente se habrían enterado del escándalo y sabían que era una mujer igual que ellos con un golpe de suerte. Ella trató de ignorar sus miradas curiosas y se limitó a ser formal.

Saboreó el delicioso té inglés que tanto había extrañado en Francia mientras veía correr las agujas del reloj. ¿De qué estarían hablando durante tanto tiempo? Claro, de ella. Era humillante el trato recibido, pero no podía esperar mucho más. Sabía de qué pie calzaba Arthur y, en todo caso, sus asuntos tenían que resolverlos con su hijo. Se sentía mal por Hugo y deseaba de todo corazón no causarle muchos problemas ni dolor. Pese a todo, no le deseaba la infelicidad familiar. ¿Pero quién lo obligó a desposarla? Era demasiado complicado como para emitir un juicio porque los seres humanos no eran planos, sino que tenían profundidad. Era fácil tachar a alguien o a algo de "bueno" o "malo", pero no era real. La bondad y la maldad iban mucho más allá, con muchos matices y trasfondos.

—Señora, la acompañaré a sus aposentos —habló una mujer de avanzada edad. No le pasó por alto que había evitado llamarla "lady Silvery" pese a su tono amable.

—¿A mis aposentos? —se extrañó.

—Sí, lord Silvery me ha ordenado que la acompañe.

¿Eso quería decir que Arthur había accedido a que se quedaran? Se incorporó dejando la taza de té vacía sobre la mesita y siguió al ama de llaves que llevaba el pelo cubierto por una cofia negra muy horrenda. Era bajita, escuálida y grisácea.



Capítulo 25

La parte buena

Se puede ser un buen hombre y hacer malos versos.

Molière.

Siguió a la escuálida ama de llaves a través de una infinidad de pasillos y escaleras. Lanhydrock House era gigantesca, gris por fuera, pero llena de color por dentro. Una mansión muy bonita, aunque más que una mansión parecía un castillo medieval.

Alice sospechaba que algo no iba bien. Básicamente porque conocía perfectamente la distribución de las casas nobles y la sirvienta no la estaba llevando por la parte de los señores, sino por la parte de la servidumbre. A medida que avanzaba por los humildes pasillos, el nudo en la garganta se le hacía más grande. ¿En qué estaría pensando cuando consideró la posibilidad de que Arthur la había aceptado? El ama de llaves la hizo subir hasta la tercera planta en la que dormían las doncellas y los lacayos. Estaba claro que alguien pretendía humillarla. Lo que más rabia le daba era ver la sonrisa burlona de la empleada, que la miraba con desdén.

—Esta es su habitación —se detuvo la *lagartija*, tal y como la apodaría de ahora en adelante, frente a una minúscula, sencilla y vacía recámara sin más muebles que una cama y un colchón. Ni si quiera el vestido de día que llevaba en esos momentos, cabría ahí dentro. Ella no era una persona aprensiva, si le hubiera tocado dormir allí lo hubiera hecho sin miramientos. Pero no le tocaba ese lugar, era la esposa de Hugo Silvery, no una sirvienta. Y estaba muy claro que alguien quería mandarle un mensaje, el mensaje de que ella seguía siendo una empleada, una don nadie.

—¿Cómo se llama? —preguntó ella, con una sonrisa sostenida. Una sonrisa de aquellas que dan más miedo que simpatía.

—¿Disculpe? —se sorprendió la anciana.

—Sí, su nombre. ¿Cómo se llama usted?

—Señora Elisenda —replicó, estirando su mentón desgastado por el pasar del tiempo.

—Bien, señora Elisenda. Recuerde este día cuando desfile por el patio principal con su equipaje.

—¿Qué insinúa? —se envaró, removiendo su cofia negra de bruja.

—No estoy insinuando, estoy declarando —dijo con mucha serenidad.

—¡Pero si usted no es nada más que una trepadora! Una mujerzuela que ha engañado a nuestro querido Hugo con artimañas. ¿Acaso no es este el lugar que le corresponde a una sirvienta? —Señaló de nuevo la habitación—. Todos sabemos de qué pie calza, Alice. Y no la queremos aquí. No la aceptamos. Hugo se merecía una muchacha joven, una señorita de noble cuna y no una cualquiera. Ha causado mucho dolor a lord Arthur.

—¿Ha sido él quién le ha dado esta orden?

—Por supuesto, él sabe que a las mujeres como usted hay que tratarlas desde el primer día como lo que son y no como lo que creen ser.

—¿Qué pena que nosotras mismas solemos ser nuestras peores enemigas.

—No es algo personal. Es cuestión de principios y valores. ¿No es usted una

trabajadora? ¿Una bastarda?

—¿No soy una mujer? ¿No soy humana? ¿No soy la esposa de Hugo, pese a quien le pese? Se ha equivocado conmigo, señora Elisenda. Vaya preparando su equipaje, porque va a salir de aquí antes de lo que se imagina —declaró con voz firme, haciendo brillar sus ojos turquesa con un ligero destello azul. Se recordó a Audrey, pero nunca estuvo más orgullosa de sí misma. Dio media vuelta, dispuesta a irse de allí.

Bajó las escaleras del servicio, rozando su esplendoroso vestido con las paredes a causa de lo estrechos que eran los pasillos. ¡Maldito lord Arthur! Era peor que su esposo. ¿Sabía Hugo todo aquello? Ya no se fiaba de nadie. Pero no iba a dejarse pisar de ese modo. Corrió, llena de impotencia, deshaciendo el camino en dirección al exterior. Las lágrimas estaban a punto de salirle de forma traicionera y no quería que nadie la viera llorando. No quería darles ese gusto que para ellos sería un triunfo.

¡Qué estúpida! Pero si ya sabía cómo era lord Arthur. ¿Por qué se alteraba tanto? Quizás ninguna mujer estaba preparada para semejante insulto. Solo les faltó llevarla a las cuadras de los caballos. Entendía que la sociedad estaba dividida por estatus, que ella no era uno de ellos. Siempre supo que sería difícil, pero nunca imaginó que sería tan injusto, doliente y denigrante. Presumían de educación, pero eran peor que animales. No tenían compasión, eran crueles.

Pasó como un vendaval por al lado de Hugo y de Arthur, sin mirarlos. No quería verlos, solo pasaba por esa estancia porque era el único camino que conocía hacia el vestíbulo.

—¡Alice! —se asustó Hugo al verla, levantándose de la silla rápidamente. Estaba confundido, ¿qué le habría pasado a su esposa para que actuara tan impulsivamente? Si algo sabía de ella, era que no era una mujer dada a los impulsos. Sino bastante calculadora. Miró a su padre y vio ese brillo tan conocido en sus ojos grises, los mismos que él había heredado —. ¿Qué has hecho?

—Yo solo le he asignado una habitación —Levantó las manos, mostrando sus palmas en señal de desconocimiento. Desconocimiento falso, por supuesto. Porque él sabía perfectamente lo que había sucedido y Hugo también, no le hacían falta más años para conocer a su padre.

—Si ella se marcha, yo iré detrás de ella y no volverás a verme. Soy tu único heredero. Ya lo hemos hablado, no hay ninguna ley que prohíba casarme con una mujer de posición inferior.

—¡Es una bastarda!

—¡Es mi esposa! Y tendrás que aceptarla si no quieres que el primo Francis herede tu querido Condado.

Lord Arthur hizo una mueca de repulsión al recordar al delgado y pálido Francis. Era su sobrino, pero no tenía nada que ver con su hijo: un hombre vigoroso, inteligente y con una imagen envidiable.

—¡Te voy a desheredar! Prefiero que el inútil de Francis se quede con todo antes de que una advenediza se haga llamar Condesa de Cornwall —determinó, terco—. Tienes que divorciarte de esa trepadora —Se pasó la mano por su barba blanca—. Hijo mío, siempre has sido muy obediente. Menos con las mujeres. Te negabas a contraer nupcias, tanto así que tuve que poner una cláusula en la herencia y amenazarte para que dieras el paso. ¡Y ahora que lo has dado, lo haces con la peor mujer que pudiera existir! ¡Hasta la hija de un médico hubiera sido mejor elección! Tú eres un hombre culto, que ha estudiado en las mejores universidades de este país y ha ingresado en el ejército como teniente. Eres el orgullo de los

Silvery. En cambio, estoy convencido de que esa mujer no sabe ni leer ni escribir. ¿Qué harás tú con una compañera así? Es evidente que ella no es para ti. ¿Qué educación dará a tus hijos? ¿A mis nietos? No sabe tocar el piano ni tiene ninguna cualidad de las que se espera en una dama. Te dejará en ridículo en cada evento y te convertirás en el payaso de la nobleza. Ni si quiera tiene padres. No tiene nada.

—Me tiene a mí —ultimó Hugo, saliendo de la estancia para ir al encuentro de Alice.

Corrió detrás de ella, que ya había llegado al patio principal.

—¡Espera, Alice! —La detuvo por el brazo.

—No tengo nada que esperar —se giró hacia él, con los ojos ahogados en agua. Había aguantado las ganas de llorar desde el tercer piso y la garganta ya no podía soportar más presión—. No me quieren aquí y no tengo por qué soportar estas humillaciones —trató de hablar sin que la voz se le resquebrajara—. Tú sabes que no tengo por qué. Tengo mi propia fortuna y muchos sitios a los que ir —Se zafó de su agarre—. Buscaré un coche de alquiler, no te preocupes por mí.

—Lo sé, lo sé —trató de calmarla, desesperado por no perderla. no quería vivir sin ella, pasara lo que pasara—. Por favor, hablemoslo tranquilamente —La cogió por las manos.

—¿Qué tenemos que hablar? ¿Tú lo sabías? ¿Has accedido a ello para heredar el Condado?

—¡No! No sabía nada. Te lo prometo.

—No sé, Hugo... Ya no sé qué creer —confesó, verdaderamente apenada. Había ido allí con la mejor predisposición, a sabiendas de que no era bienvenida. Hubiera aceptado algún insulto verbal, alguna discusión más alta de tono de lo habitual, pero no esos juegos y viles manipulaciones.

—Tienes que creerme.

—Te creo... Pero ¿entonces por qué me has traído aquí? —inquirió, con un par de lágrimas recorriéndole las mejillas—. Sabías tan bien como yo que tu padre no me aceptaba ni me iba a aceptar. ¿Qué esperabas?

—Necesito estar aquí.

—¿A expensas de mi persona? ¿Dormiré en el cuarto de los sirvientes? ¡Tú y tu asqueroso afán por el dinero y el poder!

—¡No! Dormirás conmigo. Y esto va más allá del dinero y del título... No lo entiendes, Alice.

—Oh, Hugo...Me parece que el que no lo entiendes eres tú. Yo no puedo quedarme en esta casa. No soy ninguna advenediza como todos piensan... Y la mejor forma de demostrarlo es marchándome —Dio media vuelta.

—Está bien —accedió, cabizbajo—. Iré contigo.

—¡No! ¡No os vayáis por favor! ¡Hugo! ¡No te vayas por favor! —suplicó una voz dulce a sus espaldas.

Alice volteó a ver el origen de esa voz y quedó estática al ver una hermosa joven de pelo negro, ojos grises, delgada, muy pálida y... que iba en silla de ruedas. Estaba suplicando exasperada que no se fueran, pero sobre todo tenía los ojos clavados en Hugo. Desconcertada, miró a su esposo. Y lo vio más humano que nunca, sus ojos grises se habían vuelto casi azules, más suaves...

—¿Quién es? —preguntó, apaciguando su enfado por la ofensa vivida.

—Mi hermana pequeña —contestó, con un deje de cariño en la voz. ¡Qué extraño!

—¿Tu hermana? No me habías dicho que tenías una hermana...

—Hay muchas cosas de mí que desconoces, Alice.

—¡Hugo! ¡Ni si quiera me has saludado! —recriminó la joven, desde la entrada—. Llevo meses sin verte ¡No te vayas otra vez!

—Iba a saludarte, Faith. Pero ya sabes cómo es papá —se disculpó, acercándose a ella y abrazándola.

¡Hugo abrazando sin que nadie se lo pidiera! Alice estaba atónita. Ver a su enorme, duro y frío esposo abrazando a una niña diminuta con tanto amor, la hizo recapacitar. Era la primera vez, en tres meses, que veía la coraza de lord Silvery desaparecer por completo.

—Te he echado mucho de menos.

—Lo sé, he intentado volver lo antes posible.

—¿No me presentas a tu esposa?

Hugo la miró y no le hizo falta hablar, ella misma se acercó a Faith y se arrodilló a su lado para ponerse a su altura.

—Ella es Alice —presentó Hugo—. Alice, esta es mi hermana Faith.

—Encantada de conocerte, Faith —dijo, sonriente.

—Igualmente —La abrazó, para su sorpresa—. Eres más guapa de lo que me imaginaba.

—Gracias... —agradeció ese gesto amable después de tanto hiel.

La señorita tenía unos quince años, pero parecía más pequeña debido a su apariencia y a su cuerpo poco desarrollado. Tenía una voz dulce, un rostro bondadoso y una cabellera larguísima y muy bien cuidada.

—No os vayáis, por favor —repitió, cogiendo su mano y la de Hugo—. Por favor, Alice. Quédate. Esta casa no es la misma sin mi hermano Hugo. Cada minuto es una agonía sin él —parecía verdaderamente angustiada, como si necesitara a su hermano más que al aire. ¿Pero por qué? Claro, el amor fraternal, pero le daba la sensación de que había algo más en todo aquello.

—Yo... —dudó, mirando a Hugo—. No lo sé —negó, recordando el mal rato vivido con la *lagartija*—. No soy bienvenida aquí.

—Yo tampoco he sido nunca bienvenida y aquí sigo —repuso Faith, con una sonrisa llena de lástima—. ¡Les haremos frente juntas! No tengo hermanas y siempre he imaginado como sería tener una... Creo que contigo podría cumplir ese sueño.

Hablaba como una adulta pese a su corta edad y Alice estaba cada vez más confundida con todo aquello. ¿Qué había querido decir con que ella nunca había sido bienvenida? Miró a Hugo y después a su hermana. ¡Oh! Sería cruel si los separara. ¿Por qué le tocaban a ella esos sacrificios? Los obstáculos del matrimonio que debían superar eran muchos.

—Quédate, yo misma ordenaré que os preparen la habitación. La habitación de mi hermano se ha quedado pequeña para vosotros, hay una muy espaciosa con vistas al jardín trasero.

—¿Hay más jardín detrás?

—Sí. Y de ese me encargo yo. Está lleno de flores, te gustará. Vamos —tiró de sus manos con un gesto afectivo—. Quédate, ahora eres de la familia. Pese a quien le pese —rio, bromeando.

—Mmm... está bien —accedió. Era imposible decirle que no a esa mujercita llena de madurez e ingenuidad.

—Gracias —La abrazó Hugo, sorprendiéndola de nuevo.

No le correspondió el abrazo, pero tampoco se apartó. Quizás había llegado el momento de conocer a su esposo de verdad. Y si era así, estaba dispuesta a hacerle frente a

la *lagartija* y al resto de alimañas que pudieran vivir en ese castillo. Por su marido, lo haría. Siempre y cuando viera en él lo que estaba viendo en esos instantes: humanidad y bondad.



Capítulo 26

Nunca llueve a gusto de todos

A una colectividad se le engaña siempre mejor que a un hombre.
Pío Baroja.

Era un día frío y muy ventoso a pesar de estar casi en abril. Unas nubes grises tapaban el horizonte y descargaban una fina llovizna sobre Lanhydrock House. Era el segundo día de Alice en el hogar de su esposo. Faith había cumplido su palabra y le había asignado una habitación en la parte de los señores, junto a Hugo.

El día anterior lo pasó acomodando su nueva recámara y cenó en ella, todavía no estaba preparada para enfrentarse a la *lagartija* y a su suegro. Por lo que había podido saber, a Arthur no le había hecho gracia que ella se quedara, pero había accedido bajo los ruegos de su hija y las amenazas de su heredero. Detestaba esa desagradable situación y sentirse un estorbo. Sin embargo, la pequeña Faith había sido un motivo de peso para ese sacrificio. El amor que sentía por Hugo era admirable y sería muy cruel si los separara. Además, había visto algo en mister plateado que estaba dispuesta a descubrir. Eran marido y mujer y debía esforzarse para que esa unión saliera adelante. Hugo era bastante torpe con sus palabras, pero en hechos se había comportado correctamente. La había ido a buscar cuando estuvo dispuesta a irse y le había plantado cara a su padre.

Acercó la cabeza al gran ventanal y miró el jardín floreado de Faith. Detestaba estar tan nerviosa, lo detestaba con todas sus fuerzas. Pero de ella dependía ser una víctima o demostrar que era la digna esposa de Hugo Silvery. Y no solo eso, sino una mujer de los pies a la cabeza capaz de resolver cualquier conflicto por sí misma.

Eran las diez de la mañana. Hugo, que había dormido en el diván otra vez (todavía no lo había perdonado por su actitud en el barco), había salido a primera hora para resolver algunos asuntos pendientes y comunes a su cargo. Ella se había quedado sola ante el peligro. No había rastro alguno del servicio.

Teóricamente, tendría que haber ido una doncella para ayudarla con el vestuario mientras otra sirvienta le preguntaba dónde y qué quería desayunar. No había intención alguna de tratarla según su nuevo rango.

Ella sabía perfectamente cómo vestirse. Aunque no tuviera vestidos. Seguía con las mismas tres mudas que había comprado en Marsella y, obviamente, no le había dado tiempo de pedirle a Hermione que le mandara su equipaje. No tenía ningún vestido de mañana, de aquellos que se usaban para ir por casa. El único vestido de día que tenía, el azul con el escote de infarto era demasiado atrevido para una primera impresión. Si ya la consideraban una trepadora, con ese atuendo pondrían el grito en el cielo nada más verla.

Unos toques en la puerta la obligaron a apartar la vista de la ventana.

—¿Quién es?

—Soy yo, Faith. ¿Puedo pasar?

—Sí, por supuesto —Abrió la puerta y vio a la joven entrar con una caja sobre sus rodillas—. Buenos días, Alice —saludó con una sonrisa. ¡Era tan dulce!

—Buenos días. ¡El mal tiempo ha venido conmigo! —Señaló la ventana.

—¡Oh! Eso es imposible, aquí siempre hay días así —Le quitó importancia—. Te he traído un regalo. En cuanto supe que mi hermano se había casado, le pedí a mi modista que lo hiciera. No sé si te irá bien, pero siempre podría mandar a ajustarlo o a ensancharlo. De hecho, ella dejó unas marcas para ese fin.

—No tendrías que haberte molestado, Faith. Pero debo reconocer que, si es lo que yo imagino, acabas de salvarme la vida —Cerró la puerta y pasaron al interior de la recámara—. ¡No tengo nada para ponerme! He de pedir a una amiga que me envíe mis pertenencias, están en Francia.

—Entonces... Soy tu salvación —Extendió la caja que ella cogió con mucha ilusión.

—¡Justo lo que necesitaba! Un vestido de día discreto.

—¿Te irá bien?

—Me lo probaré —Se fue detrás del biombo y empezó a desnudarse para probarse el regalo de su cuñada. ¡Qué detallista!

—¿No han venido las doncellas, ¿verdad? —escuchó que le preguntaba, al mismo tiempo que las ruedas de la silla se movían en dirección al ventanal.

—Supongo que no soy de su agrado... Siento mucho toda esta situación.

—No eres tú la que debes disculparte, Alice. Ellas deberían cumplir con su obligación... Conmigo hacen igual.

—¡¿Contigo?! —se extrañó muchísimo, apretándose el corsé.

—Sí, cuando no está Hugo hacen lo que quieren.

—¿Y tu padre? ¡Todavía es fuerte para llevar las riendas!

—Mi padre me tiene tanto aprecio como el servicio... Ninguno.

—¡Ay, Dios! ¿Por qué lo dices?

Le dio un vuelco el corazón.

Esa niña estaba sufriendo.

¡Pobrecilla! Tendrían que estar mimándola y atendiéndola... ¿Por qué tanta crueldad?

—Los prejuicios. No somos culpables de ellos, pero sí víctimas.

—Espero que no sea por...

—Por mi invalidez y mucho más —replicó, con mucho dolor en su voz—. Lo único que quiero que sepas es que estoy muy feliz de que hayas accedido a quedarte. En esta casa hace falta un cambio y estoy segura de que tú harás que sea posible. Ahora mi hermano tiene más motivos para luchar...

—No sé qué decir... Solo que me duele mucho que todavía existan personas así. Estoy acostumbrada a ambientes mucho más progresistas. No tengo ninguna necesidad de tener ayuda para vestirme, pero me molesta que no lo hagan. Porque sé que lo hacen para herir mis sentimientos. Yo misma odio los protocolos y la servidumbre, pero no estamos hablando de este caso. Hablamos de que hay personas que eluden sus responsabilidades con fines mal intencionados —explicó, colocándose la falda de color marrón claro.

—Exactamente.

—Y en cuanto a tu hermano...

—No es lo que aparenta —la cortó—. Ha cuidado de mí desde el primer día, ha sido el único que lo ha hecho. Él era un joven lleno de vida, Alice. Si lo hubieras visto... Soñaba con dar la vuelta al mundo, aprendía bailes extranjeros...

—¿En serio? —rio—. No me imagino a Hugo bailando otra cosa que no sea el minué.

—¡Le encanta la danza gaélica!

—¡No! No te creo... —negó, entre risas, recordando esa noche en tercera clase y su actitud inflexible.

—¡Oh, Alice! —rio Faith—. ¡Eres muy espontánea y sincera! Me gusta tu forma de ser, pero debes creerme. Hugo es mucho más que un hombre frío, autoritario y carca. Puede llegar a ser muy tierno y, sobre todo, es muy leal y protector con las personas que ama.

—Adoras a tu hermano, Faith —repuso, saliendo del biombo—. ¿Y bien? ¿Qué te parece? —Abrió los brazos, mostrando el atuendo.

—¡Te queda muy bien! Pero un poco estrecho del pecho... Tendré que pedir que te lo ensanchen.

—¡Oh! Yo misma puedo hacerlo —resolvió—. ¿Hay hilo y aguja?

—Alice, si las sirvientas te ven cosiendo ya sabes lo que harán. Ponte un cuello un poco amplio para ocultar la estrechez de la camisa y ya lo coseremos más adelante. Tengo muchos cuellos que pueden servirte...

No quería darle un disgusto a su cuñada empezando a coser el primer día y mucho menos después de su regalo y de su atento recibimiento. Así que aceptó la esclavina beige que le ofreció y se la colocó por encima de la camisa. ¡Parecía toda una dama conservadora! De color marrón y tapada hasta los pies. No hacía falta ser un genio para comprender que la pobre Faith había sido manipulada por esa mentalidad del siglo pasado. Iba vestida como una niña pese a tener quince años y su ropa, aparte de ser antigua era muy sobria, no había color. Era evidente que hacía falta un cambio. ¿Pero debía ser ella quién lo impulsara? ¡Si debía ser el punto fuerte de esa casa, lo sería! A guerrera nadie la ganaba.

—¿Sabes qué haremos? —preguntó, una vez vestida y animada.

—¿Qué? —hizo un mohín la señorita, asustada por tanta energía repentina.

—Iremos al jardín.

—¡Pero si está lloviendo!

—¡Es agua de primavera! Con una sombrilla tendremos suficiente, quiero ver esas flores de cerca y coger algunas para decorar esta habitación.

—No sé si mi padre...

—¡Olvídate de tu padre!

Cogió la silla por los tiradores y la condujo a toda prisa hasta al borde de las escaleras mientras Faith reía como una niña de cinco años por la impresión de la velocidad. Se dio cuenta de que no había ningún lacayo cerca para bajar a su cuñada.

—¿No están atentos a bajarte y subirme cuando lo necesitas?

—La verdad... es que suelo pasar el día aquí arriba —Se frotó las manos, apenada—. Solo si la señora Elisenda está de buen humor... Me bajan al salón de dibujo. O si está Hugo él ordena que lo hagan cuando se lo pido.

—¡Al diablo con la señora Elisenda! —espetó al puro estilo callejero—. ¡Yo lo haré!

La cogió en volandas como si fuera una pluma y descendió la escalinata con ella en brazos.

—¡Alice! Si te ven cargándome te insultarán...

—¿Acaso me importa?

Tenía fuerza para cargar a tres cuñadas. Alice era robusta y muy vital, por lo que no tardó ni medio minuto en dejar a Faith sentada en un sillón del piso de abajo para luego bajar la silla de ruedas. La sentó de nuevo en su medio de transporte y la miró, la joven sonreía de oreja a oreja.

—¡Ahora sí! ¡Hacia el jardín! ¿A dónde hay que ir?

—Hacia allí —indicó su cuñada.

La empujó a toda velocidad, con brío. Lo que falta allí. Llegaron al exterior, al pequeño jardín que Faith cuidaba con mucho mimo los días que le permitían salir.

—¡Alice, la sombrilla! Nos la hemos dejado. ¡Nos mojaremos!

—¡Otra vez me la he olvidado! ¡Dichoso complemento de los ricos! Ahora ya estamos fuera, un poco de agua no mata a nadie. Es agua cálida —Pasó el umbral, dejando que la llovizna cayera sobre sus rostros.

Faith volvió a reír y no se quejó por el agua sobre su cara, al contrario, abrió los brazos y las palmas de las manos para retener las gotitas.

—¿Qué flores puedo cortar?

—¿Y las tijeras?

—¡Con las manos!

—¡Oh, Dios! Ahora entiendo por qué mi hermano se ha casado contigo.

—¿Por mi distinción? —bromeó, arrancando una flor amarilla.

—¡Eres muy divertida! Un trozo de vida dentro del cuerpo de una mujer. Resucitarías a un muerto.

—Eso es trabajo de Dios, querida cuñada —Arrancó otra flor, esta vez una roja —. También puedo ser malísima si me lo propongo.

—No te creo. Puedes ser dura, pero no mala...

En el vestíbulo, Hugo Silvery acababa de llegar con su tía y se encontraron la casa revuelta: la señora Elisenda corriendo hacia el jardín trasero, el servicio preparando paños y su padre irritado mirando por la ventana.

—¿Qué ocurre? —inquirió.

—¿Qué ocurre? Que la detestable e insignificante mujer que has traído ya ha empezado a causar problemas.

Tardó unos instantes en asimilar las palabras de su padre. Pero cuando lo hizo, se acercó a la ventana y vio a Alice jugando con su hermana bajo la lluvia. Las dos cargaban con ramos de flores y se movían de un lado para otro con movimientos divertidos. Faith estaba riendo a pleno pulmón, jamás la había visto tan feliz. Pero pronto la diversión terminó.

—¿Se puede saber qué está haciendo? —demandó la *lagartija*, cogiendo la silla de Faith para apartarla de Alice.

—¡Señora Elisenda! Solo nos estábamos divirtiendo —se excusó la joven, ensombreciendo su rostro con su presencia.

—¿Solo te estabas divirtiendo? ¿Acaso no sabes que tu salud no permite esta clase de diversiones? ¿Qué quieres? ¿Qué otra desgracia caiga en esta casa por tu culpa?

—¡Eh! —interrumpió Alice, que se había quedado callada hasta el momento—. No tiene ningún derecho a hablarle así. Modere su lengua.

—La que debería moderarse es usted —La observó de arriba abajo con un solo vistazo con el que le dejó bien claro que acababa de despreciarla por su insignificancia.

—Déjalo, Alice. Otro día saldremos al jardín... Nunca llueve a gusto de todos —medió Faith, aceptando que la *lagartija* la empujara hacia dentro.

¡Le tenía miedo! Esa señorita tenía miedo de la sirvienta.

Entró en la mansión, empapada de arriba a abajo. La diversión estaba prohibida. Había visto a sus hermanas, las Cavendish, salir a jugar bajo la lluvia muchas veces cuando su padre lo permitía. Pero allí cualquier cosa era una afrenta. Le recordaban a su difunta madre, que también fue muy intransigente. Tenía que pasar por el vestíbulo para volver a su

habitación, pero cuando lo hizo, vio que el mismísimo Conde de Cornwall estaba esperándola junto a su esposo y una mujer a la que desconocía.

—Lo siento mucho si he causado algún conflicto—se disculpó con voz demasiado alta y un poco jadeante porque había vuelto del jardín casi a la carrera—. Faith necesitaba salir y yo también. Esta lluvia es muy fina y no es para nada fría. Solo quería que la joven se lo pasara bien.

—Permíteme presentarte a mi tía Delia, la marquesa de Anglesey—dijo Hugo, ignorando el discurso con un extraño brillo en sus ojos plateados.

Hizo la mejor reverencia que pudo con el vestido mojado. La marquesa inclinó la cabeza y la miró de forma extraña. No era tan estúpida como para no entender que tampoco era de su agrado, por mucho que Hugo le hubiera dicho que le iba a caer bien.

—Tendré mucho trabajo, ya lo veo—fue todo lo que dijo ella, mirándola significativamente.

No le gustó cómo había sonado aquello, pero decidió ignorarlo. Miró de reojo hacia su suegro, pero ya no estaba. ¡Vaya! Tan amables como siempre.

Hugo debió dar una orden silenciosa porque una empleada se acercó a ellos de la nada.

—Querida esposa, Tracy te acompañará a la habitación y te ayudará a cambiarte de ropa—la informó—. Y dentro de una hora alguien te acompañará al salón de comidas.

El gesto de lord Silvery era muy serio e inescrutable. ¡Otra vez con su faceta de lord mal nacido!

La idea de ser la impulsora del cambio era ridícula como poco. Siguió a la silenciosa Tracy y sintió un repentino dolor en el vientre. Había imaginado que Hugo sería siempre tal y como lo había visto con su hermana, pero era imposible.

Claro, que ella quizás también se había pasado de la raya. Se había imaginado en su primer día como una dama educada y compuesta, con una sonrisa comedida, controlando la situación. Y había terminado dejándose llevar por su animosidad y su proceder vivaz. Aunque incluso una mosca podía parecer demasiado ruidosa en ese ambiente.

Iba hecha un desastre, el pelo le caía en mechones desordenados sobre la cara, llevaba el cuello torcido y la falda iba goteando a su paso.

Era suficiente para convencer al Conde de Cornwall de que era la peor nuera del mundo.

—¡Alice!—oyó a sus espaldas, poco antes de entrar en la recámara. Era Faith en camisola, la miró de reojo—. Gracias—le dijo en un susurro.

—¡Jovencita! ¿Qué haces en el pasillo?—Era la voz de la *lagartija*.

Inspiró hondo y de forma brusca. No se iba a rendir.

“Sabía que tenía muchos enemigos en Lanhydrock House. Que mi propio esposo, podía llegar a ser uno de ellos si se lo proponía. Pero había visto luz donde antes solo había tinieblas. Había conocido a una mujercita fantástica que merecía a alguien que la empujara a salir del cascarón. Y, sobre todo, había conocido una parte de Hugo que estaba dispuesta a explotar al máximo. No sería fácil, pero tenía dos opciones: hacerme la víctima o luchar. Así que iba a hacerlo a mi manera, con valentía e inteligencia. No les había gustado mi proceder, pero menos les gustaría mi discreción.”



Capítulo 27

La cruda realidad

Hay una grieta en todo; solo así entra la luz.

Leonard Cohen.

Debía asistir a la primera comida familiar. Así se lo había especificado Hugo en el vestíbulo. Tracy, la callada doncella, estaba esperando a que le indicara qué vestido iba a ponerse. Volvía a tener tres opciones, porque el vestido marrón estaba secándose.

El traje verde de manga corta quedaba completamente descartado por ser, evidentemente, para la noche o un baile. El traje beige con rayas azules era con el que había llegado a esa casa y ya se lo habían visto todos. A parte de eso, era demasiado vivaz, para la calle. Solo le quedaba el azul con el escote. Pero podía solucionarse con uno de esos cuellos que Faith le había ofrecido por la mañana. ¡Solucionado! Se pondría el traje de Marsella e iría a pedirle a su cuñada una esclavina de encaje blanco.

En cuanto su ayudante la ayudó a vestirse, maquillarse y peinarse, salió a toda prisa en dirección a la habitación de Faith. Solo le quedaban veinte minutos para la comida y su esposo era un amante de la puntualidad, así que suponía que su padre debía ser igual. Iba a tocar la puerta, pero unas voces la detuvieron. No era una mujer dada a escuchar tras las puertas si no era necesario.

"¿Cómo vas a ponerte este vestido tan escandaloso? ¡No debiste ni comprarlo!" Era la voz de la lagartija.

"Pero a mí me gustaría verme diferente por un día... Hoy que tenemos invitados especiales..." Argumentaba Faith con voz tenue.

"Tú no te mereces tanto. Ya sabes lo que eres en esta casa, debes estar agradecida de que tu padre te conceda el honor de compartir la mesa con tu hermano y tu tía. No lo avergüences con atuendos inapropiados".

"Pero señora Elisenda, ¿por qué debo estar agradecida? ¿No soy su hija?"

"No me hagas repetirte la desgracia que provocaste. Vamos, te pondré el vestido gris".

—Pero ¿cómo se atreve? —interrumpió Alice, empujando la puerta que por poco no se cae al suelo. ¡Era una vergüenza el modo en que esa mujer estaba hablando a la niña! ¡La estaba mal tratando! Y no pensaba tolerarlo. Si los demás no se daban cuenta ella, por fortuna, sí tenía la capacidad de discernir el mal del bien.

La *lagartija* dio un respingo al verla. Sabía que imponía cuando ponía su cara de enfadada, era una mujer fuerte no solo en carácter sino en aspecto físico y llevaba un vestido que realzaba su figura voluptuosa.

—¿Otra vez usted? ¿No le han enseñado que debe tocar a la puerta y pedir permiso para entrar?

—¿Y a usted no le han enseñado cómo debe hablar a su señorita? —la miró, clavando sus perfilados ojos turquesa sobre ella sin compasión—. ¡Se pondrá el vestido que quiera! —Se acercó al ama de llaves y le arrancó el traje gris de las manos para

tirarlo a un rincón—. ¿Cuál querías ponerte, Faith? —suavizó el tono de voz, reparando en que la joven estaba a punto de llorar—. No llores, pequeña. Te pondrás lo que quieras ya verás. ¿Era este? —Alzó uno muy hermoso de color rosa pálido con un corte más sofisticado, ideal para una muchacha como lo era ella. No esa basura gris que era más propia de un niño en luto.

Faith asintió.

—Vamos, yo te ayudaré a ponértelo —Se acercó a ella para levantarla de la silla.

—¡No! ¡Usted no tiene esta protestad! —gritó la anciana, removiendo su cofia negra de bruja—. No toque a la niña con sus manos de callejera.

—Estoy segura de que prefiere mis manos de callejera que sus manos de rata venenosa —repuso con mucha calma.

—¡Descarada! ¡Es una igualada! Ni si quiera debería estar aquí. Si no fuera porque se vendió muy a bien al señorito Hugo, seguiría haciendo las calles como la vulgar ramera que es. No tiene derecho ni a mirarme a la cara. Ahora quiere convertir a Faith en una vulgar mujerzuela como lo es usted.

—¡Salga de esta habitación! —imperó, señalando la salida—. ¡Salga!

—Usted a mí no me da órdenes.

—Claro que se las doy —La cogió del brazo y la arrastró al pasillo donde la empujó unos metros lejos de la puerta que se apresuró a cerrar con llave—. Una alimaña menos de la que preocuparse por ahora.

Faith pasó del lloriqueo a una carcajada sonora. Estaba asombrada con el proceder de Alice. Había esperado un temperamento fogoso, pero aquello había rebasado los límites de su imaginación.

—¿Te ayudo a vestirme?

—Sí, por favor. Muchas gracias, Alice. No tendré vida suficiente para agradecerte todo lo que estás haciendo por mí en tan solo un día, ni si quiera me conoces.

—Te conozco lo suficiente como para saber que volvería a empujar a esa bruja mil veces más con tal de que te pusieras la ropa que deseas.

—¡Abre la puerta! ¡No tienes ningún derecho! ¡Yo soy la que se ocupa de Faith! ¡Tú no eres nadie! —demandó la *lagartija*, tocando la puerta con frenesí.

—Es la primera vez que la veo así —susurró Faith—. Nunca la había visto tan nerviosa.

—Eso es porque no está acostumbrada a que le planten cara. Se ha hecho la dueña y señora de esta casa, ¿me equivoco?

—No...

—¿A qué viene tanto escándalo?! —repicó una voz metálica con fuerza, haciendo callar a la señora Elisenda de inmediato.

—Es esa... mujer, lord Silvery. Quiere convertir a Faith en una mujerzuela. Ya ha visto lo que ha hecho esta mañana, ahora pretende que se vista como una cualquiera. No me extraña, por supuesto. Me ha echado de la habitación a trompicones, no sé qué será lo próximo.

—No me lo puedo creer —refunfuñó Alice, abriendo la puerta para encontrarse con su esposo al lado de Elisenda.

Había olvidado que llevaba el vestido con el que se había entregado a Hugo y, al parecer, a él no le pasó por alto el detalle porque la miró de arriba a abajo como si quisiera devorarla allí mismo. ¡Su escote! Tenía los pechos más hinchados desde hacía

un par de días y le sobresalían del vestido, los ojos grises de su marido estaban clavados sobre ellos. ¡Qué bochorno! Inconscientemente, se llevó las manos sobre su desnudez, obligándolo a que la mirara a los ojos. Estaba descompuesto, hacía muchos días que lo obligaba a dormir en el diván y suponía que recordar esa noche en el hotel no lo ayudaba a encontrar la serenidad necesaria para llevar el celibato.

—¿Puedes explicarme qué ha pasado? —dijo al fin, ante una incómoda señora Elisenda que había presenciado el marital escrutinio en primera persona.

—Yo he venido hasta aquí en busca de un cuello.

—Entiendo —comprendió él, desviando de nuevo la vista sobre su busto.

—Pero cuando he llegado a la puerta, he escuchado a esta señora —Apuntó a la *lagartija*—. Diciéndole cosas horribles a Faith.

—¡Miente! —interrumpió Elisenda.

—Continúa —ordenó, dándole un vistazo a su hermana pequeña que se había quedado callada con aspecto apenado.

—Bien, entonces he entrado y le he pedido explicaciones. Pero en lugar de disculparse ha seguido con su actitud, por lo que he tenido que echarla.

—¿Qué le estaba diciendo a Faith?

—Le decía que ella no podía escoger su vestido para esta comida. Puede parecer una nimiedad, pero el modo en lo que se lo decía era tan... despreciativo —sinceró, estremeciéndose por tanta maldad—. No quiero ser yo la que te lo cuente, Hugo. Creo que debería ser tu hermana. Sé que solo llevo un día en esta casa, pero si no me equivoco... Esta mujer la está mal tratando.

—¿Cómo se atreve? ¡Es una vulgar embustera! Llevo cincuenta años sirviendo a los Silvery. ¡Y nunca nadie se ha quejado de mí!

—¡Eres mala! —gritó Faith, sacando fuerzas de donde no las tenía y sorprendiendo a su hermano mayor, que nunca la había visto gritar enfadada o dolida—. Te pasas el día prohibiéndome cosas. Y ya no soy una niña. Siempre me estás culpando por lo mismo...

Alice lo vio. Vio el rostro de Hugo ensombrecerse como si uno de los nubarrones del cielo se le hubieran puesto encima. Un destello plateado salió de sus ojos, fulminando a la señora Elisenda, a la que cogió por el brazo con fuerza.

—¿Te has atrevido a culparla? —La zarandéó.

—¡Desde siempre, Hugo! He callado durante años por miedo, pero ahora que tu esposa está aquí, no pienso hacerlo. He estado esperando a que trajeras una mujer como ella para poder atreverme... Ella es la única que puede cambiar esta casa. Ella ha hecho mucho más por mí en un solo día que muchos de esta familia —rompió en llanto.

—¡Faith! —La abrazó Alice, sintiendo en el alma el sufrimiento que había vivido esa chiquilla.

—¿Cómo te has atrevido a tratar así a mi hermana? —La tiró al suelo frente algunos sirvientes que se habían acercado, atraídos por los gritos—. ¡Recoge tus cosas y vete de esta casa! —imperó.

—¡Son unas embusteras, lord Silvery! Se han aliado para obrar libremente. Pero no las crea —suplicó la *lagartija*.

—Si sigue insultando a mi esposa y a mi hermana haré que le den unos buenos azotes y no me importará que sea una anciana.

—¡Hijo! ¿Qué es todo esto?

Apreció en escena lord Arthur con el ceño fruncido, seguido de la estirada tía

Delia.

—Esta mujer ha estado mal tratando a Faith durante años y no la quiero aquí.

—La señora Elisenda lleva cincuenta años sirviendo en esta casa —contestó el Conde.

—No me importa, ha llegado la hora de que se vaya. No la quiero ver —contrapuso, cuadrando su espalda como si estuviera en el ejército y endureciendo el rostro.

—Hijo mío —trató de mediar el señor que, francamente, se desvivía por su heredero—. A veces tu hermana se pone un poco insistente y supongo que la influencia de... —Dedicó una mirada rápida a su nuera con bastante desprecio, recordándole a Alice que su vestido no era apropiado y que tía Delia ya la estaba mirando con desaprobación—, esta mujer, las cosas se han encendido. Deja que se enfríe la situación. No dejes que te manipulen.

—A mí nadie me manipula. Conozco a mi hermana y conozco a mi esposa. Sé que ambas serían incapaces de inventar algo así.

—A ver, Faith. ¿Qué es lo que te ha hecho la señora Elisenda?

Alice se dio cuenta que Arthur evitaba mirar a su hija y que le hablaba con mucha frialdad en comparación a como lo hacía con Hugo. ¡Ella misma sintió esa punzada de dolor!

—Nada, señor —repuso la niña después de un largo silencio.

¿Nada? ¡Oh, no! ¡Tanto que habían avanzado!

—¿Lo ves? Son impulsos de mujeres. No vamos a echar al ama de llaves por el berrinche de una niña y el testimonio de... bien. Ya sabes.

—Dudo mucho de que haya sido un berrinche, porque mi hermana... tu hija, ya no es ninguna niña. Y mi esposa ha oído como tu ama de llaves culpaba a Faith de...

—¡Oh! ¿Así que es eso? —ironizó Arthur, deshumanizándose por completo—. Entonces si ha sido eso, con menos motivos voy a echar a Elisenda. Porque se ha limitado a decir la verdad.

—¿Otra vez, papá?

Faith rompió a llorar de nuevo, pero esa vez parecía que iba a morir en el acto. A Alice le dio un vuelco el corazón al verla de ese modo, trató de calmarla abrazándola, pero era imposible. ¿Qué le estaban haciendo a esa criatura? ¡Por el amor de Dios!

—Sé que amas a tu hermana, Hugo. Cuídala, pero no des órdenes que todavía no te competen. —sentenció el Conde, marchándose de allí sin ni si quiera mirar a su desconsolada hija.

—¡No quiero a esta mujer cerca de Faith! —gritó Hugo, señalando a la bruja.

—Está bien —accedió el padre, ya a unos metros lejos de ellos, de espaldas.

—A partir de ahora mi esposa será la responsable de mi hermana —anunció al servicio presente—. Todo lo que competa a Faith, deberéis preguntárselo a ella. ¿Queda claro? Y si alguien ve a la señora Elisenda cerca de ella, debe avisarme de inmediato.

Los sirvientes asintieron con la cabeza, conformes. Y se marcharon corriendo, al igual que el ama de llaves.

—No llores —suplicó—. Tú no tuviste la culpa de nada, son unos ignorantes.

—Papá me odia.

—En el fondo te quiere...

—¡Es mentira!

Tanto Alice como Hugo estuvieron con ella hasta que se quedó dormida, la

estuvieron mimando, consolando y abrazándola. Hugo la levantó de la silla y la tumbó en el lecho, donde la arropó con sumo mimo. Le hizo una seña a su esposa y salieron de la recámara. Alice todavía estaba bloqueada por lo ocurrido, no daba crédito. Había vivido situaciones espantosas, pero aquella era una de las que le costaría olvidar.

El propio padre negando a su hija. Ni si quiera su padre, siendo una bastarda, la trató tan mal. Incluso le dio su apellido y dejó que se criara cerca de él y de su medio hermano. No era muy cariñoso, pero nunca la despreció. Es más, siempre animó a la señora Jenkins para que la cuidara como si fuera su propia hija. Buscándole una figura materna. El padre de sus hermanas, Anthon Cavendish, también fue un gran hombre muy afectuoso. Por eso, le costaba asimilar que Arthur no mostrara ni una pizca de compasión para la que era carne de su carne.

—Ven —La cogió por la mano Hugo, tirando de ella.

—¿Y la comida?

—¡Al diablo con la comida! Ven conmigo...

La arrastró hacia el exterior, bajo la lluvia. Y tiró de ella por un camino angosto. ¿A dónde quería llevarla? ¿Qué le estaba pasando a míster plateado para actuar tan impulsivamente y faltar a una cita?

"No sabía qué era lo que le ocurría a Hugo, pero parecía otro. Me arrastraba con determinación por el barro a través de un camino que él parecía conocer muy bien. La lluvia caía sobre nosotros, limpiando las lágrimas de Faith de nuestros cuerpos y nuestros ropajes. Yo todavía oía el llanto de la pequeña en la lejanía, aunque sabía que estaba dormida. Fue una experiencia desalmada, violenta... Impotencia, rabia, dolor... Era todo lo que me embargaba y lo que parecía embargar a mi esposo en ese momento de locura."



Capítulo 28

Estima y ocasión, son buenas para el corazón

Dicen que el hombre no es hombre mientras no oye su nombre de labios de una mujer.
Antonio Machado.

Caminaron en silencio bajo la lluvia, llenándose los bajos de barro y empapando sus ropajes. Hugo no le había soltado la mano en ningún momento. ¿A dónde la llevaba? Miró de reojo ese perfil serio y aristocrático. Estaba angustiado, molesto y... apenado.

Enfilaron un sendero agreste, dejando atrás el camino angosto por el que habían iniciado la caminata. Y pronto se percató de a dónde la estaba llevando, lo supo en cuanto vio a varios mausoleos erigirse en el horizonte grisáceo. Era el cementerio de los Silvery. Entraron en él a través de una puerta de estilo egipcio con columnas papiriformes. Alice vio como las tumbas se amontonaban unas al lado de las otras con diferentes estatuas, decoraciones y vegetación silvestre. Incluso había tumbas diminutas, algunas para bebés y otras para mascotas.

La columna vertebral le vibró al contemplar la muerte tan de cerca.

Todos deberíamos dar una vuelta por el cementerio para darnos cuenta de que no seremos eternos, pensó ella.

A la postre llegaron a un claro en cuyo centro se alzaba un mausoleo coronado por la estatua de una mujer ataviada con un vestido romano. A los pies de dicha figura, estaba la tumba, protegida por muros de hormigón y un caparazón de hierro forjado.

—Te presento a mi madre —habló Hugo por primera vez desde que habían salido de la mansión.

Alice no supo qué responder, así que decidió permanecer en silencio mientras cruzaba las manos por delante y bajaba ligeramente la cabeza en señal de respeto. Siempre había imaginado que la madre de su esposo había fallecido, pero no sabía nada al respecto.

—Mamá, te presento a mi esposa... Alice —habló hacia la tumba, apoyando una mano en ella y mirando hacia abajo —Estoy seguro de que te hubiera gustado.

—¿Cómo se llamaba? —se atrevió a preguntar, después de una larga pausa respetuosa.

—Morgana.

—¿Es ella? —Señaló a la bella estatua.

—Sí, representa a mi madre. Ven —Volvió a tirar de su mano, saliendo del cementerio.

La hizo cruzar un prado y enfilar una pequeña colina, lejos del cementerio y de la mansión. El silencio entre dos personas descubrió, no tenía por qué ser algo incómodo. Ellos habían permanecido callados por mucho tiempo, sintiéndose en armonía. Alice andaba con la imagen de la tumba de Morgana en la cabeza y con la imagen de Faith llorando desconsoladamente. ¿Tendrían alguna relación ambas circunstancias?

Finalmente, y con mucha agua encima de ellos, llegaron a un antiguo edificio de piedra. Se escondía entre los ramajes del bosque, era alto, de planta cuadrangular y ventanas pequeñas. Para acceder a ella, había que subir unos escalones.

—¿Es una casa de leñador?

—No, la leyenda dice que fue la casa que resguardó a Tristán e Isolda cuando escaparon

al bosque del rey Marcos. Pero hace unos treinta años mi madre mandó a reformarla.

Lo vio subir los escalones, meter una llave en la cerradura y abrir la puerta, tras lo cual se apartó para dejarla pasar.

No sabía muy bien lo que la esperaba al entrar, pero se encontró con una decoración muy parecida a la de Lanhydrock House. El suelo cubierto por moqueta roja, muebles sencillos, pero de colores claros y muchos mapas colgados de las paredes. También había una chimenea con su correspondiente pila de leña en el leñero y unos cuantos atizadores. Comprendió rápidamente que el candor del castillo, entonces, se debía a Morgana y a la decoración que un día ella estableció.

Era un sitio pequeño, con una mesa en medio, una silla, dos sillones y una cama cubierta por pieles.

—Este es mi refugio —dijo él, cerrando la puerta y pasando al interior.

—¿Por qué? —le preguntó, curiosa.

—Aquí puedo recordar quién soy aparte de mis obligaciones.

—¿Y qué es lo que recuerda? —quiso saber, viendo la luz en medio de tanta oscuridad.

La grieta de Hugo cada vez era mayor y estaba a punto de abrirse a ella. Hecho completamente necesario para que ese matrimonio se fortaleciera y siguiera adelante. Ella siempre se había mostrado tal y como era, con sus embustes y defectos. Pero él... él se había negado a mostrar su verdadero rostro. Ese rostro del que un día dudó si era real.

—Recuerdo que era un joven lleno de esperanzas y sueños. Solía sentarme aquí y trazar líneas de viaje, establecer puntos de visita... Quería recorrer el mundo, aprender diferentes culturas y vivir aventuras —explicó, acercándose a la chimenea para encenderla—. Iba a ser un trotamundos. El capitán de mi propio barco, al estilo corsario. Era inquieto, rebelde y un desafío para mis padres que intentaban darme una buena educación.

Alice lo miró boquiabierta. ¿Hugo rebelde? ¿Inquieto? Estaba fascinada. Pero también helada, por lo que se acercó al fuego que empezaba a prenderse, quedándose al lado de él.

—Al ser el único hijo, pronto me di cuenta de que sobre mí caían muchas responsabilidades. Mi padre se encargó de ello. Cuando cumplí los once, los juegos quedaron prohibidos. Mi obligación era seguirlo como si fuera una sombra con el fin de aprender. Él me hablaba de política, de cómo administrar una propiedad, y de cómo ser un hombre. Me regañaba continuamente y el padre afectuoso que una vez conocí, se convirtió más bien en un aleccionador. Por suerte, mi madre nunca cambió. Siempre fue una mujer afable, que nunca me negó un abrazo o una palabra de consuelo. Ella solía ser mi punto de apoyo y, en muchas ocasiones, mi más ferviente defensora —Se quitó el frac chorreante y lo dejó a un lado, sentándose frente a la hoguera que ya calentaba, ella también tomó asiento—. Al poco tiempo, me mandaron a un colegio privado y solo regresaba aquí para las vacaciones. Esos días tampoco eran un alivio, mi padre continuaba aleccionándome y corrigiendo cada defecto que viera en mí. Pero con mi madre me escapaba aquí y nos divertíamos hablando de cualquier tema. Era una gran mujer, hermosa... De pelo negro y ojos oscuros.

Alice miró de reojo a su esposo y le pareció ver una pequeña lágrima que corría por sus mejillas.

—La amabas mucho —señaló.

—Muchísimo. Pero ella siempre se culpaba por el peso que había sobre mis espaldas. Por supuesto, nunca me lo dijo directamente, pero escuché conversaciones... y a medida que pasaban los años, era más consciente de lo que ocurría. Los médicos le prohibieron que

tuviera más hijos después de mí. Según pude saber, mi parto fue muy complicado y la avisaron de que un segundo alumbramiento podía terminar en fatales condiciones.

Alice tragó saliva. Empezaba a sospechar lo peor.

—Mi padre nunca la obligó a tener más hijos; al contrario, se lo prohibió rotundamente. Pero ella insistía en que quería darme un hermano con el que compartir responsabilidades, aunque el heredero directo siguiera siendo yo. Cuando yo tenía veintidós años y estaba a punto de ingresar en el ejército, mi madre nos dio la noticia de que muy pronto seríamos uno más. Retrasé mi ingreso para estar presente el día del alumbramiento. Fue el peor día de mi vida —Se encogió.

—Hugo...

—Recuerdo los gritos de mi madre repicando contra las paredes del castillo y las doncellas corriendo de un lado para otro con barreños llenos de sangre. Se complicó mucho, duró horas. Horas de sufrimiento en las que mi padre y yo no nos movimos de delante de su habitación. Mi padre no paraba de repetir que eso era lo que les pasaban a las mujeres desobedientes. ¡Que por eso había que casarse con mujeres sumisas! Y no mujeres que quisieran hacer lo que les apetecía.

—En el fondo estaba dolido porque sabía que podía perderla...

—Sí, no puedo negarlo. Él amó mucho a mi madre, la tenía en un pedestal. Pero siempre estaban discutiendo porque ella quería hacer cosas que él no le permitía. Una de ellas, tener un segundo hijo. Ya sabes cómo es él... Ya lo has podido ver. Y su carácter empeoró el mismo momento en que el doctor salió para decirnos que podíamos pasar para despedirnos. Lo recuerdo como si fuera una pesadilla... El médico llevaba la bata completamente manchada de sangre, su rostro era el vivo retrato de la impotencia y su voz nos pidió que entráramos porque ya no podía hacer nada más por mi madre.

—Oh, Hugo... —musitó Alice, llorando. Le colocó una mano sobre el hombro—. Debí ser terrible.

Pero él no la miró, estaba contemplando el fuego y, sin duda, el lejano pasado.

—Entré unos pasos por detrás de mi padre. Habían tapado a mi madre hasta el cuello... Supongo que para que no viéramos más de lo que debíamos ver. Ella estaba pálida, yo pensé que ya estaba muerta. Pero no, sus pequeños ojos negros se abrieron levemente. Mi padre se arrodilló a su lado y le tocó la frente.... *¿Por qué has hecho esto? ¿Por qué lo has hecho?...* Le recriminó... *No tenías ningún motivo, nunca te lo pedí. Nunca fui con otra mujer con este objetivo... No te enfades conmigo...* Oí a mi madre susurrar... *No, no me enfado Morgana. Ve, marcha tranquila, has sido una buena esposa y una buena madre... Te quiero...* Depositó un beso sobre su mano y me dejó pasar, yo estaba en un mundo irreal. No era capaz de asimilar que era mi madre la que estaba a punto de dejar este mundo. Había vivido veintidós años con ella y para mí lo era todo... *Hijo...* Me dijo y yo corrí a su lado, y me arrodillé al igual que lo había hecho mi padre... *Mamá... Ojalá hubiera podido hacer más por ti...* Se disculpó, siempre tan entregada y generosa... *¿Pero qué dices, mamá? Has hecho todo y más... Te quiero, hijo. Cuida de tu padre...* Y esas fueron sus últimas palabras. Su mano dejó de coger la mía y se apagó. El médico confirmó lo que todos ya sabíamos y nos mostró a mi hermana, que apenas lloraba por lo débil que estaba. Mi padre ni la miró, no miró a su hija. Lo último que hizo fue besar la frente de mi madre y salir de la habitación. El doctor me miró, incómodo, todavía con el bebé en los brazos. Las piernas del bebé tenían una forma extraña, era muy delgado y parecía enfermo. Pero extendí mis manos y lo recogí. *¿Está muerta?*, pregunté con un hilo de voz al profesional, sosteniendo ese trocito de

carne inmóvil. *No, pero está muy débil. Deben buscarle una nodriza de inmediato o morirá. Y... cómo puede ver las complicaciones del parto le han causado una discapacidad que no le permitirá andar. Lo siento mucho, he hecho todo lo que he podido. Que está niña esté viva, ya es un milagro. Creo que al menos... De este modo, hemos podido salvar el sacrificio de tu madre.*

—Fue muy bondadoso por tu parte coger a tu hermana.

—Me encargué de buscarle una nodriza, de contratar una niñera y de estar a su lado. Mi padre se negaba a hablar de ella, ni si quiera la visitaba. Así que terminé por ponerle yo mismo el nombre... Faith.

—Fe... Es muy bonito.

—Llegó un punto en el que no podía seguir retrasando mi ingreso en el ejército, por lo que tuve que dejarla bajo el cuidado del servicio. Trataba de que mis misiones fueran lo más cortas posibles para volver al lado de mi hermana siempre que fuera posible. Y siempre me la encontraba sola, rodeada por alguna sirvienta. Si hubiera sido por mi padre, estoy seguro de que me la hubiera encontrado muerta... La señora Elisenda se ocupó de Faith desde que era una niña y ahora me lamento por ello. Si hubiera sabido como era en realidad...

—No podías saberlo —Apretó su hombro, captando su atención.

La miró, volviendo al presente después de un duro viaje al pasado. Tenía los ojos húmedos y la plata parecía haberse derretido para dar paso a dos zafiros

—Has sido como un padre para Faith —siguió Alice—. No debes culparte por nada...

—Me culpo. Me culpo de muchas cosas.

—No, Hugo. Fue decisión de tu madre tener otro hijo... Y sí, falleció... Pero lo hizo haciendo algo que deseaba con todo su corazón. Faith es hermosa, una niña dulce y llena de valores. Estoy convencida de que Morgana estaría muy orgullosa de ti, por haberte hecho cargo.

—Tuve que hacerme fuerte para imponerme sobre mi padre. Convertirme en el heredero perfecto y ser un hijo modélico. Era el único modo que tenía de ganar una posición y de seguir protegiendo a Faith. También estaba la petición de mi madre... Que cuidara de mi padre. Por eso no me he ido, por eso tengo que estar aquí, Alice —explicó, mirándola fijamente a los ojos.

—Ahora lo entiendo.

—Para ti soy un hombre frío, reservado y duro... Y sí, lo soy. He visto muertes en el campo de batalla, he tenido que sacrificar mi vida por los demás cientos de veces... Pero esa solo es una faceta, tengo mucho más que dar.

—Lo sé, Hugo. Ahora, lo sé —Lo besó cálidamente en los labios, muy lentamente. Fue un beso corto pero muy sentido—. Y ahora entiendo por qué no querías casarte y por qué buscas excusas para que otra mujer engendre a tus hijos...

—No quiero que te pase lo mismo que a mi madre, no lo soportaría —confesó—. Estás temblando.

—Es por la emoción.

—¡Y por el frío! —La tocó—. Estás helada. Tienes la ropa empapada y yo también —Se miró a sí mismo—. Será mejor que nos desvistamos.

—Ayúdame a sacarme el vestido —pidió Alice, que notaba la tela satinada pegada a su cuerpo y empezaba a congelarse.

—Voy a hacerte mía, otra vez. Te deseo, quiero tenerte en mis brazos en este refugio, que te conviertas en parte de mi mundo secreto. ¿Me levantas el castigo?

—Sí.

Lo vio acercarse a ella con el fuego reflejándose en sus pupilas. Apartó su pelo mojado de los botones de la camisa y empezó a desabrocharla. Le fue quitando ese traje que ya conocía desde su estadía en Marsella y la dejó desnuda. Completamente desnuda, sin corsé, sin enaguas y sin camisola.

—Hugo —nombró ella, con infinito amor.

"Había sido un largo camino hasta llegar al alma de Hugo. Pero lo había conseguido. Sentía que, por fin. Podía amarlo. Podía entregarme a ese amor que venía arrastrando desde hacía días y que no había podido liberar. Estima y ocasión son buenas para el corazón."

Capítulo 29

El amor

Amar es encontrar en la felicidad de otro tu propia felicidad.
Gottfried Leibniz.

Hugo la cogió en volandas y la dejó sobre la cama, tras lo cual se posicionó sobre ella. No la besó de inmediato, le acarició el pelo mojado, la frente y luego le pasó los pulgares por las cejas. Quería memorizarla, guardarla en su mente para siempre. Ahora ella era parte de su vida, se había abierto sin restricciones y le había contado sus secretos mejor guardados. Jamás le había hablado a alguien de sus sentimientos, pero ella había logrado que lo hiciera. Y se sentía liberado, amado. Podía verlo en sus ojos turquesa, lo amaba. Y él... la amaba a ella.

—Será mejor que me quite esto —recordó su ropa empapada—. No quiero darte frío.

—Ya no podrías darme frío de ninguna manera, Hugo Silvery —susurró ella, completamente desnuda frente a él. Era bella, fuerte y llena de vida. Por eso se había enamorado, porque le transmitía energía—. Yo lo haré.

Con ligera timidez e inexperiencia, su esposa le desabrochó la camisa y luego le quitó los pantalones. Se sintió halagado y excitado con su iniciativa. Se volvió a poner encima de ella, cubriéndose con las pieles que había en la cama, y la besó. Lo hizo lentamente, saboreando cada pliegue de sus labios y deleitándose con la suavidad de su lengua. Tenía una boca preciosa. Enterró los dedos en su pelo, sin importarle que estuviera empapado. La situación era ardiente, por ella, por las pieles y por el fuego de la chimenea. Pero también era refrescante, por las partes mojadas por la lluvia y por el cuerpo de Alice que todavía estaba placenteramente fresco.

Quería hacerle el amor. Ya se lo había hecho en Marsella, pero esa vez era diferente. Esa vez eran el uno para el otro, sin enfados ni discusiones.

—Alice... —susurró, apartándose un momento de sus labios para mirarla.

La vio abrir los ojos lentamente y sintió que podría morir en ellos.

—Hugo... —respondió ella, haciéndolo sentir más hombre que nunca.

—Eres tan bella... —gruñó.

Y la besó en el cuello, la regó de besos por debajo de las orejas, por las mejillas e incluso sobre la punta de la nariz. No quería dejar ni un sólo centímetro de su cuerpo sin besar. Quería sellarla, poseerla por completo. Ella, en respuesta, se estremecía a cada roce... como una flor bajo el viento. Ese era otro de los motivos por los que se había enamorado de Alice: su fragilidad encubierta. Bajo esa capa de loba alfa, se escondía una tierna lobita acabada de nacer.

Con las manos, le acarició los hombros, la clavícula y, finalmente los pechos. Eran bien formados, sedosos y grandes. Descendió al ombligo, su vientre era plano pero ancho y fuerte como sus muslos. Era una mujer trabajadora y se notaba. Le gustaba así. Que fuera recia porque él era un hombre de complexión grande y fuerte que necesitaba una montura acorde a su físico. Si hubiera sido demasiado delicada, le hubiera dado miedo hacerle daño.

Se propuso a estimularla y lo hizo con toda la habilidad y paciencia que fue capaz de

reunir hasta que el deseo sexual fue demasiado intenso como para seguir retrasando lo inevitable. Le separó las piernas, le alzó las caderas y se hundió en su cuerpo con infinito tiento.

La amó poco a poco y durante un largo tiempo, bajo las mantas, con besos, susurros y caricias hasta que la oyó gemir, hasta que la vio alcanzar el clímax. Entonces, se dejó ir y se quedó exhausto sobre ella.

—Te amo —la escuchó decir por primera vez.

Se colocó de costado, apoyándose sobre una mano y la observó. Ella lo miraba con los ojos bien abiertos, expectante.

—Yo también te amo, Alice —dijo al fin.

Se acurrucó en su regazo y se quedó dormida.

Él se quedó en la misma posición, observándola. Y se dio cuenta de que en realidad no sabía nada de ella. No le había contado nada sobre sus padres ni sobre su niñez... Y quería saberlo.

—¿Has estado mirándome todo este tiempo? —sonrió ella después de unos quince minutos, despertándose del éxtasis.

—Estaba preguntándome como fue tu niñez. No sé nada de ti, en realidad...

La vio sonreír y posicionarse boca arriba, mirando al techo. Su mano desgastada por el trabajo se movió por encima del pelo rubio en un intento de peinarse.

—Nunca pensé que llegaría este día —dijo.

—¿Qué día?

—El día en que el gran Hugo Silvery me preguntara quién soy realmente.

—Sé algo...

—No sabes nada, míster plateado —replicó ella, girándose de nuevo hacia él—. Mi madre era la hija de una viuda con una posición aventajada. No sé cómo lo hizo mi abuela, Mary Basset, pero se las ingenió para que mi madre, Elizabeth, se prometiera con el gran Duque de Devonshire. Durante el compromiso, mi madre se hospedó en una propiedad que tenía en Bath, para facilitar los preparativos del enlace. Ella era muy joven, creo que no cumplía los dieciséis... Y tuvo un romance con el mayordomo de dicha casa —explicó, algo avergonzada, deteniéndose en ese punto para ver su reacción.

—Sigue, no debes tener vergüenza delante de mí.

—De acuerdo... El mayordomo, Héctor Smith, y mi madre tuvieron una corta relación de la que nací yo. No hace falta decir que mi madre tuvo que retirarse a una casa de campo con el pretexto de que debía prepararse para la boda. Me tuvo y luego me entregó a mi padre. Ella siguió con sus planes de boda e hizo uso de artimañas femeninas para fingir su... castidad.

—Comprendo.

—Me crie en la casa de Bath, lejos de mi madre, que ya se había convertido en la Duquesa de Devonshire. Mi padre se encargó de mí y me puso bajo el cuidado del ama de llaves, con la que también tuvo una relación y de la que nació mi medio hermano Robert. El ama de llaves, la señora Jenkins, me crio como si fuera su propia hija, pero nunca me ocultó quien era mi verdadera madre. Por supuesto, que era un secreto y no debíamos decir nada por el bien de nuestras propias vidas...

—¿Por qué el Duque os hubiera mandado a matar?

—No, mi propia madre. A diferencia de la tuya, mi madre fue una mujer muy calculadora, fría y maliciosa. Siempre consiguió lo que se propuso, pero no me trató bien. Tampoco a sus

otras hijas...

—Las Cavendish.

—Exactamente. Cuando cumplí cierta edad la conocí por primera vez. Tenía unos quince años... Quería llevarme a casa del Duque para que trabajara allí como doncella. Al principio, en mi inocencia, me puse feliz porque iba a estar cerca de mi verdadera madre. Pero rápidamente comprendí que ella solo quería usarme. Estaba preparando el terreno para tenerme como aliada en caso de que las cosas no salieran como ella esperaba. Serví a mis propias hermanas, a la sombra de ellas. Con los años, me convertí en la doncella personal de mi hermana pequeña, Audrey. Fue duro, porque veía que ellas tenían todo y yo no tenía nada... Era humillante. ¿Por qué ellas sí? ¿Y yo no? Pero nunca las odié; al contrario, las amé en silencio.

—Debió ser muy duro.

—Bastante... Lo peor vino cuando mi madre decidió que quería hacerse con el ducado ella sola. Quería sacar del medio al Duque y a Audrey, que eran los dos pilares fundamentales de Devonshire. Con el Duque lo consiguió, pero con mi hermana pequeña no. Me usó a mí para perjudicar a Audrey... Quería que destrozara su matrimonio, que la engañara... Al principio accedí, porque no me quedaba otra opción. Era eso o esperar una desgracia. Gracias a Dios, un día se lo confesé todo a mi hermana Karen. Una de las mellizas... Y con la que he tenido más contacto. Ella me dejó escapar, me regaló unas cuantas joyas y hui a América. Antes me hizo esto —Señaló la cicatriz que tenía en el muslo.

—¿Cómo te lo hizo? ¿Por qué?

—Porque pensó que era una enemiga y me clavó una flecha. Me ha pedido perdón cien veces por ello —rio con melancolía. ¡No se imaginó toda esa historia detrás de Alice!

—¿Y qué hiciste en América?

—Trabajar. Aprender de una mujer que tenía una tienda de moda y cuando tuve el capital suficiente, fui a París. Donde abrí mi propio negocio...

—¿El taller en el que entré yo?

—Sí. Mi sueño es ser una modista reconocida, de alta costura —Le brillaron los ojos al decir aquello.

—Era un taller muy pequeño —la pinchó.

—¿Pero lleno de cariño!

—Creo que era más pequeño que esta cabaña —siguió pinchándola.

—¡No te burles! Si ni si quiera debes acordarte... —refunfuñó.

—Me acuerdo perfectamente: "*Mode et couture Parisienne*" pendía de un cartel de madera, era de color pistacho. Yo pasaba por allí en dirección al taller de la prima Renoir, que estaba en la avenida. Había decidido ir andando porque quería pasar por el club que quedaba dos números más arriba de tu taller. Cuando la figura de una mujer rubia me llamó la atención. La vi a través de unos cristales muy limpios y, sin querer, escuché que estaba en banca rota. Escuché que no quería pedir ayuda a nadie y que iba a salir de esa situación cosiendo faldas de viuda. Miré los maniqués y pensé que era una lástima que un talento tan brillante se perdiera. Así que me decidí a entrar. No esperé que me recibieras con un palo —rio—. Pero supongo que eso ayudó a que me quedara prendado de ti.

—¿Qué? —Abrió los ojos como platos, anonadada—. ¿Qué quieres decir? —se incorporó, apartando la manta de su desnudez y mirándolo con un gesto inverosímil—. ¿No me estarás diciendo que...?

—Que quise ayudarte desde que te vi. ¿De veras crees que pude confundir tu taller con el

de los Renoir?

Alice lo miró de arriba a abajo, cayendo en la cuenta de que ahora que lo conocía, era completamente imposible que Hugo no se diera cuenta de que ella no era la prima de lady arpía y de que ese no era el taller de alta costura que buscaba. ¡Oh, Dios!

—Tuve que mandar al lacayo a buscar el vestido, yo estaba muy ocupado. Pero le ordené que no te pagara, yo quería hacerlo personalmente... Para volver a verte. Aunque tenía muy claro que debía casarme con Enriqueta, tu recuerdo me atormentaba. Lo que no imaginé fue que te presentaras en la fiesta... Supongo que ahí se me salió todo de las manos. Y para protegerte tuve que obligarte a que te arrodillaras.

—¿Para protegerme? —inquirió, indignada—. ¡Por ahí sí que no paso! No exageres...

—¿No recuerdas que querían llamar a la policía?

—Eh... sí.

—¿Qué crees que hubiera pasado si yo no hubiera tomado medidas drásticas?

—De todas formas...

—Fue imperdonable, luego me lamenté por ello. Pude haberte llevado a mi despacho o sacarte de ahí con los lacayos. Reconozco que no fue mi mejor elección. Y quiero pedirte perdón, puesto que nunca lo hice.

—¡No puedo creer todo esto, Hugo! —seguía impresionada—. ¿Lo sabías desde el principio? ¡Oh, Dios!

—Por mi parte, fue amor a primera vista... Aunque no quise reconocerlo. El resto de la historia ya sabes cómo fue.

—No sé qué decir... Solo que, quizás... Yo también me sentí algo extraña desde que te vi.

—No tienes que decir nada, Alice. Sólo bésame —La cogió por el mentón y tiró de ella sobre sus labios masculinos. Abrazándola, sintiéndola.

Hicieron el amor por segunda vez y se quedaron todo el día compartiendo secretos y conociéndose mejor. No necesitaban comer, ni ver a nadie más. Vivían en su propia burbuja, en la que eran muy felices.

—Deberíamos volver —concluyó Alice cuando estaba anocheciendo, mirando por la ventana.

—Ojalá pudiéramos quedarnos aquí para siempre.

—Sé que has sido fuerte durante muchos años, pero ahora me tienes a mí —Lo cogió por los hombros y lo miró con determinación—. Yo te ayudaré, ya lo verás. Voy a ponerlos a todos en su sitio.

—No tengo ninguna duda de ello —rio, orgulloso de la valentía de su esposa—. A partir de ahora tu hermana vivirá como nunca lo ha hecho y conseguiré que tu padre salga de esa coraza.

—Lo primero lo veo posible, pero lo segundo...Mi padre es un caso perdido.

—¡Lo haré! —Se levantó de un salto, en busca de su ropa—. Y a esa *lagartija* la veremos muy pronto haciendo el equipaje.

—Cuentas con todo mi apoyo —Se incorporó él también, para ponerse los pantalones.

—Ahora somos un equipo, Hugo Silvery. Y la loba está a punto de atacar —se permitió bromear, feliz por el cambio en su matrimonio.

—¡Que se preparen!

“Me sentía fortalecida. Las confesiones, el amor y la sinceridad me habían dado fuerzas para luchar contra todo y contra todos. Ahora que sabía lo sucedido, podría actuar en consecuencia y con más astucia. Iba a cambiar Lanhydrock House, iba a

ganarme el afecto del Conde e iba a convertir a mi cuñada en una mujer. A día de hoy, sigo recordando ese día en la cabaña de mi esposo con mucho cariño. Fue un día lleno de amor, el primer día en que nos entregamos uno al otro sin restricciones. Sentía que lo amaba más que a nada en este mundo y tenía la certeza de que él sentía lo mismo.”



Capítulo 30

Quien a hierro mata, a hierro muere

La herramienta básica para la manipulación de la realidad es la manipulación de las palabras. Si puedes controlar el significado de las palabras, puedes controlar a la gente que debe usar las palabras.

Philip. K. Dick.

Al día siguiente.

La noche anterior volvieron al castillo por la puerta de atrás. No querían que nadie los viera con sus ropajes llenos de barro y el aspecto desaliñado. Debían mantener cierta imagen si querían ganarse el respeto, sobre todo Alice.

Cenaron en la habitación y fueron a visitar a Faith, que también había cenado en su recámara. En Lanhydrock House no existía la costumbre de compartir desayunos, comidas ni cenas. Cada uno comía en su habitación o, simplemente, solo. El Conde vivía en el ala norte y no solía salir de ella.

Lo primero que hizo al despertar, al día siguiente, fue escribirle una carta a Hermione pidiéndole que le mandara sus pertenencias y otra a Amélie, preguntándole por su estado y haciéndole partícipe de la nueva situación. Sabía que su letra no era bonita, no había tenido la oportunidad de aprender caligrafía. Pero era suficiente para comunicarse.

—Roy, ¿puedes mandar estas cartas? —le preguntó al fiel lacayo, una vez vestida con la ayuda de la silenciosa Tracy (la doncella que Hugo le había asignado).

—Por supuesto, miladi —obedeció el joven, que era el único en esa propiedad que la obedecía sin un mohín o una excusa.

—Oh, así que estás aquí —escuchó una voz estridente a sus espaldas, autoritaria—. Te he ido a buscar a la habitación.

—Buenos días, acostumbro a madrugar. Y tu sobrino ha salido con el administrador— explicó, girándose hacia la tía Delia.

—Mejor, así podremos estar las dos solas y tranquilas —La miró de arriba a abajo—. Este vestido marrón te sienta bien, pero es un poco estrecho del busto.

—Me lo ha regalado Faith; y sí, debería mandarlo a arreglar —contestó brevemente, había algo en la Marquesa de Anglesey que no le daba buena espina. Sus ojos eran maliciosos.

—Bien, hoy empezaremos por las clases de etiqueta y luego te enseñaré pautas básicas para ser una buena anfitriona —relató a modo de cantinela muy bien aprendida. Se había estado preparando para ese momento.

—De acuerdo, empecemos —accedió con una sonrisa, sorprendiendo a su interlocutora. La tía Delia había memorizado tanto su frase y esa conversación, que había estado esperando un berrinche por su parte; con el que acusarla de "mal educada", "ingrata", "vulgar" y "no apta para ser Condesa". Pero Alice, que había recorrido el mundo, la había cazado al vuelo —. ¿Vamos? —insistió.

—Oh, sí. Vayamos al salón —reaccionó al fin, con una sonrisa tan falsa como ella.

Alice se situó en el centro de la sala con las manos cruzadas por delante, observando a la

oronda, alta y torpe mujer cómo intentaba enseñarle a andar. Era la hermana menor del Conde, pero no se parecía en nada a él... Al menos físicamente.

—Debes hacerlo de este modo, Alice —presumió, moviéndose como una ballena en medio de una piscina.

—¿Así? —inquirió, imitándola.

Lo hizo perfectamente porque había aprendido a andar como una dama desde que vivió con sus hermanas. Otra cosa muy diferente era que a veces se le olvidara y anduviera a su estilo, a pasos largos y un tanto toscos.

—Muy bien, sí —concordó la tía a regañadientes—. Ahora los rangos... A quién le debes hacer una reverencia y a quién no.

Inició un largo discurso sobre la jerarquía nobiliaria, los tipos de reverencias y los saludos protocolares.

—Quizás deberías anotarlo en una hoja y estudiarlo más tarde —propuso la maestra improvisada.

—No será necesario, creo que podré recordarlo. Pero tía Delia, ¿por qué no vuelve a explicarme la diferencia entre un barón y un baronet?

—Oh... Sí, por supuesto.

La obligó a repetir las cosas una y cien veces, la agobió a preguntas y le hizo efectuar las reverencias a modo de ejemplo como unas cincuenta veces. Esa mujer no sabía dónde se había metido. Si su intención había sido la de dejarla mal frente al Conde o la de apabullarla, no se iba a salir con la suya.

—Pero tía Delia, ¿no iba a enseñarme cómo debe comportarse una anfitriona? —preguntó con voz ponzoñosa, observando a su institutriz con dificultades respiratorias y a punto de desmayarse sobre el diván por el agotamiento.

—Será mejor que dejemos las clases para mañana. ¿Eh, querida? Creo que por hoy ya hemos tenido suficiente. Llevamos dos horas —Miró el reloj y abrió el abanico.

—No puede ser, tía Delia. He de aprender tanto como me sea posible para ser una buena Condesa. Tengo una idea, ¿por qué no me enseña el minué?

—¿El minué? —La miró con espanto—. Otro día, querida Alice. Doy por finalizada las clases —últimó, desviando la mirada.

—¿Seguro? ¿No quiere que hagamos un descanso y las retomemos dentro de cinco minutos?

—¿Cinco minutos? Oh, no. Yo necesito un día para recuperarme... Quiero decir, para prepararme las clases.

—Entonces, ¿mañana a la misma hora aquí mismo?

—Sí y recuerda las reglas de la puntualidad. Si llegas cinco minutos antes, has llegado puntual. Si llegas a la hora, has llegado tarde.

—Perfecto, mañana a las diez menos cinco minutos aquí —Se incorporó y depositó un sonoro beso sobre la mejilla de la señora que se quedó bloqueada por largos minutos por esa muestra de afecto. Pero para cuando se hubo recuperado, Alice ya había salido del salón.

La Marquesa de Anglesey era fácil de llevar. Tenía la maldad justa para ser inoportuna, venenosa y dañina. Quería cumplir su rol de hermana del Conde, eso era todo. Le preocupaba mucho más la señora Elisenda. Desde que Hugo había ordenado que se mantuviera lejos de Faith, no la había vuelto a ver. Pero seguía haciendo de las suyas, no le había mandado el desayuno esa mañana y, estaba convencida, de que había dado órdenes estrictas al servicio para que la ningunearan.

Liberada de la tía Delia, subió a ver a Faith. Y lo que vio, le rompió el alma. Ninguna doncella había ido a ayudarla. Estaba completamente sola, todavía en la cama, esperando a que alguien fuera a ayudarla.

—¿No ha venido el servicio? —inquirió, ayudándola a sentarse en la silla.

—No —negó.

Seguía triste por la terrible situación del día anterior.

—Esto se va a terminar —determinó Alice—. ¿Qué vestido quieres ponerte? —preguntó, abriendo el armario.

—No es necesario que te ocupes tú... Es el trabajo de las doncellas. Lo que quieren es insultarte. Como mi hermano ordenó que tú estuvieras a mi cargo, lo han llevado al extremo... tratándote como a una sirvienta —explicó Faith, que a su corta edad había aprendido las intrigas del castillo a la perfección.

—Vestir a mi cuñada no es ninguna ofensa para mí —resolvió—. Luego me encargaré del servicio. Dime, ¿qué vestido quieres? ¿El rosa?

—Sí.

—Y todo esto —Empezó a tirar vestidos grises, negros y marrones al suelo—. A la beneficencia.

—¡Me quedaré sin nada! —se asustó la joven—. Solo tengo dos vestidos bonitos... Este rosa y ese que has dejado colgado de color amatista.

—Saldremos de compras.

—¿Qué?! —se emocionó Faith, sonriendo de nuevo.

—Yo también necesito un par de vestidos nuevos mientras espero a que Hermione me mande la ropa.

—¡Nunca he ido de compras! ¡Ni si quiera he ido nunca al pueblo! Siempre iba la señora Elisenda o venía la modista aquí.

—¿Al pueblo? No, querida cuñada. Iremos a la ciudad.

—¡Oh, Dios mío! —Aplaudió emocionada—. ¡A la ciudad! No te rías de mí, pero no he visto ninguna ciudad en mi vida.

—Hoy mismo iremos.

La ayudó a ponerse el bonito y alegre vestido rosa, la peinó y le colocó los botines. Si lo que querían era insultarla por cuidar de una joven tan encantadora, lo único que conseguían era que su amor por Faith creciera y viceversa.

—¡Pareces otra! —alabó Alice, una vez finalizados los preparativos.

—Parezco mayor —convino ella, observándose en el espejo con una mueca de alegría.

—Eres bellísima. Aunque tienes los ojos grises como tu padre, tu fisonomía es diferente a la de él y a la de tu hermano... Tienes una belleza distinta, muy femenina.

—Sí... —se sonrojó—. Hugo siempre dice que soy muy parecida a mi madre. Por eso he decidido dejar crecer mi pelo así de largo —Lo mostró—. Porque me dijo que ella era famosa por su hermosa cabellera.

—Es precioso. ¿Nunca has visto un retrato de ella?

—No, mi padre ordenó retirarlos después de... Ya sabes. No sé dónde están, si los quemó o los guardó.

—¡Bien! ¡Vayámonos de compras! —animó con una sonrisa, apartando los asuntos dolorosos—. Hoy será un día diferente. Ya he avisado a tu hermano de que iríamos a Plymouth así que podremos disfrutar tranquilamente. Incluso desayunaremos y comeremos fuera...

—¿Te quiero Alice! —exclamó la niña, eufórica por la nueva aventura.

—Y yo a ti, Faith.

Empujó su silla hasta el borde de las escaleras; de nuevo, no había ningún lacayo cerca para ayudar. Aquella fue la gota que colmó el vaso, estaba harta de ser ninguneada y de que marginaran a la señorita de ese modo, como si no existiera.

—¿Puedes esperar un momento aquí? —pidió Alice, dejándola cerca de un pequeño saloncito en el que había unas vistas maravillosas al jardín.

—Por supuesto.

Bajó a trompicones las escaleras y fue en busca del mayordomo. Lo encontró en el vestíbulo. Lo asustó por su repentina aparición.

No estaban acostumbrados a las sorpresas.

Pero se iban a llevar una.

—¿Señora! —nombró, levantándose de la silla en la que estaba lustrando sus propias botas.

—Quiero que reúna a todo el servicio en veinte minutos —imperó, seria.

—¿Por qué?

—No tengo que darle explicaciones, sir Henderson. Obedezca.

Sir Henderson, que parecía un noble por su aspecto pese a ser un sirviente, dudó por unos instantes, pero la mirada intransigente de Alice lo obligó a cumplir su orden.

Vio desfilar poco a poco a las doncellas, las cocineras, los lacayos y, en general, a todo el servicio frente a sus narices. Por lo visto aquel éxodo llamó la atención de tía Delia, que no tardó en aparecer y situarse junto a ella.

—¿Ha pasado algo, Alice? —inquirió.

—Tía Delia. Usted es Marquesa. Y ahora la institutriz de la esposa de su sobrino —inició, con voz alta para que los empleados la escucharan a medida que iban llegando—. ¿En qué casa noble se ha visto que los sirvientes desatiendan a sus señores? ¿En qué casa noble ha visto usted que una señorita tenga que esperar durante horas en su cama hasta que alguien se digne a ir ayudarla?

—De esto se encarga la señora Elisenda —replicó.

—¿Quién es la señora Elisenda? ¿De quién es esposa o hija? ¿Me he perdido algún dato relevante?

—No... —negó la Marquesa, entre su obligación de ser una buena profesora y entre su inquina a la advenediza. Le había prometido a su hermano hacerle la vida imposible a la bastarda. Pero Alice la había atado bien atada. Si se hubiera negado a dar clases, ahora podría ir en su contra. Pero al mostrarse tan receptiva, no le quedaba otra opción que seguir cumpliendo su función si no quería desenmascarse demasiado rápido.

Esa muchacha era lista y sería un hueso duro de roer. Tan duro que, a esas alturas, no sabía si odiarla o admirarla, pensó tía Delia.

—¿Qué cargo ocupa usted, señora Elisenda? —preguntó al ama de llaves, que había llegado la última y estaba al frente de más de cien empleados. Se acercó a ella y la miró fijamente, con su mirada más fría.

—No respondo ante intrusos. Solo respondo ante mi señor, el Conde —repuso la anciana, escupiendo el veneno a través de su lengua bífida.

Alice tenía ganas de darle una bofetada, pero debía comportarse como una señora. Así que se mentalizó y guardó las apariencias.

—Nunca he estado tan agradecida de tener a la Marquesa de Anglesey presente y de que

ésta se haya convertido en una guía para mí. Tía Delia, ¿puede decir quién soy yo? Oficialmente, no lo que todos piensan.

—Bien... —Tragó saliva, removiendo su papada en el acto y apartando el abanico a un lado—. Oficialmente, es la esposa de Hugo.

—Gracias, Marquesa. ¿Quién es Hugo? —dirigió la pregunta a un lacayo que se ocupaba de los fuegos y la leña.

—Es nuestro señor. Nuestro lord y futuro Conde —respondió el muchacho.

—Entonces... Si yo soy la esposa del futuro Conde... ¿Yo soy? —Señaló a una doncella.

—La futura Condesa.

—Se lo vuelvo a preguntar, señora Elisenda. ¿Qué cargo ocupa usted?

La vio apretar las comisuras de los labios.

—¡Hasta donde yo sé es el ama de llaves! —anunció, muy segura de sí misma e irguiendo la espalda.

Se asustaron. El servicio no vio en Alice a una callejera ni a una vulgar mujer, sino a una dama con posibilidades de ser la futura Condesa y, por lo tanto, su futura señora. ¿Cuánto tiempo viviría el Conde? El próximo en ocupar el cargo era Hugo y todos sabían que el heredero estaba esperando la oportunidad para cambiar el castillo.

—¿Quién tiene más autoridad, Marquesa? ¿El ama de llaves o la esposa del heredero?

—La esposa del heredero, sí. Siempre y cuando sus órdenes no contradigan a las del Conde o afecte a aspectos primordiales de la administración de la propiedad —argumentó la tía Delia, intentando quitarle poder.

Alice no era una cualquiera y lo estaba demostrando. Se movía con aires de duquesa, pero tenía la fiereza de una guerrera. Asustaba a sus subordinados si se lo proponía. Pero también sabía mandar. Tenía cualidades para ostentar el título de Condesa, lo que nadie había esperado ni deseado.

—Señora Elisenda, quiero a dos lacayos al borde de las escaleras de forma permanente y que disponga una doncella para la señorita Faith. La hija del Conde no tiene por qué esperar a que usted se digne a ayudarla. Ella no depende de nadie, usted sí que depende de ella. Del mismo modo, no quiero que vuelva a olvidarse de mis comidas. ¿Queda claro? Responda.

—Llevo cincuenta años sirviendo en esta casa y mi señor no me ha dado la orden de servirla.

—¿Estoy contradiciendo a su señor en mis peticiones? ¿Estoy cambiando la administración? Obedezca.

—Martin, David, vosotros seréis los encargados de bajar y subir a la señorita. Os quedaréis cerca de las escaleras—interrumpió el mayordomo después de un violento silencio. Él también tenía la protestad para dar ese tipo de mandatos—. Y tú, Nené, serás la doncella personal de la señorita Faith.

Alice observó a Nené, era la doncella más pequeña. Ideal para su cuñada. Miró al mayordomo y atisbó un gesto de complicidad hacia ella.

—Gracias, sir Henderson. No olvidaré su lealtad —Lo miró significativamente—. Nené, encontrarás unos vestidos en el suelo de la recámara de Faith. Encárgate de hacerlos llegar a la beneficencia.

—Sí, miladi —se apresuró en contestar la niña, ganándose una mirada de reproche por parte del ama de llaves.

—Sube y empieza con tu labor.

—Sí, miladi —repitió, subiendo las escaleras para ir a ocuparse de Faith y de su

habitación.

—Volved a vuestros puestos. Usted no, señora Elisenda. No sé qué intenciones tiene, *vieja lagartija* —dijo, una vez solas y cerca de su oreja para que nadie más pudiera escucharla—. Pero voy a acabar con usted, no sabe con quién se está metiendo. Quien a hierro mata, a hierro muere.

—No le tengo miedo.

—Pues debería —ultimó, clavando sus ojos turquesa como dos dagas sobre los pequeños de la anciana—. Ahora, retírese.

—Retírese, señora Elisenda —abaló la Marquesa al ver que la bruja se negaba a obedecer.

Alice suspiró aliviada. Había ido mejor de lo que esperaba.

Ahora podía ir a la ciudad con los deberes hechos. Se giró con el mentón alto e inició el ascenso de la escalinata para ir en busca de Faith. Pero a medio camino una fuerte corriente grisácea le atravesó el cráneo. Era Arthur. Estaba cerca de la baranda con los brazos cruzados por detrás de la espalda. Había estado observando toda la escena.

El primer instinto fue el de pedirle perdón o el de huir, pero se armó de valor y siguió su camino después de hacerle una pequeña reverencia en señal de respeto.

Él no le dijo nada, pero sintió sus ojos sobre ella hasta que rompió a la izquierda y salió de su campo de visión. ¡Qué miedo daba!

—¿Quiénes eran sus hermanas? —preguntó Delia a su hermano.

—Las Cavendish.

—¿Ha tenido relación con ellas?

—¿Por qué lo preguntas? —Bajó las escaleras hasta quedar al lado de la Marquesa.

—Tú lo has visto como yo. Una vulgar costurera no hablaría ni actuaría de este modo. Esa chica tiene valor, educación y saber hacer. Incluso me atrevería a decir que es una manipuladora nata, aunque no roce la malicia.

—Siempre has sido fácil de engatusar, Delia. Dedícate a lo que te pedí.

—Hacerle la vida imposible...

—Exacto. Quiero que se vaya antes de que se quede embarazada.



Capítulo 31

La estirpe

Sin una familia, el hombre, solo en el mundo, tiembla de frío.
André Maurois.

Alice y su cuñada recorrieron Plymouth con aires renovados. El viento soplaba a su favor y lo celebraron arrasando las mejores tiendas de la ciudad. Faith descubrió que había vida después de las paredes del castillo y era incapaz de decidirse por un solo vestido o dos. Así que terminó comprando diez con medias, sombrillas y guantes incluidos. Era una experiencia reveladora y muy gratificante después de tantos años de represión y mal tratos.

—No quiero imaginar la cara de la señora Elisenda si me viera entrando a una tienda tras otra para dilapidar la fortuna familiar, como diría ella. ¡Con estas ropas de mujerzuela! — bromeó Faith, saliendo de la decimocuarta tienda.

—Seguro que tendrían que recogerla del suelo porque se desmayaría de la impresión — le siguió el juego, feliz por verla tan animada—. A esa mujer todo le parece de mujerzuela.

—Yo siempre la he visto con la misma túnica negra y esa cofia oscura —se estremeció la niña.

—Espero que no sea la misma desde hace cincuenta años y que, al menos, tenga varias mudas para ir cambiándose.

—¡Su olor es horrible!

—Ah, entonces es la misma desde hace cincuenta años.

Ambas estallaron a reír con una carcajada limpia.

—¡Alice! —oyeron a sus espaldas, callando sus risas.

—¡Señorita Murray! —exclamó ella al ver la doncella de Audrey.

—¿La conoce? —preguntó Roy, el lacayo encargado de escoltarlas.

—Sí, Roy tranquilo. Es una amiga. ¿Qué haces aquí? —Abrazó a su antigua compañera —. ¿Está Audrey en Plymouth?

—Oh, no. La Duquesa me ha dado unos días libres para visitar a mi tía. La pobre ha caído en unas fiebres muy altas y no sabemos si sobrevivirá a esta primavera.

—Vaya, cuánto lo siento...

—Yo también, pero en parte era de esperar porque ya tiene sesenta años. Vive aquí cerca, acabo de salir de su casa y ahora debo volver a mis obligaciones en Chatsworth House ¿Y tú? ¡Te veo muy cambiada! —observó su traje marrón que, aunque sencillo, era propio de gente con posibles. Luego miró a su acompañante, Faith, que era una damita con todas las cualidades y sin ninguna duda de la posición que ostentaba.

—Es una historia un poco larga de contar y si tienes que coger la diligencia...

—No, cogeré un carruaje de alquiler. Así que tengo tiempo para saber a qué se debe esta maravillosa transformación.

—Bien... Lo cierto es que quería escribir a mis hermanas y lo hubieras terminado sabiendo de todas formas así que... Vamos, ven. Te lo contaré todo.

Se dirigieron a un parque tranquilo en el que Alice pudo contarle las buenas nuevas a su

antigua amiga. La señorita Murray la felicitó y alabó a Faith por ser una cuñada tan cercana y amable. Después, se despidió con la promesa de verse muy pronto.

—¿Crees que se lo contará a tus hermanas? —quiso saber Faith, en cuanto se quedaron a solas de nuevo.

—No lo creo, estoy convencida. Pero no sé cómo reaccionarán...

—¿Por qué no me cuentas cosas sobre ellas?

—Está bien... Son cinco: Audrey, Elizabeth, Karen, Gigi y Eliza.

—¡Dios mío! ¡Cada día debe ser una fiesta con tantas hermanas!

—Y una algarabía también... Porque cada una tiene su propia personalidad y pese a que acostumbran a discutir, se quieren mucho.

—Cuéntame cómo son... ¿Son bellas?

—Son unas beldades, la mayoría bastante altas menos Eliza.

Siguieron hablando de la familia de Alice durante toda la jornada, Faith sentía mucha curiosidad por ser una familia tan diferente a la que ella había tenido. Y soñaba con esas mujeres como si fueran princesas de un cuento. Al menos, Alice parecía una. Así que sus hermanas serían igual. O eso creía en su mente inocente.

Volvieron a Lanhydrock House a media tarde y el servicio cargó las nuevas adquisiciones hacia sus correspondientes recámaras. Hugo las recibió en el vestíbulo con una sonrisa y les preguntó si se lo habían pasado bien.

—¡Ha sido genial! —exteriorizó su hermana pequeña con un tono de voz más alto del que solía usar, emocionada y cargada de seguridad en sí misma

—Me alegro —sinceró Hugo, admirando la belleza de Faith. Era otra, el vestido rosa que llevaba le daba vida al rostro y sus ojos brillaban de un modo especial. Ya no era un bebé ni una niña.

—¡Hemos comprado un millón de cosas! Luego te las enseñaré —ultimó, dejando que los lacayos (Martin y David) la subieran al segundo piso para ir a toda prisa a su habitación y abrir los paquetes.

—Jamás la había visto tan feliz —le dijo—. Y todo es gracias a ti.

—Yo no he hecho nada, solo he dejado que fuera ella misma. Es un encanto de señorita que no ha tardado en florecer en cuanto se le ha dado el espacio necesario para ello.

—¿Habéis comprado mucho?

—Tu hermana medio Plymouth. Yo me he contenido y he cogido lo necesario... Incluidos unos camiones para mujeres casadas —susurró eso último en la oreja de su esposo.

—Entonces no retrasemos más la hora de ir a dormir —La cogió por la cintura para depositar un beso corto en sus labios y se retiraron a sus aposentos.

Fueron días de altibajos. De mucha felicidad por parte del matrimonio y de Faith, pero de mucha inquina por parte del resto de los ocupantes de la casa. La tía Delia hacía todo lo posible para amargar las mañanas de Alice con sus infinitas clases y algún que otro comentario ponzoñoso, mientras que la señora Elisenda seguía ingeniándose para insultar a la nueva integrante de la casa.

El Conde, por su parte, se hizo prácticamente invisible. No salía del ala norte (a la que estaba prohibido ir) y seguía ignorando a su nuera a toda costa. Había dejado claro que no era bienvenida, que no era de su gusto y que no la toleraba. Y que solo por su hijo, Hugo, tenía la fortuna de seguir en Lanhydrock House, porque de lo contrario ya la hubieran echado como a un perro sarnoso.

Al fin y al cabo, era una mujer venida a más, que ya había demostrado ser una

fantástica estratega pero que no tenía nada. Una bastarda sin más beneficios que una mente audaz, concluyó Arthur.

Dos semanas después.

—Tienes las mejillas sonrojadas, Faith —comentó Alice, en la tranquilidad de su alcoba—. Y los ojos muy brillantes. Espero que no hayas enfermado.

—¡No! ¡Al contrario! Vengo del jardín, he cogido estas flores para tu habitación.

—¡Son preciosas! Muchas gracias —aceptó el ramo, colocándolo encima de la cómoda.

—Desde que Martin y David me ayudan a bajar y a subir puedo ir al jardín siempre que quiero.

—Me alegro mucho, no mereces menos —sonrió.

—Alice, ¿estás preparada? —Entró Hugo—. Debemos ir Plymouth, han llegado tus pertenencias y las cargará nuestro servicio hasta aquí. Tendremos que llevar dos carruajes.

—Sí, ya voy.

Sin embargo, el sonido de un carruaje detuvo los pasos de Alice. Había más de un caballo y el sonido de las ruedas indicaba que era un vehículo grande, incluso dos o tres. ¡Qué extraño! No solían tener visitas y las que tenían eran escasas y cortas. Ningún carruaje de esas dimensiones había llegado antes a Lanhydrock House desde que Alice vivía allí.

Se acercó al ventanal y se le paró el corazón de la emoción. Supo que después de que la señorita Murray supiera de las buenas nuevas, sus hermanas la escribirían o que Karen iría a visitarla. Lo que nunca imaginó fue que vendría la mismísima Audrey. Sabía que era ella por los emblemas del primer vehículo, ostentaba dos: el del ducado de Devonshire y el del ducado de Somerset. Tras de él, había otro con el emblema del Marquesado de Salisbury, esa era su hermana Elizabeth. Y, por último, el del Condado de Derby, que era Karen y el del Condado de Norfolk, que era Georgiana. ¡Habían venido todas!

Los caballos repicaban contra el suelo del patio provocando un gran estruendo dentro del castillo. Eran muchos, casi veinte... Porque todas las carrozas llevaban cinco corceles. La imagen era espectacular, de esas que superan la ficción.

—¿Tus hermanas? —se sorprendió Hugo, al ver los emblemas.

—Sí —afirmó, con un nudo en la garganta.

Estaba tan acostumbrada a estar sola en la vida que cuando sus hermanas se acercaban a ella le resultaba extraño, pero muy emotivo a la vez. Ellas no tenían ninguna obligación de aceptarla. Incluso podrían negarla. Pero desde el primer día en que conocieron la verdad sobre su parentesco, le brindaron todo su apoyo.

A unos metros de allí, en el ala del Conde, el mayordomo daba pasos rápidos en dirección al despacho de su señor.

—Milord —Tocó la puerta—. Han llegado los Duques de Somerset, los Marqueses de Salisbury, los Condes de Derby y los Condes de Norfolk —anunció—. ¿Milord? —Se atrevió a abrir la puerta ante el mutismo.

—Lo estoy viendo, sir Henderson —contestó al fin Arthur, de cara al ventanal—. Ahora saldré para recibirles.

—Está bien, milord.

—¿A qué han venido estas personalidades? —inquirió el ama de llaves al mayordomo, esperando en el vestíbulo.

—¿No lo sabe?

—¿Qué tengo que saber?

—Son las hermanas de lady Silvery.

—¿Lady Silvery? ¿Desde cuándo la llamas así? —se enfurruñó la *lagartija*.

—Desde que tiene la sangre más noble que tú y que yo juntos. Y ahora, sonríe. No queremos quedar mal ante los Duques.

Corrieron a abrir las puertas y el Conde fue el primero en salir tal y como correspondía según el protocolo. El servicio se posicionó en dos líneas rectas, una a cada lado, con el fin de ayudar a los visitantes con lo que fuera menester.

Finalmente, los vehículos detuvieron su marcha. Y un lacayo uniformado de rojo, propio de los Duques Británicos, abrió la puerta de la primera carroza.

El primero en bajar fue el Duque de Somerset, Edwin Seymour, un hombre alto de complexión delgada pero fuerte. Después, su esposa, la Duquesa y Señora de Devonshire. Los presentes retuvieron el aire al verla, imponía con su sola presencia. Llevaba un enorme vestido de terciopelo azul e iba cargada de joyas. Sus ojos azules parecían dos bloques de hielo y lo miraba todo con una innata frialdad. Parecía la reina de Inglaterra, Victoria. Tras de ellos, una joven de pelo rubio, delgada y bajita. La menor de las Cavendish.

Los siguieron la Marquesa de Salisbury, rubia como el sol; la Condesa de Derby, con el pelo negro y, finalmente, la pelirroja y bellísima Condesa de Norfolk. Todas las damas eran hermosas, únicas y desprendían una energía única hasta el punto de intimidar.

—Su Gracia —reverenció el Conde hacia el Duque—. Nobilísima —Repitió la reverencia hacia la Duquesa—. ¿A qué debo el honor de su visita?

—Venimos a ver a mi hermana —contestó Audrey, sin inmutarse ni pestañear, llenando de bilis los estómagos de aquellos que hubieran deseado que Alice cayera en desgracia.

Después de aquello, no podrían seguir tratándola del mismo modo, por mucho que fuera una bastarda y una don nadie... Quien tenía el favor de personalidades como los Duques, lo tenía todo.

—Por supuesto —obedeció Arthur—. Vuestras señorías—saludó a la Marquesa y a las dos Condesas.

—¡Alice! —nombró de pronto la Condesa de Derby.

—Karen... —respondió la aludida, que acababa de llegar al patio junto a su esposo y Faith.

La pelinegra corrió a abrazarla y el resto la imitaron, menos Audrey, que se mantuvo en su lugar, pero la saludó afectuosamente.

—Él es Hugo Silvery, mi esposo —presentó—. Y ella mi cuñada, Faith.

Se dieron a lugar las saluciones correspondientes y pasaron al interior donde los hombres se retiraron a una sala para fumar y beber mientras las mujeres se quedaban en el salón del té, incluida la tía Delia. Todo iba bien, conversaciones amenas y formales durante algunos minutos hasta que la señora Elisenda apareció preguntando si deseaban algo.

—Traiga el té —ordenó la Marquesa a la señora Elisenda, que desapareció de inmediato.

—¿Usted vive aquí, Marquesa de Anglesey? —inquirió la Duquesa, extrañada.

—No, sólo estoy de visita.

—¿Entonces por qué manda a traer el té? —era una pregunta osada, pero Audrey podía permitirse el lujo de hacerla y de reprender al resto de la humanidad, excluyendo a los príncipes y a los reyes. Su rango era demasiado elevado como para que alguien se atreviera a llevarle la contraria.

—Oh —se excusó, abochornada—. Es la costumbre, Su Nobilísima.

—Hay costumbres que deben perderse —escupió Karen, Condesa de Derby, sentada al

lado de Alice.

—Exacto, Alice debe empezar a dirigir este castillo —continuó la Duquesa—. Es la futura Condesa y el servicio debe aprender a respetarla.

—Tiene razón, miladi —convino Delia, enterrando su cara en el suelo y dejando su famoso abanico a un lado.

¡Ella que se las daba de profesora, siendo aleccionada!

Alice tuvo que sostener las lágrimas para no llorar en medio del salón del té. Sentirse apoyada, defendida y querida por alguien más a parte de su esposo, era un alivio. Hasta las lobas necesitan vivir en manada, aunque pasen largas temporadas solas en mitad del salvaje bosque.

—¿Desean algo más sus señorías? —preguntó la señora Elisenda después de haber servido el té con un ejército de doncellas a sus espaldas.

La atención recayó sobre Alice, sobre todo la de Audrey. Que la miró fijamente para que diera la orden.

—No es necesario, pueden retirarse —dijo con voz firme, pero algo dudosa por la posible reacción de la *lagartija*. Por todos era bien sabido que el ama de llaves se negaba a recibir sus órdenes, menos por los invitados, por supuesto.

La anciana se quedó unos segundos estática, quieta, con su mentón desgastado ligeramente subido.

—No tengo órdenes de obedecerla —se atrevió a decir al fin, intentando humillarla frente a las otras mujeres.

Pero lo que no sabía la señora Elisenda, porque tenía mucha maldad, pero poca capacidad de observación era que aquellas mujeres estaban dispuestas a dar la vida las unas por las otras.

La corriente gélida de Audrey corrió desde su sillón hasta los rincones del Lanhydrock House. Su expresión no expresaba nada, pero de pronto el miedo se extendió entre los presentes. Karen frunció el ceño, Elizabeth se estiró y Gigi removió su melena roja con un gesto casi agresivo.

—¿Quién es esta mujer? —preguntó Liza, la menor de las hermanas, mirando a la señora Elisenda. No lo hizo con maldad ni rabia, sino con toda la sinceridad del mundo. Ella no entendía quién era esa viejecita que se atrevía a contradecir a sus hermanas mayores en público.

—Es una mujer que desconoce el lugar que le corresponde —respondió Elizabeth, la Marquesa de Salisbury.

—¿Cómo se atreve a insultar a nuestra hermana delante de nosotras? —se levantó Karen del diván, indignada.

—Esto es un ultraje —Se incorporó la Duquesa también—. Una afrenta a mi familia.

—Oh, ¡Nobilísima! —se asustó el ama de llaves, agachando su cabeza bajo la mirada de Audrey—. Yo pensé que... que no era su hermana...

—¡Esto es imperdonable! —se exaltó Gigi, que no había querido decir nada hasta comprender por dónde iban los tiros de esa deslenguada *lagartija*—. Usted no es nadie, absolutamente nadie, para hablar de nuestro parentesco con su señora. Alice es nuestra hermana y la esposa de su señor, así que debería limitarse a acatar sus órdenes sin ni si quiera rechistar.

—Pero ¿quién se cree que es usted? —exigió Karen, acercándose a la sirvienta. Era tres veces más alta que ella y la señora Elisenda se hizo muy pequeña, casi un ovillo.

—Si este es el trato que se dispensa a mi hermana en esta casa, estoy dispuesta a tomar medidas.

—Mi cuñado Edwin enterró vivo a un hombre que nos faltó el respeto —explicó Liza con toda la tranquilidad del mundo, sin mirar a nadie, pero haciendo temblar a la humanidad.

—¡Nobilísima! —Entró el Conde, seguido por el Duque y su hijo—. ¿Qué ha sucedido para que esté de pie? Por favor, tome asiento y tome el té.

—No pienso tomar asiento en una casa donde faltan el respeto a mi familia —repuso Audrey, haciendo vibrar sus orbes heladas.

Los ojos grises del Conde vagaron por el salón comprendiendo la terrible situación.

—Señora Elisenda, pida disculpas a Alice —imperó, muy serio.

—Pe... pero señor...

—Le he dicho que pida disculpas si no quiere ser despedida de inmediato.

—¡Debería ser despedida! —expresó Karen.

—Condesa, la señora Elisenda lleva muchos años sirviendo esta casa. Ha llegado a una edad en la que hace y dice disparates, ruego que la perdonen. Pida disculpas.

—Señora, le pido perdón —dijo la *lagartija* al fin.

—Señora no, miladi —la corrigió Gigi.

—No tengo la obligación de llamarla *lady* hasta que no sea Condesa —se defendió la empleada.

—¡Cumpla las peticiones de la Condesa! —se envaró el Conde finalmente, abochornado por la actitud de la señora Elisenda. ¿Cómo podía ser tan estúpida como para decir todo aquello frente a las Cavendish? ¿Estaba perdiendo la cabeza? Una cosa era lo que hablaran ellos en privado y otra cosa muy distinta era dejar en evidencia a los Silvery frente a tantas personalidades.

—Perdón, miladi —corrió a decir ante el enfado de Arthur.

—Acepto sus disculpas —ultimó Alice.

—Ahora, retírese.

—Sí, señor Conde —Corrió lejos del salón del té, seguida de las doncellas que ya no podrían ver del mismo modo al ama de llave después de ese incidente.

—Acepte mis disculpas, Nobilísima —reverenció el Conde.

—Espero que no vuelva a repetirse un agravio de esta magnitud, lord Silvery —determinó Audrey, volviendo a sentarse seguida por sus hermanas.

"Sentí el apoyo de mis hermanas, aquellas mujeres que habían crecido sin saber quién era yo en realidad. Aquellas damas a las que serví sabiendo que compartíamos la misma sangre. Siempre las amé en silencio, pero ese día las amé mucho más... por demostrarme que, pese a su alta educación, eran humildes y estaban llenas de buenos valores. Les agradecí su intervención, su visita, pero sobre todo... les agradecí su amor fraternal".



Capítulo 32

El sueño y la muerte, próximos parientes

*El hombre reina y la mujer gobierna.
Vizconde de Ponson du Terrail.*

Alice se enfrentaba a su primera prueba oficial como esposa de lord Silvery. Debía ser una buena anfitriona y asignar habitaciones para los invitados de forma eficaz y rápida. Lo hizo con la ayuda de su cuñada, que conocía Lanhydrock House a la perfección, y sus hermanas quedaron encantadas con la distribución.

Pero todavía quedaba lo más difícil: la cena de esa noche.

Sus invitados no eran exigentes.

El Conde sí.

Y aquella era la ocasión perfecta para demostrarle a lord Arthur que era una nuera digna de su aceptación.

No solo eso, sino que era la excusa que había estado esperando para sacar a su suegro de la cueva (el ala norte) y obligarlo a relacionarse con los demás miembros de la familia, incluida Faith.

—Lo harás bien, no te preocupes —trató de tranquilizarla Hugo, en la intimidad de su alcoba.

—Debo preocuparme. Esta es mi oportunidad para demostrarle a tu padre que puedo ser una buena Condesa. Y quizás consigamos que abandone su querida ala norte por un tiempo... ¿Por qué está prohibido que vayamos allí?

—Es su refugio.

—¿Su refugio de qué? ¿De su hija? ¿Del amor de sus hijos? ¡Hay que abrirle los ojos! Algo me dice que debajo de esa coraza de hierro hay algo más.

—Lo dejo en tus manos... Yo lo intenté muchas veces, pero es una misión imposible. Él está aferrado a sus ideas, a sus métodos.

—Nadie quiere hacerle renunciar a su ideología, solo quiero que no pierda el amor de Faith... Ni el del resto de su familia.

Unos toques sobre la puerta detuvieron su conversación.

—Lady Silvery, la Duquesa quiere tener una reunión privada con usted —informó sir Henderson.

—Oh, por supuesto —Abrió la puerta de inmediato.

—La espera en el salón del té.

Bajó rápidamente al primer piso. Deseaba poder hablar con su hermana menor a solas, pero a la vez se sentía nerviosa. Había sido su doncella personal y habían establecido una relación cercana a la amistad cuando Audrey no sabía nada sobre su parentesco. Sin embargo, a causa de las intrigas de su difunta madre, su relación se estropeó y no habían vuelto a compartir un momento íntimo desde hacía muchos años. Para ser más exactos, su madre la obligó a perjudicar el matrimonio de Audrey conquistando a Edwin, su esposo. Por suerte, el Duque siempre fue un hombre leal y jamás pasó absolutamente nada, ni si quiera un beso. Estaba de más decir que Alice tampoco tenía ningún interés en él más allá de lo que su

madre la obligó a hacer.

Entró en el salón del té y la vio sentada en uno de los sillones que daban al ventanal.

—Audrey... —musitó, con un nudo en la garganta. Todavía no podía creer que estuviera allí.

—Alice —Se incorporó para saludarla—. Siéntate —Indicó el sillón que quedaba a su lado.

—Estoy muy agradecida de que haya venido... —agradeció, sin mirarla directamente a los ojos.

—Puedes tutearme, Alice. Y no tienes que agradecerme nada, era mi obligación desde el momento en que supe que estabas aquí.

Se hizo un corto silencio en el que los pájaros piaron desde el jardín.

—Sé que no hemos tenido la ocasión de compartir mucho tiempo juntas —siguió la Duquesa—. Ojalá hubiera sido diferente. Ojalá hubiéramos podido compartir la mesa desde pequeñas y te hubiera podido llamar hermana desde el inicio.

—La vida no es siempre como la deseamos.

—Ni si quiera tenemos los padres que deseamos. No tienes culpa de lo que hizo nuestra madre y quiero que sepas que ningún día te he culpado por haber intentado romper mi matrimonio. Sé que lo hiciste obligada y coaccionada.

—Madre me amenazaba con la muerte, Audrey. Jamás tuve intención alguna de perjudicarte. Ni albergué ninguna clase de intenciones genuinas con tu esposo.

—Lo sé. No tengo ninguna duda sobre ello. Por desgracia, conocía demasiado bien a mamá como para no darme cuenta de la realidad. Olvídalo... He notificado a la señora Jenkins y a tu hermano de que estás aquí. Supongo que no tardarás en tener noticias sobre ellos.

—Gracias —se removió incómoda, pensando en cómo se lo tomaría la señora Jenkins que se hubiera casado con un "*señorito*".

—¿Por qué no querías decirnos nada?

—No es que no quisiera. Tan solo quería estar segura antes de inmiscuir a más personas en este asunto.

—Me imagino que no ha sido fácil.

—Nada fácil.

—El Conde parece una persona difícil.

—Y lo es...

—Pero recuerda que el hombre reina y la mujer gobierna. Tú tienes el poder.

—Lo tendré en cuenta...

—En cambio Faith parece ser un encanto de joven.

—Es una señorita que ha sido ignorada por su minusvalía. La señora Elisenda la maltrataba a diario, pero conseguí que eso cambiara.

—No debes permitir que te ninguneen Alice —La miró fijamente—. Y mucho menos el servicio. No importa de dónde vengas ni que hayas hecho, ahora eres la esposa del futuro Conde y deberán aceptarlo a cualquier precio. No te conviertas en una víctima y no demuestres a la gente tus miedos ni inseguridades. Mamá nunca lo hizo pese a sus infinitud de defectos. No aprenderemos de su maldad, pero debemos aprender de su astucia. No era nadie y se convirtió en la Duquesa de Devonshire.

—Como tú... —alabó, atreviéndose a mirarla directamente.

—Y como tú... Serás la Condesa de Cornwall y dominarás cuanto esté en tu condado. No

te quepa duda.

—Eso intento. Intento ser fuerte y no dejarme vencer por la infinitud de enemigos que tengo ahora mismo. Pero a veces es tan duro... —Se le aguaron los ojos en contra de su voluntad—. No sabes cuánto aprecio que hayas venido, Audrey. Te amé en silencio durante muchos años...

—Y yo te amé desde que supe que compartimos la misma sangre —Le colocó la mano helada sobre su brazo; pese a las capas de ropa que llevaba, notó su frialdad y le recordó vagamente a Hugo.

¿Con cuántas capas de hielo debe cubrirse un noble para sobrevivir?

—Nunca imaginé ocupar un rango. Ni si quiera lo deseé.

—Lo amas...

—Mucho.

—Y él a ti, se le nota por cómo te mira... —comentó, sonriendo levemente—. ¿Quieres que te ayude con la preparación de la cena?

—Estaría encantada.

—Obviamente no le diremos a nadie que te he ayudado —Le apretó el brazo con un gesto cómplice y apartó la mano definitivamente de ella.

—Por supuesto —rio Alice, feliz.

Audrey le enseñó los pasos a seguir para organizar cualquier evento. Era el mismo sistema en todos los casos, lo único que variaba era la temática, la cantidad de personas y el objetivo de la ocasión a celebrar.

—Normalmente se encarga el trabajo al secretario... Pero siempre es agradable que la señora de la casa se inmiscuya.

—No sé si el Conde tiene secretario...

—Seguro que sí. Y un administrador también. Tú debes tener buena relación con el secretario y tu esposo con el administrador. Al menos en las casas convencionales...

—En tu caso no es así.

—No, yo me encargo de Devonshire en su totalidad y Edwin de Somerset.

—Eres un ejemplo de mujer.

—Todas las mujeres nacemos con el cordón umbilical enrollado en el cuello, depende de nosotras cortarlo o dejar que nos guíen a través de él hasta la muerte.

—Tienes razón...

—Ahora, manos a la obra con los preparativos. Confío en ti y sé que saldrá todo perfecto. No debes preocuparte por nosotras, ya lo sabes. Estaremos apoyándote incondicionalmente —Se levantó del sillón y Alice la imitó.

—De nuevo quiero agradecer tu respaldo, Audrey.

—¿Has imaginado nunca que hubiera pasado sido tú hubieras sido reconocida por mi padre? ¿Si madre hubiera hecho pasar su embarazo por legítimo? ¿Qué lugar ocuparías? Eres la mayor.

—Nunca lo he imaginado, pese a ser la mayor siempre te he considerado superior a mí. Y lo eres, porque has cuidado de todas y has cumplido con tus obligaciones sin desfallecer. Has luchado contra viento y marea para no perder el patrimonio de tu padre y has casado a tus hermanas de forma decente.

—Entonces ahora quien debe dar las gracias soy yo a ti. Estoy segura de que tú en mi lugar hubieras hecho lo mismo —últimó, dando media vuelta para irse.

Estaba escapando de las emociones y Alice lo entendió.

Audrey tenía la piel blanca como la luna, el pelo negro como el azabache y un porte inigualable. Sus ojos eran azules, inhumanos e intimidaba a cualquiera. Pero en el fondo era una mujer que había tenido que sacar fuerzas de donde no las tenía para imponerse, nadie le había regalado nada.

Alice no quería dejarla marchar sin más.

—¡Audrey! —La detuvo a pocos pasos de la puerta—. Te quiero —La abrazó de golpe—. Me hubiera gustado cuidar de ti como tú lo has hecho con nosotras. Estoy segura de que muchas veces lo has necesitado. Has necesitado la protección de tu familia... Pero no la has tenido porque tu padre falleció y nuestra madre no te puso las cosas fáciles. Debiste y debes sentirte muy sola porque tienes mucha presión sobre tus espaldas, aunque no lo demuestres. Y sé que tu esposo te ama, pero a veces una persona necesita algo más... El orgullo de los padres, el de los hermanos... El cálido abrazo de una madre que te diga que todo irá bien... ¿Qué haremos si algún día tú no estás entre nosotros? Moriremos... porque tú eres la luna que nos ilumina durante las noches más oscuras.

Por unos segundos la Duquesa no reaccionó hasta que colocó los brazos alrededor de Alice.

—Si algún día yo no estoy —repuso su hermana al fin, separándose—. Ocupa tú mi lugar.

—¿Cómo podría? Es imposible.

—Hay muchas formas de ocupar mi lugar, quizás encuentres una... Pero debes apoyar a los míos como yo te he apoyado a ti —confesó, más natural que nunca... con sus ojos rojos por la contención de las lágrimas.

—¿Pero por qué hablas de este modo? Yo moriré antes que tú, soy mayor... ¿Recuerdas? —se asustó Alice, cogiéndola de las manos.

La debilidad de Audrey era aterradora porque era desconocida por todos.

—Algo me dice que no será así —Se le escapó una lágrima tan bella como una perla que recorrió su mejilla en dirección al cuello mientras le devolvía el agarre de las manos con intensidad, como si se estuviera apoyando en ella por una milésima parte de segundo.

—¿Por qué lo dices? Eres muy joven, ¿qué ocurre? Puedo ayudarte si me dejas.

—Tengo un sueño que se me repite —confesó.

—¡Los demonios quieren arruinar tu felicidad! —le quitó importancia, tratando de darle aliento.

—No estoy segura... Creo que quiere decirme algo... —sonrió, limpiándose los ojos—. Olvídate de lo que te he dicho y no se lo digas a nadie —Se irguió de nuevo, cubriendo sus ojos por la famosa capa de hielo—. Nos vemos a la hora de la cena. Y... yo también te quiero.

Desapareció rápidamente dejando a Alice con un sabor agri dulce. La Duquesa jamás había mostrado signos de debilidad, pero se había apoyado en ella por un momento. ¿De qué sueño hablaba? ¿Por qué pensaba que iba a morir? ¡Dios! Que eso no ocurriera... Audrey era un pilar fundamental de la familia. Una familia que apenas empezaba a disfrutar y a conocer en profundidad.

Esa misma noche.

Alice recuperó las pertenencias que había dejado en Francia. A media tarde, dos carruajes le trajeron sus cosas. ¡Dios la estaba bendiciendo! Sus vestidos no podían llegarle en mejor ocasión. Junto al equipaje, llegó una carta.

"Querida Alice,

no te preocupes por mí ni por todo lo que dices que me debes. Te ayudé con todo mi corazón porque me vi reflejada en ti. Cuando yo era joven, también fui insultada y vejada por mi condición de bastarda. Por eso quería, del algún modo, resarcirme a través de ti. Ahora que sé cómo han ido las cosas, estoy segura de que se ha hecho justicia. Estás en el lugar que mereces, no será fácil. Tampoco lo fue para mí cuando me convertí en Duquesa d'Orléans, pero debes luchar y demostrarle al mundo que los hijos no son culpables de los pecados de sus padres. Sé que lo conseguirás porque eres fuerte, valiente e inteligente.

En referencia a tu amiga Amélie, siento comunicarte que ya no vive conmigo. Se marchó con lord Goldener hacia Inglaterra. No te angusties, estoy convencida de que está bien. Lord Goldener es un gran hombre.

No me debes nada. Vive tu destino y vuelve cuando lo necesites. Siempre seré tu amiga y tu cómplice de travesuras.

Hermione."

Sus vísceras se contrajeron al saber que Amélie ya no estaba con Hermione. Por mucho que Hermione le dijera que no se preocupara, era inevitable hacerlo.

—Hugo —Buscó a su esposo con la carta en la mano—. ¿Sabes algo de lord Goldener?

—Me mandó una misiva la semana pasada diciéndome que estaba aquí en Inglaterra pero que estaba ocupado con algunos asuntos y que tardaría en visitarme. ¿Por qué?

—Porque mucho me temo que los asuntos de lord Goldener son esa amiga de la que tanto te he hablado, Amélie. Hermione me ha escrito y me ha dicho que se fue con ella hace unos días...

—Otra vez no... —palideció Hugo.

—¿Qué ocurre? ¿Es peligroso?

—No, en absoluto. Galán es un buen hombre y no le hará ningún daño a Amélie, puedes estar tranquila —explicó, para su alivio—. No es eso...

—¿Entonces que es?

—Es una larga historia y debes cambiarte para la cena...

—Tengo tiempo.

—Está bien... Siéntate —Indicó la silla de su despacho, donde solía pasar la mayor parte del tiempo desde que habían llegado a Lanhydrock House—. En una de las batallas que libramos, hubo un Coronel... Muy amigo nuestro, pero sobre todo de Galán... que murió en combate. Antes de morir le pidió a Galán que cuidara de su hermana. Al parecer una heredera que sin su hermano se quedaba desprotegida. Desde entonces, lord Goldener tiene la obsesión de que cada mujer que ve con el pelo castaño es esa chica. De seguro ha confundido a Amélie con lady Rosalie y la quiere ayudar de algún modo... No estoy seguro.

—¿Una heredera? ¿Pero por qué la confunde? ¿Acaso no la conoce?

—La joven desapareció poco después de la muerte de su hermano en circunstancias desconocidas. Pero de lo que estoy seguro es que Amélie no corre ningún peligro si está con Galán. Pronto sabremos de ellos... Ahora ve a cambiarte.

—Sí —obedeció, incapaz de eliminar el tono autoritario de su marido por completo.

Volvió a su habitación pensando en Amélie y la historia de la heredera. ¿Sería posible que esa joven que la había ayudado durante tantos años fuera otra persona? No le extrañaría tanto... Puesto que entonces tendrían sentido muchas cosas que nunca comprendió de ella.

—¿Qué vestido quiere ponerse?

Era Tracy, la estaba esperando para ayudarla con el vestuario y el peinado.

—El de terciopelo verde que ha llegado hoy.

—¿El de las perlas cosidas?

—Sí, ese mismo.

“La vida me estaba sonriendo. Todo era perfecto: mi amoroso marido, mis atentas hermanas y mi dulce cuñada. Había avanzado mucho en Lanhydrock House y me quedaba poco para ganar mi lugar definitivamente. La tía Delia ya no sería un problema después de la regañina de Audrey y la señora Elisenda había tenido una maravillosa lección. Solo tenía que ganarme a Arthur y engendrar un heredero... ¡Un heredero! ¿Seguiría Hugo con la idea de buscar un vientre ajeno? Era un asunto del que no habíamos vuelto a hablar, y aunque manteníamos relaciones a diario, todavía no había señales de un embarazo. O eso me parecía a mí...”

Capítulo 33

La felicidad

La felicidad no es un ideal de la razón, sino de la imaginación.

Immanuel Kant.

Una mesa larga con un mantel blanco y un camino rojo se erguía orgullosa en medio del salón de cenas. Las copas, la cubertería y las sillas estaban preparadas para recibir a los comensales. En una de las paredes de la estancia pendía el escudo de los Silvery y en otra había un retrato de lord Arthur con su heredero, Hugo.

Alice iba ataviada con un vestido verde turquesa como sus ojos y el pelo lo llevaba recogido con algunas perlas. Iba elegante y sencilla con el pecho cubierto y una crinolina amplia. Llegó al salón la primera, del brazo de su marido. Así se lo había pedido a Hugo para comprobar que todo estaba tal y como lo había solicitado al servicio.

—¿Está todo bien, miladi? —preguntó Hugo, mirándola con admiración.

—Sí, por el momento lo veo todo correcto. Espero que hayan preparado los platos que pedí.

—Estoy seguro de que sí —la calmó, cogiéndola por la cintura con un movimiento rápido y besándola con necesidad—. Estás muy hermosa con este vestido verde, tus diamantes quedarán muy bien con él...

—¿Mis diamantes?

—Sí, estos —Sacó una cajetilla del bolsillo que ya le era familiar.

¡Oh, Dios! Se había olvidado por completo de la gargantilla de diamantes a juego con los pendientes que Hugo le había regalado y que ella había tirado al suelo del barco.

—¡Hugo! ¡Cuánto lo siento! —se avergonzó.

—Me gusta cuando pides perdón —replicó él, bromeando—. Gírate.

Le colocó el collar y los pendientes, rozándole la piel y el pelo lentamente, casi de forma erótica. Lo amaba mucho, desde que se sinceraron el uno con el otro se habían vuelto inseparables: un equipo.

—Siento interrumpir —apareció Faith junto a la tía Delia.

—¡Estás radiante! —alabó Alice al ver a su cuñada.

¡Estaba irreconocible! En comparación con el primer día en que la vio, era otra. Llevaba su hermosa cabellera negra trenzada a un lado con flores decorativas, un vestido de cuello alto de color melocotón y un gracioso colgante en forma de tulipán.

—Estás encantadora esta noche, hermana —convino Hugo, depositando un beso sobre la frente de Faith.

Decidieron esperar a los invitados fuera del salón de cenas, cerca de las escaleras. Fueron bajando de uno en uno y los recibieron con entusiasmo y mucha educación. La primera en aparecer, como no podía ser de otro modo, fue Audrey con su esposo y la menor de las Cavendish, Liza. Después lo hicieron el resto (en grupo) puesto que habían ido sin maridos ni hijos.

—¡Parecen princesas! —expresó Faith al verlas reunidas con sus esplendorosos vestidos y sus portes inigualables. ¡Eran tan bellas! Tal y como las había imaginado parecían sacadas

de un cuento de hadas.

—Usted sí que parece una auténtica princesa, lady Silvery —respondió al cumplido Karen con una amplia sonrisa.

—Buenas noches damas y caballeros —Hizo acto de presencia el Conde para el alivio de Alice, que llegó a sospechar que no se presentaría—. Pasemos al salón... —pidió, después de las saluciones correspondientes.

Alice no apartó la mirada de la cara de su suegro, quería ver su expresión en cuanto viera la mesa y la decoración de la sala. No vio nada, era un trozo de hierro sin más expresión que la de siempre: seria.

Venía el turno de sentarse y ella misma había colocado las tarjetas con la distribución. A cada extremo, los Silvery. Es decir, en una punta Arthur y en la otra, Hugo. A un lado del Conde estaba Faith, obligándolo a tener contacto con ella y al otro, Edwin. Al flanco de Edwin, Elizabeth y al lado de su cuñada, Karen. Ella se había colocado a un extremo de su esposo, sentando a su vera a Audrey y en frente a Gigi y Eliza. La tía Delia la colocó en medio, entre Karen y Gigi, para que pudiera gozar de una conversación amena, pero para que también estuviera controlada.

No cenó casi nada. Solo estuvo pendiente de que los platos fueran correctos, de que los invitados hablaran de forma amena y de que el Conde hablara con su hija. Pero no hubo manera, la evitó a toda costa. Ni si quiera la miraba. ¡Condenado Arthur! ¡Qué complicado era!

Tras la cena, las damas se reunieron en una sala y los caballeros en otra. Y no fue hasta dentro de una hora que se dio a lugar el pequeño baile que había organizado a modo de sorpresa. Estaba claro que Arthur no estaba acostumbrado a los bailes y ni mucho menos a las sorpresas, lo vio arrugar la nariz ante la orquesta y la miró de reojo, recriminándole esa parte del evento sin palabras.

¡Viejo aburrido! No era capaz de alabarla, pero sí de regañarla visualmente.

—¿Me concede este baile, Nobilísima? —reverenció el Conde a Audrey, que aceptó por educación.

—¿Usted quiere bailar conmigo, señorita? —preguntó Edwin a Faith.

La joven se ruborizó y miró a sus piernas que la tenían inmovilizada desde que nació.

—Le prometo que nada será un impedimento si usted lo desea —insistió Edwin a la pequeña.

Formalmente, Faith debería haberse retirado después de la cena; de hecho, no debería ni si quiera haber cenado con ellos. Todavía era una niña, no estaba presentada en sociedad. Pero Alice había estimado conveniente que la joven disfrutara de esa noche con otras damas y se acercara a su padre... ¡Si es que eso era posible!

—Está bien... —Accedió al fin lady Silvery, todavía sin comprender cómo se lo haría el Duque para bailar con ella.

La cogió educadamente por los brazos, la levantó y la colocó sobre él de un modo muy ocurrente: posicionó cada pie de la niña sobre cada uno de sus enormes zapatos. Solo tenía que sostenerla con fuerza y girar al ritmo de la música para darle la sensación de que estaban bailando. Faith se emocionó al dar un giro en medio de la pista y rio, muy feliz. Karen bailó con Hugo y el resto se quedaron hablando en un rincón hasta la siguiente pieza. Entonces, Hugo le pidió a Gigi un baile y Edwin a Elizabeth. Así que no quedaba nadie sin bailar.

—Lord Silvery, ¿quiere bailar con su hija? —ofreció Edwin.

Alice no se perdió nada de ese instante, si hubiera tenido unos impertinentes, se los

hubiera llevado a los ojos para verlo mejor.

La cara del Conde fue un poema. No tenía escapatoria, en su afán por quedar bien ante los Duques no podía negarse. ¿Qué imagen daría si se negara a bailar con su propia hija? Ni los mejores libros de drama ni las mejores elegías serían capaces de describir el gesto de Arthur. Fue como si le hubieran obligado a ver su propia muerte.

Faith, por su lado, no osó mirar a su padre... temerosa por una posible negativa.

—Por supuesto —dijo después de un largo silencio.

Se la colocó sobre los zapatos, tal y como había hecho el Duque, la cogió con fuerza y empezó a danzar.

Arthur cogió a su hija en brazos por primera vez. La sintió muy frágil, muy delgada pero muy dulce. Tenía un aroma especial, aniñado. No quería mirarla, pero en una de las vueltas lo tuvo que hacer y supo que era su fin.

¡Era como Morgana! Le vinieron a la mente tantos recuerdos y sentimientos que estuvo a punto de romper a llorar allí mismo, aunque nadie fuera capaz de apreciarlo. Por eso no quería estar cerca de ella, le recordaba demasiado a su esposa y su triste final. Por su culpa... Por culpa de esa niña... Su amada mujer ya no estaba con él.

—Papá —la oyó decir—. Lo siento mucho si algún día le he hecho daño.

La miró a los ojos, esos ojos grises tan característicos de los Silvery pero que en ella brillaban de un modo diferente. No vio en ella ni un ápice de maldad ni de resentimiento a pesar de que la había marginado desde su nacimiento. Tenía la bondad de su madre. Los ojos eran suyos, pero la mirada era de Morgana.

—Un Silvery jamás pide perdón —repuso, apartándole la mirada.

—¿Por qué no, papá? ¿Es malo pedir perdón?

—No es propio de los Silvery.

—Quizás yo no me parezca tanto a usted...

—No, desde luego que no.

—¿Por eso me odia?

Volvió a mirarla, tenía el pelo como su difunta madre. Era hermosa a pesar de su invalidez.

—No te odio —dijo al fin, con la orquesta como amparo de sus palabras.

—¿Ah no? —se emocionó Faith—. Yo pensaba que sí... Ahora que lo veo de cerca, no da tanto miedo —Se abrazó a él.

¿Por qué lo abrazaba? ¿Era muy extraño! ¿Miedo? ¿Era eso lo que sentía su hija cuando lo veía? Una aguja en forma de culpabilidad se clavó en su endurecido corazón. Se mantuvieron en silencio hasta que terminó la pieza.

—Gracias, papá —agradeció ella con una sonrisa inocente.

La dejó en la silla con el estómago removido, estaba descompuesto. Miró a su alrededor y se encontró con los ojos de su nuera, mirándolo fijamente. ¡Había sido ella! ¡Ella había creado esa situación! ¡Era una manipuladora! ¡Qué mujer más insistente! Debería haberse ido al tercer día. Pero allí estaba, con sus poderosas hermanas apoyándola y con sus inquisitivos ojos turquesa estudiándolo todo.

Tenía que admitir, a regañadientes, que la cena había sido organizada perfectamente pese a la desagradable sorpresa final que incluía el tedioso baile. Alice no era una cualquiera tal y como había pensado al principio. Seguía siendo vulgar, pero la Duquesa la secundaba, dándole el valor del que ella pudiera carecer. Seguramente no supiera tocar el piano, ni cantar, ni escribir, ni leer correctamente... Pero sabía dar una buena imagen, hablar en

público y organizar el servicio. Lo que estaba claro, era que después de la visita de los Duques no podría tratarla como lo había hecho hasta ese instante... por mucho que lo deseara. ¡Era odiosa!

—Si me disculpan, yo me retiro. Sigán disfrutando de la fiesta —se apresuró en decir, antes de que volvieran a engatusarlo con alguna jugarreta femenina.

Y cuando iba a salir, un alboroto se produjo en sus espaldas. Era su nuera, se había desmayado.

¿Qué estaba ocurriendo? Vio a su hijo muy preocupado cogiéndola en volandas para llevarla a la habitación mientras su hermana Gigi los seguía muy de cerca; era la joven que estudiaba medicina, así que suponía que iba a revisarla.

Las Cavendish se aglomeraron a un rincón del salón, angustiadas. O eso quería pensar él, porque en ocasiones las veía reír y emocionarse. ¿Qué estaba pasando?

—Lord Silvery —Le dio dos palmadas el Duque sobre la espalda. ¿A qué venía tanta familiaridad?

Al cabo de unos minutos bajó la Condesa de Norfolk, la pelirroja, y dio un salto de alegría que lo desconcertó. ¿Qué le pasaba a esa mujer? ¿No sería mejor avisar a un médico de verdad? La vio susurrar algo a la Duquesa, que susurró a su vez algo al resto de las féminas. Un coro de vítores se alzó, dejándolo estupefacto. No estaba acostumbrado a las emociones femeninas.

—Felicidades —Se acercó el Duque de nuevo, dándole dos palmadas más sobre la espalda.

¿Felicidades por qué? Miró a un lado y a otro, confundido.

—Vas a ser abuelo, papá —piuló Faith, haciendo girar las ruedas de su silla hacia él.

¿Abuelo? ¿Tan pronto? ¿Ya estaba embarazada? ¡Diantres! ¡Quería echarla antes de que eso sucediera!

Entonces vio a su hijo descender la escalinata de dos en dos con una sonrisa y los ojos brillantes. Era feliz... claro, iba a ser padre. Y él abuelo, se repitió. Observó a Faith, también era feliz. No tenía nada que ver con la minusválida que penaba por los rincones días antes. Todo era por la influencia de esa advenediza, que había resultado ser una buena mujer (aunque demasiado lista para su gusto).

Se alegraba por su felicidad. Pero él no podía serlo, no sin Morgana. Sentía que la traicionaba si se daba el lujo de sonreír o de sentir dicha en su corazón. Así que sin decir nada y muy discretamente, se encerró de nuevo en el ala norte de la que no pensaba salir durante mucho tiempo.



Capítulo final

No perdáis vuestro tiempo ni en llorar el pasado ni en llorar el porvenir. Vivid vuestras horas, vuestros minutos. Las alegrías son como flores que la lluvia mancha y el viento deshoja.

Edmond Gouncourt.

Ocho meses después.

La señora Jenkins corría de un lado para otro con cubos de agua tibia. El ama de llaves de los Duques de Devonshire había cogido unos días libres con el fin de estar con Alice durante el parto. Al fin y al cabo, ella era lo más cercano a una madre que tenía la parturienta y las Cavendish no podían estar presentes por motivos familiares.

—Cálmate, Hugo —suplicó Faith al ver a su hermano inquieto y con el gesto turbado.

—No puedo calmarme —espetó, dándole otra calada al cigarrillo que tenía entre manos—. Le dije y le repetí que no quería que engendrara a mis hijos.

—¿Los ha engendrado sola? —contestó la tía Delia, que se había hecho muy amiga de Alice durante los últimos meses—. No sirve de nada culparse el uno al otro ahora mismo. Lo que debes hacer es suplicar a Dios que todo vaya según lo deseado.

—Mejor le dejo a usted las súplicas —se agobió, alejándose de su tía y de su hermana. No estaba de humor para hablar con nadie—. ¿Cómo va? —le preguntó a la señora Jenkins en cuanto la vio pasar por al lado de él.

Pero no le contestó, estaba demasiado ocupada como para dar explicaciones. ¡Diantres! ¿Nadie podía decirle nada? Se acercó a la puerta e hizo el amago de entrar.

—¡No! No puede entrar todavía —lo detuvo la doncella, Tracy.

—¡Hugo! Siéntate aquí con nosotras —lo llamó Faith.

—¿Sentarme? ¡Al diablo! ¿Por qué no puedo entrar? ¡Es mi esposa! —se enfadó.

Los gritos de Alice inundaban el castillo y llegaban al ala norte, donde el Conde tampoco estaba tranquilo. Aquello le recordaba demasiado a la desgracia ocurrida y se arrepintió por haberle pedido a su hijo que le diera un heredero antes de los treinta y ocho.

—Señor, lady Silvery está de parto —anunció sir Henderson tras más de media hora de gritos continuados.

—Lo estoy oyendo —repuso él, sin moverse de la silla del despacho.

El mayordomo se lo había dicho con la intención de que fuera a apoyar a su hijo, pero era incapaz de hacerlo. Aquello lo superaba.

Hugo no podía creer que hubiera cometido el mismo error de sus padres. Se había prometido a sí mismo no hacerle pasar por eso a su esposa si algún día se casaba. Pero lo había hecho y se sentía ruin. Si Alice se moría, él quedaría reducido a cenizas. Ella se había convertido en una parte fundamental de su vida. Era alegre, divertida e ingeniosa. La amaba con todo su ser. Y comprendió ligeramente a su padre... Si ella muriera dando a luz, le sería muy difícil amar a su hijo libremente.

¡Por eso no quiso casarse nunca! Para evitar ese tipo de desgracias.

Silencio. Un silencio espantoso, gris y horrendo se apoderó de Lanhydrock House de golpe. El mismo silencio que se llevó a su madre. El alma le subió a la garganta, amenazándolo con irse.

El Conde se acercó al pasillo común, horrorizado por ese instante de quietud que le era

muy familiar. Salió del umbral del ala norte y se quedó a un par de pasillos de la habitación de su nuera, atento a cualquier ruido.

Faith miró a la tía Delia despavorida y el servicio se paralizó.

Sin embargo, un llanto fuerte como el torrente de un río quebró a todos esos fantasmas del pasado, colmando el castillo de luz y de vida, borrando cualquier atisbo de desgracia.

El doctor salió con una sonrisa, muy diferente a como lo recordaba Hugo, e informó al padre de que era un niño sano y que la madre estaba despierta.

—¡Gracias a Dios! —exclamó la tía Delia.

El Conde, que lo había oído todo, sonrió levemente y volvió a su refugio. ¡Un heredero! ¡Un varón fuerte! Esa mujer había resultado ser una mina de oro.

El padre primerizo entró en la habitación, buscando el rostro de Alice. La vio sentada, un poco cansada, pero con color en las mejillas y sonriente. ¡Era una mujer fuerte! Y lo había demostrado con creces, en menos de una hora había dado a luz un varón y seguía sonriendo. Lo segundo que vio fue a un bulto en los brazos de su esposa que se removía inquieto.

—Pesa más de tres kilos —comentó el doctor, recogiendo sus bártulos, orgulloso por el buen trabajo.

—Es un niño —dijo Alice, mostrando el bebé a Hugo.

Era bello, tenía un color sano y abría los ojos con determinación. Parecía rubio, porque el vello de su cabecita era dorado... Pero sus ojos todavía no podían definirse. ¿Serían grises?

—¡Es precioso! Como su madre —alabó.

—Cógelo.

—¿Yo?

—Sí.

Lo tomó entre las manos... ¡Era su hijo! ¡Y él era su padre! Hinchó su pecho de orgullo y se sintió el hombre más feliz del mundo.

—Espere, doctor —dijo antes de que el profesional abandonara la estancia—. Un momento, quiero hablar con usted —Devolvió el pequeño a su madre y se acercó al médico—. ¿Mi esposa cómo está?

—Está perfecta, milord —sonrió, un poco confundido por la pregunta.

—¿Pero ha quedado bien? No tiene nada, ¿verdad?

—No, milord. Pasada la cuarentena pueden volver a tener relaciones con normalidad y engendrar a más hijos sin problema. Su esposa es joven, fértil y muy fuerte.

—Gracias —se calmó definitivamente—. Cientos de gracias —Extendió un succulento cheque como pago por los servicios prestados y volvió al lado de Alice y de su hijo.

—¿Cómo lo llamaremos?

—¿Podemos entrar? —preguntó la tía Delia en cuanto vieron al doctor salir.

—Oh, sí. Por supuesto —invitó el padre.

—¡Oh! Es precioso, Alice —elogió la oronda mujer—. ¡Tiene el pelo rubio como tú!

—Sí, eso parece —contestó ella.

—¡Pero la cara es de los Silvery! Mira el mentón, ya despunta el hoyuelo de los hombres de mi familia.

—¡Es verdad! —enalteció Faith, emocionada por conocer a su sobrino.

—Va a tener los ojos grises —continuó la tía Delia en su estudio fisonómico del nuevo miembro de la familia.

—Rubio con ojos grises, será muy guapo.

—¿Quieres cogerlo, Faith?

—¿Puedo?

—Por supuesto.

La joven se colocó al varón en el regazo y lo mimó.

—¿Cómo lo vais a llamar?

—Todavía no lo sabemos, tía Delia.

—Podrías llamarlo como tu padre, Héctor —interrumpió la Señora Jenkins, entrando en el dormitorio.

—No... Héctor no me gusta —refunfuñó Alice, aceptando el abrazo de su madrastra.

—¿Y Roy? —propuso Faith.

—¿Cómo el lacayo? —Frunció el ceño Hugo—. No, mejor no.

—¡Arthur! Como tu padre.

—Pero ¿qué dices, Alice? Mi padre no merece tal honor. Ni si quiera está aquí. En ocho meses no hemos sabido nada de él...

—Quizás este sea el paso para llegar a su corazón... —insistió la madre—. Además, Arthur me gusta. Me recuerda a las leyendas de Cornualles.

—¿Arthur? ¡Está bien! ¡Arthur, entonces! Es un nombre con fuerza y tradición. Me parece correcto —acordó místico plateado al fin.

El mayordomo corrió hacia el despacho de su señor al oír aquello.

—¡Milord! ¡Milord! —Abrió la puerta sin esperar su respuesta.

—¿Ahora qué sucede, sir Henderson?

—¡Lo han llamado Arthur!

—¿Qué?

—A su nieto, lo van a llamar Arthur.

—¿Cómo yo? —se extrañó, incorporándose de la silla de nuevo—. ¿Por qué?

—Ha sido idea de lady Silvery.

El Conde se quedó pensativo, inmóvil. ¡Dichosa mujer! ¡Era demasiado lista! Acababa de atarlo y bien atado a su hijo. Que era su nieto, claro...

—¿No va a ir, milord?

—Sir Henderson, se está tomando muchas familiaridades.

—Está bien —se resignó el viejo mayordomo, marchándose.

Pasaron los días y el pequeño Arthur iba cogiendo forma. Comía sin parar del pecho de su madre, que había renunciado a contratar una nodriza. Y muchos ya empezaban a especular que sus ojos eran tan grises como dos trocitos de plata.

Alice ya podía ponerse en pie y había empezado a vestirse normalmente, rehusando a los camisones. No dejaba a su hijo solo ni por el día ni por la noche. Lo acunaba a todas horas y lo hacía dormir en su misma cama. No quería usar una habitación separada para ello. Seguía sin confiar en la señora Elisenda. Era la única de todo el servicio que no la había felicitado, ni si quiera se había acercado para ver al heredero.

—¿Y tu padre? —preguntó una mañana, ataviada con un bonito vestido lila y con Arthur en los brazos.

—Sigue en el ala norte.

—Ya ha pasado una semana y todavía no ha venido a ver a su nieto —atizó, con su sangre de callejera inundándole los vasos sanguíneos a la máxima velocidad. Estaba harta de tanta complejidad. ¿Qué diantres le ocurría a ese viejo Conde?

—Ya sabes cómo es... —trató de apaciguar las aguas su marido, tocándole el pelo con una sonrisa.

Se zafó de su agarre y salió de la habitación con pasos decididos y firmes.

—¿A dónde vas? —inquirió Hugo a sus espaldas.

—¡Alice! ¿Qué ocurre? —La siguió Faith.

—¿Qué ocurre? ¡Qué voy a acabar con esto ahora mismo! —Puso rumbo fijo al ala norte, seguida por su esposo y su cuñada.

—¡Alice! No lo hagas, está prohibido —insistió su cuñada.

—¡Mujer! ¡Detente! —intentó pararla Hugo.

—¡No! No voy a pararme. ¿Qué va a hacerme? ¿Se va a convertir en una bestia y me va a devorar? Por favor, no alarguemos más esta ridícula situación. Al toro hay que cogerlo por los cuernos.

Y ante la mirada atónita de los hijos del Conde, Alice pasó el umbral del ala norte. La siguieron, pero con muchas dudas e incluso miedos.

Los pasillos estaban oscuros, apenas se veía el suelo. ¡Por Dios! ¿Ese hombre por qué vivía así?

—¡¿Dónde está?! —vociferó, abriendo puerta por puerta.

—¡Hermano! Mira —indicó Faith los retratos de su madre. Estaban por doquier, parecía un mausoleo en honor a Morgana, no había ninguna pared sin un retrato suyo.

—No tenía ni idea de esto... —sinceró mister plateado, observando a su madre en uno de los cuadros.

—Es igual a mí... O yo soy igual a ella, mejor dicho —concluyó Faith con los ojos puestos sobre su madre. Era la primera vez que la veía puesto que le habían negado la posibilidad de ver un retrato suyo con anterioridad... No hace falta decir que se emocionó y lloró; a la par que agradeció a Alice, una vez más, su osadía.

—¡Señor Conde! ¿Dónde se esconde? —continuaba vociferando Alice con el bebé en los brazos y haciendo temblar el suelo con sus pasos.

—¡¿Qué haces tú aquí?! —Salió la *lagartija* de uno de los salones oscuros, como si de una alimaña real se tratara—. Nadie puede entrar aquí, sal de inmediato.

—Vengo para que el Conde conozca a su nieto.

—¿Nieto? Ni tú ni este bastardo sois bienvenidos aquí.

¿De dónde salía esa bruja? Desde la visita de sus hermanas no había vuelto a hacer de las suyas. Ciertamente era que la había evitado y que intentaba ningunearla, pero se había contenido. Hugo dio un paso al frente, dispuesto a darle un merecido castigo a esa deslenguada, pero el Conde apareció.

Salió de un despacho tenebroso e hizo brillar sus orbes grises sobre la señora Elisenda.

—Prepare su equipaje y váyase —imperó, cuadrando sus hombros.

—¡Pero milord! Yo solo he intentado protegerlo.

—No, se ha excedido a mis peticiones y ha llegado el momento de prescindir de sus servicios.

—¿Qué? ¿Después de tantos años? ¿Prefiere que su fiel ama de llaves se vaya antes que una vulgar advenediza? ¿A dónde queda el prestigio de la familia a la que he servido con tanto fervor? ¡Emparentados con una bastarda! Me avergüenzo de estar en esta casa.

—Usted ha perdido el juicio, señora Elisenda —dijo Arthur muy tranquilamente—. Es una anciana y ya no sabe distinguir el bien del mal ni tiene límites. Si no fuera por estos motivos, haría que le dieran un buen castigo. En lugar de eso, le pido que haga sus maletas y se vaya. No la quiero ver más aquí.

—No sabe lo que hace, lord Silvery. Esta mujer...

—Esta mujer es la madre de mi nieto y si vuelvo a oír que te diriges a mi heredero con estos términos, no tendré miramientos ni compasión —últimó—. Sir Henderson, haga que se marche y asegúrese de que no vuelva.

—Sí, milord—obedeció el mayordomo, que había acudido al lugar atraído por las voces.

Tuvieron que sacarla a rastras entre Roy y algunos lacayos más. Se negaba a irse y gritaba sin ton ni son. La *lagartija* se removía como sanguijuela en el agua, cogiéndose a las columnas y a los muebles para que no la movieran. Una doncella tuvo que prepararle el equipaje, porque ella se negó a hacerlo, y la pusieron en la calle con las maletas. Unos hombres armados la alejaron del castillo y Alice no volvió a verla nunca más. Dios sabría qué habría sido de esa mala mujer.

—Milord —dijo Alice, todavía en el ala norte y después del incidente de la señora Elisenda—. He venido hasta aquí para presentarle a su nieto, Arthur —Extendió el bebé hacia su suegro. Era la primera vez, después de nueve meses, que se dirigía directamente al Conde. Jamás habían hablado.

—No puedo —se negó, volviendo a su estudio.

—¿Por qué no? —lo siguió Alice, adentrándose en la cueva de la bestia—. ¿Por qué reniega del amor de sus hijos y, ahora, de su nieto? ¿Por qué se hace esto? —insistió, reparando en que Morgana estaba por todos lados. ¡Ese hombre estaba enfermo! —. ¿Piensa vivir en esta oscuridad hasta su muerte? —enjaretó, abriendo las cortinas de esa habitación con tirones enérgicos.

—Es usted muy vulgar —contraatacó Arthur al ver que la luz entraba en su despacho después de quince años—. Todavía no ha aprendido a ser una dama. Vaya y siga con sus clases.

—Sí, estoy segura de que soy muy vulgar pero no soy una vieja cascarrabias —lo enfrentó.

Arthur miró a su nuera directamente por primera vez. Era bella e intimidaba.

—Haga el favor de marcharse.

—No pienso irme de aquí hasta que coja a su nieto en brazos —Tomó asiento en uno de los polvorientos sillones, decidida a salirse con la suya.

—Hijo... —suplicó el Conde a Hugo.

—No, a mí no me inmiscuyas —negó él, levantando ambas manos. Sabía que, si se inmiscuía, podía salir perdiendo.

—No me hará ordenar que la saquen a rastras de aquí —Estiró su mentón, terco.

—Hágalo, a ver si pueden. Yo no soy la señora Elisenda, tengo cuerpo para mandar a más de uno a la enfermería.

—¡Por Dios! ¡Qué lenguaje!

—Tranquilo, solo lo uso con la familia.

¿Familia? ¿Esa mujer lo consideraba su familia después de tantos insultos y desprecios? La miró una segunda vez, no tenía maldad. Era brusca, pero no maliciosa.

—¡Qué bella era Morgana! —la oyó decir, mirando uno de los retratos—. Como Faith. ¡Qué lástima que solo usted pueda disfrutar de su belleza! ¿Usted cree que su esposa estaría orgullosa de su comportamiento? Ella dio la vida por sus hijos. ¿Y usted?

—¿Cómo se atreve a hablar así? ¡Se está excediendo!

—Me atrevo porque ahora que soy madre, comprendo muy bien a Morgana. No me hubiera importado morir en el parto, milord. Traer al mundo a un hijo es lo más generoso que una mujer pueda hacer. Y yo quisiera que, si algún día a mí me pasa algo, Hugo no marginara a

nuestros hijos del mismo modo en que usted lo está haciendo. Morgana estaría muy decepcionada. No la conocí, pero como madre estoy segura de ello. Su hija Faith lo ama incondicionalmente. ¿Cuántas veces la ha ido a ver o le ha dedicado una palabra de aliento?

Arthur se removió incómodo, no estaba acostumbrado a tanta sinceridad y empezaba a descomponerse. Miró a su hija y otra aguja de culpabilidad se le clavó en su endurecido corazón, al lado de la que se incrustó en la fiesta.

—La ha privado hasta de conocer a su propia madre. No le daba la posibilidad de ver un retrato de la mujer que dio su vida para traerla al mundo. ¡Qué egoísta!

—Me está juzgando muy severamente, Alice —Se apoyó a la mesa.

—¿Y qué quiera que diga de usted? Durante nueve meses no me ha dirigido la palabra y se ha negado a ver a su nieto.

—Hay razones que usted no puede entender.

—¿Cuáles? Hable, por Dios. Hable delante de sus hijos, que no lo han abandonado pese a tener infinitud de motivos. Les debe una explicación.

—No merezco ser feliz —sinceró, incrédulo con sus propias palabras. No podía creer que estuviera abriéndose.

—¡Papá! —nombró Faith—. ¿Cómo puedes decir esto?

—Solo digo una certeza. ¿Cómo puedo permitirme la suntuosidad de sentir dicha cuando maté a mi esposa?

—¿Matarla? ¡Murió por causas naturales!

—Pero si yo no hubiera accedido a tener otro hijo... —Se lamentó, llevándose una mano sobre el rostro.

—Ella lo quiso así —intercedió Hugo, cogiendo el hombro de su padre—. Me lo dijo, me dijo que quería darme un hermano para que yo no tuviera tanto peso sobre mis espaldas. ¿No debería sentirme culpable yo también?

—Nadie es culpable, pasó lo que Dios dispuso —Se acercó Alice—. Dios quiso hacer de Morgana una madre ejemplar y ahora quiere que usted cumpla sus obligaciones como padre y abuelo—. Volvió a extender su bebé al Conde.

Arthur miró por un largo tiempo a su nieto y, finalmente, lo aceptó. Lo cogió en brazos y sintió que había llegado el día de la redención.

La luz entraba con fuerza a través de los ventanales que Alice había abierto.

Era un momento único.

El momento en que el Conde se convertía en humano.

—Lo siento tanto —dijo—. Siento mucho todo lo que te he hecho, Faith —se disculpó.

—No te preocupes, papá —Lo abrazó.

El hierro se fundió, la plata corrió como un río por Lanhydrock House y los Silvery se dieron una segunda oportunidad.

—Te debemos tanto, Alice —suspiró Hugo, acercándose a ella mientras Arthur, Faith y el bebé se abrazaban en un lado del despacho—. Ahora, seremos felices para siempre.

—Creo que sí, que ha llegado la hora de ser felices.

“Y lo fuimos. Fuimos muy felices durante algunos años. Mi suegro abandonó su cueva y distribuyó los retratos de Morgana por todo el castillo para que todos pudiéramos contemplarla. La armonía reinaba en Lanhydrock House. Hugo y yo nos amábamos, Faith se había reconciliado con su padre y el pequeño Arthur crecía en un ambiente hogareño. Para la gratificación de los Silvery, tenía los ojos grises. Pero el pelo era tan rubio como el mío. En mi tiempo libre había convencido a Hugo para que me dejara trabajar como

modista y abrí mi propia tienda de lujo en Londres. Todo era perfecto... Un sueño hecho realidad."



Secuela

Alice vive un sueño con el hombre más guapo de Europa, todo es amor y pasión. Era tan perfecto lo que tenía a su lado, que estaba segura de que el "y fueron felices para siempre" había llegado a su vida. Jamás había estado tan equivocada.

Disponible a partir del 10 de Marzo de 2020 en Amazon y Amazon Kindle.



SOBRE LA AUTORA

MaribelSolle es una escritora que tiene entre sus éxitos "La Saga Devonshire" o "La Dama y el Marajá". Próximamente publicará "El diario de una heredera" y "El diario de una princesa rusa".

Si quieres encontrar sus obras, solo tienes que buscarlas en Amazon.

También puedes seguirla en Instagram o Facebook para no perderte ninguna novedad.